

Reminiscencias de una Vida

03

JOSÉ GUADALUPE ZUNO

REMINISCENCIAS
DE UNA VIDA

Biblioteca de autores jaliscienses modernos
G u a d a l a j a r a 1 9 5 8

JOSÉ GUADALUPE ZUNO
Reminiscencias de una vida
TOMO 2º

EN 1913 empezó a funcionar en Guadalajara el Centro Bohemio. No nació como una sociedad artística solemne y formalista. Fueron sus creadores José Guadalupe Zuno, Xavier Guerrero y Carlos Sthal. Sin que los que promovieron el Centro se dieran cuenta entonces, respondían al fundarlos a un sentimiento de rebeldía que llegó después a definirse.

A fines de 1914 llegó a Guadalajara mi padre, el doctor Mariano Azuela. Era director de Educación Pública del gobierno del general Julián Medina, designado por la Convención de Aguascalientes. Al mismo tiempo desempeñaba el novelista el cargo de teniente coronel jefe de los servicios médicos, a las órdenes del mismo jefe revolucionario, nativo de Hostotipaquillo.

Mi padre entró en contacto con el Centro Bohemio de Guadalajara. Acudía invitado frecuentemente a las animadas reuniones que se celebraban en la colonia Seattle. Siendo yo un chico indiscreto, recuerdo haber leído en el escritorio de su biblioteca unas cuartillas destinadas a una conferencia sobre la obra del novelista francés Emilio Zola. Las vicisitudes de la Revolución le impidieron corregir el trabajo y leerlo en el Centro Bohemio, pero este fue el antecedente remoto de una de las últimas series de conferencias que dió en el Colegio Nacional.

De aquella época data mi conocimiento de don José Guadalupe Zuno. El y el poeta Manuel Martínez Valadez, cuando el general carrancista Manuel M. Diéguez derrotó a las tropas de Medina y se apoderó de Guadalajara, ocultaron a mi padre. Lo mismo hicieron con el poeta laguense José Becerra, amigo de Julián Medina desde que desempeñaba el puesto de agente del ministerio público en Tequila, Jalisco, a cuya jurisdicción pertenecía Hostotipaquillo y por ser Becerra amigo íntimo de Mariano Azuela desde que eran estudiantes en la ciudad tapatía, sirvió de enlace para que éste se incorporara al mismo núcleo revolucionario.

En las peripecias de la lucha armada, las fuerzas villistas y convencionistas recobran Guadalajara. Zuno escondió en su

casa al periodista José de Jesús Ibarra, miembro del Estado Mayor del general Diéguez. Sorprendido por la policía, mi padre logró salvar a Ibarra gracias a su amistad con Medina.

A todos estos incidentes se refiere Zuno con amenidad en su reciente libro de memorias "Reminiscencias de una Vida". No hay aquí el tono engolado que usa cierto tipo de escritores que creen ganar así la inmortalidad. El Centro Bohemio es recordado para situarlo en un justo marco histórico, que permite estimar hasta dónde pudo llegar su influencia.

Artistas del genio de José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, pintores como Carlos Orozco Romero estuvieron ligados al Centro. Entre los hombres de letras cabe citar a José D. Frías y Samuel Ruiz Cabañas. Eran concurrentes asiduos a sus reuniones, Agustín Basave, catedrático y crítico sagaz de literatura; el historiador Juan de Dios Robledo y el poeta Manuel Martínez Valadez. Y entre los músicos se vincularon a él figuras distinguidas como José Rolón y Ramón Serratos.

Zuno dedica páginas regocijadas a Manuel Martínez Valadez. Autodidacta de variada información, su poesía sentimental y humorística impresiona por la originalidad. Las anécdotas en que se muestra el espíritu travieso del poeta y su cálida simpatía humana, permiten a Zuno trazar una semblanza exacta de su amigo.

Al Centro Bohemio perteneció Alfredo Romo. Recuerdo al hombre de presencia gallarda que alguna vez fue a saludar a mi padre en su casa de Guadalajara. Tenía talento y sensibilidad. Fue líder político de relieve, que pudo destacarse en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión. Libró recias batallas en Jalisco y años después un día me enteré de su muerte, como si hubiera querido partir definitivamente sin hacer el menor ruido.

Enrique Díaz de León fue compañero de Zuno en el Liceo de Varones de Guadalajara. No tuve ocasión de conocerlo personalmente. Compañeros míos de la campaña vasconcelista de 1929 eran sus amigos y lo estimaban porque los había defendido en situaciones difíciles. Zuno nos da un cuadro interesante del período en que se incubaba la Revolución en Jalisco al aludir a Díaz de León, al que sus amigos recuerdan con afecto por su generosidad e ingenio.

De Ixca Fariás deja Zuno un retrato pintoresco. Su figura está relacionada estrechamente al grupo del Centro Bohemio y

al Museo de Guadalajara. Un rico anecdotario circula en torno de la memoria de este jalisciense de personalidad, que en el libro que comentamos es rescatado del olvido en trazos acertados.

El Centro Bohemio fue la antesala del periodismo político para muchos hombres de talento que se rebelaron en Jalisco. En esta índole de actividades, Manuel Martínez Valadez hizo famoso el seudónimo de Chencho Pitarrillas. Zuno se dió a conocer en las publicaciones en que intervino por su calidad de caricaturista y su talento, cuya agudeza trasciende a la conversación. Esas dotes se manifiestan en su último libro.

Diputado al Congreso de la Unión a la caída de don Venustiano Carranza, del Congreso Federal pasó a la gubernatura de su Estado, después de una campaña muy ruidosa. Espíritu dinámico y combativo, emprendió obras de importancia social innegable. El carácter de Zuno se puso de relieve cuando hubo de enfrentarse al gobierno del general Plutarco Elías Calles. Dividido el núcleo de amigos y correligionarios que se organizaron reconociéndole el papel de conductor, supo caer del gobierno con gallardía, después de una gestión intensa durante la cual se fundó la Universidad de Guadalajara.

Zuno nos cuenta sus relaciones con el licenciado José Vasconcelos en el régimen obregonista. Fue del grupo parlamentario que en la Cámara de Diputados apoyó la iniciativa que permitió crear la Secretaría de Educación Pública, base de la magna obra realizada en esta materia en aquellos días. Era amigo de Ramón López Velarde, de Pedro de Alba, Julio Torri y Rafael López. Vasconcelos en sus memorias le dedica un justiciero elogio.

Este trabajo autobiográfico tiene indudable valor histórico. Zuno supera en su libro las pasiones derivadas de los choques que se produjeron entre los miembros del equipo revolucionario a que perteneció y de tal suerte entrega con además desenfadado un testimonio lleno de humanidad, para el conocimiento de un período importantísimo de la vida de Jalisco.

SALVADOR AZUELA

ACLARACIONES AL TOMO I.

Feb. 23-57.

Sr. Lic. J. Guadalupe Zuno.
Guadalajara, Jal.

Mi querido amigo:

Muchas gracias por el envío de su libro, por su cordial dedicataria, por los buenos ratos que me dio con su evocación de ese tiempo pasado que "fue mejor".

Me ha hecho Ud. acordarme de muchas cosas que ya tenía semiolvidadas y, mientras duró la lectura de "Reminiscencias de una Vida", volver a la juventud. Tiene su libro, una eficacia mayor que las glándulas y hormonas de Voronoff y que la decantada "Jalea Real". Cautivan en su relato, la llaneza —que es suprema elegancia del espíritu— y la vivacidad. Me gustaron especialmente, las páginas dedicadas a Ixca y Martínez Valadez amigos entrañables.

No me reconozco en el devoto de Santos Chocano. Otras fueron y son mis preferencias. Tampoco, en el espiritista. Aquellas prácticas de mesita, más temas de curiosidad y pasatiempo en buena compañía, que de cándida fue. En muchas ocasiones, éramos Manuel de la Peña y yo, quienes movíamos a nuestro antojo la "mija" y confeccionábamos las respuestas. Cierto es que un día me llevé un susto morrocotudo por algo que ocurrió y que aún no puedo explicarme satisfactoriamente.

Un poco de mayor insistencia sobre la fundación de la Universidad y sobre el Parque Zoológico, me hubiera gustado. La primera subsiste aún, gallardamente; la segunda cayó en tierra, falta de buenos cimientos, como el rascacielos de Arandas; pero fue una empresa digna de mejor suerte.

Siempre recuerdo a Ud. con cariño. Ya no quedamos muchos de los de aquella época... pero "aún hay sol en las bardas!"

Lo abraza su viejo amigo de siempre.

Agustín Basave.

Tototlán, Jal. Marzo 8 de 1957.

Sr. Lic. José G. Zuno.
Guadalajara, Jal.

Estimado Sr. Lic. y fino amigo:

Terminé de leer su libro "Reminiscencias de una Vida", que tan amablemente se sirvió obsequiarme, y como se lo tengo ofrecido a Ud., con gusto paso a participarle mis impresiones. Para principiar, debo manifestar a usted que muchos de los personajes, sucesos y lugares que ahí describe, me son conocidos; tanto, que puedo decir sin temor a exagerar que muy poco de lo que narra en su libro me era desconocido. Tal vez por eso me aconteció muchas veces que al estar leyendo esas reminiscencias de su vida, estaba haciendo también una evocación de aquellas de la mía, máxime que sus puntos de vista sociales, políticos y filosóficos tienen tantos puntos de contacto con los de este su servidor. Y esto me ha hecho plantearme una pregunta: ¿cómo reaccionará ante su libro un lector no iniciado, es decir, que desconozca completamente el medio en que éste se incubó? Vale la pena averiguarlo.

La acción dispersa de esas memorias, sin enlace cronológico aparente entre sí, no le resta mérito ni interés a la narración, por que cada parte llena de por sí un capítulo completo de su vida. Además, eso ya lo había advertido usted al principio.

Muy interesante y muy bien presentada me parece su obra, Sr. Licenciado. Sin embargo, destacando sobre la buena contextura general del libro, hay capítulos que a mí me parecieron más afortunados, como la descripción del "nacimiento" de nuestra Universidad, de profundo contenido filosófico y social, y la oración a Ixca Fariás, llena toda ella de una muy fina y muy humana ironía.

Del análisis de su vida, estimado amigo, (del cual es sólo una parte la lectura de su libro) he logrado sacar, aparte de otras, estas enseñanzas: que se puede ser bohemio de verdad y se puede formar una familia numerosa, honorable y ejemplar; que de un político audaz, impetuoso y soñador, puede resultar un gobernante honesto, progresista y revolucionario, y, esto es lo mejor de todo, que debe ser muy hermoso llegar a la edad de la sabiduría y de la serenidad, sabiendo que la verdad que uno amó y acarició en la juventud, sigue siendo para uno la única verdad.

Y ahora, señor licenciado, una pregunta un tanto cuanto exabrupta: ¿por qué al describir sus luchas políticas habla tan someramente de la enconada contienda en que se trabó usted con Alfredo Romo, cuando tengo la presunción de que eso significó e influyó mucho en su vida política? ¿No quiso usted enzañarse con el amigo desaparecido?

Para terminar, estimado amigo, debo decir a usted que mi escasa erudicción me autoriza solamente para clasificar los libros que leo, en dos grupos: los que me aburren, y los que me agradan e interesan; por demás está decir que el suyo pertenece a estos últimos.

Agradezco a usted muchísimo tanto por su gentileza al acordarse de su servidor y amigo, como por los gratos momentos que me brindó con la lectura de su interesante obra.

Afectuosamente:

Dr. J. J. Becerra González

P.D. No he recibido aun el "Pedro Moreno" ni "Nuestro Liberalismo".

Guadalajara, 14 de febrero de 1957.

Sr. Lic. José Guadalupe Zuno.

P r e s e n t e .

Querido amigo:

Muchas gracias por el envío de tu último libro, cuyo contenido tan agradable me sugiere comentarios y recuerdos.

REMINISCENCIAS DE UNA VIDA es un nuevo capítulo de ese itinerario sentimental tuyo, en el que más que del pincel te vales de tu lápiz inseparable: dibujas las personas y los hechos con fuertes rasgos, con trazos definidos y seguros, en los que te ayuda, mejor que la fantasía de artista tu admirable memoria; por ser leal al recuerdo a veces no das importancia a los fondos, a esa tramoya de luces y colores que en las cosas amables se acendra con los años.

Por casta perteneces, o mejor dicho representas, a una ge-

neración llena de rebeldía y noblezas; tu libro es fiel trasunto de tus inquietas aventuras.

Eres un tipo poco común de hombre y amigo, y como la sangre te hierve demasiado, frecuentemente caldea las esencias que inspiran tus cuadros y escritos.

En política eres un producto legítimo de la Reforma, por tu lealtad a las ideas superiores y a los intereses nacionales; tampoco me cabe duda que tu vida, en éste dramático ámbito mexicano, es ejemplo de euforia y energía, porque cuarenta años de actividad pública ni te han cansado ni te han desilusionado.

Tu obra literaria, como contrapunto, descubre un recreo de tu espíritu imaginativo, reducto seguro en donde amansas tus pasiones; en tu estilo discurre la razón de ser del artista bohemio, que es la arquitectura de tu propio destino; ese estado de ánimo cuando prepondera, se hace patente, no en el arte satánico de tus polémicas, ni en el arte florentino de tus requisitorias, ni en el arte irónico de tus caricaturas, sino en esa jocunda forma que narra un anecdotario como un relato hogareño y que orna cada línea de lo escrito con ese álbum de fotografías tuyo, de tu grupo y de tu gente, que un imaginario Nacho Gómez Gallardo tomó desde hace cuatro o cinco décadas.

Particularmente para mí, esas reminiscencias son como la transfusión afortunada de un cordial ayer, que por azares obvios o imponderables ejerció una decisiva influencia en el derrotero de una juventud que superó su propio programa espiritual.

Te agradezco la oportunidad que dás, a los pocos que quedamos, de viajar por un pasado que fue siempre mejor.

Afectuosamente,

Ramón Córdova

Tlaquepaque, abril 3 de 1957.

Sr. Lic. José Guadalupe Zuno.
Guadalajara.

Querido compañero:

Leí con delectación "REMINISCENCIAS DE UNA VIDA",

biografía tuya con evocaciones de la época que sirvió de prólogo a este siglo, a la cual recordamos con interés y con cariño los que en ella crecimos, juntos con la Revolución.

Tu libro ofrece al lector añorante, en los espacios del espíritu, un espejismo igual al que disfrutaban ciertos viajeros en algunos lugares de la tierra, cuando ven frente a ellos, paisajes que están muy lejos de sus ojos. Ilusión comparable también a la que menciona Tisserand al hablarnos de la velocidad de la luz, diciéndonos "... Si miramos al cielo en las noches serenas, contemplaremos las estrellas en el lugar en que se hallaban hace siglos; y si hubiese un observador en la Galaxia, con un telescopio que le permitiera escrutar nuestro planeta, podría ver como hechos presentes, el incendio de Roma o las carabelas de Colón llegando a América..." Esto bastaría para hacerlo precioso, pero hay otras razones que acrisolan su mérito. Desde luego la efusión fraternal con que nos llevas, de la mano, a tus sitios amados, y nos presentas a los seres más queridos de tu vida, en grupos que alegorizan la tradición moral de las familias de la raza, la que hace insuperables nuestros hogares mexicanos, pues no hay en el mundo hogar más amoroso y más casto que el hogar de la patria, que es a la vez remanso y nido, escuela y templo, donde de la fidelidad se hace un culto y del cariño una religión, cuyo altar es la cuna donde la madre vela el sueño del niño que le recompensa todos sus sacrificios y todos sus afanes, todas sus oraciones y todas sus lágrimas, con una sola de sus angélicas miradas o una sola de sus sonrisas inefables.

En el álbum de tus saudades, hay estampas imborrables: "El Castillo", que fue la tienda de tus padres; el Liceo de Varones, donde estudiaste; San Julián, donde la Historia bautizó tu destino político con agua verdaderamente bendita, porque cayó del Cielo; la Universidad de Guadalajara, que tú fundaste con fe liberal y acierto de estadista, y el CLUB BOHEMIO que enmarcó la juventud de nobles luchadores, algunos muertos ya, muertos inmortales para quienes los conocimos, como Manuel Martínez, altivo y socarrón, enamorado y combativo, que sabía abrir gallardamente botellas y campañas, con un señorío natural que respaldaban con apostura su voz de mando y sus patillas insurgentes; Juan Farías, filósofo y pintor, músico y alfarero, que con humildad franciscana se impuso en los Ateneos jaliscienses con el nombre

de IXCA; Enrique Díaz de León, fuerza dinámica y creadora, que murió joven, dejando inconclusa su labor cultural; Alfredo Romo, talentoso y simpático, que pasó por su tiempo como un Brummel moderno, despreciando las miserias del mundo, y Xaxier Enciso, humorista original, cuya frente mereció áticas coronas, logrando solo una, la de espinas, después de que lo hirieron todos los puñales, hasta el de Caín. Lamento no citar más nombres memorables, pero se va alargando mi carta, y no quiero omitir otros comentarios, que serán breves. Te lo ofrezco.

Tu estilo singular, en los dominios de Clío es el mejor, porque la limitación de períodos, gentes y escenarios es una garantía de verdad, máxime cuando el relator fue testigo presencial de los hechos o de documento en fuentes insospechables, como el dicho de los abuelos o de los viejos maestros, que es tu caso, y de lo cual no pueden ufanarse los historiadores de segunda mano, por cuyo motivo tienen gran valor histórico tus descripciones y conceptos relacionados con Pedro Moreno y don Agustín Rivera, y más todavía tus juicios respecto a José María Lazano, Enrique Estrada, Rafael Buena, Plutarco Elías Calles y Alvaro Obregón, a quienes conociste y trataste en varias ocasiones y relevantes circunstancias.

Me alienta verte trabajar con juvenil entusiasmo, enriqueciendo la desmedrada bibliografía mexicana en estos días en que las letras jaliscienses y todo el arte regional, están en triste decadencia. Nuestra Sultana de Occidente ya se parece más a El Paso, Texas, que a Sevilla. Aplaudo su progreso, pero creo que las ciudades deben ser como esas damas selectas que saben vestirse a la moda sin perder su belleza espiritual.

México debe sentirse orgulloso de su nueva generación, deportista y politécnica, pero esta no debe olvidar que las naciones cimeras han debido su poderío y su grandeza, no solo a la cultura intelectual y física de sus hijos, sino también a las inspiraciones sublimes del Ideal. Las antorchas olímpicas pueden iluminar al mundo sin apagar las lámparas de Minerva. En los siglos de oro de Gracia, coexistieron gloriosamente los estudios de Atenas con los jardines de Academus. La fama de Jalisco renacería si sus juventudes, sin abandonar sus gimnasios ni los salones del rok'roll, estimularan los númenes de los nuevos privilegiados que debe haber, capaces de componer poemas como *Otelo ante Dios*, escribir

sátiras como *El Kaskabel*, producir dramas como *Jardines Trágicos*, instrumentar marchas triunfales como *Ecós de México*, y saturar los aires de versos y canciones, aprovechables en los homenajes de los ases ciclistas y campeones del fútbol. Si comparásemos a un pueblo que marcha hacia el progreso, con un batallón que va a la guerra, podríamos decir que los poetas, los pintores, los tribunos, los músicos, los profesores y los sabios, son la banda del batallón, son la música del batallón que siempre va adelante, formando la vanguardia, con sus tambores, y sus clarines, y sus marciales melodías que inflaman de valentía y patriotismo el corazón de los soldados, conduciéndolos así al triunfo del trabajo, de la justicia, de la democracia y de la efectiva libertad.

Seguramente que se logrará en México este equilibrio de valores. En Guadalajara, por fortuna, quedan algunos espíritus románticos y varios grupos optimistas, emboscados en el recuerdo o la esperanza, pendientes de esta aurora boreal. Entre estos grupos se cuenta el Club Liceísta que tú organizaste hace dos años, y en el cual nos reunimos muchos condiscípulos, con sentimiento fraternal. No VEINTE AÑOS DESPUES, como los cuatro mosqueteros, sino *Treinta* años después de nuestras últimas luchas sociales. Ya han caído varios compañeros, pero todavía quedan muchos, unos ricos, como Portos; otros retirados plácidamente a la vida privada, como Athos; los menos, entregados a paz religiosa, como Aramis, pero la mayoría de los supervivientes, todavía soñando, trabajando, estudiando y esperando, como lo ves en nuestro Club Liceísta, donde nos informamos de tus actividades ejemplares, pues aún escribes libros, pintas murales, das clases, dictas conferencias, presides asociaciones, integras Juntas de Mejoramiento, haces campañas como la de Chapala y eres Director del Museo del Estado, donde a veces nos juntamos tus antiguos amigos, y flamean tus canas entre el grupo, como el blanco penacho de Carlos D'Artagman.

Ya debo terminar, pero antes quiero darte las más cumplidas gracias, por el envío de tu libro; porque te acordaste de mí en algunas de sus páginas, y sobre todo, por la alegría, melancólica pero gratísima, que he sentido con la remembranza de aquellos tiempos tan interesantes que vivimos en esta eufórica entidad.

Tu amigo invariable

Enrique Pérez Arce

Nueva York, a 25 de enero de 1957

Sr. Lic. J. G. Zuno
Guadalajara,

Querido Gobernador:

Me resulta usía como forma de influencia perniciosa, maguer dulcetona; heme aquí que me doy cuenta de un mal hacer muy delicado; que se me han ido cuatro horas de la mañana, con el escritorio lleno de detalles que atender y yo —con humos de millonario— enfrascado en las *Reminiscencias de una vida*. Las láminas primero a manera de aperitivo, y a continuación el festín; comida de ático sabor, que del olor no hay que hablar —mejoranas y tomillos . . . y los labios de grana cual húmedas fresas del duque Job.

Pues nada, a las cuatro horas . . . conciencia de pecado, de no ganarse uno el pan de cada día con esa traducción sobre las buenas obras de la Cruz Roja en Budapest; y al mismo tiempo, por debajito del pudor, aqueste escozor de sinfonía incompleta, que refriega uno la página por si anda ahí otra pegada, porque quiere uno más. No, hombre, nos hace usted mal, de darnos tan sólo una probadita del asunto ese caprichoso de su vida y obra, de sus milagros pincelosos y de alta *Politeia* ateniense.

Por ejemplo, yo protestante, pregunto, ¿dónde está el discurso aquel desde Palacio, aquella tarde del regreso, aquel su brazo derecho extendido hacia Catedral, aquel su verbo tonante: "Aquí estoy, nido de cuervos"? Ah, que quizás la modestia se interpone de toda suerte. Otra cosa que se mienta apenas de pasada: la caída de Vadillo es tema de todo un libro con Zuno al centro del leit motiv. Etc.

Bueno, ya será otra vez. Por ésta, la crítica se descubre ya reverente, transformada en admiración. La palma salpicada de polvo de oro, de una gran trayectoria. Se impone decir que Zuno ha creado un nuevo estilo, cuando se empina por encima de sí mismo en concatenación tan sabrosa de tours de force del ingenio, del maestro del lienzo que traslada sus colores y sus líneas a mural invisible de arte del tiempo: arte del raconteur que "contrabandea" su *parénesis* "ensandwichada", emparedada entre episodio y episodio.

Usted Zuno, ha merecido bien de las artes plásticas, y de la patria chica, y de la patria grande (que ahora decimos la Revolución). Por aparte de todo eso ha querido Dios que merezca ahora también, otro bien, de la literatura mexicana. En todo caso, Jalisco literario ya está más alto por la gracia con que uno de sus hijos predilectos se ve ungiendo—la carisma pegajosa de Webber . . . Pero ya, ya, ya, antes de que el juicio honrado vaya a caer en adulación hija natural de amor . . .

Suyo siempre
Alberto Rembao

P E L E A S A M O N T O N

Carlos Orozco Romero, "El Caricato", como le decíamos desde cuando, allá por 1916, se agregó al Centro Bohemio, teniendo unos quince años, me acaba de hacer verbalmente algunos recordatorios, en un reciente viaje que hice a México y que voy a transcribir tan fielmente como pueda.

—¡Amigo, qué bueno que viniste, quiero reclamarte seriamente algunas cosas. Tú te acuerda de todos, de Amado, de Joaquín Vidrio, de Toño Córdova, en todas tus diabluras, que refieres en tu libro menos de mí...!

—¿Te refieres a mis Reminiscencias?... o de qué se trata...

—Sí, hombre... a tu librote ese...

—¡Pero si en él aparece toda una página con tu retrato y al final, en la sección de caricaturas, hay muchas que tú hiciste y dos o tres que Romo y yo hicimos de tí... y en todos los capítulos en que hablo de la bohemia, ahí andas tú, aunque no cantando como lo hacías, las coplas de la "Cuarta Plana", tu zarzuela predilecta, que ponían tú y tus compañeros de la S. A. D. A.

—¡No, no me refiero a nada de cuestiones de arte ni de teatro, sino de política... Tú, en mi concepto, pudiste hacer cuanto hiciste porque te fajaste los pantalones...! Muchas veces me llevaste a lugares en los cuales, sin tu resolución, no hubiéramos salido sin novedad, gracias a que te imponías como hombre...

—Desde luego que debo haber olvidado mucho... Ya verás en el segundo tomo cómo aparecerán más recuerdos.

—Pero yo insisto en que no me explico porqué olvidaste, por ejemplo, el día que te enfrentaste a los moronistas en su propio local, y cómo subiste hasta el piso donde tenían su Partido Laborista.

—Ya, ya lo digo en el nuevo tomo que está en prensa.

—¿Y aquella vez que nos apagaron la luz en el Teatro Degollado, cuando tu hablabas defendiendo la candidatura de Cué-

llar...? Yo estaba contigo. En medio de la confusión general, tu te fuiste derecho a la caseta del electricista y lo obligaste a conectar el alumbrado... Luego saliste de nuevo al foro, calmaste la multitud de pleitos que había en todas las localidades y les diste a los romistas la gran maltratada...

—Te aseguro que no recuerdo esa vez...

—¡Y en aquel cine Victoria, de por allá por Mexicaltzingo, en la campaña del General Obregón, también te apagaron la luz! Nomás que allá si te agarraste del pescuezo al líder enemigo, creo que de los tranviarios y le diste una tunda, delante de toda su gente, que no tuvo más el pobre que correr, en medio de las burlas y la rechifla, hasta de los suyos...

—De eso sí me acuerdo...

—Y allá por mi casa, en un local chico, cuando Vadillo estaba en el gobierno, fuimos todos los del Bohemio porque Díaz de León era el candidato a diputado. Ese día, digo, esa noche, también yo tuve que entrarle a los trancazos... Hasta los cuicos se metían contra nosotros, pero les ganamos a todos...

—Oye, Caricato, qué buena memoria tienes...

—¡Espérate tantito...! El día de las elecciones, cuando era tu candidato el General Jesús Madrigal, tu estabas en Los Belenes. Yo fui allá. Estábamos muy tranquilos en el comedor cuando se oyeron unos balazos en dirección del camino. Salimos a ver de que se trataba y vimos que de dos automóviles, sacaban las manos unos individuos y disparaban en dirección del rancho. Tú conociste los coches, que ya iban rumbo a Zapopan y les gritaste, mientras disparaban:

—¡Vengan pues...! ¡Aquí estoy! ¡No corran...! ¿Qué no son hombres, tú Morales, tú Quiroz, Plasencia?

—Pero en vez de volver, los dos coches desaparecieron rápidamente.

x X x

Carlos Orozco tuvo mejor memoria que yo. Pues cuando me habló del incidente de Los Belenes, recordé una noche, cuando ya íbamos a descansar, que llegó corriendo uno de mis medieros, llamado Guadalupe Ortega, muy excitado.

—¡Señor, unos individuos se pararon allí junto a mi labor y echaron cerillos en el montón de hoja... y está ya ardiendo... y me echaron la viga cuando les reclamé, y sacaron las pistolas...

Yo tomé mi escopeta y salí al lugar de los hechos. Sí. Ahí estaba parado un individuo mientras otro entraba ya al coche, junto al montón de manojos de hojas de maíz y de mazorcas recién pizcadas por Ortega. No les dí tiempo de sacar las pistolas. Encañoné la escopeta y les grité:

—Salgan inmediatamente y apaguen la lumbre...

Azorados voltearon, pero no daban trazas de obedecer. Las solté un disparo y les grité:

—¡Pronto...!

Inmediatamente bajaron y a sombrerozcos apagaron el fuego... Yo me acerqué. Eran cuatro, amigos míos...

—¡Fué una broma... No queríamos perjudicarte.

—¡También lo mío es broma... A mí no me perjudican, sino a mi mediero, porque el rastrojo es de él...! —Rodolfo y Vicente Alvarez del Castillo, don Bernardino Germán y otra persona cuyo nombre no recuerdo, eran los cuatro que apuradamente hacían por apagar el rastrojo, ahora riendo... Rodolfo era famosísimo bajo el apodo de "El Rémington". Había matado muchas personas, pero conmigo él y sus hermanos habían sido muy amigos míos desde jóvenes.

—¡Palabra... —decía Rodolfo— no teníamos malas intenciones... Nos detuvimos aquí para orinar... Saqué luego un cigarro, lo prendí y tiré allí el cerillo...

—Y cuando le pedí que no me quemara mis manojos me echó la viga... —dijo Ortega.

—¡Ya no digas nada, hombre. Yo te pago lo que sea... toma... —y sacó un billete de diez pesos que Guadalupe aceptó.

—Gracias, señor...

—¿No vez que somos amigos viejos de Zuno...?

—Sí, Guadalupe. Somos amigos. Aquí todo ha concluído.

—¡Echate pues un trago...!

La botella de cognac circuló entre todos. Se consumió porque otros rancheros habían llegado a la novedad.

—¿Te acuerdas aquella vez que fuiste con Cuéllar a San Jacinto, dizque a cazar venados?

—Sí, Rodolfo.

—Subimos al cerro y nada... ni rastro de los malditos...

—Cuando bajamos, vimos la manada de chivas que comían en el güizachal...

—¡Mira... tú no te vas sin algo, aunque no sea venado...

Me eché mi rifle al pecho y le disparé al chivo padre...

Rodó por el pedregal, bien muerto... Lo mandé bajar a la casa, lo pelaron, te lo acomodé en el radiador del coche y entraste a Guadalajara, presumiendo como si fuera, de veras, un venadote...

—Cierto, Rodolfo... muy cierto. Imagínate que cuando llegué a mi casa una tía mía, muy enferma del corazón, me mandó pedir carne y sangre del animal, porque sabía que con eso sanaría. Se los mandé. No me lo creerán, pero ella se alivió con la sangre y la carne del chivo...

Así terminó lo que bien pudo ser una grave escaramuza.

Rodolfo me atendía mucho, hasta cuando andaba borracho. Una vez, después de pasar el día bebiendo en la Fama Italiana, salió a la calle, montó en su yegua finísima y empezó a calarla en el portal, en la banqueta, en el jardín de la Plaza de Armas. Yo salí del despacho y al pasar por ahí, detuve el coche, le hablé, lo invité a bajarse de la yegua, le convencí de que subiera al carro para llevarlo a su casa, donde su mamá estaba ya muy apenada, pues sabía que su hijo andaba alborotado.

x X x

Y ya que se trata de recordar tales hechos y sucedidos, lo mejor es agotar de una vez la materia.

Cuando niño fui siempre de índole tranquila. No peleábamos mis hermanos y yo, sino rarísima vez.

Mi primera aventura pugilística la experimenté cuando cursaba el quinto año de la escuela superior elemental. Era compañero nuestro Vicente Pérez, joven pueblerino de Tonaya, con quien yo la llevaba muy bien. Correteábamos todos una mañana por la Alameda, actual Parque Morelos, después de salir de la escuela. Jugando, jugando, empezaron a picarnos. Los demás se dieron cuenta y nos azuzaban...

—¡No puedes con el Chato Pérez...! ¡Tonaya te pega! ¡Es más hombre que tú...!

—¡Le voy a Zuno...! ¡Ese ranchero es un bruto...!

Luego, de hecho, nos empujaban uno contra el otro. Nos pusimos furiosos. Empezamos los golpes de coraje. Sin ton ni son. Muchos nos dimos. Tuve suerte. Vicente empezó a flaquear. Yo

golpeaba su cabeza, porque se cubrió la cara con los brazos y las manos. No corrió. Pero dejó de pelear. Nos separaron. La turba me declaró campeón.

—¡Ganó Zuno...! ¡Viva...!

Pasaron meses. Vicente y yo seguíamos siendo buenos amigos. Me sentí una especie como de gigante invencible. Otro de mis compañeros, de apellido Romero, era muy largo, fuerte, pero muy ingenuo y torpe. Todos se burlaban de sus inocentadas. También yo. Le dí un empujón contra la pared cuando todos íbamos en la calle.

—¡No te dejes, Romerito...!

—¡No puedes con Zuno...!

—¡Que se agarren a ver quien es más hombre...!

—¡A que no le tientas los bigotes...!

Se los tenté. Se puso furioso.

—¡Pégale en el pecho, Romero, no te dejes.

Y me pegó. No solo en el pecho, sino además donde se le antojó. Metía las manos yo para pegarle, primero, después para cubrirme. Nada me valía. Acabé por cubrirme la cara con las manos, igual que Vicente Pérez cuando yo le gané. No quise correr. Tenía ganas de hacerlo, pero me contuve. Romero se vengó en mí de todas las burlas, mías y de los demás; por las que sufrió hasta entonces. Al fin, cansado, dejó de pegarme. Yo descubrí la cara, roja de vergüenza y de golpes. El me miró, su furia se apagó, se me aproximó y me dijo:

—¿Quieres que seamos amigos...?

—¡Chócalas...!

—¡Chócalas...! —Nuestras manos doloridas se apretaron. Nunca más volvimos a pelear. Nos vimos mejor que antes.

No recuerdo más pleitos de mi primera juventud. El que relato con Romero me sirvió de dura lección. Entre disputas y bromas pesadas.

Ya en el Liceo, las peleas fueron colectivas contra los seminaristas de San José.

Cuando nos metimos en política, yo como caricaturista y otros como escritores, muchas fueron las veces que con los puños o como pudimos, combatimos a los enemigos. En los campos del fútbol, a trompada limpia defendíamos los colores de nuestro equipo.

OPINIONES DIVERSAS SOBRE MI ACTUACIÓN POLÍTICA

CARTAS A ZUNO

El movimiento y las directrices sociales y políticas de Jalisco, al intervenir en la vida pública, aquel grupo de jóvenes resueltos o iluminados, intrépidos y románticos a la vez, encabezados por la atrayente personalidad de José Guadalupe Zuno, todavía no es suficientemente analizado.

El hecho evidente es que ellos abanderaron, canalizaron e interpretaron, con un enorme y excepcional respaldo popular, las ansias insatisfechas de los campesinos, las demandas agresivas de los parias obreros y campesinos, las voces inconformes de los intelectuales y de los artistas. Ese movimiento, inusitado en esa época en nuestro medio mexicano, limpio, lleno de ímpetus generosos, obtuvo en la lucha del Gobierno de Jalisco y desde allí retó, en gesta heroica, la soberbia del dictador, la rebeldía del falso milite, la ira de hacendados, encomenderos y extorsionadores del pueblo.

Esa etapa, que tan justificadamente se le llamó El Zunismo, por quien le dió espíritu y validez, fue tan pródiga en sucesos políticos, en creación orgánica, que su mística y su dinámica se extendieron a diferentes regiones del País; y con variantes o ritmo distinto, de acuerdo con el momento y el medio, todavía subsiste, es ejemplo y dá una fisonomía revolucionaria de entereza y acción, de pasión por un ideal, de un espíritu político que se desatiende de lo anacrónico para convertirse no solo en una física monumental constructiva, en extraordinario contraste con los precarios presupuestos de entonces, sinó en lo profundo, en su tónica, en su filosofía, en la organización de un sistema de gobernar hecho tangible en un Estado que solo había contemplado a la Revolución con ojos atónitos de sorpresa o espanto.

Si esa época tiene un significado social y por ello puede ser amplio caudal de estudio, es necesario, entonces, mientras las bio-

grafías o ensayos históricos se organizan con método investigador, ir exponiendo a la luz de la crítica el vasto escenario, el ámbito del Zunismo en Jalisco.

x X x

Estas cartas fueron escritas a Zuno, la primera en contestación a la que él dirigió al señor General don Alvaro Obregón, Ex-Presidente de la República; la segunda, que fue la respuesta de don José Vasconcelos a la que también aquí publicamos; las de los señores Pedro de Alba y Emilio Portes Gil, contestando las que recibieron de Zuno; y la de David Alfaro Siqueiros que me escribió a mí.

Todas se refieren a un tema de altura: a los orígenes de la contienda ideológica y tesonera por la conquista o modelado de las Universidades mexicanas y son a no dudarlo, el antecedente de la lucha, que aún no termina, por fijar los rasgos auténticos de la Revolución en esas entrañables y valiosas ciudadelas del pensamiento mexicano.

Dr. RAMON CORDOVA.

Sr. Gral. ALVARO OBREGON.
Navojoa, Son.

Distinguido y fino amigo:

La leal amistad que me liga con Ud. y la obligación moral que siento de darle cuenta de los actos satisfactorios que verifico en el cumplimiento de mi función gubernamental, me hacen con gusto comunicarle que el día de la Raza logré completa organización de la Instrucción Pública en Jalisco, fundando bajo muy firmes auspicios la Universidad de Guadalajara, que funcionará después de gran número de años de suspensión, con un programa de trabajo enteramente de acuerdo con los ideales revolucionarios implantados por la hábil dirección de Ud. en la República y que ahora vienen floreciendo. No deseo hacer más larga esta carta que solo lleva la intención de darle a Ud. la satisfacción de haber ayudado tan noblemente al Gobierno de Jalisco, que ahora y siempre desea cumplir con su deber.

Lo saluda afectuosamente su amigo y seguro servidor.

Guadalajara, octubre 15 de 1925.
José G. Zuno.

Sr. José G. Zuno,
Gobernador Constitucional del Estado,
Guadalajara, Jal.

Estimado y fino amigo:

Leí con positivo gusto su apreciable carta del 15 del actual y mucho me satisface saber que usted ha devuelto a Jalisco una de sus mejores instituciones educativas, facilitando así la educación de sus hijos, para que puedan hacer honor al justo prestigio conquistado por Jalisco como una de las Entidades más cultas de nuestro país; y yo felicito a usted sinceramente por este paso de tan alta trascendencia, deseándole acierto en la gestión que le resta en su período de Gobierno.

Mucho le agradezco sus bondadosos conceptos y la generosa tarea que se ha tomado de informarme periódicamente de los actos más salientes de su administración.

Lo saludo con todo afecto y me despido a sus órdenes, atento amigo y seguro servidor.

Náinari, Cajeme, Son., Octubre 26 de 1925.

Alvaro Obregón.

13 de mayo de 1955.
Sr. Lic. D. José I. Vasconcelos.
México, D. F.

Mi distinguido amigo:

Era usted el Rector de la Universidad Nacional cuando tuve el honor de conocerlo. Yo representaba a Guadalajara en el Congreso de la Unión como diputado. Presidía en él la Comisión de Biblioteca y era miembro de la de Instrucción Pública. Usted fue el iniciador de la fundación de la Secretaría de Educación Pú-

blica. Con ese carácter, representando además al Ejecutivo de la Unión, estuvo en muchas ocasiones ante la Cámara en unión de los señores licenciados don Antonio Caso y don Ezequiel A. Chávez sosteniendo la iniciativa. Después fuimos en compañía de usted varios diputados a gestionar ante las Legislaturas de los Estados su aprobación, cuando sólo ese trámite faltaba para que la reforma constitucional quedara consumada. Nos reuníamos además en "Antojitos Tapatíos" o en "Los Monotes" de José Clemente Orozco, con este pintor, con Atl y Montenegro, con Diego Rivera que llegó en esos días de Europa; con Pellicer, Torres Bodet, Julio Torri, Francisco González Guerrero, Manuel Martínez Valadez, Pedro de Alba, Rafael López y otros amigos de usted y míos. Cuando usted fue designado como Primer Secretario de Educación Pública, seguimos comunicándonos afectuosamente. Yo gané con todo ello los conocimientos y el convencimiento necesarios para emprender a conciencia la fundación de la Universidad de Guadalajara, cuando ocupé la gubernatura de mi Estado; pues aparte de mis modestas experiencias locales como estudiante del Liceo, como maestro de dibujo, y por las enseñanzas de mi padre, que fue maestro de escuela; me enteré por usted, por don Antonio Caso y don Ezequiel A. Chávez, de las ideas superiores universitarias y de la educación pública.

Nuestra Universidad cumplirá en octubre treinta años de vida y en derredor de este aniversario se vienen haciendo estudios respecto de ella. A mí me han pedido algunos Directores de Facultades mis impresiones y mis recuerdos, que no quisiera que fueran solamente autorizados por mi dicho: sino por el testimonio de intelectuales destacados en nuestra Historia como es el relevante caso de usted. Por ello, si le parece bien, le ruego me haga favor de escribirme algunas letras sobre los acontecimientos cuya memoria dejo apuntada en el principio de esta carta, que lleva para usted la renovación y el aumento de mi viejo afecto.

Lic. JOSE GUADALUPE ZUNO.

México, D. F. julio 10 de 1955.

Sr. Lic. Don JOSE G. ZUNO.
Av. M. M. Diéguez 626.
Guadalajara, Jal.

Muy querido amigo:

Me refiero a su grata de 13 del actual. Todo lo que usted recuerda en ella es exacto. Yo recuerdo con complacencia, la colaboración que recibimos de usted, llena de entusiasmo y de talento para todo lo que intentamos en ese ilustre Estado de Jalisco.

La influencia de usted para que fuera aprobado el proyecto de creación de la Secretaría de Educación, fue decisiva. A usted se debió, en su mayor parte, la fundación de la Escuela de Bellas Artes y el Museo del Estado. Cada vez que usted visitaba la Capital, entraba desde luego a formar parte de nuestro grupo porque todos reconocíamos la importancia de lo que usted hacía para llevar adelante los planes de la Secretaría en Jalisco. Y al mismo tiempo, estábamos informados de la brillante gestión que usted desarrolló ya en lo personal, cuando le tocó regir su Estado.

En asuntos de amistad, no soy desmemoriado y recuerdo algunos favores que usted no cita, como cuando me ayudó para mi campaña política como Gobernador de Oaxaca. Usted vió entonces, con claridad singular, que el triunfo de aquella campaña hubiera dado a la Revolución entera, una dirección cívica que hubiera evitado muchas penalidades para la Nación.

Creo que no necesito decir más para convencerlo de que ha contado usted y sigue contando, con mi admiración y mi afecto Y sin más, me repito su viejo amigo y S. S.

José Vasconcelos.

México, D. F., 23 de mayo de 1955.

Sr. Lic. Don José G. Zuno,
Av. M. M. Diéguez No. 626.
Guadalajara, Jal.

Mi querido compañero y viejo amigo:

Me he enterado de tus actividades culturales, las que están de acuerdo con tus antecedentes y tus inclinaciones; nunca olvido nuestra magnífica época del año de '20 cuando vinimos a la Cámara de Diputados con un gran impulso de renovación y de trabajo fecundo.

Recuerdo aquellas reuniones que organizábamos los de la Comisión de Educación Pública de la Cámara, cuando tuvimos la visita de Don Ezequiel Chávez y de Don Antonio Caso, con quienes discutimos el alcance de la reforma constitucional para crear la nueva Secretaría de Educación en tiempo de Vasconcelos; tu tomabas parte en esas reuniones y dabas tu parecer con esa franqueza que es tan propia de tu modo de ser.

El grupo que se formó en Guadalajara, en el que figuraban mi inolvidable y fraternal amigo, Manuel Martínez Valadez y el infortunado Hernández Galván, fue mantenedor de las mejores fuentes de la cultura mexicana, tanto en las artes plásticas como en la música y canto. En tu época se abrió a una nueva vida la Universidad de Guadalajara; habías tu creado el ambiente propicio para que diera sus mejores frutos.

Nunca olvido la emoción de Rafael López, cuando estuvimos en la toma de posesión de tu Gobierno, cuando Rafael te dedicó aquel poema "A Chapala", que fue una de sus mejores realizaciones poéticas.

Tengo la nostalgia de mi Estado natal y todo lo que ahí ocurre me afecta y me interesa vivamente; por eso ahora que se trata de conmemorar las Bodas de Plata de la Universidad de Guadalajara, me siento identificado contigo y con Agustín Yáñez en el empeño de que se le dé alto relieve a esta efeméride magnífica en la historia de nuestro tiempo.

Te saludo con mi grande y viejo aprecio; hago votos por el buen éxito de todas tus actividades y quedo a tus órdenes en esta

Cámara de Senadores como tu compañero y viejo amigo que tanto te estima.

Pedro de Alba.

9 de junio de 1955.

Sr. Lic. don José G. Zuno,
Av. M. Diéguez N° 626,
Guadalajara, Jal.

Muy querido amigo:

Estuve ausente de la capital algunos días y ha sido a mi regreso cuando me enteré de tu apreciable carta del 13 de mayo, que paso a contestar con mucho gusto.

En relación con las preguntas que me haces te manifiesto que cuando representaste al Distrito de Guadalajara ante el H. Congreso de la Unión, formaste parte de la Comisión de la Biblioteca de la Cámara y de Instrucción Pública, habiendo desempeñado tales comisiones con el entusiasmo y patriotismo que siempre te ha caracterizado.

En cuanto a la iniciativa para el establecimiento de la Secretaría de Educación Pública que envió el Presidente Obregón, fue turnada a la Comisión de Instrucción Pública, integrada por un Secretario y otros Diputados, quienes tuvieron diversas entrevistas con los señores Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez y José Vasconcelos para tratar el asunto, y de parte nuestra recibieron todo el apoyo hasta que la iniciativa fue aprobada en definitiva.

Me consta igualmente que fuiste de los más entusiastas sostenedores de este asunto y que el grupo de Diputados entre los cuales me encontraba yo, hicimos gestiones ante las Legislaturas de los Estados para que lo antes posible se aprobara la reforma respectiva. Esta reforma se tramitó rápidamente y puedo asegurarte que ninguna otra de las propuestas hasta entonces se tramitó con tanta diligencia.

Es cierto que estuve en Guadalajara cuando fundaste la Universidad. Tengo presente que el programa que formulaste fue inspirado en el deseo de poner dicha Institución al servicio del pue-

blo, caracterizándose dicho programa por el espíritu liberal avanzado con que has sido consecuente toda tu vida.

Esta oportunidad me ha brindado una doble satisfacción: recordar incidentes de nuestra vida y saludar con todo cariño al viejo amigo.

E. Portes Gil.

Señor
Dr. RAMON CORDOVA
Guadalajara, Jal.

Cuando se preparan las celebraciones del XXX aniversario de la fundación de la Universidad de Guadalajara, me ha parecido indispensable, y por demás justo, recordar nuestra participación en tan trascendente acontecimiento para la vida cultural del Estado de Jalisco, en particular, y de nuestra patria en su conjunto.

Recordarás que en un artículo publicado por mí "DATOS PARA LA HISTORIA DE NUESTRO MEXICO" en el diario "Excelsior" de los primeros meses del año de 1929, escribí textualmente lo que a continuación transcribo:

"En lo que va del siglo nadie ha hecho más por la cultura en Jalisco que José Guadalupe Zuno. En tal orden, puede afirmarse, que este pintor-ciudadano ha sido el guía más esclarecido de la acción de la Revolución Mexicana en su Estado natal".

Posteriormente, en diferentes intervenciones y escritos, he dicho, palabras más o palabras menos, lo siguiente:

Conocí a José Guadalupe Zuno, cuando yo era estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria y asiduo figzón de las clases nocturnas en la Escuela de Bellas Artes, el año de 1909. Más tarde, en 1911, volví a encontrarlo cuando se preparaba activamente el movimiento de transformación en la Facultad Universitaria referida. Con otros muchachos jaliscienses lo vi luchar en las filas de los huelguistas y, si no recuerdo mal, fue él quien en apasionado discurso nos manifestó la adhesión de los artistas y estudiantes de su propio Estado. José Guadalupe Zuno, en consecuencia, fue sin duda alguna, el jalisciense que mayor aporte le dió a un movimiento que podemos considerar como el tronco fun-

damental de todo nuestro movimiento pictórico mexicano contemporáneo y, por ahí, la puerta de salida hacia una positiva cultura nacional en nuestra tierra.

José Guadalupe Zuno no fue alumno permanente de la Escuela de Santa Anita, el fruto material más importante en el orden pedagógico de la victoria de nuestra huelga de 1911, pero con mucha frecuencia se le vió siempre en nuestra nueva casa de arte y su conexión directa o indirecta con el grupo más juvenil y entusiasta de dicho establecimiento fue permanente. Las primeras discusiones nuestras sobre *El Impresionismo y la Revolución* lo incluyeron en multitud de ocasiones. Lo mismo en aquello a que nos referíamos entonces sobre la importancia del arte popular, antes tan categóricamente menospreciado.

Cuando en 1915, como Oficial de las Fuerzas de la División de Occidente, mandadas por el General Manuel M. Diéguez, tuve la suerte y el honor de participar en el ataque y toma de Guadalajara, me encontré con que en la Capital del Estado de Jalisco existía y actuaba un grupo de jóvenes intelectuales y que este grupo era, sin duda alguna, dirigido potencialmente por José Guadalupe Zuno, Enrique Díaz de León, Xavier Guerrero, Amado de la Cueva, Alfredo Romo, Córdova, etc., etc., y su grupo que yo he llamado de la Colonia Seattle porque en una casa de ese lugar solían reunirse permanentemente, actuaban bien, tanto en política como en todos los órdenes ideológicos, animados por el gran espíritu y extraordinaria actividad de José Guadalupe.

Es imposible abarcar en toda su magnitud la importancia que este grupo "de bohemios" tuvo para la vida posterior de nuestra patria, particularmente en el campo intelectual y específicamente universitario.

En 1917-18 (porque en 1919 yo me fuí a Europa), las reuniones esporádicas y circunstanciales de Guadalajara, que lo he llamado en múltiples ocasiones "Congreso de Artistas Soldados" fueron indudablemente las más importantes y profundas de las celebradas entonces en cualquier parte de la República. Ya no se trataba solamente de los jaliscienses antes mencionados, sino también de Raziél Cabildo, de José de Jesús Ibarra, de Miguel Angel Fernández, de Jesús S. Soto, de Samuel Ruiz Cabañas, etc., y de tantos otros venidos de diferentes partes del país, y que en alguna forma, ya fuera como civiles o como militares, o ambas

cosas, estaban participando en la guerra civil, pero en todas las ocasiones, en todos los casos, sobre todos los problemas, la voz y energía de José Guadalupe Zuno se hacía siempre presente. Y conviene hacer notar que de esas reuniones salieron las primeras promulgaciones teóricas que habrían de servir más tarde de soporte ideológico, de principio doctrinario, a toda nuestra posterior producción muralista y pictórica en general.

A José Guadalupe Zuno se le debe, más que a nadie, el impulso del muralismo en Guadalajara y en todo el Estado de Jalisco. El apoyo que nos dió para tal objeto a Amado de la Cueva y a mí, hizo posible esa primera experiencia que fué la decoración del Salón de discusiones libres de la Universidad. De ahí partió todo lo demás. El precedente había sido establecido ... y después vino José Clemente Orozco con su obra portentosa.

Conociendo todos esos antecedentes ¿quién tendría que ser normalmente, en las condiciones históricas correspondientes, el fundador de la Universidad de Guadalajara?

Indudablemente el hombre destinado a realizar tal empresa no podía ser nadie más que José Guadalupe Zuno y su grupo, el grupo de los escritores, poetas y artistas partícipes de las luchas revolucionarias en todos los órdenes. Sus enemigos no pudieron hacer sino, precisamente, todo lo contrario. La gestión gubernamental de José Guadalupe Zuno, amigo presente de los trabajadores en sus más difíciles luchas sindicales, amigo en todas las ocasiones, se significó por su enorme interés en favor de la cultura y por darle a esta un sentido invariablemente popular. Decenas de anécdotas sobre este fervor suyo podría yo relatar ya que mi carácter de Secretario General de la Confederación Obrera de Jalisco, de Secretario General de la Federación Minera de Jalisco, como de Representante Obrero en la Junta de Conciliación y Arbitraje, me permitió palpar tales hechos durante largos años.

Fuera ya de la gubernatura del Estado de Jalisco, José Guadalupe Zuno siguió actuando en favor de la cultura nacional, y con una insistencia casi fanática, en favor de la cultura en su propio Estado de la misma manera que había operado siendo diputado federal en pro de la creación de la Secretaría de Educación Pública. Nada realizado por nosotros a escala Nacional le fue ajeno. Colaborador permanente de nuestro equipo de muralistas al ejecutar las obras de la Escuela Nacional Preparatoria, las

de la Secretaría de Educación Pública, las de Chapingo, al tanto siempre de lo que producíamos en los Estados Unidos Rivera, Orozco, Covarrubias, Efero García Caero, Arenal y yo; preguntando siempre por cartas o de palabra cuando esto era posible los problemas y las características técnicas de nuestras obras. Colaborador de "El Machete", órgano del Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México, su propagandista y divulgador en Jalisco; representante más tarde de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) lo mismo que como colaborador de su órgano, el "Frente a Frente", de el "Contra Ataque", etc., en fin. ¿quién en Jalisco puede hacer en su favor un balance igual?

Pero la labor de José Guadalupe Zuno no ha terminado. Hoy, a los 60, o más años. José Guadalupe Zuno sigue trabajando en la estructura del Estado de Jalisco y de México en su conjunto. No sólo fue revolucionario mexicano amigo de la clase obrera en sus mejores luchas, el creador de la vida universitaria en su Estado, sino que hoy es el más activo defensor de esa marcha.

Y mucho más podría hablarse todavía a este respecto.

David Alfaro Siqueiros.

Mayo 19 de 1955.

Guadalajara, Jal., a 20 de Junio de 1956.
Sr. Lic. D. José Guadalupe Zuno Hernández.
P r e s e n t e .

Muy estimado y fino amigo:

Hemos visto últimamente un folleto que, bajo el título de "CARTAS A ZUNO", ha circulado en relación con la fundación de la Universidad de Guadalajara. El señor doctor don Ramón Córdova dice en el Proemio textualmente, "que es indispensable ir exponiendo a la luz de la crítica, el vasto escenario, el ámbito del Zunismo en Jalisco". El señor doctor Córdova tiene toda la razón al expresarse de ese modo, pues el asunto que trata su folleto es, a no dudarlo, de muy grande interés cultural e histórico. A

nuestro entender, poco ha de faltar para que en el terreno que plantea, quede el estudio completo, pues los documentos son por sí mismos altamente elocuentes y el resultado será, por supuesto, altamente satisfactorio para usted, por haber fundado la Universidad.

Hay otro tema, de interés muy grande también, que nos interesa porque, como es bien sabido y notorio, los principios liberales que habían sido la norma de nuestras instituciones públicas, se ven cada día más y más menospreciados. Preocupados nosotros por el porvenir incierto que ello implica para el progreso de la Patria y del Estado, por el peligro en que vemos están los postulados tradicionales del liberalismo mexicano, hemos resuelto manifestar a usted lo siguiente:

Si usted nos autoriza para ello, publicaremos un folleto, como el del señor doctor Córdova, que bajo el título de "NUEVAS CARTAS A ZUNO, LA CUESTION CLERICAL", contenga las cartas que se cambiaron usted y el arzobispo de Guadalajara Francisco Orozco y Jiménez, el año de 1924. Sabemos que usted, en este y en todos los casos, supo actuar sin vacilaciones y que, seguramente, será fructífero y ejemplar recordar, con la circulación de esas cartas, el aspecto culminante del conflicto. Le rogamos que, además, nos escriba usted en forma de ampliación informativa, algo sobre las circunstancias en que se desarrolló el asunto, para que se pueda hacer, por parte de la opinión pública, una comparación de la forma en que ahora se estila consentir la violación de nuestras leyes sobre cultos religiosos.

Le hacemos aquí presentes nuestra adhesión constante por su labor liberal, tanto en el orden político como en el social y en el cultural. Sus affmos amigos,

Florencio Paredes, Carlos García Sánchez, Martín V. Mercado, Luis Jiménez Delgado, Abelardo Martín Novelo, Julio González, José Luna López, Samuel P. Carrillo, José Hernández Gómez, Ramón Sigala, Ruperto García Sánchez, Manuel García G. Román Domínguez C., José Medina Preciado, Jesús Gutiérrez Paredes, Gral. Rafael Mendoza Valencia, Manuel A. Dalli, José D. y Araujo, Ramón A. Riebeling, Urbano Hernández E. Alfredo Gómez Morán.

Guadalajara, Jal., Junio de 1956.

Sres. Florencio Paredes, Carlos García Sánchez, Manuel García G. Martín V. Mercado, Luis Jiménez Delgado y demás firmantes.

P r e s e n t e s .

Muy estimados correligionarios:

Efectivamente, como aseguran ustedes juiciosamente en su carta de este mismo mes, que acabo de recibir, será necesario repetir lo que dejó ya asegurado nuestro amigo el señor doctor Ramón Córdova, en el Prólogo del folleto CARTAS A ZUNO, que ha publicado últimamente; es decir, que se impone la necesidad de revisar la obra política y social que fue hecha durante un lustro, hace ya treinta años. Tuve la fortuna de verme al frente de los hombres que formaron los Partidos Políticos, llamados Confederación Revolucionaria de Jalisco, y por ese motivo puedo informar sobre muchos aspectos de importancia, como el que ustedes desean ahora publicar, respecto de los problemas suscitados por las cuestiones clerical y religiosa en nuestro Estado. Con mucho gusto remito a ustedes las cartas que nos cruzamos el señor don Francisco Orozco y Jiménez y yo. Además, amplió sus informaciones con un boceto de los hechos que motivaron las cartas:

Con muy contadas excepciones, los sacerdotes católicos acostumbraron, desde en 1910, al estallar la Revolución, predicar y actuar en contra de ella desde el púlpito en las iglesias. En donde podían, propagaban ideas contrarias a ella. Durante la campaña presidencial de 1909, efectivamente, tanto el Partido Católico como muchos clérigos y numerosos católicos se manifestaron anti-porfiristas. Don Trinidad Sánchez Santos, destacado periodista, Director del diario metropolitano EL PAIS, hizo una brillante campaña anti-reeleccionista. Pero en cuanto la Revolución se desató en guerra civil, cuando la justicia social fue imperativa, el clero católico se mostró aliado incondicional de los hacendados y de los explotadores de las clases trabajadoras. Nada que fuese en favor del agrarismo ni del sindicalismo merecía su aprobación ni su simpatía; sino todo lo contrario, perseguía con zaña de fanáticos a quienes se adherían a las comunidades agrarias o a las

uniones obreras, negándoles los auxilios religiosos y desacreditándolos en las poblaciones, amenazándolos con los castigos divinos.

Como una muy natural resistencia de parte de los revolucionarios, el anti-clericalismo se hizo apasionado. Aquí en Jalisco, donde se tuvo algún tiempo al villismo como reacción contra la Revolución; y al carrancismo como el más radical exponente de los principios sociales, el villismo enraizó entre los fanáticos y hasta muchos sacerdotes se filieron en él, haciéndose más honda la división. Poco tiempo después de que me hice cargo del puesto de Gobernador del Estado, cuando incrementé la organización de los sindicatos de obreros y el reparto de tierras entre los campesinos, las autoridades municipales de numerosos lugares me informaban que los sacerdotes católicos utilizaban el culto para combatir las dos actividades revolucionarias. Cité a mi despacho a muchos de ellos, después de que no atendieron las indicaciones de las autoridades locales. Muchos vinieron, otros se desterraron voluntariamente a los Estados circunvecinos que les quedaban más a mano. Ninguno de los que hablaron conmigo dejó de darme la razón cuando les exponía con claridad el problema. No quería yo, ni debía, perseguir el culto estrictamente religioso, pues ello hubiera implicado una violación constitucional de mi parte; pero todo aquello que no fuera francamente religioso, lo que obstaculizara la obra redentora del Gobierno debía cesar, a cambio de que quedara ampliamente garantizado por mi parte, el ejercicio del sacerdocio con limpieza. Cuando el Presidente Municipal de Atotonilco el Alto, Isidro Cervantes, me informó de que el Cura de San Francisco de Asís, don Francisco Angulo, no hacía caso de sus advertencias al respecto, le ordené que lo citara a mi despacho y como tampoco obedeciera el llamado después de tres instancias, ordené que fuera detenido y conducido a esta ciudad. Cervantes se extralimitó trayendo amarrado de las manos al señor Angulo. Cuando llegué yo a Palacio, en la mañana, ví un hombre que se aproximaba suplicante hasta mí diciéndome:

—Señor Gobernador, yo soy Francisco Angulo, Cura de San Francisco... Aquí me tiene usted a sus órdenes...

—Isidro— repuse yo, ordenando a éste— Desamárralo, yo no te ordené que así lo trajeras...

El señor Angulo se agradó mucho.

—Muchas gracias, señor. Ahora le pido un gran favor...

—Diga usted...

—Su Secretario de Gobierno Silvano Barba González, fue condiscípulo mío en el Seminario de San Juan. Le ruego que él esté presente en la conferencia que tendré con usted.

Accedí desde luego a la petición. Vino Silvano hasta mi despacho, pero no reconoció al señor Angulo, por lo que, para evitar la penosa situación de éste, pedí a Silvano que nos dejara y ya solos, le dije:

—No necesitamos ningún testigo para lo que tenemos que hablar. Solamente le pido que se ajuste a las disposiciones legales. En cambio yo le garantizo el ejercicio del culto, en el Templo, sin sus intromisiones en cuestiones políticas. Es ésto tan sencillo y tan justo, que no veo porqué pueda usted oponerse.

—No me opongo. Estoy conforme con lo que me pide... Pero yo necesito explicar mi actitud a mis feligreses... Se me ocurre que ellos verían claramente nuestro arreglo y nuestra conformidad, si de común acuerdo hacemos el camino de Atotonilco. Ustedes empiezan ahí y nosotros en San Francisco... Hacemos una obra buena y terminarán todas las dificultades.

Aprobé la idea, entregué herramientas, materiales y dinero al Presidente Cervantes y al señor Angulo y se retiraron para volver a sus lugares. Al salir yo de mi oficina, se presentó en ella el señor don Ramón Garibay, persona muy católica, piadoso y caritativo vecino de la ciudad, amigo mío y de mi familia, quien pedía darme un recado del Padre Angulo. Me dijo que lo había encontrado cuando salía del arzobispado muy confuso, porque su superior no parecía aprobar los arreglos tenidos conmigo, pues no habían sido previamente de su conocimiento. El señor Angulo objetó que no podía físicamente haberle dado cuenta con anterioridad en vista de que estaba detenido. Además, el acuerdo no violentaba ni su honor, ni su religiosidad, ni sus deberes sacerdotales; sino al contrario, los garantizaba. El señor Angulo quiso que yo estuviera al tanto de aquello y de que, si en los periódicos decían algo las autoridades eclesiásticas, yo podía con su respaldo, decir que cumpliría todos sus compromisos tal como lo había ya dicho a su prelado:... "pues antes que todo, soy hombre. Usted lo sabe bien, señor Arzobispo, pues lo he acompañado en sus aventuras armadas llevando mi rifle y mi carrillera terciada. Por eso, prefiero cumplirle al Gobernador, que

seguir llevando esta sotana... que aquí le dejo, si usted no aprueba lo que he hecho..." Estas palabras textuales me fueron comunicadas por el señor Garibay. Yo contesté que, aún cuando dijera la prensa algo, yo no haría ninguna declaración, pues deseaba pagar con igual hombría y caballerosidad la lealtad del señor Angulo. No fue necesario nada, porque sí le dieron el visto bueno al convenio; pero luego vinieron las cartas que ustedes conocen, las cuales sí hice públicas mereciendo la aprobación de todo Jalisco en general. Hace unos años, el señor Angulo, que ahora es Obispo de alguna de las jurisdicciones del Sur, me envió sus saludos, pues a partir de entonces fuimos buenos amigos y lo seguimos siendo. Cuando yo renuncié al cargo de Gobernador, a poco tiempo se agudizó el problema religioso y él y otros sacerdotes se levantaron de nuevo en armas y asaltaron el tren de México, cometiéndose gravísimos atropellos con el pasaje. Después, fue amnistiado y ahora, repito, es Prelado de un Obispado. Tan satisfecho salió de mi despacho, que al pasar de regreso por Ocotlán y Tototlán, habló con los curas de esos lugares, Pedroza y Morán, para que se entendieran conmigo en iguales términos que él, como lo hicieron.

Creo que el problema religioso, cuando hay buena voluntad de parte de los sacerdotes y del Gobierno, es de fácil solución, pues basta con el respeto a las leyes y a la autoridad pública, lo cual no se vé ya.

Soy de ustedes affmo, atto y S.S. y amigo.

José G. Zuno.

Sr. Gobernador del Estado.
D. José G. Zuno.
Presente.

SEÑOR GOBERNADOR:

Con grande extrañeza y pena he estado viendo los llamados apremiantes que usted, Sr. Gobernador, ha estado haciendo a algunos de los párrocos del Arzobispado; lo cual en conclusión ha aparecido que fue motivado sin fundamento ni razones suficien-

tes y entre tanto ni se les ha indemnizado sus gastos, molestias y perjuicios. Por tal motivo, manifiesto a usted muy atentamente, que es de agradecerle se abstenga en lo sucesivo de verificar tales llamados y que, cuando se ofreciere algo semejante, se sirva usted comunicármelo y entenderse conmigo. Al hacerle ésta manifestación en obsequio de la Paz y la armonía, juzgo conducente exponer a la discreción y buen talento de usted, Señor Gobernador, algunas de las muchas razones en que me apoyo; garantizando ante todo a usted, Sr. Gobernador, la conducta intachable moral y civilmente de mi Clero en general. Ni dentro del sistema católico de la subordinación del Estado a la Iglesia, ni dentro del sistema liberal de la independencia entre la Iglesia y el Estado, cabe que el jefe de una u otra autoridad imponga mandatos a los empleados públicos que no pertenecen a su esfera de acción, por que ninguno de los dos sistemas destruyen el principio fundamental del derecho al respeto ajeno. En el caso de que un eclesiástico no obedeciere el llamado del Gobierno Civil por no creerse obligado, supuesto que no es su superior inmediato, el Gobierno Civil tendría que emplear la fuerza con peligro próximo de que se altere, porque la más insignificante indicación del eclesiástico, bastaría para levantar al pueblo contra un mandato indebido. Separado de improviso el sacerdote de su puesto inmediatamente sufre la administración parroquial, sufre el pueblo, sufren los módicos recursos del sacerdote, sufre la disciplina eclesiástica, nace la alarma en el vecindario y en el que es llamado. Sin embargo, por favor de Dios, resulta que fue inútil el llamado y que fueron positivos los males. Considerada pues, siquiera brevísimamente la trascendencia lamentable de la separación de los eclesiásticos de sus puestos, por disposición de la Autoridad Civil y sin mi orden y sin mi consentimiento, reitero atentamente mi petición de que se me comunique por el Gobierno del digno cargo de usted, lo que tenga a bien sobre lo indicado. Reitero a usted las seguridades de consideración, de su Prelado que lo aprecia y bendice. Dios Ntro. Señor guarde a Ud. muchos años.

Guadalajara, julio 18 de 1923.

Firmado: Francisco Orozco y Jiménez.
Arzobispo de Guadalajara.

GABERNADOR DE JALISCO

Correspondencia particular.

Guadalajara, Julio 20 de 1923.

Señor Francisco Orozco y Jiménez.

C i u d a d .

Mucha más extrañeza de la que causan a usted mis disposiciones, me causa a mí la libertad que se ha tomado al intervenir con su carácter eclesiástico, en asuntos de mi administración. Creo que debe abstenerse en lo sucesivo de manera definitiva, de tener ingerencia en mis actos gubernamentales en la forma que pretende hacerlo. Yo no tengo ninguna obligación, ni personal ni oficial, de buscar paz y armonía con el Clero, si no es a base de obediencia y respeto a las Leyes; pues ante la personalidad oficial del Gobierno no existen sino los ciudadanos con sus derechos y todas sus obligaciones. Me extraña mucho que usted suponga que yo he llamado a los sacerdotes de algunos lugares del Estado, por el solo hecho de serlo; si los he llamado es que como vecinos de algunas poblaciones, han cometido actos inconvenientes y peligrosos para el orden público. Ante mí, en mi calidad de gobernante, usted y los demás sacerdotes católicos o de otra religión, cualquiera que ella sea, son enteramente iguales, no pudiendo reconocer jerarquías ni personalidades eclesiásticas en ninguno de ustedes. Respecto de la amenaza que envuelve uno de sus párrafos sobre la alteración del orden al llamado de algún eclesiástico, debo decir a usted que en ese caso obraré con toda la energía que tal actitud merece; y tendría mucho gusto en que se presentara un problema de esa naturaleza durante mi gobierno, para demostrar a la opinión pública mi resolución de hacer guardar el orden aun cuando los que lo trastornen o pretendan trastornarlo, sean de la religión de ustedes o de cualquiera otra. Conste desde este momento, que todo levantamiento religioso armado que llegue a registrarse en Jalisco, queda bajo la responsabilidad de usted. Seguiré, pues, llamando a todos aquellos individuos que infrinjan las leyes o no cumplan con las disposiciones de este Gobierno, como lo he hecho con sacerdotes católicos que públicamente obstruyeron la labor educacional del Gobierno; se inmiscuyen en asuntos políticos, insultan a las auto-

ridades civiles, intervienen en la cuestión agraria, o en alguna forma, provocan disidencias sociales en el pueblo de Jalisco. Preferiré llamarlos a mi despacho, porque así conocerán más claramente mi opinión laica y neutral, y mi deseo de que los Ministros de cultos religiosos reduzcan sus actividades única y exclusivamente al cumplimiento de sus deberes eclesiásticos. Al mismo tiempo que contesto su inoportuna comunicación sobre los llamados que ha hecho este Gobierno a algunos sacerdotes católicos, voy a contestar otra más inoportuna todavía, sobre la publicación en "El Gato", de algunas constancias procesales de algunos crímenes cometidos por sacerdotes de su arzobispado. Debo manifestar a usted que el Gobierno no tiene ninguna ingerencia en el periódico a que usted se refiere, como no la tiene en ningún otro de los que se publican, pues no quiere colocarse en el caso en que usted se pone publicando un periódico de la calidad de "Restauración". Además soy respetuoso de las libertades públicas entre las cuales se encuentran como muy importantes, las de pensar y escribir. Si usted creé que alguno de los órganos periódicos de los que se publican en el Estado, infringen disposiciones legales, tiene usted abiertas las puertas de la Procuraduría de Justicia, para denunciar tales hechos delictuosos, con la absoluta seguridad de que será atendido como cualquier ciudadano. No necesito que usted me diga que mi deber es proteger los intereses de los habitantes de Jalisco sin distinción de ideas religiosas, pues creo estar en cumplimiento siempre con ese deber y creo además haber respetado siempre los sentimientos religiosos de la sociedad en general. Firmado.

JOSE G. ZUNO.

Guadalajara, Jal., Marzo 1º de 1926

C. Gobernador del Estado de Jalisco

D. José G. Zuno.

Presente.

Gran sorpresa me ha causado tanto el fondo como la forma de la contestación que Ud. Sr. Gobernador se sirvió dar con fecha 20 del actual a la atenta nota que le dirijí con fecha 18 del

presente. Sr. Gobernador, ambos tenemos grandes responsabilidades ante los hombres, ante la Historia y ante Dios; y los dos seremos juzgados por nuestros dichos y nuestros hechos. Prescindiendo de la impresión que cause a Ud. este pensamiento, asegurándole tan solo que yo satisfice a las responsabilidades que me corresponde dirigiéndole mi mencionada Nota, y que sigo satisfaciéndolas al añadir, con el debido respeto, las siguientes aclaraciones. En Primer lugar, lamento que Ud. no dé cabida alguna al derecho de petición, derecho aun natural del que yó he usado en cumplimiento de mi labor; y que al mismo tiempo haya entendido que al hacerle una petición de la esfera que corresponde, era intervenir en los actos de la administración de Ud. Malísima inteligencia. Por otra parte, ningún hombre culto, ningún pueblo civilizado, ni la misma Constitución de Querétaro, desconoce la existencia de la Autoridad Eclesiástica, y en la mente de todos los hombres, no ofuscada por el espíritu de las tinieblas, está que dicha Autoridad Eclesiástica o Religiosa, es del Orden Público, y por consiguiente que la sociedad debe ser religiosa por las dos Autoridades: La Civil y la Religiosa. Yo nunca he afirmado que Ud. ha llamado a algún sacerdote por el solo hecho de serlo. El mismo llamamiento demuestra que se les tiene como hombres públicos o como miembros de un Cuerpo Público; pero si Ud. no puede reconocer ninguna jerarquía ni personalidad eclesiástica, como lo asegura, quiere decir que está Ud. fuera de la Iglesia, y así ya nada hay que extrañar, solo hay que lamentarlo, como lo lamento, más que cualquier otro mal. En cuanto a amenazas, niego redondamente que contenga alguna mi Nota y protesto contra esa afirmación. Puede Ud. dar publicidad a mi Nota para que falle el Público. No temo absolutamente que haya algún movimiento religioso armado en el Estado, más si lo hubiere, sería yo tan responsable, como pudiera serlo Ud., tengo como increíble que Ud. Sr. Gobernador, lo promoviera, pero ciertamente es más increíble que yo lo promoviera. Soy Ministro de paz. Por ésta parte esté Ud. tranquilo. Debo manifestar a Ud. para su satisfacción, que los Sacerdotes que han hablado con Ud. en virtud del llamamiento que les ha hecho, se han retirado contentos de Ud. y que precisamente he estimado y he tenido en cuenta esta circunstancia para dirigirme a Ud. en el sentido pacífico y de armonía en que lo he hecho. Solo Ud. puede consi-

derar importuno que se le suplique que impida la edición del periódico El Gato, que por procáz, inmundo e impulsivo, indudablemente obstrucciona la buena educación del pueblo. Hace pocos días que un papelero se acercó en un tranvía a un pasajero vendiéndole El Gato. El pasajero con enfado rechazó al papelero diciéndole: qué me vé cara de lépero para que compre ese papelucho inmundo? Convengo en que el Gobierno no tenga ingerencia pero insisto en que, como buen Gobierno, tiene derecho y deber de impedir la circulación. En cuanto al periódico "Restauración" aseguro a Ud. Sr. Gobernador, bajo mi palabra de caballero y de Sacerdote, que no tengo ingerencia la más insignificante. Puede Ud. averiguar si es cierto lo que digo, por todos los medios posibles. Repito, en fin, que me ha causado dolorosa y profunda sorpresa el fondo y la forma de la contestación de Ud. por expresarse en ella como quien está separado de la Iglesia y como quien abusa del poder. Habiendo llegado a este punto en mi contestación veo publicada mi carta y la suya en el periódico "El Sol" anunciándose con un título subversivo, que vá contra la verdad y entraña ideas muy avanzadas y punibles. No. Sr. Gobernador, no soy yo un espadachín ni un mentecato; y para conocer mis ideas y tendencias le hubiera bastado mi carta aludida, a más de las circunstancias en que inculco al Clero subordinación y respeto a las Autoridades Civiles, como podrá usted verlo en las que incluyo. La actitud noble y digna de todo mi Clero Jalisciense, lo demuestran los hechos verificados en este último decenio. Ruego a usted señor Gobernador, que vea desapasionadamente tanto mi carta anterior, como la presente, Dios Ntro. Señor guarde a Ud. muchos años.

Guadalajara, Julio 22 de 1923.— Firmado: Francisco Orozco y Jiménez. Arzobispo de Guadalajara.— Un sello oficial del arzobispado.

Presidente de la República.— México. Palacio Nacional.— 20 de Julio de 1923. Sr. José Guadalupe Zuno, Gobernador C. del Estado. Guadalajara, Jal. Estimado y fino amigo: Me he enterado debidamente de la atenta carta de usted, fechada el día 23 del mes en curso, y refiriéndome a ella me es grato manifestarle: que sinceramente agradezco su gentileza de ponerme al

tanto de los documentos cruzados entre usted y el señor Francisco Orozco y Jiménez. Hasta la lectura del documento que dirigió a usted el señor Francisco Orozco Jiménez, yo lo tenía en el concepto de un hombre impulsivo, pero de alta pontencialidad mental. Leídos los demás documentos he modificado mi juicio, confirmando lo primero únicamente, pues ellos están redactados en un tono como el que al impulsivismo del autor corresponde, pero nunca a una inteligencia como la que generalmente se atribuía a este Alto Prelado; y creo que estos errores han colocado a usted en posición muy ventajosa para obrar con energía; si acontecimientos posteriores así lo exigen; y, ojalá, que en todos los conflictos que usted encuentre durante el período de su administración, se le ataque con tan poca mesura y tan poco talento, por que la defensa es así mucho más fácil. Inútil me parece ratificar a usted el franco y sincero apoyo que encontrará en el Ejecutivo de mi cargo, en cualquier situación difícil en que pretenda colocarlo la reacción. Lo saluda con todo afecto su atto. amigo y S.S. Firmado. A. Obregón.
México, 25 de Junio de 1926.

México, D. F. 25 de Junio de 1924.
Sr. D. José G. Zuno.
Guadalajara, Jal..

Mi distinguido amigo y señor:

Mi más calurosa felicitación por su gallarda actitud. El gobierno de Jalisco le dió a usted ocasión de revelarse de una pieza, y su último golpe es el último golpe de cincel. Tengo la arraigada creencia de que México estaría salvado si nuestros hombres de carácter tuvieran inteligencia, o nuestros intelectuales tuvieran carácter. Usted es un tipo excepcional y me envanezco de ser su amigo.

Es la vez de darle mis repetidos agradecimientos por la fineza y los favores que me dispensó como amigo y como gobernante.

Mariano Azuela.

EL LICEO DE VARONES

PASARON los exámenes del sexto año en la Escuela de don Aurelio Ortega. Durante las vacaciones, por un mes fuí al despacho de mi tío don Constancio para iniciarme en las minucias de la carrera de abogado, a la que parecía destinado, no por mi voluntad sino por la de mi familia. El otro mes lo gocé correteando en los potros finos que mi otro tío, el caballero de La Barca, educaba para la Hacienda de Briseñas. Volví a tiempo de inscribirme en el Liceo de Varones.

Penetré en él por su amplio portón, escudriñándolo todo. Una especie de ídolo color chocolate, guarnecía el cancel con las pesadas llaves en una mano. Era Sixto... Sixx...ttto... como le decíamos cargando el acento en la x y en la t. De no haber conquistado el país los españoles, este indio hubiera sido uno de los más enigmáticos y solemnes sacerdotes de Huitzilopochtli. Su bigote de mandarín chino, que la piochita rala de azteca le hacía juego, fruncía el ceño ante la turba estudiantil, sacudiendo el manojo de llaves en un ademán igual al que hubiera usado para hendir en nuestro pecho el cuchillo de pedernal y ofrecer luego nuestros corazones en la piedra de los sacrificios del altar superior de sus dioses, sobre el teocali. Pero Sixto nunca pudo ser, en nuestro siglo españolizado, más que el modesto y uraño conserje del Liceo de Varones de Guadalajara.

Subí, azorado, volviendo la mirada de vez en cuando para vigilar el amenazante ídolo, corrí por las escaleras y me metí por donde todos lo hacían. Una rejilla de madera dividía la sala de inscripciones. Nosotros, los novicios, nos apiñábamos ante la ventanilla del señor secretario, chaparrito, gordito, viejecito, con traje negro, de levita, chaleco blanco, brillante, a cuadros, con la gruesa cadena de oro haciendo fleco de bolsillo a bolsillo; un corbatón azul oscuro de damasco ahorcando el cuello de palomita, que apretaba el pescuezo del ilustre ingeniero, don Agustín Bancalari.

Presenté los documentos. Constancias de la terminación de la instrucción hasta el 6º año. Responsiva de mi conducta en el Plantel firmada por mi padre. Se me entregó la hoja con mi inscripción. Me enteré del horario, de las cátedras y del salón de cada una de ellas. Recabé lista de los libros indispensables. ¡Oh...! ¡Qué bueno...! La Historia de México y la General de don Justo Sierra...! ¡Para el francés el Berlitz...! Yo los había conocido y estudiado con gusto en el 5º año de la escuela con aquella bonita maestra, Lola Salcedo. ¡Qué horror...! ¡Qué era eso de Algebras, Aritméticas, Geometrías y Trigonometrías, más el Cálculo Infinitesimal y en el Espacio? ¡Qué barbaridad...! ¿Qué diablos era todo eso, y para qué embrollar la mente de los pobres estudiantes con tanto número, signo, incógnitas y operaciones misteriosas y sin fin?

Pero en cambio, estaban las clases de dibujo y las de solfeo y canto. Y, por encima de todo, las de esgrima y gimnasia.

Por aquí, por aquí es por donde debe empezarse una buena educación, señores. Vamos, primero que nada, la gimnasia...

A las siete de la mañana, ya estábamos todos formados en el gran patio. Otro ídolo tonalteca se acababa de parar en firme al centro del patio.

¡Firmes...! ¡Atención... Óido al paso... ¡Marchen...! Un... dos... un... dos... Alt...! Óido al paso... un... dos...

Era el señor teniente del Ejército Liberal, don Celedonio Guardado. Decían que siendo simple soldado del Regimiento comandado por el General Corona, había sido atacado por un grupo de franceses en la batalla de Atenquique, habiéndolos despachado a todos limpiamente, a machetazo cortante. Fue por ello ascendido de golpe, en el mismo campo, a Teniente. Luego, recibió instrucción de esgrima y ahora era un maestro en ese arte. Aquel caballero ágil, a quien el destino y el tiempo colocaron en sus manos machetes y sables en lugar de macanas y flechas, llevaba con gran dignidad el uniforme liberal. Bondadoso y enérgico, era, también, el Prefecto del Liceo. Como se habrá advertido, el orden estaba administrado por dos indígenas. Y bien administrado. Pronto pudimos comprobar las excelencias del profesor de esgrima. Nos fue instruyendo y seleccionando, nos apuraba mucho, nos desarmaba, nos tocaba con botonazos de su flo-

rete sobre el peto o sobre la careta y poco a poco nos fue adiestrando.

La gimnasia era muy divertida.

Nos formaba en dos bandos, primero para el juego de las estacas. Estas estaban incrustadas en una gruesa viga, colocada en la esquina del gran salón. De ellas debíamos colgarnos, entrando en orden sucesivo uno por cada extremo y en el encuentro, con la correspondiente mano, nos atacábamos hasta que uno u otro se veía descolgado a jalones. El bando que derrotaba mayor número de contrincantes era el triunfador.

—¡Tumbalo, Benítez...!

—¡Ahora te toca, Manuel Romo...!

—Con Hipólito nunca puedes...!

—¡Ahora sigues tú Sifón Sierra...!

—¡Ahora tu hermano Alfonso, Paco...!

—¡Tumbalo Zózimo Villalobos...!

—¡Te ganó Caparratas Navarro...!

—¡No puedes con Juan Martínez, que ya lleva seis y contigo son siete...!

—¡Duro, Piltrafas...! Tú te lo echas!

—¡No le des patadas, don Roberto Blanco!

—¡El gordo Valenzuela no puede con Luis!

—¡Luis Ramírez, que viva Autlán...!

—¡Arriba Coyota Santoscoy... no te dejes del viejo Castro!

Los partidos se formaban en fila, desde los más altos hasta los chaparros. Eramos de los últimos José Inés Guzmán, los dos Cristo, Enrique y Gustavo, los chapos, por apodo; Benjamín Contreras, el Chepo Gutiérrez, Agustín Santoscoy y yo. Entre los grandotes había varios estudiantes de la Normal, a quienes obligaba cursar en el Liceo la esgrima y la gimnasia, como dos hermanos flacos y pescuezones Los Fideos... Hilarión Ruvalcaba, Baltasar, Salvador Lima. No necesitaré explicar que aquellos más cultos, eran malos en gimnasia. Díaz de León azotaba al primer jalón que le diera cualquiera. A Enrique Pérez Arce, con poco más de esfuerzo y con alguna victoria, le pasaba igual. Los campeones indudablemente, eran el gabacho Juan Salazar, Manuel Romo, Daniel Benítez y Eliseo Morales. Este cometía faules, pues era muy pateador, como Roberto Blanco. Del lado de las estacas, en la otra esquina, estaban las argollas. El encuentro era

semejante. No nos gustaba porque no era tan difícil sostenerse en ellas. Luego, había cables marinos, escalas, barras, paralelas, columpios, trapecios, resortes, ejercicios con pesos, gimnasia sueca.

Al terminar la hora corríamos en torrente a la calle, a comer tortas compuestas, que las vendía el nevero de la esquina del correo, con quien teníamos amplio crédito. Tres centavitos costaban bien servidas con carnes o sardinas, lechuga y frijoles, chile, queso...

Bajo el enorme camichín del jardín de la Soledad jugueábamos y luego volvíamos al Liceo. Nuestros maestros no usaban ni togas ni birretes; pero eso sí, el que no andaba de levita y cubeta, vestía pulcramente paletó cruzado, como don Luciano Blanco, o jaquet, con pantalón a cuadros y bombín. Estoy viendo ahora mismo a don Manuel Tortolero, pálido como de cera, muy tieso y callado, que imponía el silencio en su clase con solo pasear su mirada de muerto por los alumnos. El gramático Tomás V. Gómez era inconfundible por su terno de jaquet y su bastón. Largos bigotes usaba, como los de don Francisco Escudero, pero no tanto como los de don Luis Pérez Verdía. Alguna vez deberá estudiarse la influencia de los bigotes en la sociología. Chaplin, Hitler, Hindenburg, Napoleón el Pequeño, don Porfirio, Madero, Carranza, hacen pensar en ello tanto como los que no los usaron, como Juárez, Napoleón el Grande, don Luis Corro, nuestro maestro de francés, etc., etc.

La clase de dibujo era regocijada. Nuestros maestros eran don Luis Vázquez Focerrada, don Manuelito Mendiolita y don Jesusito Mendocita... A Mendiolita, en cierta ocasión, saliendo en tropel por las escaleras, le dí un aventón que por poco rueda hacia abajo, pues lo confundí con Enrique Cristo. Era tembloroso, por enfermedad. Cuando corregía nuestros dibujos, quedábamos riendo por que sus rayas eran irregulares. Don Luis usaba un lenguaje florido, con giros inesperados.

—¡Huelo por ahí —dijo un día— el humo de alguna pestilente cachimba...! Ha de ser el señor don Enrique Pérez Arce... Guárdela usted, amiguito, en lo más recóndito de sus bolsillos, fije atención a su trabajo y eleve su espíritu a las alturas espirituales del arte del dibujo y olvide el feo vicio de fumar tabaco. Mendocita la llevaba bien con nosotros y hasta nos cambiábamos bromas.

Hubo excepciones en lo del uniforme modo de vestir de los maestros. Mendocita y Mendiolita vestían como corría la moda ciudadana. Don Luis, usaba levita. No la usaron nunca don Benja Romero, el maestro viejecito de matemáticas, ni don Luis Corro, maestro de francés, quien iba siempre como un flaco y fleumático lord inglés, pisando sobre los talones, pues la irónica Naturaleza no hizo el menor caso del apellido Corro, ya que don Luis no sólo no corría, sino que mal podía andar, pues la Diosa lo dotó de una tan grande serie de callos, que sus pies, a juzgar por los montañozos zapatones, eran la más completa colección que ningún pedicurista pudiera reunir.

La hora del solfeo no era otra cosa que pura solfa. Muy desafinada, por cierto. Antonio Ayála solía traerse de la botica los pomos de *valerianato de patasio* que regábamos pródigamente en la tarima donde La Ardilla, nuestro maestro, hacía inútiles intentos de hacer oír su escasa voz de sochantre. Otro modo de incitarnos al estudio de la música, era el de llevar limones y tamarindos que mostrábamos a la comadre Collado, o a Alberto Santoscoy en el momento en que daban la lección. De ese histórico momento data el descubrimiento del sonido 13 y muy cerca estuvimos del 14. Quede aquí aclarado pues, que don Julián Carrillo, no fue el descubridor, sino, cuando mucho, le pasó lo que a Franklin, que dió con la electricidad simultáneamente con un europeo. Así acontece con los grandes descubrimientos.

Durante los tiempos libres entre las clases, se formaban corrillos; los de los liberales: muchos que discutían acaloradamente los de los literatos y los de los futbolistas. Nuestro Club del Liceo era potentísimo.

Los porteros eran, o Daniel Benítez o Joaquín Balcázar. Delanteros, el dicho Benítez, Moisés Uribe, dos de los diablos... porque hay que recordar que contábamos con todos los diablos... Hernández. Unos de forwards, otros de half-bracs, otros de defensas y en fin, toda la familia. De modo que los angelitos Jesuitas no podían ganarnos nunca un partido, ya que apenas les llegaba el olor de azufre de Alfonso, de Enrique, de Guillermo, de Ernesto, y Federico, esto era correr y correr... No les valía ponerles las cruces, porque el Sr. Dr. D. Enrique Hernández, padre de nuestros dichos camaradas, era muy católico y los tenía bien acostumbrados a mirar cruces y crucifijos de todos tamaños y fami-

liarizados con todo el repertorio de las oraciones de moda. Los Jesuitas se hacían cruces, pues no podían comprender por qué los diablos, en vez de evaporarse con sus exorcismos, tomaban mayores bríos. Por fin, consultando con sus sapientísimos maestros, como nuevos oráculos, supieron que un gran movimiento político-social se anunciaba con aquello. Y atinaron. A poco empezó el run-run del reyismo con una lluvia de claveles rojos revolucionarios que se clavaron en los pechos de todas las mujeres y en las solapas de todos los hombres. Nacieron nuevos periódicos. Guillermo Enríquez Simón, Rafael Buelna, Manuel Campos, El Papayo, Enrique Pérez Arce, Roque Estrada, Nacho Ramos Praslow, Miguel Mendoza López, Enrique Díaz de León, los hermanos Daniel y Luis Galindo, Juan R. Cárdenas, José García de Alba; todos entraron a las lides políticas periodísticas y yo como caricaturista.

De eso se hablaba en los corrillos. Nos daban la contra a los revolucionarios, la comadre Collado y Fernán Gabriel Santoscoy.

Después vino Madero. Reyes, don Bernardo, se cuarteó. Su compadre don Porfirio se lo comió enterito. Todos nos fuimos al maderismo. Al nevero de las tortas le tocó en la Revolución Armada uno de los nombres más sonados: Zapata.

MI CASA Y MI FORTUNA

CUANDO emprendí las obras del empedrado de las calles de Guadalajara, siendo Presidente Municipal en 1921, en un corto espacio de tiempo empezó a faltar piedra, pues todos los propietarios solicitaban que sus respectivos barrios, fueran arreglados. Contábase en un principio solamente con la cantera de Oblatos, que administraba un compañero de nuestro Partido, de nombre José Aviña. Contaba con el tranvía que también administraba y que corría desde el Portal de la Hacienda en la orilla de la ciudad hasta la barranca; pero a pesar de su larga experiencia y de las facilidades de transporte, no pudo atender los pedidos que le hacían las Juntas de Vecinos de los distintos Sectores, las cuales administraban directamente sus obras y el subsidio. Yo personalmente recorrí las cercanías para buscar nuevos sitios de abastecimiento, habiendo desde luego abierto uno sobre el lecho del Río de San Juan de Dios, entre la Alameda y la Cervecería de la Perla; pues recordé que por unas enormes piedras que ahí había, nos pasábamos subrepticamente muchos estudiantes, años atrás, para ir a holgar o a estudiar cómodamente en el jardín de la Cervecería, donde había un pequeño Zoológico que nos atraía. Esa piedra la explotó Ricardo Arce, mi cuñado, en sociedad con don Atanasio Jarero, quien por esos días regresó de su larga estancia en los Estados Unidos. Trajo un equipo con varios camiones Ford y como era conocedor en construcciones, pronto cubrieron las demandas del Sector Libertad, mientras que Aviña servía las del Reforma. Quedaban inactivos el Juárez y el Hidalgo, pero yo seguí buscando hasta dar con otra buena cantera en las cercanías del Batán, al Norte, y ahí se estableció el ingeniero Benjamín Contreras, quien en las góndolas de la Compañía de Tranvías abasteció rápidamente la gran barriada. También logré descubrir que los Ferrocarriles Nacionales tenían una cantera abandonada cerca de Las Juntas y con la gran ayuda de Margarito Ramírez, pronto obtuvimos permiso para

sacar de ahí material, quedando encargados de ello mi cuñado y el señor Jarero. Quedó así solucionado el problema por muchos años, y se logró pavimentar las principales calles de todos los barrios, gracias a las cuatro canteras mencionadas, tres de las cuales, por haberlas establecido yo personalmente bajo mis particulares consejos, me tuvieron como socio percibiendo por ello muy buenas utilidades. Anteriormente, cuando fui diputado, en el Congreso había recibido en dos ocasiones donativos de cinco mil pesos. Con eso y mis economías pude adquirir la cuarta parte de la manzana donde se encuentra mi casa, que me vendió La Ciudad de México a cuatro pesos metro cuadrado. Posteriormente adquirí para mi mamá la esquina adyacente, por el lado de la avenida Unión y Bolívar en la cual había una casa construída por el señor presbítero don Francisco Vázquez Chávez. Siendo aún Presidente Municipal, procedí a mejorarla y a levantar la mía, con los proyectos que me hizo el ingeniero Manuel Lagarreta. La primera quedó lista en 1922 y fue ocupada por mi madre, mi hija Rebeca y mis hermanas. La mía al año siguiente quedaría terminada. Pero en la semana santa, habiendo venido de vacaciones muchos artistas jaliscienses, todos amigos míos de la juventud: Atl, Diego Rivera, Siqueiros y Xavier Guerrero, me fueron a saludar a Palacio, pues ya ocupaba el cargo de Gobernador. No encontrándome, informados de que estaba inspeccionando las obras de mi construcción, fueron hasta ella. Mi proyecto inicial era más o menos como para una casa como la que acabábamos de acondicionar; pero mis amigos, entre los cuales venían también los escultores Juan Olaguíbel y Nacho Asúnsolo, me instaron a que hiciera algo mejor. Les contesté que ello era muy difícil e inadecuado, y además por mis condiciones políticas, por lo costoso y por las dificultades para encontrar operarios, tales como para las obras que ellos sugerían: es decir, canteros que labraran la piedra, herreros que forjaran los enrejados y ebanistas para las partes que llevaran madera. Desde el principio se pretendió hacer las reformas al estilo colonial, en un afán nacionalista, pues la ciudad, así como toda la República, estaban infestados de feísimas villas estilo italiano, ayankadas, —o californianas como se usó por esos días en México. No tuvieron eco mis disculpas. Fueron con el señor licenciado e ingeniero don Arnulfo Villaseñor, muy amigo de Atl, le dieron su idea y le enco-

mendaron que hiciera el proyecto. Luego fueron con los dueños de las canteras para pedirles que dieran materiales, a lo que accedieron inmediatamente. A los comerciantes de materiales de construcción, como don Eleno Islas y don Manuel Molina Rojas; a los fabricantes de ladrillos, como Ignacio Bracamontes, y a otros más, les dijeron que me vendieran al costo lo que necesitara y así lo hicieron, como en el caso de Camarena y Corcuera con el fierro. Rodrigo Camacho se comprometió a traer de la costa el cedro y demás maderas que fueran a ocuparse. El fue quien me trajo también el tampicerán de los pisos del comedor y de la sala. Carlos Orozco Romero se encargó de los proyectos para la cocina. El doctor Ramón Córdova hizo en su fábrica de azulejos cuantos necesité, regalándomelos o dándomelos baratísimos, así como Othón Camarena y el señor Granada, dueños de fábricas de mosaicos, quienes también me los vendieron muy baratos. En fin, tal fue la forma en que me convencieron para construir la casa en forma que yo nunca había pensado. Respecto de otros materiales, como el cemento, los señores Camarena antiguos amigos míos, me lo vendían muy barato. El tezontle me lo proporcionó el señor ingeniero Rafael Michel Rosales, quien lo obtuvo en una de las propiedades de su familia, ubicada cerca del Cerro de Tequila, donde abunda. La cantera de Atequiza, la sacaron de su ejido los agraristas de Atotonilquillo, costándome solamente la mano de obra. El transporte hasta cerca de la casa, a la Estación Curiel, lo hicieron góndolas del ferrocarril que Margarito Ramírez me facilitaba a precio bajo. En fin, ante la promoción de los artistas, que se conoció pronto en toda la ciudad, otras muchas cosas que suponía difíciles, se fueron facilitando. El señor ingeniero Villaseñor terminó pronto sus proyectos. En la siguiente visita que hicieron, Atl y sus compañeros, quedaron aprobados, tomando en cuenta las construcciones ya hechas, aprovechándolas en cuanto fue posible, cegando algunas puertas y ventanas, abriendo otras, levantando otros muros, con todo lo cual cambió radicalmente el plano original de Manuel Lagarreta, quien también se dispuso con magnífica voluntad a secundar los nuevos planes. El y don Arnulfo se echaron a buscar a los canteros y los encontraron, a unos, como cargadores; a otros como gendarmes, o cocheros. Hubo uno que por viejo, andaba pidiendo limosna, en la triste miseria. Por cierto que se llamaba Alberto. Era el mejor

tallista. Bastaba entregarle un dibujo para que lo interpretara con magnífico gusto y exactitud. De él son todas las columnas del corredor exterior de la avenida Diéguez y los adornos de la fachada. Cuando ya tenía terminados los capiteles y los basamentos se llegó a mi cierta mañana y me dijo:

—Señor, quiero hacerle una proposición que le convendrá, según creo, para terminarle, a destajo, los fustes de todo el corredor. Tengo a mi madre muy grave... Los médicos aconsejan que la lleve a México para que allá la operen. El caso es muy urgente... No le cobro más de quinientos pesos, porque es lo que he calculado que necesitaré...

—Trato cerrado, Alberto... estoy conforme... Puede ir y a su regreso hará el trabajo. El señor ingeniero le entregará el dinero.

—No es necesario, señor. Hoy es lunes. El sábado se las entrego. El domingo me llevo a mi enferma a curarla... ya volveré para seguir ayudándoles con mi humilde trabajo.

Todo el trabajo de carpintería se hizo en el taller del señor ingeniero don Jorge Villaseñor, quien después vendió su equipo para la Escuela Politécnica, de la cual fue por algún tiempo director. Las tallas de madera de la puerta principal y del sofá de la Biblioteca, así como las del armero grande del estudio del piso alto, son obra de aquel magnífico operario llamado Juan Hernández. Los dibujos originales fueron de Javier Guerrero, de Amado de la Cueva y míos, así como los proyectos de las fuentes del jardín. En algunas ocasiones mis amigos, en su afán de críticos, nos obligaban a quitar o poner algo. Sus viajes a Guadalajara eran ya temidos por don Arnulfo. Atí nos hizo quitar unas gárgolas que habían sido puestas a guisa de canalones en la fachada de la Avenida Unión, porque le parecieron desmesuradas para el sitio en que estaban. En su lugar, ordenó unas iguales a los dragones que, también como canales, tiene San Felipe. Las columnas del corredor, son a imitación de las de la portada de Santa Mónica. La fachada del lado norte, que corresponde al comedor, es tomada del templo oaxaqueño de Santiago Ecatepec y el balcón colocado sobre el arco, se dibujó siguiendo el estilo de los que hay en San Juan del Río. Todo lo demás fue composición del señor ingeniero Villaseñor. En la sala, en todas las alcobas, en la biblioteca y en el comedor, hicieron decoraciones a

fresco Javier Guerrero, Siqueiros, Reyes Pérez y Amado de la Cueva, Jorge Pinó Sandoval, muy jovencito, ayudó a su tío Siqueiros.

Muy molestos ataques me ha valido la casa, por parte de mis enemigos políticos y personales. No tienen razón cuando alegan que es la expresión de mi aburguesamiento y producto de un espíritu de nuevo rico. De ser así, mi casa habría sido el centro de fiestas y reuniones. Cuatro he celebrado ahí, con los siguientes motivos:

Una, cuando mi hija Rebeca cumplió quince años. Los concurrentes fueron nuestros parientes y las amigas de mi hija. Otra fiesta se hizo cuando se recibió mi primo hermano el doctor Juan López Hernández. También la concurrencia fue de familiares y amigos íntimos. La tercera fue motivada por mi recepción de abogado, asistiendo como invitados, aparte de mis parientes y amigos, mis maestros y mis discípulos. La otra se celebró con motivo de la instalación de los funcionarios de la Gran Logia Occidental Mexicana, en 1933, entre los cuales había sido yo electo como Gran Diputado. Yo jamás voy a ningún centro social y soy rehacio a figurar en saraos y banquetes, salvo cuando por razones superiores de orden público, considero de mi deber coadyuvar en actos ostentosos. Todos los componentes de mi familia han seguido tales lineamientos. No deseamos ni pretendemos ni hemos intentado jamás, ingresar en círculos sociales de donde no procedemos y que por su propia naturaleza pugnan con nuestro modo de ser y pensar. Nuestros más felices esparcimientos son cuando podemos salir al campo y al mar.

La casa podría haber costado unos doscientos cincuenta mil pesos, sin contar el valor del terreno; pero como en realidad solamente se pagó íntegra la mano de obra, por los numerosos y constantes obsequios de materiales que se me hacían, el costo fue mucho menor. El señor Atanasio Jarero tenía siempre abundantemente provisto al ingeniero Villaseñor de piedra y de otros materiales, así como Benjamín Contreras, José Aviña y mi cuñado Ricardo.

Esta es la historia de una casa que ha despertado envidias y que ha sido motivo de duros ataques e insultos a mi persona. Finalidades artísticas y nacionalistas movieron su construcción. La verdad de todo es la que aquí dejo escrita.

Por lo que se refiere a los ranchos, ya con anterioridad en el primer tomo de esta obra, he referido cómo el señor General Obregón me sugirió, cuando pasó en cierta ocasión rumbo a México, procedente de Sonora, que comprara algún predio cercano a Guadalajara, para que conociera y estudiara la vida y necesidades de los campesinos. Supe que los Belenes estaban enredados en un litigio que había durado muchos años, con alternativas en la posesión de las partes en pugna y de un acreedor hipotecario. Patrocinado por el señor licenciado don Emiliano Robles León, gran amigo mío de toda la vida, adquirí en primer lugar los derechos del acreedor en veintitres mil pesos y entré en posesión del rancho. En seguida, compré con diez mil pesos más los otros derechos. Después adquirí del señor ingeniero don Ignacio Matute, en trece mil pesos, el rancho de San Isidro, contiguo a los Belenes. Con posterioridad, por ofrecérmelo baratísimo, en cinco mil pesos, compré a Jesús Plascencia la mitad de Los Camachos. La otra mitad la adquirí por transacción con la viuda de Ladislao Plascencia, en tres mil pesos. Todos estaban en ruina, sin sembrarse, abandonados. Estas dos últimas propiedades las vendí a don Emeterio Jiménez en cuarenta mil pesos, cuando radicaba yo en México. También entonces, vendí a don Atanasio Jarero los Belenes en cincuenta y cinco mil pesos. Me queda tan solo San Isidro, mermado por las afectaciones de los ejidos de San Esteban, (la antigua Xochitepec) y de Zapopan y por las ampliaciones de esos mismos lugares. También los Belenes quedó muy reducido con las dotaciones de Zapopan, Atemajac y Zoquiapan. No solamente acaté con gusto las resoluciones agrarias, sino que, con el objeto de que mis amigos los agraristas y yo viviéramos en paz, cedí mayores extensiones que las dotadas, para que quedáramos con límites naturales, como el Río Blanco, los arroyos en los Belenes y unas cercas de piedra, con lo cual nuestros animales no invadirían los terrenos de ellos o míos. En el caso de San Isidro es muy distinto el problema. Los que se han adueñado de él, no son agraristas. Unos son ganaderos y lecheros ricos, como los Rodríguez, que tienen en propiedad ranchos y casas. Otros son mecánicos, como uno llamado por mal nombre El Talache, rico también, con un gran taller de composturas de automóviles en Zapopan, con autos de su propiedad y camiones, casas, etc. Otros son obreros de las fábricas de la Experiencia,

del Batán o de Atemajac, quienes jamás han trabajado en el campo, pero que mandan medieros a sus parcelas. Otros más son carniceros, o carpinteros de los pueblos comarcanos. La comunidad de los Belenes no existe ni ha existido nunca. Se formó artificialmente una de ese nombre en tiempos del gobierno de Allende, con tendencias a dotarla a costa mía, por ser yo cardenista y él y el General Mange, que fungía entonces como Jefe de Operaciones en el Estado, eran callistas. Sus planes fracasaron porque no les ajustó el tiempo de su poderío para causarme el daño, que vino a efectuarse cuando González Gallo era el gobernador, sin tener yo ni la menor noción de las causas que lo hayan movido a dar un paso tan injusto e ilegal. En los Belenes no había sino un agrarista. Los otros que aparecían, son de una barriada de La Experiencia, donde han radicado toda su vida. Ahí tienen casas y aún comercios. Ellos han declarado a las autoridades agrarias, que no pidieron tierras de San Isidro ni las quieren. Han sido unos señores Rodríguez, como he dicho, los instrumentos para realizar el atraco. Tienen cientos de vacas finas de ordeña, casas en Guadalajara, en el barrio de San Diego y del Santuario y un rancho en la Mesa de Santiago, cerca de S. Isidro. Me inclino a creer que se quería hacer ahí lo que se hizo en Santa Inés, Zoquiapan y otros ejidos cercanos a la ciudad, donde los parceleros fueron desposeídos con simuladas compensaciones, para urbanizar las tierras, realizando así grandes negocios a costa de los verdaderos dueños, lo cual ha sido una de las formas en que se han enriquecido algunos políticos gallistas, según se dice aquí y en México Naturalmente que me he defendido. Demostré palmariamente, de muchos modos, que no existe en Los Belenes ninguna Comunidad Agraria. Que la que lleva ese nombre indebidamente, por radicar en lugar distante y distinto, no necesita ampliación; pues las tierras con que fue dotada son más que suficientes para los pocos individuos que la forman, además no quieren las de San Isidro porque siendo verdaderos campesinos, conocen la injusticia del acto. Los que se hacen aparecer en el censo son de ocupaciones y oficios diversos, menos campesinos, según la investigación hecha por las autoridades municipales. Ninguno de ellos trabaja la tierra sino que la rentan o tienen medieros. Además, la parte que quedaba de extensión una vez reducidas las dotaciones legítimas a otros pueblos, era ya inafectable, por la

propia calidad del mal terreno y porque estaba cultivada con frutales. Por último, la afectación en su casi totalidad, fue ejecutada sobre una pequeña propiedad, que yo había vendido desde en 1928, es decir, más de veinte años antes, a un señor Santiago Pérez. Todo quedó probado ante el Consejo Nacional Agrario y ante el Departamento. El dictamen, según sé, me fue favorable y se remitió al Presidente de la República, ante quien he hecho muchas gestiones, escritas, personales, amistosas, legales, pero todo ha sido inútil. Un silencio sospechoso de complicidad es lo único que encuentro. Por supuesto que no me he quedado sin protestar, como se verá por las cartas que aquí publico. Una larga lista de atentados por el estilo se ha desatado desde los fines del cardenismo, en el avilacamachismo y en grado superlativo en el alemanismo, como uno de los aspectos de la gravísima inmoralidad pública que vivimos, ahora menos, pero con la mancha para el régimen actual, de no corregir lo que se le denuncia, como encubriendo con su inercia los actos más bochornosos de los gobiernos anteriores.

x X x

Mi permanencia en el rancho fue deliciosa. Etapa de descanso y recuperación para quien, como yo, había llevado por años una vida durísima y agitada. También mi esposa y mis hijos vivieron sanos y contentos en el campo, a mi lado. No fue aquello precisamente un negocio, pero tampoco debo quejarme de los resultados, que fueron favorables. Los fines que perseguía por consejo del señor General Obregón, los alcancé; pues tuve muchas y largas experiencias con los rancheros a quienes creo conocer a fondo. En general, indígenas o no, son seres sedientos de todo. Su sed de agua es la única que satisfacen, pero no siempre. Su sed de justicia y de comodidades medianamente humanas, es agobiadora. Yo les arreglé sus habitaciones, que no eran sino refugios cochinos entre las ruinas de la antigua cuadrilla tapados con petates, tejamaniles, costales, o palmas. Su cama era el duro y húmedo suelo de tierra, a veces con un mal petate como colchón y una peor cobija sobre su cuerpo. Las paredes fueron enjarradas y encaladas y los pisos enladrillados. Se colocaron puertas y ventanas de madera y techos de teja. Una gran caja aséptica bien construída, recibía los drenajes. Los excusados eran limpios y

adecuados. Mi esposa y yo repartíamos todos los sábados, a la hora del pago, ropas para los hombres y sus familias. Abrí una tienda en la que vendíamos a más bajo precio los artículos de primera necesidad. Se divertían los domingos a su modo, alegremente, con pastorelas, papaques, danzas y bailes, o con toros y rodeos donde las costumbres charras lucían brillantemente. Establecí y pagué el equipo y el personal de dos escuelas donde también estuvieron los niños de los poblados cercanos y mis hijos. Muchos campesinos se quedaron mucho tiempo, contentos, en el rancho; pero otros iban durante la semana, esperaban el día del pago, recibían las ropas y se marchaban en la noche, temerosos de que se les quitaran los regalos. Así me pasó con muchos hombres de Tesistán, de San Esteban y de otros lugares. Nunca los perseguí por el abuso ni les reclamé nada. Me encuentran después de eso y van a saludarme con cariño, al igual que todos los demás. Cuando vamos a sus pueblos mi familia y yo; o de cacería por sus campos o cerros, nos sirven y nos ayudan con la mejor voluntad y cariño y nos regalan lo que pueden. Esto nos acontece en todo el Estado. Lo digo no por envanecerme de ello, sino por honrarlos. Fue raro el poblado que no visité cuando fui político. Tuve mucho poder en mis manos. Siempre atendí cuanto se me quiso dar a conocer. Accedí a cuanto consideré justo y que estuvo en mis posibilidades hacer. Los que recibieron algún beneficio, o sus hijos o herederos, se muestran muy satisfechos cuando los saludo en sus lugares, o cuando me encuentran en otra parte. Esta es otra cualidad de nuestros rancheros que pude percibir cuando conviví con ellos. Por eso en el caso de San Isidro, he preferido guardar la mayor compostura y esperar únicamente a que quien debe, por ineludible obligación, hacerme justicia, lo haga. Podría, con la ayuda de las comunidades colindantes que me lo han ofrecido, arrojar de mi propiedad a los ladrones. No quiero que nadie tenga derecho a decir, así sea Presidente de la República, que en alguna ocasión ejecuté algún acto antiagrario, pues mi actuación en la realización del programa revolucionario en el campo agrario, es limpia, precisa, tan amplia que cuanto han hecho todos los otros gobernadores juntos, no alcanzan todavía ni en el número de hectáreas dotadas; ni de poblados creados y elevados a superior categoría; ni de los elementos de trabajo que les fueron cedidos en forma de aperos y ara-

dos, ganado y semillas, créditos y construcción de caminos vecinales. Por ello mi actitud indiferente ante el despojo. Así pueda el señor Presidente confirmar lo tan mal hecho, yo quedaré más orgulloso de poder soportar el atentado a mis derechos aun cuando los invasores no sean agraristas como está probado tan abundantemente, aunque se haya afectado la pequeña propiedad de Santiago Pérez, pues yo veré de ayudar a su hijo, como lo hago desde que él murió.

EN EL PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON LUIS PÉREZ VERDÍA

*Entre las cosas notables
de esta tierra tapatía,
están los interminables
bigotes, de don Luis Pérez Verdía.*

LA CAMPANITA del correo sacude sus notas húmedas, con añeja y sana alegría, tal y como lo hiciera desde cuando, en 1769, saliera de la fundición bajo el nombre de San Fernando Rey de España, para anunciar a los habitantes de la capital de la Nueva Galicia las buenas nuevas. Las de esta ocasión refiérense a la llegada del señor Coronel don Miguel Ahumada, nuevo Gobernador de Jalisco, el día 1º de marzo de 1903. Por quince minutos alborozó a la turba estudiantil que como un torrente humano salía por el portalón del Liceo de Varones. También a nosotros, los alumnos de la Escuela de don Aurelio Ortega, nos llamaba. Acudimos presurosos, reuniéndonos con algunos de los liceístas que antes estuvieron en la dicha Escuela. Seguimos todos juntos al Palacio de Gobierno, donde conocimos al nuevo Gobernador, de quien se decía que era de Chihuahua.

—Nada tiene de chihuahuense. —Decíamos riendo todos. Don Miguel era un gigantón, robusto, empacado en irreprochable jaqué. Así se presentó ante los CC. Diputados del Congreso Local para rendir la protesta de rigor. Otro personaje alto, de fisonomía muy amable y distinguida, nos llamó mucho la atención por su elegancia y por llevar con garbo un bigote cuyas guías, larguísimas, acariciaba y retorció con frecuencia, orgulloso de lucirlas. Era el señor don Luis Pérez Verdía, abogado e historiador liberal. Su recuerdo nos reúne ahora para rendirle cálido homenaje por sus virtudes tapatías; es decir, por su acendrado amor a nuestra ciudad y a nuestro Estado; por su dedicación ferviente a la tarea de dar forma a nuestra Historia occidental; por haber preferido el estudio de ella y la obra de cultura a que con fructífera constancia se dedicó y por reservarle a su Guadalajara, la antigua y la nueva, la de sus días, páginas selectas de sus obras.

Yo soy feliz por tener el encargo de pronunciar en esta solemnidad las últimas congratulatorias palabras, que arrancaré del pasado, deambulando con ayuda de la imaginación por jardines, plazas, plazuelas, calles y callejones para procurar dar con evocaciones y recuerdos, un ambiente fino a nuestra charla. Sigo su ejemplo, relatando los hechos y trayendo a nuestros días las voces lejanas de las tapatías y de los tapatíos de entonces.

Cuando por haber terminado la escuela superior pasé al Liceo, ahí fui pronto amigo de Benito Pérez Verdía, hijo de don Luis. Heredó su figura, pero no los bigotes, pues era un adolescente. Además nunca los tuvo. Mucho se me quedaron a mí en las pupilas, éstos, por la misma razón que también retuvieron las incitantes dimensiones gargantuescas del señor Ahumada; porque se salían de lo usual. Años después me regocijaría viendo la caricatura de don Luis en condiciones excepcionales: su cara estaba en las páginas centrales, pero su bigote pasaba a las siguientes, por un lado y por el otro, siguiendo después a otras hasta que las últimas hebras de la lengua guía terminaban en punta. La ocurrencia me sugirió presentar la caricatura del señor Ahumada, dibujando primero, en la primera página, la carota con su cubetona; la barbota y parte del pecho, para seguir en la segunda con algo más, continuar en la tercera y dar con los pies en la última plana. Mi periódico era El Perico, que vivía su segunda en carnación. En la primera, el fundador había sido, precisamente, el señor Pérez Verdía. Benito me contó que su papá había reído muchísimo de mi ocurrencia, no tanto por lo novedosa, sino porque con esa, la que a él le hicieron quedaba como medio olvidada por el grueso volumen de la de don Miguelote.

Acompañábamos a Benito rumbo a su casa muchas veces, pues iba yo al despacho donde hacía mis pininos de abogado, con el señor mi tío y padrino el licenciado don Constancio Hernández Gómez. De pasada, mirábamos la venerable figura del señor licenciado don Emeterio Robles Gil, metida como en adecuado nicho en el cuartucho donde tenía su oficina, al lado derecho del pórtico de la vieja Universidad. Nos regocijaba oír aquella anécdota de don Emeterio, sobre la nota que puso al notificarle un actuario, una resolución del Supremo Tribunal de Justicia que le causó perjuicio: "Enterado... —decía— el día de la fecha, se dió por notificado y manifestó que, en su concepto, los Magistra-

dos son un atajo de burros ignorantes, buenos para la carga pero no para jueces. Así lo manifestó y firmó, salvando la parte final, para los consiguientes efectos". Allá del otro lado de la calle, entraba y salía con frecuencia, por ser muy movido, el señor licenciado don Ciro Ceballos, chaparrito, gordito, siempre de levita, con brillante y rico chaletto blanco de piqué, corbatón de plastrón de fina seda de Damasco, cubetón inglés, pantalón a rayas y calzado de charol, reluciente. Volteaba su cara risueña en dirección de la Botica de la Compañía y saludaba al señor don Vidal González, propietario de la dicha. Tan parecido era don Vidal al Nigromante, que para serlo por completo, solamente le faltaba que se quitara el camión de farmacéutico y se pusiera de etiqueta, como el señor Ramírez. Sentados en una de las bancas del jardincito de la universidad, discutían tan acaloradamente como de costumbre el señor licenciado Antonio L. Portillo y el joven pasante de Leyes don Emiliano Robles León, a cuyo padre, el diputado y licenciado don Emiliano, habíamos conocido el día que Ahumada rindió su altísima, su elevada protesta como gobernante. Discutían temas jurídicos. Jurisperito era Portillo y jurisperito quería ser Emiliano y lo fue y lo es, según nos consta a todos. En otra de las banquetas estaban los dos hermanos Corona, tan parecidos que según se decía ni en su casa sabían distinguirlos. Eran del rumbo de Tuxcueca. Parientes de don Ramón, asesinado años antes por Primitivo Ron. Vestían mitad charros y mitad catrines. Los pantalones eran untados, los zapatos de piel de Rusia, amarillos, la chaqueta de casimir y el consabido chaleco de piqué, sin faltarle la gruesa cadena de oro con el gordo reloj Longines de muchísimos diamantes. Fumaban puro los dos. Lo encendían y terminaban al unísono. Sus sombreros, aunque no charros, eran de grandes alas. Bastones iguales soportaban las manos cruzadas y sobre ellas la cara bigotuda, blanco el pelo, llenas y rojas las mejillas, con barbas ralas, también canas. En el portal se alcanzan a percibir las discusiones entabladas en la Academia de Billares por nuestros compañeros Pancho Saracho y Juan Antonio Córdova y los hermanos Tolentino, por cuestiones de carambolas. Don Nacho Vizcaíno quisiera arbitrar, mientras Pepe Carpio, el popular Nero Carpio, arma una guasanga que en lugar de arreglar el conflicto lo complica. Rien la Coyota Somellera, el campeón de Billar Maupaumé y el campeoncito tapatío

Macías. Rafael Buelna comenta con Toño Pérez Verdía, el gordo hijo de don Luis, las razones y las sinrazones del pleito, mientras en otra mesa, de pool, los gordos Carlos, Manuel y Elías Gómez del Castillo juegan una partida con Sebastián Allende y con Miguel Baeza. El Gordo Robledo se ha dormido con el taco en la mano haciendo carambolas, pero ni así iguala todavía las que en el tiro anterior le hizo su contrincante don Alberto Macías. Los puestos de las aguafresqueras están muy solicitados por sedientas tapatías y tapatíos, que piden sus grandes vasos de horchata de fresa, de piña, de limón, de jarrilla de Zacoalco, de piñanona, de chirimolla, de ciruela, de cebada, todo con chía y hielo. Nos encaminamos con Benito por la calle del Carmen rumbo al poniente, porque con su familia, vivían en la de Santa Teresa, frente al convento antiguo. El fiel galgo de la casa, se venía sobre Benito alhagándolo, moviendo su quijotesco cuerpo y su larga cola. Muy afectos fueron los Pérez Verdía a criar animalitos. Una changa era la delicia de los chicuelos del barrio y el dolor de cabeza de las mujeres de la casa, por las travesuras que les hacía. Luis, el hijo mayor, tenía perros, gatos, caballos, abejas... A todos los educaba. Los perros policías alemanes, hacían maravillas. Peleaban espantosamente los bulldogs. El gozaba luciendo en el Club Atlético, en el Agua Azul o en la Alameda. Le gustaba, además, la esgrima, por haber sido, con Nacho Calderón, cadete del Colegio Militar de Chapultepec. Luchaba con Alfonso Orozco, el atleta, a quien solía vencer.

Por aquel mismo barrio vivía el señor don Cipriano Covarrubias. Sus hijos, Alberto, Ricardo, Abelardo, eran condiscípulos nuestros. Don Cipriano y el señor Pérez Verdía eran periodistas muy activos. También sus hijos lo fueron. En Monterrey queda, sirviendo en esa profesión benemérita, Abelardo. También la familia Santoscoy era de aquel rumbo. Don Alberto, el historiador, Director de la Biblioteca, compañero de estudios de don Luis. Los hijos fueron liceístas todos. Agustín siguió la vocación periodística. Escritores y poetas como Acal Ilizaliturri, Miguel Robledo, hermano mayor de Miguel Othón, atraían la atención de nosotros con sus actividades culturales y sus publicaciones. En el Liceo teníamos como maestros a Puga y Acal, al licenciado Francisco Escudero, a don Luis Corro, a don Juan Lavat, todos del círculo de amigos de don Luis, (quien fue maestro y Director en

muchas ocasiones) así como los sabios don Juan Oliva, don Nicolás Puga, don Agustín Bancalari, don Benjamín Romero, con su anticuado vestido, don Manuel Tortolero, que parecía un cadáver, por tieso y extrapálido, don Tomás V. Gómez, don Leonardo Pintado, don Celedonio Guardado, los músicos Michel y Godínez, los dibujantes Luis Vázquez Foncerrada, el señor Mendiola y don Jesusito Mendoza. A don Luis Corro no le mirábamos la cara, sino los pies, deformados hasta lo increíble por ese prurito tapatío de usar calzado que aparente que los pies son muy chicos. Al poeta malhumorado Puga y Acal, le espíamos su puro habano, pues si ya iba a consumirlo, de seguro se iría en seguida, para comprar el de reserva, allá en la Fama Italiana, con el Cónsul Rolleri.

La semana santa era motivo de movimiento enorme. Las visitas a los *monumentos*... con sus correspondientes hartazgos de empanadas de vigilia, de las que con mucha razón eran afamadas las que se vendían ahí abajo de la casa de don Apolonio García, frente a Catedral. Allá frente al Liceo, multitud de puestos de agua fresca rodeados con grandes ollos y jarrones llenos de flores, los toldos formados con preciosas colchas estampadas y bordadas. Las aguafresqueras, limpiísimas, lucían bellos delantales, ricas camisas indígenas de complicada labor y colorines, con muchos encajes, con grandes escotes provocativos, no menos que las miradas, o *flechadas* de sus negros ojos tapatíos. Oír los sermones de don Atenógenes Silva, no dejar de admirar el gran espectáculo de la SEÑA en Catedral, oír las matracas que dejaban en su lugar las campanas para llamar a los fieles, mientras ellas, las charlatanas de toda la vida, guardaban un respetuoso silencio y, siquiera una vez al año, lloraban silenciosamente, como debería llorarse el sacrificio del Redentor. Otras formas más típicas llenaban el programa, por allá en los barrios. Tras de la peregrinación del Señor de la Penitencia, de Mexicaltzingo, llevado en andas por los eclesiásticos, con acompañamiento de músicas de los gremios del Rastro, de los rancheros, de los ferrocarrileros, un abigarrado y numeroso cortejo de charros y charras cerraba la marcha. De pronto, en cuanto el gran crucifijo entraba de regreso al templo, se oían los traqueteos de las pistolas. Los charros exprimían sus armas con menor cuidado que si se tratara de bitoques de lavativas. Uno que otro muertito quedaba por ahí

entre las patas de los caballos. ¿Qué había sucedido? Pues que los Vidrio, igual que hacía un año, les habían echado habladas a los Galindo y éstos, igualito, ni más ni menos, que hacía tres años, habían contestado las palabras con cuetazos. Cada año se trezaban así. Había entre los charros los dos partidos. Uno que otro Vidrio roto quedaba siempre, a veces para siempre sin posible remiendo; y uno que otro Galindo, también, en condiciones nada lindas, sino muy lamentables, mientras las casas del barrio ponían desde el día siguiente moños negros sobre sus dinteles.

Vimos también, nacer al fútbol tapatío, que ahora divide a nuestra ciudad más que cuando Vidrios y Galindos la enzañaban. Su bautizo fue a caballazos del gordo Gilberto Valenzuela y patadones de Luis Ramírez Díaz, de Daniel Benítez, de todos los del Club Liceo en contra de los Jesuitas, entre los cuales andaba Benito Pérez Verdía como uno de los campeones. Las porras eran como ésta de ahora. El gordo Juan Izábal y el otro gordo Uriarte, las dirijían mejor que un músico a su orquesta. Después del partido venían los puñetazos. Todos los dimos y a todos nos los dieron.

Don Luis fue Director del Liceo años antes. Sus grandes servicios a la Educación Pública son bien conocidos y están bien abonados en su brillante hoja de servicios, reconocidos por todos nuestros historiadores, sin excepción ninguna.

Aquella Guadalajara era aún mucho, muchísimo, la que él nos dejó pintada en uno de sus capítulos. Tras de referirse en forma extraordinaria, con anterioridad, a sucesos que resonaban entonces por mucho tiempo, como el incendio en el Portal, que de ahí tomó el nombre de Quemado, allá por el 1702; de hablar de la expedición a la América Rusa, emprendida por novogaditanos de Guadalajara y de dejar bien establecido que la tarea histórica no debe ir más tras de los retratos de hombres solamente; sino de cuadros colectivos, nos hace visitar aquellas casas, casi todas de un solo piso, de grandes salas y salones, de patios y corrales enormes; nos señala ese gusto tapatío de poner una puerta aquí y otra allá; una ventana alta, otra baja, otra chica pegada a la grande. Adornos churriguescos, con la frase sacramental AVE MARIA en los dinteles. En las calles, sin empedrar, muy regadas y barriadas... (sobraba el agua... el agua zarca...) deambulaban a partir de las ocho de la noche, los se-

renos con su linternita de petróleo... Adentro, con lujo de vajillas de plata en las mesas, la tertulia muy animada. Se jugaba a las cartas, albures o malillas, o a las tablitas entambirandinguiraditas y otros tragalenguas, como el de Pedro Prís Pascual Pérez Crespo... o el del Obispo de Constantinopla al que había que desconstantinopolizar... Los señores de la baraja, se apostaban los bueyes de sus ranchos y haciendas a cada pase del tute, o las buenas, buenísimas onzas de oro de Zacatecas que rellenaban sus bolsillos. Las puertas de la clase alta, estaban cerradas para la clase media. Para la baja, ni siquiera se percibían más que los muros. Nadie intentaba escalarlos porque era imposible. Las señoras, en corrillos, en los corredores, sentadas en cómodos equipales; en sus grandes salones, sin alfombras, que eran raras, tuercen los cigarrillos con tabaco de Tepic que conservaban en bellas jícaras y envolvían en papel de arroz de la China, y los fumaban plácida, sabrosamente, mientras que se tomaban un pocillo del magnífico chocolate de Tabasco con picones de huevo de la Talpense, más la natural comidilla de vecinos y vecinas. Se dormía la siesta. Casi no había teatro, ni autos sacramentales, ni coloquios y pastorelas, ni en el Coliseo ni en casas particulares; y si llegaba a haberlos, casi nadie iba, salvo que por el qué dirán, la ciudad se quedara sola y el teatro lleno. Más o menos como ahora sucede. Claro que no repetiré aquí todo lo que don Luis sabiamente sintetizó para dejarnos una buena acuarela tapatía con sus planos, perfiles y colores muy claramente definidos. Solamente los traigo a cuento para disculparme de lo que yo digo, al querer dar mi aportación al homenaje con una mala parodia de lo que él dejó con mano maestra. Mi Guadalajara del 1900 casi era la que él pintó en 1800. Iguales las calles sin empedrar y la Plaza solamente asfaltada hasta que don Miguelote Ahumada trajo a los ingenieros hermanos King. Las clases sociales todavía divorciadas, por más que la media ya tenía de por sí, medio abierta la puerta mayor. Habían llegado muchos hombres de modesta cuna a las principales alturas de la Administración Pública y de la vida social y económica. Cierto es que no se permitía la entrada a la ciudad sino a hombres con pantalones o pantalone-ras; pues estaba prohibido usar el calzón blanco. Cierto también, que en el portal y en la Plaza de Armas, en la rueda del centro paseaban los señorones y por fuera la gente menuda; pero ello

no obstante, cada día se aproximaba más la reivindicación social y política, preparada por las épocas del liberalismo y del federalismo, que iban a culminar al final de la primera decena de este siglo por el maderismo. Uno de los promotores del cambio, era el señor don Luis, cuyas dotes se pronunciaron por entero en favor de las ideas y de las formas democráticas. Ya la Historia no es nomás la relación crónica de acontecimientos y la fijación de fechas de nacimiento y muerte de los próceres; sino el trasunto de actitudes colectivas, de circunstancias de conjunto, de complejos sociales que se hacen sentir como seres gigantescos con su propio modo de actuar, como organismos vivientes que es necesario escudriñar más por dentro que por fuera como si fueran individualidades biológicas, porque éstas pueden estar a nuestro alcance en todo momento, con modalidades fáciles de distinguir, mientras que los entes sociales se nos evaporan de entre las manos, a nuestros propios ojos, dejando huérfana y desvalida a la multitud que los creó y adoró como a ídolos y que los pierde para siempre, pero que no deja de seguirlos creando constantemente, con lo cual se forma la Historia y la ha formado siempre. Ya sé que, por fatalidad de mi destino, aquí nomás queda una mala caricatura de todo eso. Soy caricaturista. He querido siempre dar un salto de mi cotarro al de la pintura, pero pocas veces he tenido suerte. Nunca he ambicionado tenerla tanto como ahora, pero me temo que nunca la logré menos. No ha quedado en claro más que lo único verdaderamente cierto:

Mi admiración por uno de los más grandes hombres que ha dado Jalisco a México, por don Luis Pérez Verdía, el historiador de Guadalajara, y luego de Jalisco. Más arriba, en el orden de la jerarquía intelectual, también de México, y por ende, de su sociedad; de la sociedad en que nació vivió y murió.

Tengámoslo todos los jaliscienses como el ejemplo. A unos nos toca y nos corresponde, por nuestro destino, actuar en uno o en otro de los campos distintos y múltiples de la actividad colectiva; pero todos somos y pertenecemos a nuestro Jalisco, a nuestro México. Cívicamente cumplamos todos con lealtad. Que nuestras espiritualidades y nuestro ser, que en ocasiones, cumpliendo su deber, habrán de luchar, se estrechen y se unan fraternalmente, bajo la evocación de don Luis Pérez Verdía, para servir a Jalisco y a su culturación.

LA CONQUISTA DE NUEVA GALICIA

Conferencia sustentada por el Lic. José G. Zuno
el día 28 de noviembre de 1953
al inaugurarse el mural que
pintó él mismo al
fresco en el
Museo
de
Guadalajara

Aparentemente no hay relación alguna entre las celebraciones que tenemos organizadas en este año, con la ejecución de una pintura mural, cuyo tema parece tan distante de los hechos verificados durante la Revolución de Independencia, y que se recuerdan ahora para honrar debidamente la memoria del principal promotor y guía de esa gran Revolución, Don Miguel Hidalgo, en el segundo centenario de su natalicio.

Pero si nos detenemos a considerar que tal Revolución no fue un acontecimiento artificioso ni movido por los caprichos interesados y locos de alguien, para fines insanos de dominio político, comprenderemos que sus móviles debieron ser de tal importancia, que la igualaron en trascendencia. Nos colocaremos, entonces, frente a la necesidad de un estudio de la dominación española en nuestro país. Nosotros, los hombres de occidente, estudiaremos la parte de ella que nos afectó. Así caeremos irremisiblemente en la necesidad de considerar a fondo las condiciones precisas y reales, comprobadas ya en estos días, de la Historia de la Conquista de la Nueva Galicia. Debiera mejor llamarle, la conquista del Chimalhuacán, porque así se nombró aquella vieja confederación de pueblos que habitó en la región noroeste y parte del centro del país. Confederación tácita, de razas diversas que por todos los rumbos había establecido núcleos de una cultura, que aunque regida por un común denominador claramente ame-

ricano, continental, representaba grados que iban desde el más rudimentario de los otomís cavernícolas, hasta las evoluciones de las razas nahoas cuya peregrinación siguió estas rutas, entremezcladas con las que a su vez y a su tiempo, llegaron desde las regiones costaneras del Golfo y desde las del sur.

Patriarcal era la vida de aquellos hombres agrupados en tribus. Llegaban a la guerra, a veces, con otros grupos invasores; o entre ellos mismos, cuando se empeñaban en las guerras floridas para capturar las víctimas que habrían de revalidar la vida del Sol y de los Dioses que adoraban, por medio de su sacrificio que producía la sangre humana, alimento vital de aquellas divinidades. Salvo ésas peripecias, registradas de tarde en tarde, la existencia transcurría con una relativa felicidad, y quietud, entre la dedicación al cultivo de la tierra con las tradicionales semillas del maíz y del frijol; de los árboles frutales, cuyos productos eran recolectados y almacenados para los días de la escasez; de las flores cuyo adorno aquellas gentes tanto gustaban; de la cría de animales domésticos y la fabricación de artefactos industriales; de tejidos; de su maravillosa cerámica y, por último, al ejercicio de sus prácticas religiosas, de los deportes viriles que tanto entusiasmaban y de, por fin, de su vida social, plétórica de costumbres de una ejemplar moralidad aún no debidamente elogiada.

De pronto, aquel mundo en camino de su progreso, en evolución natural, dueño de un acervo cultural muy importante ya, se conmovió ante las noticias traídas de los remotos imperios del centro y sur del país. Les hablaban de la llegada de los hombres blancos, fabulosamente incomprensibles; crueles soldados montados en terribles animales que corrían devorando las distancias; que eran poseedores del rayo que lanzaban con su mano para destrozarse con estrépitos de tormenta los ejércitos indígenas. Que tras de la demolición de los piramidales teocalis, implantaban sobre sus ruinas los nuevos templos del cristianismo, cuyo evangelio predicaba precisamente lo contrario de lo que las armas ejecutaban. Es decir, las máximas de fraternidad y de amor al prójimo, se trocaban en la consigna de la destrucción y la muerte. Espantosa fue la suerte de aquellos pueblos, sólo comparable con algo que pudiéramos imaginar ahora sobre las posibilidades de que, de improviso, habitantes de otro mundo irrumpieran sobre nosotros destruyendo nuestra cultura hasta reducirnos a una to-

tal miseria moral, física y espiritual, avasallándonos en su provecho e imponiéndonos religión, costumbres y gobierno. Ciertamente que la civilización que los españoles encontraron, era inferior a la suya; pero cierto es también, que jamás les fue indispensable en absoluto el aniquilamiento que llevaron a cabo, bajo el mando del muy magnífico Señor don Beltrán Nuño de Guzmán. El episodio aquí representado, es el de la triste suerte del cacique de Cuitzeo. El libro del señor ingeniero don José López Portillo y Weber, me ha inspirado el mural y esta conferencia.

De todo ello, hay constancias y pruebas que no dejan lugar a duda, y ninguna de mis afirmaciones es aventurada. Los más graves cargos, los que no dejan defensa posible al sanguinario Nuño, parten del Primer Obispo de México, Fray Juan de Zumárraga; de los misioneros de su misma orden franciscana y de todas las órdenes, y las declaraciones de los compañeros que con él llegaron aquí, como la de García del Pilar. Por ser las acusaciones de tales orígenes, por no haber defensa fundada que las niegue válidamente, debemos tenerlas por ciertas.

Ningún aliado tuvo Nuño más fiel que este martirizado cacique que yace aquí bajo las patas del caballo y con la lanza sobre su cuerpo. Quería Guzmán que le entregara los tesoros, que no tenía, pero que la intriga de los tlaxcaltecas decía que sí. Por ello fue aperreado y alanceado y se le arrojó a un jacal de zacate al que se prendió fuego. Ahí murió achicharrado.

E L T E M A

Más todo ello debo dejarlo ya como causa resuelta y ejecutoriada de la Historia. Paso, pues, a explicar las razones que tuve para elegir el tema de este mural.

Creo firmemente que tenemos un alto deber, cuantos nos preocupemos por el desarrollo intenso y orientado de la Patria, de fijar bien las cuestiones fundamentales de nuestra nacionalidad. Ella está formada por las generaciones procedentes de las tribus indígenas y por las mezclas de ellas con las sangres de las razas de origen occidental y oriental que llegaron a partir de la conquista. No debemos olvidar que los españoles, son a su vez, una mezcla múltiple de razas del antiguo mundo. Pues bien, circula como verdad absoluta, que los conquistadores españo-

les deben ser tenidos por nosotros como los fundadores de la nacionalidad. Y que a pesar de que algunos de ellos fueron verdaderas plagas bíblicas que asolaron estas tierras, debe tenérseles como semi-dioses y dárselos honroso recuerdo. Es precisamente el caso de Beltrán Nuño. Descendía de aquellos godos que irrumpieron en España después de aniquilar el Imperio Romano, en los primeros siglos de la E. C. Su nombre, es Good Man: Hombre Bueno. Uno de sus abuelos ameritó con sus hechos la gloria y el merecimiento del nombre: Guzmán el Bueno. Pero éste lo traicionó, ya que fue Guzmán el Malo. Por otra parte, repito, resulta imposible decir quienes deben ser llamados españoles y quienes no; pues el mosaico de las razas, allá, es más complicado que el intrincado del Nuevo Mundo. Desechemos por lo tanto, los encubrimientos que sirven a los malos para ocultar sus defectos tras la denominación genérica de un pueblo. Condenemos a todos los perversos: godos, túrdulos, iberos o romanos, o vándalos, o griegos, que todas esas razas de allá vinieron y limpiemos las buenas relaciones con el verdadero pueblo español, sin insistir más en la terca e innoble adoración de un monstruo que no merece, más que desprecio y oprobio. Caeremos así en lo justo, porque los dos pueblos, el español y el mexicano, sí son ya hermanos. Lo reconocen y olvidan las crueldades sufridas. Para ésto, fue indispensable la Revolución de la Independencia. La razón de ella, aquí está a la vista: un pueblo sometido y hecho víctima de las injusticias más monstruosas y grandes, que decide sacudir el yugo que por tres siglos lo puso en el límite mismo de la muerte. Beltrán Nuño de Guzmán fue quien, con sus hechos, autorizó la rebeldía. Dió el primer motivo fundado al arrancar la libertad de un pueblo que ningún mal le causó. Exacerbó los ánimos de los indios al cometer con ellos los actos más criminales. Reunió en su morbosidad, la fobia incendiaria y asesina de Nerón y de Calígula, y la infanticida de Herodes. Ni Jengis-Khan, ni Tamerlán, ni otro ninguno de los más crueles conquistadores y guerreros, desechó de su alma tan completamente todo resto de humanidad, de piedad, de generosidad. Por todo ello, he preferido para mi pintura este tema, porque, por sí solo, autoriza la reivindicación de la Independencia.

E L F R E S C O

Para realizarlo, escogí la técnica llamada a fresco, más adecuada para un muro y que usaron los pintores antiguos del Nuevo Mundo y del Viejo, y preferida por la mayoría de los artistas mexicanos contemporáneos. Esta técnica es muy complicada y difícil. El muro debe ser preparado debidamente. Preciosos materiales entraron en él: mármol, cal blanca y luminosa de Huescalapa, y cemento también blanco. Primero, a una profundidad de veinte centímetros de la superficie, el mármol es grueso, como guijarro, en una capa de diez; otros cinco son de un grano más chico; tres, del tamaño del arroz; dos de un grano fino, todo ello también en masa con la cal y el cemento. La última capa, de un centímetro, con polvo más fino y con pelo de mujer. Este sirve para que no haya reventazones de la argamasa. Hay en los finos hilillos largos, una garantía de consolidación. Así no llegan a desprenderse las partes agrietadas de la superficie. Tenía que ser la mujer quien le diera a este arte algo suyo que, así como ella con su despierto instinto social y maternal retiene la vida de la familia y de la colectividad y la consolida, así los negros hilos, los castaños y rojos, los de oro, de plata, y de gris, mantienen la solidez del muro. Por fin, un día se dá principio a la pintura. El maestro albañil coloca la capa final, la masilla de polvos impalpables de mármol y de cal. El pintor está listo a su lado para que, en cuanto termine el aplanado, dé principio a la obra. Antes se han preparado los bocetos y las medidas del muro, los cálculos relativos al establecimiento de la línea del horizonte y los términos del fondo de la composición. Al lado está sobre el alto andamio, una serie de vasijas conteniendo otras materias: piedras preciosas y minerales brillantes pulverizados y ya disueltos, listos para ser llevados rápidamente a la obra, antes de que el aplanado evapore la humedad. Chalchihuites llamaban los indios a las gemas. Esmeraldas, rubíes, zafiros, cobaltos, ópalos, lapizluzulís, ocre, cromos amarillos y rojos, tierras de Cassel y de Siena... toda la gama del iris bullendo en fondos de agua muy pura y transparente en espera de ser trasladados al muro para deleite de los ojos.

Pero tal deleite será si acaso, al final de la tarea; pues entre tanto se desempeña, cuántas incertidumbres y qué sinnúmero

de dificultades por razón de las condiciones en que se trabaja, con el muro mojado, con los pigmentos húmedos; y la urgencia de terminar y lo casi imposible de corregir los errores; pues el fresco es como una enorme acuarela, multiplicada no sólo en tamaño, sino en todo. El pintar a fresco en el más puro y limpio estilo pompeyano, para que las tintas se puedan impregnar dentro del alma del mural debidamente, es menester que vayan ellas, precisamente en toda su pureza, sin contener mezcla ninguna del blanco; porque éste es hidrográfico. En donde debe haberlo, deberá dejarse el fondo del muro; pero jamás aplicarlo con la brocha, porque cuanto así se haga, será bajo la advertencia de que ahí se fijará día a día la humedad del ambiente, hasta que con el tiempo llegue a oxidar todos los otros colores en su alrededor. Esta es una de las causas más determinantes de la destrucción y mala conservación de los murales. Muchos días, semanas, serán necesarias para pintar uno. Este tiene treinta metros cuadrados. Tras de mucho trabajo, necesité unos veinticuatro días para darlo por terminado. Ello se debe a que lo que alcanza a aplanar con la última capa el albañil, es de extensión relativamente reducida, ya que deberá acabar antes de que las horas primeras de la mañana transcurran, para que se permita al pintor aprovecharlas y contar con el estado de humedad deseable. Otro aumento de las dificultades, es el de trasladar por medio de calcas estarcidas la obra del día, previamente arreglada.

El muro es como un gran papel secante, que chupa violentamente el líquido de la brocha en cuanto se pone en contacto con ella. Hay que cargarla rápidamente con más tinta, para que la pintura sea homogénea y porque no hay otro medio de obtener la tonalidad pareja, con todo lo cual la nerviosidad de la mano aumenta a medida que el muro chupa con más rapidez los colores. Otro motivo de inquietud, es el de verse clavado sobre las cortas dimensiones del andamio, sin libertad de movimiento para poder alejarse y mirar los efectos o defectos de lo que se va pintando, pues si se quisiera ver desde lejos, el tiempo perdido sería fatal por tanto bajar y subir. Ello deja en suspenso, en indecisión, en desesperante preocupación, que motivan defectos involuntarios, manchas, errores en el dibujo y en la perspectiva. Pero al final de los largos días, se recibe el regocijo, cuando menos, de haber llegado al término de la obra.

VUELTA AL REALISMO

Una franca corriente de vuelta al realismo, es la nota culminante de los centros artísticos europeos. Los éxitos de los grandes pintores mexicanos Orozco, Rivera y Siqueiros, abrieron el camino. Después, un día apareció una novela cuyo protagonista era un pintor provinciano francés, joven dotado con aptitudes y entusiasmos para la pintura, llegado a París bajo los mejores auspicios. Más aquel joven estaba bajo el signo de las tradiciones clásicas, y ya en París, desde tantos años, aquella incongruencia no se toleraba. Habían ido pasando como ráfagas históricas por más de un siglo, todas las escuelas revolucionarias, desde el construccionismo de sus continuadores, con los inevitables puntualistas y demás pintores que querían representar los fenómenos de la descomposición de la luz. Después, los futuristas. En sus cuadros, se veían pegados en la tela, incluídos en la composición, objetos y cosas, tales como pedazos de tela, fotografías, cigarros, periódicos, lápices, paletas y pinceles. Más o menos como la exposición que acaba de presentarse ahora en México, de una serie de montajes en ninguno de los cuales interviene para nada el arte; sino otras particularidades, respetables sí, pero ajenas a él y que caen más bien dentro del dominio de la patología psíquica. Luego, siguiendo mi relación, llegaron los geometrístas, los cubistas, los estridentistas, los expresionistas, los surrealistas y otro sinnúmero de istas, hasta los abstraccionistas. Entre todo ello, sobresalió Picasso. Sus obras eran día a día una sucesión de negaciones de negaciones de todas las reglas del oficio, de las normas estéticas, clásicas, y él mismo fue pasando como uno de los mejores de toda la gran diversidad de estilos y escuelas y negándolas al día siguiente. El joven provinciano llegó cuando Picasso, que aparece en la novela con otro nombre, con el árbitro del arte. Nadie paró mientes en los cuadros academistas y el muchacho francés. Pero habiéndolo meditado, a las puertas ya de la miseria resolvió pintar cosas a la Picasso... y salió a venderlas... Nadie le compró nada. Era palpable la intención copista. Los cuadros carecían de la originalidad, y fracasado y avergonzado se suicidó. Pero dejó como testamento escrito, un consejo para los jóvenes pintores: no podían hacer nada mejor que asesinar a Picasso. La novela fue un éxito. Dicen que el propio

amenazado se sintió en peligro y evitó las sorpresas. Algunos meses más tarde, tal vez movido por el remordimiento, o en una nueva pantomima, hizo unas desconcertantes declaraciones al gran escritor italiano Papini, quien las incluyó en un libro que se titula: El Libro Negro. Picasso ha dicho que cuanto pintó a partir de su impresionismo, es deliberadamente falso. Que tan sólo ha perseguido el fin de sacar los dineros del burgués francés, nouveau riche. Estas confesiones han servido, también, para volver el arte a la vía del realismo. Por último, una serie de explicaciones del arte holandés en las principales capitales europeas, han asegurado su vuelta definitiva, al parecer.

Para el espectador en general, es decir, para la mayoría, esto es una gran noticia. Porque la facilidad de expresión del realismo es una cualidad que se valoriza mucho, aun cuando no sea verdadera cualidad del arte. Porque la intervención de temas naturales y la semejanza de lo representado, es tan sólo uno de los elementos; y el otro, es lo que el artista pone de suyo, lo que sale como abstracción y particularidad. El arte abstracto, mientras más lo es, se va apartando de la comprensión de los demás hasta que llega a ser tan sólo entendido por su autor. Y el clásico, puede decirse que es el que contiene en equilibrio los dos fundamentales elementos. Esta es la razón de que los públicos se resistan y protesten contra todo aquello que se aleja del realismo hasta dar la impresión de que es propósito previo del pintor engañar y burlar al espectador. Naturalmente que esto acontece a veces, y ya Picasso lo ha dicho él mismo; pero ello no leva como resultado el que, de la Historia del Arte, se llegue a quitar, nomás por que sí, cuanto se ha producido en los años revolucionarios. Y el realismo no volverá con las modalidades griegas o renacentistas, clásicas, ni será una sujeción vil de imitación de lo objetivo; sino que otra vez será un instrumento para que los artistas, en el monto de su talento, nos den su interpretación del problema, como fenómeno social y nos proporcionen un verdadero goce artístico.

Para mí, como para la mayoría de los pintores mexicanos, esto fue siempre una convicción y una esperanza. Hay grandes pintores, como Tamayo y tantos otros, que llegan amplia y legítimamente a la creación de obras de arte, alejadas más o menos del realismo. No implica, por lo tanto, ni menoscipio ni carga

alguno, nuestra predilección. Aportan ellos valores muy grandes y están en lo justo al crear con su voluntad sincera lo que quieran.

Más, no conviene que digan que ninguna producción artística sea una servil interpretación de la naturaleza real. Ni puede serlo, porque si se observa un poco, se verá cómo, por ejemplo, en lo que pinté, no se ven casi, las sombras. Es evidente que hay un plano aquí.

La perspectiva, es un elemento mágico, que lleva a recrearse en la ficción de que no existe esta pared; de que allá al fondo están la boca del río y los cerritos violentas. Luego, tampoco se engaña nadie al ver ese moscardón con ruedas por patas, ese cañoncito que está a la mitad de la cuesta, con uno como alacrán o cangrejo detrás, de miembros articulados, que es el guerrero español, sino que está aquí mismo, a dos o a diez metros de nosotros, igual que aquellos indígenas que defienden su templo con la honda de David, queriendo matar a este fabuloso Goliat que es el Muy Magnífico Señor don Beltrán Nuño de Guzmán. Ni el cadáver de ese héroe que casi se salió del muro y que yace en el primer término, ni él, están ni más ni menos cerca de todo lo demás. Ni son peñas aquellas, ni caballos esos, ni los frailes y prisioneros son otra cosa que ficciones, pintadas sobre el plano del muro. La transparencia que alcancé y la alegría del colorido, ayudan a tal ficción y alejan del espíritu la idea de suponer que se ha pretendido suplantar a la naturaleza. Este es el único mérito de mi obra. Yo veo desde que la acometí, cuáles son las faltas, graves por cierto, del dibujo, de la técnica. Habrá otras; pero aún ellas, ayudan a esta afirmación: es una obra de arte. Como humana contiene errores. Y será mala, mediana o buena.

O F R E N D A

Para terminar diré que esta ofrenda que implica de mi parte, tanto para el Museo de Guadalajara, como para la celebración del Segundo Centenario del natalicio de don Miguel Hidalgo, es, pues, una como alhaja hecha con materiales preciosos: mármol, cal simbólicamente blanca de Huescalapa; fino, blando, cariñoso pelo de mujer, cemento muy blanco y fuerte, y los preciosos chalchihuites, cuyos milagrosos polvos están ahí en los rojos rubíes, en los cobaltos, en las amatistas y en las esmeraldas, mon-

todos en amarillos, ocre y pardos y que son mi ofrenda personal.

El costo material de la obra, el de su trabajo, mi trabajo personal, nada de ello grava a nadie. Es también parte de mi ofrenda, como lo han sido algunos de los cuadros y objetos que están ahí en los salones, como prueba de un desinteresado afán cultural.

SEMBLANZA DE HIDALGO

por José G. ZUNO

*A la memoria de la ilustre dama laguense,
doña Josefa Balderas de Borondón, amiga
y correligionaria del señor Hidalgo.
(Octubre de 1953).*

PARA LOS mexicanos ha sido este año de Hidalgo, un motivo de reflexiones sobre todos los aspectos que presenta nuestra emancipación política. A todos nos preocupa el esclarecimiento de un tan importante acontecimiento histórico. Tan importante, como es la Revolución de Independencia; y en un grado apasionado, nos cautiva la vida de su gran caudillo, el mártir don Miguel Hidalgo y Costilla. Todos nuestros historiadores y los científicos de otras ramas, nos han presentado interesantísimos trabajos con el patriótico tema. Poetas, pintores, escultores y otros artistas, también han realizado en estos días producciones que publican periódicos y revistas; o en forma de libros, constante y abundantemente.

Acostumbrado por vocación innata y por grata costumbre, a relacionar las meditaciones con los aspectos plásticos, mi mente se ha preocupado por ubicar la figura del Emancipador en el mundo de las imágenes. Esta es mi aportación para las celebraciones de este año grandioso.

Yo creo que el retrato verdadero del señor Hidalgo, debe construirse estudiándolo en el momento más solemne de su vida; en aquél que dejó al descubierto su naturaleza moral, física y espiritual; sorprendiendo la profundidad de tales valores con las formas que llegaren a expresarlo mejor.

Todos los finales son solemnes. Casi todos encuentran la verdad o la vislumbran. El final de Hidalgo, es único. Su morir, el de un Redentor, que aunó a su voluntad de redimir, su resolu-

ción de sufrir y perecer. Cristo moderno, busca la libertad y encuentra la muerte. Jesús murió y creó un mundo lleno de virtudes y de generosa humanidad. El señor Hidalgo, con su triste y dramático fin, dio nacimiento a nuestra Patria. Fue él quien persiguió a la muerte, no la muerte a él. Si de los últimos instantes de su vida vamos a desprender la figura plástica reveladora de todo su ser, ello no nos exime de comprender todos los episodios originales de su existir, desde la niñez eufórica; en seguida su juventud de estudiante que le valió el mote de Zorro, luego su madurez concienzuda y resuelta en los ámbitos del estudio, del magisterio y del sacerdocio; y después la mayor edad y la vejez, todavía tan activa, tan desbordante, incluso en ese aspecto irrefrenable de sus amoríos. Porque todos, absolutamente todos los sucesos, todas las actividades de un hombre, son las que forman un verdadero retrato, y cada una de ellas debe quedar como elemento constitutivo de la obra. Pero no se piense que cuanto voy diciendo, es tan sólo un hilvanar de frases y un decir sin peso ni consecuencias; no. Examinemos los hechos, y nuestro convencimiento será en el sentido de que lo que digo y diré, es, en absoluto, una simple verdad. Os voy a revelar las imaginaciones que mi mente ha forjado; pero como sería imposible una revisión completa de la brillante vida del héroe, no recordemos sino lo sobresaliente, en sus últimos días. Desde que cayó en la trampa de Judas, en Acatita de Baján, el buen cura mostró una finísima ironía. Qué regocijados comentarios se desatarían en su potente cerebro, al comentar consigo mismo o, en auto-dialogar sarcástico, sobre las urgencias de sus compañeros militares para destituirlo, degradándolo, de su primerísima jerarquía militar, bajo la acusación de la ineptitud. Todo para entregarle el bastón del supremo mando a don Ignacio Allende, dizque maestro en el arte de la guerra, a quien los traidores pudieron inmediatamente después burlar, como si fuera un niño, llevándolo a la trampa de Acatita.

En vez de desesperarse, Hidalgo se refugió en las elevadas mansiones del pensamiento irónico, y ello trascendió palpable y elocuentemente en su conducta. Chanceaba con sus correligionarios y con todas las personas con quienes trataba. A Fray Gregorio de la Concepción, por ejemplo, a quien vió en cuclillas al lado del camino por donde los llevaron a Chihuahua, cuando se

guarecía de la lluvia bajo su gran capa blanca de lana, le dijo: —“¡Qué bonito estás, hermano... Pareces un borrego cuatezón...!”— Muchas anécdotas ilustran con colores alegres esta pronunciada y última actitud psicológica del señor Hidalgo.

Todo el engorroso procedimiento de los jueces eclesiásticos, civiles y militares, le dieron ocasión de mostrar su tranquilidad completa, su desprecio a las manipulaciones de los curiales. Por ello la mayoría de los historiadores han resuelto que la famosa retractación es falsa, aparte de que muchos testimonios para sostener su veracidad se contradicen; y de que personas que los jueces dieron por presentes cuando se recogió la declaración, después se comprobó que estaban en otros lugares, públicamente. Las cartas que escribió a su hijo contienen el consejo de que siga luchando por la independencia de su Patria. Había que continuar en la lucha, sin que lo desanimaran los sacrificios ya numerosos; por más que siguieran aumentando. Ya vendría el momento, seguramente, de llegar al triunfo.

Por fin el auditor Bracho emite su laudo diciendo: “...que Hidalgo era reo de alta traición y mandante de alevosos homicidios y que debía morir por ello, confiscándole sus bienes y quemar públicamente sus proclamas y papeles sediciosos. En cuanto al género de muerte, la más afrentosa que pudiera excogitarse no satisfaría completamente la venganza pública... por tanto, (termina el auditor Bracho), si estas consideraciones tuvieran lugar en la cristiana de V. S. ya que no se puede darle garrote por falta de instrumentos y verdugos, podrá mandar, si fuere de su agrado, que fuere pasado por las armas en la misma prisión en que está...”

El proceso llegó así a su fin. Ya en mayo, habían sido ejecutados Allende, Jiménez, Aldama, Solís, Chico, y Santa María. Pero no afectó aquello el ánimo de don Miguel, quien siguió impertérrito.

El día 26 de julio se llevó a cabo la degradación eclesiástica con toda pompa y alardes litúrgicos, en presencia de numeroso concurso, en uno de los corredores del Hospital Militar de Chihuahua. Tampoco la impresionante ceremonia lo afectó. Ya era una estatua inmovible. Consumado el acto, quedó en poder del comandante militar Nemesio Salcedo y le fue leída la sentencia. A las diez de la mañana se terminó el cruel aparato ju-

dicial, militar, eclesiástico y civil. Ninguna sombra de temor ni de debilidad. En la sacristía, antes de ser puesto en capilla, fumó plácidamente un cigarro y platicó sobre muchas cosas con las personas presentes. Después fue enclaustrado. Al retirarse el carcelero, le pidió que le llevara dos cigarreras y unos dulces que tenía bajo la almohada, deseo que le cumplió personalmente el alcaide don Melchor Guaspe. Por dos veces le reclamó aquel día los vasos de leche que la señora esposa del carcelero le enviaba a distintas horas. Desayunó, comió y cenó con magnífico apetito, cada vez mejor. Hizo los acostumbrados rezos con toda devoción y se acostó y durmió con toda tranquilidad; con la tranquilidad de quien cumplió ya su destino y deja el valle de las lágrimas para ir a descansar eternamente. Llegó ya el día fatídico, el 30 de julio de 1811. Al alba fue despertado; se le llevó el último alimento, y con el mismo buen humor, pidió que se le diera completa la ración, que veía mermada, ¡tan sólo porque le iban a quitar la vida...! Mandó llamar al alcaide y le ofreció su caja de rapé, como obsequio y recuerdo suyo, que Guaspe rehusaba conmovido. Salcedo el comandante le dijo que aceptara, y dándose un efusivo abrazo, se despidieron para siempre. Don Melchor fue luego a cerrar el calabozo y encontró escritas con carbón en las paredes, las dos famosas décimas dedicadas a él y al carcelero Ortega y que dicen así:

“Ortega, tu crianza fina,
Tu índole y estilo amable,
Siempre te harán apreciable
Aun con gente peregrina.
Tiene protección divina,
La piedad que has ejercido
Con un pobre desvalido
Que mañana va a morir
Y no puede retribuir
Ningún favor recibido”.

“Melchor, tu buen corazón
Ha adunado con pericia
Lo que pide la Justicia
Y exige la compasión.

.....
Das consuelo al desvalido
En cuanto te es permitido;
Partes el postre con él
Y agradecido, MIGUEL
Te da las gracias rendido...

x X x

Ya se oye un triste y alarmante repique a vuelo que desparovido sale por las arquerías de todos los campanarios de Chihuahua, cuyas lenguas de bronce tocan a muerte. Los broncos tambores suenan los negros y sordos lutos de los funerales y lloran sus plañideras notas los clarines. Todo anuncia al vecindario que va ya a representarse el último acto de la tragedia esquiliana. Doscientos soldados dan resguardo al Hospital y más de mil están sobre las armas en la Plaza. Doce forman el pelotón del cuadro encargado de la ejecución, al mando del teniente Pedro Armendáriz. Ya va Miguel en medio de sus verdugos. De pronto, se detiene y pide que le lleven sus dulces, dejados otra vez bajo la almohada. Se los traen y los reparte entre los soldados que habrán de dispararle dentro de unos instantes, y los alienta, perdonándolos generosamente por arrancarle la vida. Su voz es cariñosa y suave, sin el menor resabio de rencor ni de miedo. Ya no es sacerdote, ni Generalísimo de las Américas, sino un simple mortal, más mortal que todos los presentes. Y sin embargo, ninguno es tan valiente como él. Ahora es más que sacerdote, más que generalísimo, más que nadie: es el Padre de todos porque es el Padre de la Patria, desde ese momento. Todo su ser busca y logra dar la verdadera imagen de la inolada paternidad —por sus actitudes, sus expresiones, su dignidad ejemplares que, para su imitación y mejoría, entregó como rico legado a la posteridad—. Todo bondad y energía, se dirige al paredón, toma el banquillo en que habrán de sentarlo, y lo besa con resignación. Será él quien reciba sus últimos instantes y se habrá de bañar con su roja sangre. Ya sentado, lo vendan. Con unas correas le amarran las piernas al banco. Le dan un crucifijo que queda en su mano izquierda. Sobre su pecho pone la derecha, cumpliendo así la oferta que hizo a los soldados azorados, cuando les dijo, al darles los dulces y la voz más dulce del perdón: “Hijos míos, pondré mi

mano derecha sobre mi corazón, que os ama, para que podáis cumplir la consigna de no herirme en el rostro... Así, el blanco será seguro..." Ya el paredón espera también las balas para detenerlas ahí, para que sirvan como testimonio irrefutable del crimen. Paredón mexicano de las ejecuciones, burla del destino y de la muerte, símbolo mexicano de la heroicidad anónima, de la colectiva del pueblo, de la de los grandes mártires. Paredón que tiene descubierto José Clemente Orozco y patentado por todos los siglos. Límite preciso y claro entre la verdad cruel y la terrible incógnita, muro liso y desnudo, sin adorno alguno, interminable como la eternidad. Armendáriz da las órdenes de formación, y luego la voz de fuego... y los soldados lanzan la descarga de los furiosos fusiles hispánicos... El paredón se oscurece con manchones rojos que resaltan sobre la lisura triste del sucio encalado alzándose ante los espectadores empavorecidos. El amanecer amarillento, con nubarrones muy oscuros, de grises amoratados, pardos y ocres mortales, forma el fondo del cuadro. El mártir está medio caído, sobre el banco... Las balas lo hirieron en el vientre y le rompieron el brazo derecho, el que servía de blanco a los tiradores... Rápidamente se mueve el pelotón para que otros soldados hagan la segunda descarga, que es menos efectiva y más cruel, porque le pulveriza el vientre... Aquí está el fiel retrato del Redentor. Se nos está revelando como una placa fotográfica. Es inédito. Don Miguel se arranca la venda con el brazo bueno, y su mirada paternal recorre el escenario con la esperanza de verse ya fuera de este infierno terrenal; pero no... aún está aquí, en el reino de Luzbel. Ya los soldados han comprendido lo que antes temían: que están acribillando a su padre; y atribulados, espantados, tiemblan como lo que son: unos parricidas... El tercer disparo vuelve a dar en el vientre y destroza la espalda... De nada sirve el blanco suicida de la pálida mano sangrienta. Los hijos mejor quisieran besarla. Armendáriz está igualmente azorado y también se ve sacudido por un temblor de pánico... Aquellos ojos del anciano cura los siguen mirando con tristeza. ¡Unas cristalinas lágrimas resbalan por sus mejillas! Dos de los soldados se acercan, por orden del comandante ¡ponen los cañones de sus fusiles sobre el corazón! El cáliz del martirio, la copa de la cicuta, ya pasaron lentísima, crudelísimamente y la tremenda agonía termina con las dos balas certeras! Sobre la gran man-

cha rojiza del suelo, ha caído el crucifijo y la boca del Cristo besa la sangre del nuevo Redentor. Murió de frente. Su cruz fue el paredón. Tuvo su Longinos: Armendáriz; y su lanzada fue más cruel que todas las lanzadas. Su Judas, fue Elizondo. El Vía Crucis empezó en las Norias de Acatita de Baján. Nuestra redención fue el Evangelio de su vida. Su Gólgota, Chihuahua. Los jueces e inquisidores suplieron a Herodes y a Pilatos. En vez de los clavos de Cristo, los enjambres de abejas de plomo le talaron por tres veces con agujones de fuego todo el cuerpo. La envidia, la ingratitud y la traición formaron su corona de espinas y la Nación Mexicana recoge la imagen del mártir en la enseña tricolor, como nueva Verónica...!

Tuvo apóstoles que continuaron su doctrina, como Morelos y Pedro Moreno, de gran talla y mártires también, como su Maestro.

¡Pero... dónde están, el pintor o el escultor que se inmortalicen realizando el verdadero retrato, la resurrección física del redentor? Porque espiritualmente, como en los evangelios, resucitó el tercer día de entre los muertos...

Y está sentado a la diestra de la Santa Madre Patria...

E L F E M I N I S M O

LA PARTICIPACIÓN efectiva de la mujer en las actividades sociales, era uno de los propósitos de nuestra plataforma política desde que fui postulado diputado por el distrito Poniente de Guadalajara al Congreso de la Unión. Grupos de muchachas estudiantes y de maestras, de obreras de las fábricas de hilados y tejidos, de las de molinos de nixtamal y de campesinas de las comunidades agrarias, cooperaban en la medida de sus posibilidades al triunfo de nuestro Partido Liberal Jalisciense. Nuestras informaciones al respecto, incluían cuanto encontrábamos en las revistas nacionales y extranjeras respecto de los movimientos feministas norte-americano e inglés. Habíamos exaltado en los actos públicos cívicos, la memoria de las heroínas mexicanas, como doña Josefa Ortiz de Domínguez y la de Leona Vicario. Habíamos visto a mujeres tomar las armas para secundar el movimiento maderista. Doña Mercedes Celis de Leautaud, de Mascota, alcanzó el grado de coronela en las fuerzas zapatistas. Las hermanas Atala y Laura Apodaca habían intervenido en las luchas cívicas y la primera también con las armas, siendo activa propagandista del ideario revolucionario en la tribuna. De hecho, la mujer era copartícipe de nuestros esfuerzos políticos. Faltaba la expresión legal, la declaratoria de la igualdad de sus derechos con los del hombre en los órganos jurídicos. Entre tanto, deberíamos hacer cuanto sirviera para la preparación de la opinión pública, rehacia en este punto, más que en otros, por razón de las costumbres tan arraigadas que heredamos de la nación española. Bastará recordar cómo, en la mesa, salvo en muy contadas excepciones, las mujeres campesinas de la clase media no se presentaban para acompañar en las comidas a los hombres. Permanecían en la cocina y solamente acudían si el padre las llamaba; o cuando debían ellas llevar los alimentos. Los varones eran ahí los únicos que tenían derecho a sentarse. Ellas permanecían de pie. En las clases populares, por una parte su humil-

dad igualaba e iguala las condiciones del hombre y de la mujer, tanto en la vida diaria así como en el trabajo, que es y fue desempeñado indistintamente por el uno y por la otra. En el trato hogareño, se manifiesta la inferioridad de la mujer, por el menosprecio que de ella hace el hombre públicamente en los actos que él cree que debe aparecer como el amo. En ello es donde se advierte la persistencia de viejas costumbres, que poco a poco tienden a modificarse en el buen sentido, mucho más cuando las hijas ya acuden a la escuela y aportan auxilios de orden económico y cultural. Las clases acomodadas viven como vivían, en pareja completa de vida y representación social, salvo cuando se trata de impugnar las disposiciones legales que reforman los derechos políticos de la mujer; pues entonces se sienten obligados los hombres y las mujeres, a manifestarse en contra de toda innovación.

Conocíamos hasta detalles de las luchas feministas en Norteamérica y en Inglaterra, principalmente, pero no eran adecuadas las formas de táctica adoptados en esos países. Aquí teníamos ya mujeres ilustradas que se preocupaban por el problema, como las mencionadas hermanas Apodaca, Micaela Contreras Medellín, María Lavat, las obreras María Díaz, Lupe Bonales, Luz Rodríguez; la campesina esposa de Casimiro Castillo, el jefe agrarista de la región de Autlán, que tenía organizadas a las compañeras de las comunidades de la región; y las trabajadoras textiles de las fábricas de los Dávalos, de La Experiencia, Atemajac y Río Grande. Dos tendencias estaban representadas por ellas: la política ideológica en las primeras y la sindicalista y de lucha de clases en las demás. Esta fue por su carácter económico-social, la que adquirió mayores proporciones y la que fue debidamente atendida en los Partidos Políticos y en los Sindicatos, pues iba directamente a favorecer el mejoramiento material y moral de la mujer. El Estado, por ello, estaba obligado a promover avances en otros aspectos feministas, en el de la Enseñanza Superior, principalmente en la Profesional. La Escuela Normal de Señoritas, las Industriales del Estado y Federal, por años venían haciendo una muy encomiable labor cultural. Era su directora la profesora Irene Robledo García. De la primera habían salido ilustres maestras normalistas que daban prestigio y fama al Plantel y a Jalisco, pues en otros Estados y en la Capital de la Repú-

blica sus servicios se han considerado eminentes. En las Escuelas Comerciales e Industriales, el beneficio había sido más extenso, ya que las alumnas fueron numerosas. De la Federal, fueron Directoras María de Jesús Gutiérrez de Benítez y Josefina G. de Ibarra. Preparadas sus alumnas para el comercio y las oficinas públicas, la mayoría de ellas elevó sus posibilidades, su nivel de vida y el de su familia hasta un grado, a veces, muy alto. Las Directoras de la Escuela Comercial e Industrial, fueron las señoritas Adela Torres Astey y Catalina Vizcaíno. Las Escuelas Profesionales fueron mi personal punto de atención; pues en ellas nunca se había inscrito ninguna mujer, Me refiero a las de Medicina y de Leyes, principalmente; pues en Ingeniería ni qué pensar; —la que hubo hasta 1925, era Libre. No había de Odontología, ni ninguna de las que se formaron al crear la Universidad. Dos jóvenes fueron las que iniciaron la entrada a los estudios de Medicina: Las señoritas profesoras Jacinta Curiel y Juana Navarro. Mercedes Martínez Montes ingresó a la Escuela de Leyes.

La primera de ellas, estaba encargada de la educación de mi hija mayor Rebeca. Sus estudios en la Escuela Normal y los anteriores habían sido amplísimamente satisfactorios y motivo de elogios por parte de la señorita Directora de la Normal, profesora Irene Robledo García. Las otras dos, también merecieron magnífica anotación y eran hermanas de compañeros nuestros del Partido. A pesar de todo, la entrada de ellas a las dos Escuelas no fue nada agradable. Burlas del bueno y del mal género les fueron hechas por los alumnos y por algunos maestros. Vejaciones y atrevimientos que no eran ni más ni menos que los que a su vez, otras mujeres, habían tenido que padecer en bien de su causa en cultísimos países como los ya nombrados. Los grupos humanos inconscientemente se rebelan contra las innovaciones. Su oposición es más vigorosa y ciega a medida que remueve capas más elevadas o más antiguas de la sociedad. Abigail Adams, en 1776, en vísperas de la declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norte América, esposa de uno de los futuros Presidentes de aquel País, fue ridiculizada en artículos periodísticos, en caricaturas, en panfletos. Todo ello no le quitó ningún mérito a su gran valor patriótico e intelectual; pues había sido precisamente ella, la que propuso al Congreso Continental la iniciativa de Ley

para la reivindicación de los derechos femeninos y la famosa declaración de la independencia de las colonias, separándose definitivamente de la metrópoli inglesa, cuando ni su esposo, ni el General Washington pensaban aún en ello. La casa de los Adams fue el cuartel general de la rebelión. Ciertamente que por entonces solamente New Jersey concedió el voto a la mujer; pero más tarde lo obtuvieron en los Estados de Washington y California, contribuyendo ello a la concesión del voto a los negros. Cuando los demás Estados de la Unión siguieron el ejemplo, ya las costumbres democráticas de nuestros vecinos se habían cimentado definitivamente. Sin embargo, aun cuando grandes beneficios de toda índole estaban a la vista, como resultado de la intervención de la mujer en los asuntos públicos y cívicos, las críticas insulsas, los libros denigrantes acompañaron cruelmente a cada una de las relevantes figuras femeninas que supieron llevar al triunfo su causa, como Mistress Warren, Mary Wolstonecraft y Francis Minor. Todos los periódicos, en sus respectivos tiempos de acción de cada una de ellas, se encuentran llenos de caricaturas y escritos denigrantes e injuriosos. Lo que lamentamos aquí en Jalisco, fue que fueran pocas las mujeres que se inscribieran en las escuelas profesionales. Sin embargo, a medida que era dominado el ambiente por las primeras, una especie como de amplia tolerancia se estableció y justo es decir que nunca se vieron los excesos de otros países. La conducta digna y resuelta de ellas, obligó al respeto de los demás. Su aventajamiento y constancia en los estudios, mejoró mucho la convivencia. La mayoría de los estudiantes y de los maestros, las consideró, aún antes de los primeros exámenes, como compañeras. Las tres alcanzaron pronto el título profesional. La señora Doctora Jacinta Curiel de Gómez, en la actualidad, ocupa lugar distinguido en el gremio médico-quirúrgico. La licenciada Martínez Montes ha ocupado altos cargos en la Judicatura Federal. Cuando quedó establecida la Universidad, en octubre de 1925, en todas sus escuelas tradicionales y en las de nueva fundación, en poco tiempo la matrícula femenina alcanzó proporciones inesperadas. En la actualidad no hay una sola dependencia de nuestra Casa de Estudios que conserve el más remoto resabio de aquellos malos tratos y de los vejámenes sufridos por las innovadoras. Hombres y mujeres conviven y estudian con la mayor naturalidad y con notorios progresos.

No podía ser de otro modo. La causa de la mujer es la causa de la Humanidad. Solamente las aberraciones históricas y los absurdos fanatismos de pasadas épocas, han podido reducir a una inferioridad indigna al ser que más debe la civilización. Cuidó la prole ella sola, exclusivamente, contra la agresión del hombre primitivo. En las cavernas, ideó la manera de utilizar el fuego y de aprovechar las pieles de los animales cazados, para cubrir las ateridas carnes de los hombres y mujeres del clan. Dió forma a las primeras vasijas de la cerámica. Hizo de los huesos y tendones de los animales cazados, utensilios y armas. Mientras el compañero vagaba por las heladas llanuras en busca del sustento, ella sabía recolectar frutas y semillas para que abastecieran la tribu en los días difíciles. Domesticó algunos animales que fueron muy útiles, como el caballo, el ganado vacuno, las cabras, los perros; y sembró las semillas, creando así la agricultura. Después, asumió el matriarcado, dando así un gran paso más en la cultura de los antepasados. Cuando las guerras entre los grupos humanos fueron preponderantes, la mujer quedó bajo la dependencia del hombre. El sacrificio, la resignación, la fortaleza frente a las adversidades y los peligros, la sublimación de sus sentimientos maternales y su absoluto entregamiento al cuidado de la prole, fue la forma en que ella contestó la suplantación del patriarcado en lugar del matriarcado. La dependencia llegó en muchas veces en la mayoría de las razas hasta la más abyecta esclavitud, considerándose su independencia como un absurdo. En los tiempos del oscurantismo fanático, se la tuvo como la causante de la pérdida del Paraíso, mal interpretando los textos bíblicos que fueron tenidos como crónicas y no como tradiciones de hechos colectivos simbolizando y simplificando en la individualización de Adán y Eva, de Abel y Caín, etc., etc. Aún los griegos, como se ve en Aristóteles, ponían bajo guarda a la mujer en reducción total de sus derechos, obligadas "a someterse a sus maridos como si hubieran sido compradas por él a un alto precio". Hasta en los días de Homero las trataron mucho mejor que después, como también en la India antigua. Fue necesaria la revolución cristiana, con sus máximas de amor y sus doctrinas de igualdad, la que elevó más que ninguna otra causa el destino femenino, dignificando a la mujer, santificándola, igualándola con su compañero. Desgraciadamente, vino la negra etapa llamada La Edad Media; y en ella, otra vez el hombre encadenó a su

madre, humilló a su esposa tratándola como esclava y envileció a su hija, encarcelándola sin permitirle salir de su prisión. Los pueblos orientales siguen aún tal sistema, salvo aquellos que se han despertado del largo letargo. Ya por las calles de algunas de las ciudades árabes, turcas, persas, egipcias, caminan libres del velo y del serrallo las mujeres, que comparten, como nosotros, la vida social. Para ello, fueron necesarios días trágicos, pues nunca, sin tal tributo pagado siempre, ha podido avanzar jamás la humanidad en el camino de su mejoramiento. Nuestra mujer ya goza, por fortuna, de los bienes de la igualdad ante la ley. Urge que cuide su dignidad, su libertad, que es su tesoro; que no lo ponga a la disposición de quienes por siglos se lo robaron y de quienes aún pretenden que no es de ella, sino de ellos: los clérigos. La Historia castigaría tal equívoco con la vuelta atrás. Otra vez las preocupaciones y los fanatismos, la encerrarían tras los gruesos muros de la casa del hombre y caería de nuevo en los antros de la ignorancia.

En nuestro occidente mexicano, la mujer tiene ejemplos muy altos que seguir. Allá, en los días de la fundación de nuestra Guadalajara, Beatriz Hernández dió la nota más alta entre los fundadores, como también la dió entre los suyos la Reina Tzapotzintli de Tonalá, la culta capital de su reino. En los siglos que siguieron, otras mujeres las imitaron y ahora son millares las que quieren continuar la gloriosa tradición. Mucho cuidado debemos tener todos, porque nuestros sucesores bien merecen recibir de nuestras manos un mundo mejor, pletórico de dignidad verdaderamente cristiana, igualitario, respetuoso, amoroso para con el prójimo.

Esta es, mujeres jaliscienses, mi honda convicción y mi mayor deseo.

EN EL SEPELIO DE IGNACIO JACOBO

EL SEÑOR Rector de la Universidad de Guadalajara me ha honrado con el encargo de pronunciar una oración fúnebre ante la tumba de Ignacio Jacobo:

“Hémos aquí postrados ante la Muerte. De nuevo absortos frente a un misterio tan antiguo, que anidó el espanto en la pobre mente del primer hombre ante la primera muerte.

¡Qué desconcertantes creaturas somos los humanos!

Ignorantes, por una parte, de todo lo que se refiere a nuestro nacimiento y a nuestra muerte; o como decía Rubén Darío, SIN SABER A DONDE VAMOS NI DE DONDE VENIMOS... En cambio, por la otra parte, en angustiosa ansia de conquistar y de saber, casi tocamos ya con nuestras pequeñas y débiles manos la luna y las estrellas. Somos los dueños de los secretos de la Naturaleza. Miramos ya con nuestros indiscretos ojos, hasta las profundidades oscuras de los más remotos abismos de la materia, a la que hacemos estallar con nuestras técnicas de moderna brujería.

Desconcertantes creaturas somos los seres humanos, que no tenemos peores enemigos que los propios hombres... Nada ni nadie sacrifica mayor cantidad de víctimas en la piedra de este Huitzilopochtli, que el hombre mismo. La técnica, el Estado, la Iglesia, con frecuencia le ofrecen multitudes a la Muerte, oficiando como sus grandes sacerdotes, como activos agentes y servidores.

Solamente las Universidades se enfrentan al ídolo negro. La nuestra, la de Guadalajara, como las otras, se empeña en combatir contra él por medio del trabajo y del pensamiento, reduciendo sus dominios mortales, aplicando al servicio de la vida los descubrimientos e invenciones de la verdadera Ciencia.

Ignacio Jacobo vivió con igual ideal. Su niñez, su larga juventud, su corta vejez, se entregaron con ahinco al estudio y al servicio de la Humanidad. Impartió las primeras letras en las

escuelas del Pueblo. Fue justo y sabio como funcionario judicial. En la cátedra universitaria, dió a conocer los elevados fines de la Filosofía. Fue nuestro Rector y su gestión produjo beneficios a la alta cultura jalisciense. Fue un fraternal compañero, un Maestro de Maestros. Un justo Juez. En sus últimos años, fue muriendo poco a poco, con estoicismo, con tranquilidad. Se desprendió su espíritu en forma gradual de las actividades humanas. Solamente sus dos grandes virtudes vivieron en él hasta lo último: Su acendrado cariño por su familia y por su hogar, y el cumplimiento de sus deberes públicos. Como hijo, se entregó con sacrificio al cuidado de su madre enferma y peleó bravamente con esta misma muerte, que lo venció entonces y lo vence ahora. Dejó poco a poco la materia sin temores, sin desasosiegos. Su espíritu se encuentra ya sereno, en los dominios de lo desconocido. Los universitarios debemos sentirnos contentos al vernos colocados en un círculo especial para cumplir nuestro destino, combatiendo con la Muerte y con sus aliados, a sabiendas de que, en lo personal, habremos de pagar el tributo inevitable de nuestra propia vida con nuestra propia muerte. Pensar y trabajar ha sido, por nuestro propio albedrío, el campo de nuestras luchas sobre la Tierra. Como Ignacio Jacobo cumplió estrictamente con eso, nuestra Alma Mater debe recoger su espíritu de Patricio en su corazón. Nosotros, los universitarios, recogemos su recuerdo y su ejemplo en el nuestro. Señor Rector: así he cumplido con vuestro encargo”.

G U A R A P O UNA LECCION DE DERECHO DEL TRABAJO

PARA quienes hemos pasado la mayor parte de nuestra vida sin un título profesional, es grave problema el servir una cátedra. Se cree, con o sin razón, que un maestro no es precisamente un ser humano, sino un libro que tiene el mágico don de hablar y que así comunica su conocimiento a los demás.

Tal ha sido mi caso, desde cuando, al obtener el título de abogado, se me encomendó la cátedra de Derecho del Trabajo en la Universidad de Guadalajara. Por haber intervenido en la oposición reyista y maderista y por las caricaturas que dibujé para EL PERICO, órgano periodístico del Reyismo, así como por mi intervención en los movimientos estudiantiles que culminaron con la pedriza a los corralistas, fuí expulsado del Liceo de Varones, junto con otros muchos estudiantes. Cuando pude reanudar mis estudios, tenía ya 36 años, y a los 40 me recibí en la Universidad que me tocó en gran suerte fundar. En tales condiciones, me veo carente de aquella virtud anotada ya, de ser un libro que habla; y me siento de continuo dominado por conceptos realistas que me alejan de las abstracciones magisteriales.

Es por ello que, cuando inicio el año escolar en mi cátedra, llamo siempre en mi auxilio al espíritu de Francisco Rojas González, aquel gran amigo, tan humano e inteligente, cuya obra literaria arranca también de la más absoluta realidad. Su espíritu se presentó de nuevo este año, en mi clase, cuando Gustavo Naranjo, el alumno a quien dí el libro, leyó el título del cuento: GUARAPO.

Naranjo es orador, fogoso, de rápido pensamiento. Levanta la mirada, como interrogándome: ¿De qué se trata...?

—Guarapo, le digo yo, es el caldo ardiente que sale de los trapiches producido al exprimir las cañas de azúcar...

Pero la mirada de los alumnos era ahora la que se me clavaba para interrogarme, y que también sin hablar, me decían:

—¿Y qué tienen que ver el guarapo, ni ese señor Rojas González, en este salón donde venimos a estudiar el Derecho del Trabajo...? —Y yo, en tono de buenos amigos, les contesté: —Escuchen ustedes a Naranjo.

Y Rojas González, por boca de Naranjo, nos dijo:

—“¿Ves? Primero es Guarapo... después, cachaza, luego melado, después melcocha, por último piloncillo.

La voz de mi padre se oía entre el bufar de los émbolos.

Me llevaba de la mano recorriendo los departamentos del trapiche. Su voz era insinuante. Se notaba a leguas su afán de enseñarme.

—Aquellos son los moldes. Allí están los peroles... Esos hombres desnudos son los batidores. Tienen la piel curtida, la cachaza hirviente no les levanta ampollas.

—Y pasaban corriendo cerca de nosotros muchos hombres encuerados hasta medio cuerpo. Los calzoncillos de manta delgada se enrollaban hasta muy cerca de las ingles. Sus plantas desnudas, sudorosas, se estampaban sobre el piso negruzco.

—Allá está el molino.

Fuimos hasta allá.

—Esta es la caldera. Sigamos la banda para que conozcas la muela. Te va a interesar.

Y seguimos la banda.

Mi padre hablaba; pero el ruido del molino opacó su voz. En adelante no pude escuchar lo que dijo.

Llegamos a la muela.

Medrosamente me apreté a sus piernas. Dos enormes cilindros giraban uno sobre otro. Diez obreros con sus vientres protegidos por mandiles de cuero, alimentaban la gran máquina. Gruesos tercios de caña morada desaparecían entre los dos cilindros, produciendo ruidos que daban calofrío. Parecían quejidos humanos.

Mi padre gesticulaba como queriendo comunicarme algo interesante. Yo entendí: quería que fijara mi atención en aquella enorme muela, en aquella máquina gigante a la que no sé qué de trágico le encontré desde el momento en que la ví. Hice con la cabeza un signo de asentimiento. Mi padre se tranquilizó.

Dimos una vuelta alrededor del estridente aparato.

Por un lado salía el bagazo completamente prensado. Mu-

chos hombres cargaban con él y lo llevaban a secar hasta los enormes patios soleados. Por el otro lado una cascada de líquido zarco, delgado, corría haciendo burbujas.

—¡Ese es el guarapo! —gritó mi padre a mi oído.

—¡Ah, el guarapo! —dije por decir algo.

Un obrero escogió para mí la caña más tierna. Me obsequió con ella y sonrió tristemente cuando pasó su manaza sobre mi cabeza. Después, mi padre me cogió por el hombro y me condujo a un lejano rincón de la fábrica. Allí apenas llegaban los ruidos, pero la muela y sus operarios se veían perfectamente.

Mi padre, recargado contra el muro descascarado, me dijo la historia...

Naranjo, buen orador, tartamudeaba a cada paso, levantaba los ojos, nos veía a sus compañeros de la clase y a mí. Hacía esfuerzo por continuar la lectura, mientras todos, impacientes, procuraban dar algún sentido a toda aquella maraña que nada tenía que ver, aparentemente, con los anhelos estudiantiles de profundizar con sapiencia en los escondrijos legales del artículo 123 constitucional, de la Ley Federal del Trabajo, de los libretos de texto, de autores famosos como Mario de la Cueva... Castorena... Trueba Urbina... Trillo... Algunos de mis discípulos me miraban casi con odio, aturdidos por el esfuerzo que sus mentes realizaban para conectar el guarapo, la muela, los grandes cilindros, con la materia jurídica que habían venido a conocer.

—Pase usted el libro a su compañero, a Jesús Ahumada —dije a Naranjo, quien de prisa me obedeció, tan nervioso ya como todos. De mala gana, el otro continuó la lectura:

—“Una mañana, cuando el trapiche empezaba a trabajar, Estanislao el mayordomo, paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las puntas de su jorongo pintado a colorines. En una de tantas vueltas, el aire sopló más fuerte y las puntas del jorongo del trabajador fueron cogidas por los cilindros. La polea giraba a toda tensión, el mayordomo trató en vano de quitarse el gabán para burlar así el peligro; gritó pidiendo auxilio; algunos corrieron en su ayuda, pero la gran máquina se lo tragó con la facilidad con que se traga los tercios de caña morada.

Cuando los peones rodearon la muela, el guarapo se había convertido en sangre, y los bagazos salían revueltos con carne molida.

Algunos piadosos recibían en botes de petróleo las entrañas machacadas. Pararon la máquina; pero el guarapo enrojecido ya había llegado al gran tanque de depósito...”

Los alumnos de mi clase abrían ahora los ojos desmesuradamente; y en ellos, por su expectante actitud, se podía ver ya un principio de entendimiento, aún borroso, remoto, de la razón de ser de aquella crispante lectura en una cátedra tan seria, tan peligrosa de caer en bolchevismos y en anticatolicismos... Yo sentí claramente cómo las dudas de aquéllos jóvenes aprendices de sabios, relativas a mi capacidad de maestro, se habían desvanecido; y disculpábanme ahora por quitarles el tiempo con un cuento tan mexicano y tan bien escrito. Y más de alguno de ellos precisamente de los más alejados del ansia de llegar a sabio, se recogía ya en su propio ser, concentrando cuanto estaba oyendo, porque presentía que aquella primera lección que estaban recibiendo de un literato, del gran Pancho Rojas González, del laureado novelista de La Negra Angustias, iba a valer tanto o mucho más que todas las lecciones del año por venir y de todas las que ya antes habían recibido. Así continuamos relevando antes a este lector por otro más, porque ya daba aquél también muestras de cansancio. El libro fue arrebatado con prisa por un nuevo relator: por Carlos Ramírez, y leyó:

“El mecánico llevó la noticia al patrón. Llegó jadeante a su presencia.

—¡ Señor, algo grave aconteció en la fábrica!

—¿ Qué, otra flecha rota...?

—No, patrón, algo peor, una cosa horrible...

—¿ Se reventó la banda?

—No señor, Estanislao el mayordomo fue machacado por la muela.

—¡ Ah! —respiró, y clavó de nuevo su cabeza para terminar el asiento que había empezado en el libro de deudores— Bueno, qué le vamos a hacer; Dios le tenga en su gloria. Pero tú te has quedado como un bruto...! ¿ Qué esperas? Vete, recojan los restos que salgan por la boca del bagazo... y que los entierren...!

—Pero patrón, la sangre ha llegado hasta el tanque del depósito, no ha sido posible detenerla, yo...

—¡ Cómo! ¿ Pero qué dices, animal? Que la sangre ha...

Sabes que ese descuido me significa la pérdida de toda una mo-
lienda?

—Señor...!

—¡ Nada, ordena que sigan trabajando! ¡ Yo no puedo perder...! ¡ Vamos...!

Y vinieron ambos al trapiche.

Los obreros permanecían aún alrededor de la muela.

Algunos sacaban con palas los despojos de Estanislao.

—¡ Pobre Tanilo —Decían— y deja familia!

—Bueno, muchachos, a trabajar... y sea por Dios —dijo el amo al llegar.

Los hombres, aún con la terrible impresión pintada en el semblante, fueron cada uno a sus puestos.

—¡ Vamos, echa la fuerza! —gritó el propietario.

Y la polea giró arrancando a los cilindros su chirriar escalofriante. Por el conducto del bagazo salieron los últimos pedazos de carne machacada.

Del canal del guarapo sólo salió sangre, que caía haciendo burbujas en el depósito.

—¡ Metan caña, plebe... Yo no puedo perder! ¡ Vamos!

Diez hombres, como ahora, alimentaron de nuevo la muela. Por un lado la caña morada salía convertida en guarapo y bagazo. El líquido zarco, espumoso, empujaba hasta el tanque el último cuajarón de sangre.

—¡ Vamos, que no es posible perder veinte arrobas de piloncillo por una torpeza; que lleven esos botes a la casa de la viuda para que ella dé sepultura al difunto...! ¡ Pero pronto, no hay qué gastar el tiempo... ¡ Vamos!

La gran muela siguió tragando tercio tras tercio de caña; de vez en cuando salía entre el bagazo algún guiñapo del gabán a colorines de Estanislao.

Al otro día fueron algunos trabajadores en comisión a ver al amo. Lo encontraron como siempre, echado sobre el libro de caja. Vió por encima de los lentes a los comisionados; pero no les habló sino hasta que terminó el apunte empezado”.

Mis alumnos habían entrado ya, para entonces, en un estado consciente que los unía aún más en una modorra de perplejidad, ante la inesperada lección. Ellos, que habían venido a saber de las enconadas discusiones entre los civilistas y los partidarios

del derecho nuevo del trabajo, se enfrentaban principalmente con la verdadera causa de tales discusiones, que tenían llenos los anaqueles de grandes bibliotecas y ocupaban a diario a cerebros privilegiados que intentaban ahondar en los graves misterios del problema social, de la lucha de clases, del derecho de huelga. Yo los veía absortos al darse cuenta, por medio de una simple lectura, de toda la amplitud humana de aquella horrible realidad que les estaba siendo revelada por quien, como Rojas González, no tenía la menor preocupación legalista, sino que se reducía tan sólo a la relación de un hecho cierto, relatado por un testigo presencial acontecido en un humilde trapiche jalisciense. Aquella ejecutoria, aquella crónica roja, aquel responso a un mártir de una causa universal, sentó jurisprudencia en mi clase sin necesidad de terminar siquiera la lectura. Yo veía, con júbilo, que de cada frente estudiantil salía ya una clarísima satisfacción, porque no había en ellas ni una sola arruga de preocupación ni de incompreensión; sino que por su aspecto de tranquila tersura ví el indicio de un entendimiento cabal. El maestro Rojas González continuó en la voz del alumno:

—“¡Qué hay! —gritó secamente el patrón.

—¡Tío Tanasio, hable usted! —dijo uno de los obreros dirigiéndose al más viejo.

—No, mejor Florentino, es el más letrado —contestó el viejo.

Florentino, que había estado en el Norte y que su prestigio de “letrado”, se fincaba sólidamente en el uso de pantalones de mezclilla y zapatos anchos, se adelantó y tomando su sombrero por el ala, lo hizo girar entre sus manos para decir:

—Bueno... yo y la compañía hemos sido mandados por los otros para ver si usted le da algo a la viuda y a los chiquillos de Estanislao; la pobre ha quedado muy atrasada y...

—¡Oh! No sigas —dijo el patrón haciendo un gran gesto de entendimiento— ya sé lo que quieres... una indemnización. Eso lo aprendiste tú en el Norte, ¿no?... Muy bien... ¡una indemnización! ¡Novedades tenemos! La casa sabrá recompensar ampliamente a la familia de su servidor que muere en el trabajo. La viuda tiene derecho. ¡Tiene derecho!

Tosió, y mientras se rascaba la nuca, dijo al empleado del escritorio:

—A ver, Casillas, dame la nota de las moliendas. Ahora te-

nemos que abrir otra nueva partida de egresos: la de indemnizaciones.

El empleado entregó un libro pringoso y de gran volumen. El patrón se sumió en un mar de sumas y restas.

Después dijo enseñando sus dientes negros por el tabaco:

—¡Ajá! Con que una indemnización... Muy bien, Casillas, ordena que le entreguen a la viuda el importe de media arroba de piloncillo, precisamente del que salió ayer... En eso aumentó la molienda; fue por la sangre de Estanislao que pasó hasta el tanque de depósito... ¡Tiene derecho la viuda! Media arroba ¿eh? Y dirigiéndose a los peones: —Muchachos: Hoy los complazco porque quiero que esto les sirva de estímulo...! Tú Florentino, desde mañana te quitas esos pantalones y esos zapatos; guarache y calzón blanco es lo que aquí debe usarse. No quiero que hombres vestidos como tú y con ideas como las que importaste de Estados Unidos, me vengan a inquietar la gente... Si no te parece, puedes largarte otra vez al Norte, y allá si se te antoja, estira la pata... Nadie podrá decir que no los protejo; ya ha quedado firme su conquista: la indemnización... ¡Esta casa interpreta sus sentimientos y se ha obligado con ustedes a dar este paso de trascendencia...! ¡Ahora, a trabajar todo el mundo, que la mue-la siempre está hambrienta! ¡Vamos, vamos, no hay que perder tiempo en cualquier cosa!

Y los obreros salieron con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrastrando penosamente los huaraches sobre las baldosas del piso. El taconeo firme de los anchos zapatones de Florentino resaltaba entre aquel murmullo sordo...

Mientras que avanzaba la lectura del cuento, yo observé cómo aún los rostros de aquellos que, entre mis discípulos, pertenecían a familias de las clases acomodadas, reflejaron la reprobación interior que honradamente hacían respecto del proceder inhumano, cochinemente burlón de aquel patroncillo de aldea, incapaz de ser justo, roído como estaba por el ansia de lucro que ciega y enloquece aún a los más inteligentes. Y si en los hijos de los ricos se hizo el milagro, para qué decir cuál era la rabia que salía a borbotones de las caras congestionadas de los hijos de los obreros, que vinieron a estudiar el derecho de su clase para defenderse de los guaraperos. Yo veía desde mi silla, elevada en su plataforma sobre el piso del salón, cómo el alto concepto

de la justicia y del derecho estaba triunfando en aquel momento; no por obra ni gracia del artículo 123, ni de la Ley Federal del Trabajo, ni de los razonamientos de los tratadistas, ni de las resoluciones de Ginebra, ni de las Encíclicas tan abundantes de los Pontífices Romanos, tan piadosas y cristianas que nadie respeta y en cuya sinceridad nadie cree; sino por obra y gracia del genio de un humilde y modesto artista jalisciense, que pudo interpretar y trasladar para conocimiento de los demás, en unas cuantas páginas, todo el dolor y la humillación hecha por la clase de los ricos, en la carne molida de los pobres.

Un último lector, Horacio Gutiérrez, tan excitado o más que sus compañeros, tomó el libro de Rojas González para terminar el cuento, pues quien leyó los párrafos anteriores, tenía un aspecto lívido, producido por un asco insoportable; asco moral, más grave que el físico. Y terminó mi primera clase de Derecho del Trabajo, con estas últimas y tristes líneas:

“Los arrieros de tierra fría, al pasar por el jacal de Estanislao, obsequiaron a la viuda con un puñado de piloncillo. Ella lo recogió en un paliacate y lo colgó en un rincón de su casucha. Debajo ardió mucho tiempo una lámpara de aceite.

El cura vino a bendecir el trapiche. Roció la muela con agua bendita, con mucha agua bendita... pero no la suficiente para borrar las manchas que aún se ven cerca del canal del guarapo...

—Con que, ¿no se te olvidó la lección?... ¡Vamos a ver!

—No, no se me ha olvidado, papá... primero es guarapo, después cachaza, después... después...”

Sin decir una palabra, recogí mi libro; todos nos levantamos, caminamos cabizbajos, en un afán explicable de retener en toda su intensidad aquella enseñanza tan completa de lo que es la vida, la verdadera fuente del Derecho del Trabajo y de todos los Derechos. Así fue y así fueron desde la primera de cada año, todas mis cátedras iniciales. Oí hace años la voz de Rábago Cornejo; la de Arturo Parada; la de José Parres Arias; la de Carlos Osorio; la de Guillermo y la de Jaime Robles Martín del Campo, la de Vidal Magaña, la de Durán Legaspi. Todos ellos leyeron con emoción la trágica página que nos legó sin intención curialesca, pero humanística, el gran jalisciense Francisco Rojas González.

(Septiembre de 1950).

V A D I L L O

RESPETTO del profesor Basilio Vadillo diré aquello que es poco sabido, por ser eso la verdadera materia de unas memorias. La actuación pública consta en documentos fehacientes y puede dilucidarse con el estudio periodístico, con la depuración de lo que digan los órganos partidistas y en correspondiente comparación crítica.

Estábamos en misión cultural en Colima, Atala Apodaca, Samuel Ruiz Cabañas, Andrés Sandoval, Luis Tornel y yo. Celebrábase un Congreso Magisterial, presidido por el señor Vadillo. Ahí entablamos relaciones, que se continuaron muy activamente dentro del Partido Liberal Constitucionalista cuando lanzó la candidatura del General Obregón, quien le confió la dirección del diario El Herald, órgano de nuestro Partido. Lo postulamos para diputado por su distrito de origen, el de Zapotlán, pues él nació en Zapotlán. El profesor Carlos Munguía fue su suplente. José María Cuéllar, Reynaldo Esparza Martínez y yo estuvimos en constante comunicación con él. En Jalisco no tenía más amigos y conocidos que nosotros, y los de su distrito. Hizo sus primeros estudios en Colima y los profesionales en México, en la Escuela Nacional de Maestros, en donde se hizo muy popular por su altísima capacidad intelectual. Yo había sido el director de nuestra campaña electoral como Presidente del Partido Liberal Jalisciense. Diariamente giraba dos circulares telegráficas a todos los distritos del Estado y constantemente se les remitían hojas impresas y nuestros periódicos locales el de Alfredo Romo y el mío Gil Blas, el del Partido y los de México, así como informaciones especiales y confidenciales. El profesor Vadillo testimonió en México, en una asamblea del P. L. C., la gran actividad y los efectos victoriosos de la campaña. Don José I. Novelo, el Presidente, me tuvo desde entonces como su representante en Jalisco.

Solamente los diputados Antonio Valadez Ramírez, José María Cuéllar, Juan Manuel Álvarez del Castillo y Salvador Escude-

ro eran del Partido Cooperatista. Los demás éramos “pelaceanos”, como se nos llamaba. El Partido Liberal Jalisciense, al cual localmente pertenecíamos todos, era de principios federalistas. Teníamos relaciones cordiales con los de la Metrópoli pero éramos autónomos y lo fuimos siempre.

Fué Gobernador provisional de Jalisco, antes de aquellas elecciones, el señor licenciado Ignacio Ramos Praslow. A la caída del gobierno carrancista de Castellanos y Tapia, el General Jesús Garza, “Garcita”, asumió transitoriamente la gubernatura. Cuando el Senado resolvió, con apego a la Constitución, sobre la desaparición de los Poderes, designó al señor ingeniero don Francisco Labastida Izquierdo, que ocupaba un sitial en el Senado de la República con la representación de Jalisco. Don Francisco era nuestro amigo desde muchos años antes, por ser un liberal acendrado, que actuó en todo momento con atingencia y resolución. Era ingeniero militar del Colegio de Chapultepec, en donde mereció una alta distinción y menciones honoríficas. La Administración Pública, durante los meses que la dirigió, se ajustó completamente a los preceptos legales. Cuando fueron convocadas las elecciones para Gobernador y Ayuntamientos, nuestra organización era ya avanzada y conservábamos una completa disciplina. Desde que triunfamos estuvimos estudiando la designación de un buen candidato para Gobernador. El Ingeniero Amado Aguirre fue el primero. No quiso aceptar porque prefirió seguir como Secretario de Comunicaciones. Juan Manuel Alvarez del Castillo y Salvador Escudero eran cooperatistas. Don Adolfo de la Huerta ex-presidente de la República y Secretario de Hacienda, respaldaba la candidatura de Escudero. En estas condiciones nos decidimos por Vadillo. Hablamos con él, se formó un programa de gobierno con su acuerdo, se hizo una planilla de diputados locales y de Ayuntamientos en todo el Estado y nos lanzamos a la lucha. El contrincante fue Escudero, con el completo apoyo del Partido Cooperatista, que dió a su resolución un sentido nacional al enfrentarse con el P. L. C. y envió sus más destacados elementos y sus más expertos asaltantes de casillas electorales. Nuevamente se me encomendó la Jefatura de la campaña. Los diputados federales asumieron la responsabilidad de sus distritos ayudados por los candidatos a municipales y a diputados al Congreso del Estado. En los distritos de Tlaquepaque y 2º de Gua-

dalajara, mi atención fue directa con la gran ayuda de Enrique Díaz de León, Gustavo Cristo y Valentín Vidrio, más los candidatos a municipales. El profesor Vadillo recorrió todo el Estado. Era muy buen orador, convincente, claro en sus razonamientos y de forma galana. Su gira fue todo un éxito. Se dió a conocer. Se hizo popular. Reconoció que nuestra preparación de la campaña fue la firme base del triunfo. Los escuderistas nos dieron la batalla en Guadalajara y en Tlaquepaque. El estilo suyo era el de asaltar las casillas para llevarse la documentación y condimentarla a su favor. En Tlaquepaque personalmente fui recogiénola, venciendo la resistencia Valentín Vidrio y Enrique Díaz de León y yo, a veces con la intervención de las pistolas. En Tonalá y en Arroyo de Enmedio si hubo sillazos, manotazos y puñetazos, pero el campo quedó por nosotros. Al regresar a Guadalajara nos dimos cuenta de que los cooperatistas, con un tal Capetillo a la cabeza andaban ya en pleno ataque. Cuéllar y yo nos echamos a buscarlos. Topamos con ellos en la casilla de Escorza, pero una vez más los vencimos. Capetillo casi lloraba. Mi pistola y la de Cuéllar lo colmaron de bendiciones y tras de unas cuantas oraciones sentimentales, que pronunció de rodillas, se retiró a su hotel. En Mezquitán y en el Santuario también hubo mitote. Amado de la Cueva fué el héroe en la primera y Secundino Delgadillo en lo otra. Total, andábamos haciendo chuzas. Al llegar al Partido, a un lado de la vieja Universidad, nos avisaron que estaban cerrando las puertas los escuderistas. Era la casilla número 1, cuyo personal de acuerdo con la Ley, era el que debía instalar la Junta Computadora. El golpe era duro, pues el enemigo nos podía simular así el triunfo en el primer distrito. Nos fuimos al pórtico de la Universidad. Yo iba furioso. Metí el cañón de la pistola por la chapa y conminé a los de adentro.

—¡Abran o hago fuego, jijos!

—¿Quién es? —Dijeron— conocí la voz del Presidente de la casilla doctor Ramón Córdova.

—¡Traigan la llave...! ¡Ya voy...! Ahorita te abro...!
—La puerta se abrió. En realidad no había violencia de parte de los cooperatistas. El representante de ellos, Octaviano de la Mora Jr. estaba presentando protestas de las cuales Córdova tomaba nota y las atendía. Pero como Cuéllar y yo suponíamos que tra-

taban de adueñarse de la documentación, sin más le dije a Ramón:

—Denme todos los papeles y las urnas. Vente tú con nosotros al Partido. Conmigo iban además hombres del pueblo.

—¡Llévense todo eso al Partido...! —les ordené. Se lo llevaron. Una tremenda gritería, insultos, amenazas, se desataron en el interior. Yo me lancé sobre un grupo altanero. A Cuéllar lo insultó uno de los cooperatistas, Gudelio Jiménez. Sacaron sus armas. Cuéllar tiró primero y Jiménez cayó muerto. Todos huyeron. Nosotros nos fuimos al Partido. En la tarde, extras de los periódicos armaban el gran escándalo contra nosotros. Decían que yo fui quien dió muerte a Gudelio. El Gobernador Labastida fue informado verídicamente de todo. Los cooperatistas hicieron un ruidoso cortejo acompañando al muerto hasta el Panteón de Mezquitán. Los cómputos aproximados de todo el Estado anunciaban un triunfo completo. El lunes en la tarde, todos los diputados salimos a México, pues allá se daba ya la batalla aprovechando la muerte de Jiménez. Hubo debates en los días siguientes, los periódicos nos atacaron. Poco después, con la instalación de los dizque diputados locales escuderistas en Chapala, nos olvidaron para ocuparse del nuevo tema. Una gran excitación política reinaba en Jalisco y en México. Cuando en febrero la Secretaría de Gobernación reconoció a nuestro Congreso, todo quedó en paz. El primero de marzo Vadillo se hizo cargo del Gobierno. El ingeniero Labastida le hizo entrega de las oficinas, y después de la ceremonia en el Congreso Local, bajó al patio, tomó su bicicleta que había hecho llevar antes y salió en ella, feliz. Yo lo encontré en la esquina de Catedral.

—¡Ingeniero! ¿por qué no lo llevó el coche a su casa...?

—No, amigo Zuno... Voy más agusto en mi máquina... Me vuelvo a encontrar a mí mismo. Haré ejercicio hasta mi casa y me meteré al baño para darme una fuerte y sabrosa ducha... Siento como si hubiera caído en un estercolero, el de la política, y necesito limpiarme... —nos despedimos, riendo más el que yo.

Los comienzos del gobierno de Vadillo fueron muy activos. Muchas comunidades agrarias fueron dotadas de ejidos. Se dió principio al camino del Sur y al de la Barranca de San Cristóbal. Lo que empezó mal fue la designación de los empleados de confianza del Ejecutivo. Salvo el Secretario Particular Jesús Ibarra

y el Director de Educación Salvador Lima, los demás eran gentes de fuera. Los Otero, de Sonora, que tenían algún tiempo de haberse establecido en Zapotlán, influían de una manera absoluta en las resoluciones de Vadillo. Los empleados que pertenecían al Partido eran cesados y en su lugar entraban gentes extrañas. Un gran descontento se fue estableciendo en los clubes, en los sindicatos y en la opinión general.

Cuando veníamos de México los diputados, procurábamos aminorar la tensión. Comenzaron los choques entre los empleados municipales nuevos y los antiguos. Romo era el Presidente del Ayuntamiento, pero no ponía mayor atención en sus obligaciones. Entre los Regidores estaban Luis G. Castañeda y el ingeniero Manuel Legarreta. Luis era un alto empleado de la Hidroeléctrica de Chapala. Manuel tenía a su cargo la Dirección de Obras Públicas. Como eran socios del Casino Jalisciense, invitaron a Romo, quien aceptó. Allá se pasaban las noches jugando y bebiendo, hasta que una de tantas le ganaron una fuerte suma, por la que mandó a la Tesorería. Se hizo público el desmán. Vadillo lo aprovechó, consignó a Romo al Congreso y fue destituido. Perdimos para el Partido una situación predominante. Los confederados fueron echados de las oficinas municipales y sustituidos por los vadillistas. Así pasaron muchos meses. Yo continuaba haciendo esfuerzos por mantener buenas relaciones con el gobernador. Venía poco a Guadalajara, pero en una de mis permanencias aquí, el licenciado Manuel Hernández Galván fue herido de muerte por el profesor Víctor Contreras, destacado vadillista. Habían tenido una discusión sobre las inconsecuencias de don Basilio. Manuel era muy irónico y Contreras no lo soportó y le contestó con un balazo, casi a mansalva, por la espalda, cuando se iba.

Me decidí a plantearle a Vadillo la necesidad de una recapitación. Hablamos largamente. Nunca hubo violencias en nuestro trato, ni siquiera en esta ocasión, que fue la última vez que nos vimos. Nada se pudo hacer. Nos separamos entendidos de que quedábamos desligados de todo compromiso político. Inmediatamente se inició en la Cámara de diputados de Jalisco y en la del Congreso General, una oposición muy activa y eficaz. En México casi acabamos con el P. L. C. en unos meses; pues no atendieron sus directores nuestras quejas, empeñados en sostener a Vadillo. Las elecciones municipales fueron casi en su totalidad

dominadas por nosotros. En Guadalajara, precisamente en el Ayuntamiento, culminó la crisis en un día en que debería elegirse al Presidente Municipal. Yo estaba en la ciudad. Conferencié con los munícipes de nuestra mayoría, dejé encaminada la sesión y permanecimos en las afueras algunos de nosotros, en previsión de los acontecimientos. Frente a Catedral estábamos Benigno Palencia, Regino Ramírez y yo. Cuando creíamos que todo había salido bien, monté yo en mi bicicleta y me fuí rumbo a mi casa. A poco rato llegó muy excitado Juan Quintero, del Partido Liberal Jalisciense, informándome que unos pistoleros de los Otero habían hecho fuego sobre los munícipes, matando a Vitaliano Rivera e hiriendo a Luis Medina y a Conrado Romo. Regresé rápidamente. Ahí estaba aún en la esquina de Catedral Benigno y Regino, éste muy descompuesto, gritándome en cuanto me vió:

—¡Ahí está tu obra, Guadalupe Zuno, ya nos mataron a los compañeros! —Ni Benigno ni yo lo podíamos tranquilizar.

—¡Comprende, hombre, que aquí es donde con mayor razón debemos mantenernos firmes! Estamos en este momento a punto de ser completamente derrotados o de triunfar! Vamos a reunir a los diputados y a llamar a los compañeros de México. —Así lo hicimos luego. En vista de las violencias de los vadillistas, la Cámara de Diputados acordó instalarse en local fuera de Palacio, pidió fuerzas federales para su custodia y abrió proceso contra el gobernador. El pidió amparo. Se lo ganamos. Corriendo los trámites de rigor, Vadillo fue desaforado nombrándose para sustituirlo a Valadez Ramírez. Como Presidente Municipal quedó Victoriano Salado, en espera de que Luis Medina sanara de las heridas, lo que aconteció en dos semanas. Vadillo huyó. Tomó su automóvil, se fue a Chapala, de ahí a Tizapán en una canoa y luego a tomar el tren en una estación de Michoacán. El General Obregón, amigo de él y nuestro, al tener conocimiento, envió al General Pérez Treviño, Jefe de su Estado Mayor, para que interviniera a su nombre y procurara un avenimiento. Cuando llegó a Guadalajara, Vadillo andaba cerca de México. Recibió allá un honroso cargo diplomático y salió del país. Años mas tarde, cuando volvió, algún amigo le dijo:

—¿Qué ha sabido usted de Jalisco? Zuno fue electo gobernador, mataron en la Barca a un gran amigo de usted, a Juan Bravo y Juárez. ¿Qué opina de todo eso?

—La muerte del compañero Bravo y Juárez no tuvo móviles políticos. El gobernador Zuno, cuando le fue denunciado el lugar donde se ocultaba el asesino apodado el Güero Anaya, lo mandó aprender y está preso. Todos mis partidarios han sido tratados como deben serlo. Las cuestiones agrarias, las obreras, las construcciones de caminos, el gobernador Zuno las está resolviendo como buen revolucionario. Nuestras dificultades no fueron de carácter doctrinario, sino burocrático. . . —Así opinó el profesor.

Tal vez, si en lugar de haber hecho sus estudios en Colima los hubiera hecho aquí, sí no se hubiera alejado tanto de Jalisco, posiblemente hubiera terminado tranquilamente su período interino. Pero se apegó a gentes extrañas, su desconocimiento del valor de nuestro Partido y su acción inoportuna contra él; y más que todo, ese prurito de los hombres de letras que, en este caso y en otros, como en los de Daniel Benítez, Agustín Yáñez, etc., suponen que la ilustración de un gobernante es motivo bastante para que se le deba tener como infalible y como autorizado para imponer su opinión, sin más ni más a todos los ciudadanos. Además, a medida que tales gobernantes han leído más, su abstracción es mayor y más peligrosa. A todos los problemas que se les presentan les quieren dar solución libresca, faltos como están de experiencias vitales. Desoyen la voz de los no ilustrados, aún cuando sean los afectados por una situación. Suponen lo que no existe sino en teoría. Aplican criterios extraños a urgencias típicas, a las cuales, seguramente hasta un gendarme iletrado sabría dar justa salida. No solamente debe tenerse como falso, el que un letrado, por serlo, pueda ser buen gobernante; todo lo contrario, el erudito, precisamente por ello, debe quedar alejado de toda tarea gubernamental, si antes no ha dado pruebas de experiencia y tino en tan especial gestión.

TROZOS DE LA CAMPAÑA PERIODISTICA CONTRA
VADILLO

SE DESGRANA LA MAZORCA

Vadillo hizo un Bloque.
De hielo.
Artificial.
En fin, un papasal.
Juntó a Luis Alatorre con Regino Ramírez.
Uno porfirista. El otro leninista.
Casó a Bouquet con Radillo;
Este bolcheviki y aquel media-lana.
Reunió a Macías Quintero con Palencia.
Uno cínico y el otro franco y honrado.
Amarró a Terán con Loera.
Y lo lógico, fue que ninguno se aviniera con su yunta.
A los reaccionarios, les llaman los revolucionarios "CENTENARIOS",
Y a los revolucionarios les llaman los reaccionarios "PANCISTAS".
Así anda hoy por hoy la espúrea familia vadillista.
Y pelean por la Presidencia Municipal, Alatorre, Bouquet, Terán...
...y a todos Salomé... les cortará la cabeza por imbéciles.
Y la mazorca se desgrana.
Y pasa lo que había de pasar.
Y ya se marca la separación definitiva.
Regino, Palencia, Radillo, Loera, del lado bueno.
Y del malo, Alatorre, Bouquet, Macías Quintero y Terán.
Y el bloque de hielo.
El bloque artificial.
El Papasal
de Vadillo,
Se lo ha de llevar el diablo.
de quien es hijo.

NOTICIAS DEL ESTADO

LA BARCA

Se espera con entusiasmo la fecha en que el Ayuntamiento nuevo habrá de instalarse, pues es sabido que la popularidad de los munícipes que resultaron electos es grande; y aparte de que son muy conocidos, han sido de los que con más empeño se han opuesto a las desastrosas maquinaciones de unos individuos apellidados Pintor, hijos de San Luis Potosí, que obedecían órdenes del gobernador ciegamente.

El Club Miguel Hidalgo es el que amparó y sostuvo la candidatura triunfante, que dominó a la contraria con más de mil votos.

ZAPOTLAN

La inquisitorial dictadura de los Otero sigue en auge en la desgraciada cabecera del diecinueve distrito. Los malos manejos de los fondos municipales son tan burdos y escandalosos, como siempre lo han sido desde que esta plaga sonoreense hizo su aparición en Zapotlán.

La única esperanza que se tiene aquí, es que el Congreso del Estado resuelva ya, en justicia, sobre las elecciones municipales y dé el triunfo a la candidatura del Club Miguel Hidalgo, la verdaderamente popular y beneficiosa.

TEQUILA

Los indígenas de la comunidad, que están adheridos al Club Sixto Gorjón, así como los miembros de este Club, son constantemente amenazados por los esbirros de las autoridades municipales, que son instrumento ciego de la casa Sauza, que por acá hace la política vadillista.

La opinión en general condena la conducta de estas malas autoridades y también espera la resolución del Congreso en favor de la candidatura del Club Sixto Gorjón.

ZAPOPAN

A pesar de que Vadillo pretendió imponer candidaturas en

este distrito, las que triunfaron son las populares y en las que cada municipalidad tienen fe de que serán progresistas.

ARANDAS

También en este distrito se han verificado las elecciones con el éxito para el Partido popular, a pesar de que en contra jugaron planillas oficiales. Hubo lugares en que los desórdenes fueron provocados por los vadillistas, como en Ayo, pero sin buenos resultados para ellos.

AUTLAN

Se espera con ansia la llegada del ex-secretario de Pedro Zamora, diputado Maqueo Castellanos, para prodigarle muy afectuosas rechiflas, pues ya el distrito ha visto claro respecto a este señor que sin ser de Jalisco, ni tener más méritos que los de haber aconsejado a Zamora, pretende enseñorearse del distrito para toda la vida.

EL AUTOMOVIL GRIS

Hay en Guadalajara un automóvil
Gris.

Bonito.

Nuevecito.

Salió de los talleres de la proveeduría.

Tiene un hermanito

También gris

También bonito.

Igualito.

Para que, cuando anden por el asfalto de la Perla, la gente diga:

Nomás un automóvil tienen los Otero.

Pero en Jalisco no es la gente como en Sonora.

Y aquí, ya saben:

Que son dos automóviles.

Que los dos han sido comprados

Con dinero tomado

Del Tesoro del Estado.

Y cuando ven pasar por el asfalto
Al Automóvil,
Dice la gente:
Ahí va la Banda,
del Automóvil Gris...

DIEZ PERIODISTAS

Diez periodistas tiene Vadillo
Uno es Ibarra,
Otro Orinales.
Gómez Salcedo
Y Sánchez Lira,
el panzón Yépez,
Estrada Torres
y Carlos Filio.
Sánchez Saucedo
Juan Valencia
el michoacano.
y Picaluga.

.....
Diez periodistas
Tiene Vadillo.
Uno le canta.
Otro le pía,
Otro le saca,
la porquería...

.....
Diez periodistas,
Tiene Vadillo.
Uno le llora,
otro le grita,
otro le pita
y otro lo irrita
con su plumita.

.....
Diez periodistas
Tiene Vadillo.
Uno le pide

otro le roba.
A otro le dá
y uno le quita
la tranquilidad.

Justo GONZALEZ.

QUIEN ES VADILLO Y LO QUE EL DICE SER

Dice que es socialista.

Y dice, en otras partes, que no lo es.

En San Miguel el Alto, es anti-agrarista, y manda poner en la fachada de la Presidencia un cartel haciendo declaraciones en contra del movimiento agrarista.

En cambio, en Ocotlán y sus alrededores Vadillo se muestra rabiosamente agrarista.

En Mascota, Vadillo pronuncia un discurso digno de cualquier porfirista.

En Ahualulco, es comunista rojo, y ahí celebra congresos agraristas tan radicales como no los hay en Rusia.

En muchos lugares, Vadillo asegura ir contra la política del general Obregón.

En otros, dice ir en su nombre y representación.

En Guadalajara, a los obreros les dice que es muy revolucionario.

Y a los reaccionarios del Independiente, del Evolucionista y socios, les asegura que él estará siempre contra esos descamisados.

En Etzatlán, Vadillo se codea, como en San Miguel y en Mascota, con la "gente decente"...

En Ocotlán, en Ahualulco y en Ameca, tiene por amigos a los revoltosos.

Y algunos ingenuos dirán:

Vadillo es un águila, y por eso hace todo eso. Se los tantea a todos.

Y nosotros decimos:

—Vadillo no es ni águila ni nada. Está metiendo la pata, porque al aclararse la jugada, agraristas y anti-agraristas, decentes y descamisados, revolucionarios y reaccionarios, todos tendrán que repudiarlo.

Y eso no tarda mucho tiempo.

A L I — B A B A

Creyéndote progresista
y político de honor,
la juventud idealista
te forjó Gobernador.

Jalisco miró con gozo
tu exaltación al poder;
mas su gozo se fue al pozo
cuando vió tu proceder.

En la altura te mareaste,
y sintiéndote sultán,
como prólogo asestaste
bastonazos a un guardián.

Hoy que a Victoriano Huerta
pretendes fiel imitar;
y al Congreso que está alerta,
quieres bravo derrocar,

no olvides que el pueblo sabe
castigar a su opresor
y que en Jalisco no cabe
una Basilio dictador.

Reserva tu valentía
pa cuando haya intervención.
Mete en la Proveeduría
tu destemplado bastón.

Y cuando estudies el tema
de la próxima elección,
piensa en el grave problema
de imponer tanto... bribón.

Bravo Juárez y Munguía
quieren la silla escalar;

pero ese lejano día
¡vive Dios, no ha de llegar!

Yépez Solórzano y Filio
candidatos son también:
del pelo de Don Basilio
los ases son más de cien.

El problema es algo serio
y no le veo solución.
Nos resulta este misterio
un completo BASILON.

LAS DIEZ PLAGAS DE JALISCO

Desde que por obra y gracia de la democracia Basilio I reina en este desventurado Estado, los jaliscienses se han visto azotados por terribles y contagiosas plagas, contra cuyo poderoso efecto no hay inmunización posible y más grave aún que la fiebre amarilla o la peste bubónica.

El número de víctimas ocasionadas por la plaga BASILICAL alcanza ya cifras exorbitantes y es de hacerse notar que los síntomas de ellas son bastante originales, escurridizos, pues se manifiestan en agudas diarreas de carácter permanente y circulación forzosa, que acaban con la vida de los pacientes en menos que canta un gallo.

El bacilo mal virulento y que ha causado mayor número de víctimas es el de la enfermedad conocida con el nombre de "EL BOMBIN DE YEPEZ". En Ameca ha hecho grandes estragos y no hay alma humana por vadillista que sea, que la resista siquiera 24 horas, pues los atacados azotan como apestados e incontinenti dan el pataleo.

He aquí la enumeración de las plagas, según la jerarquía de su gravedad sintomática y con sus respectivos nombres técnicos.

- 1ª El bastón P.L.C. ano de Basilio. (Bacillus Vadillus.)
- 2ª El bombín agrarista de Yépez. (Bacillus esferical.)
- 3ª La figura de apache del diputado Ortega, hijo de... Basilio. (Bacillus negróribus.)

- 4ª La acometividad femenina del Diputado Munguía. (Basillus cuscus.)
- 5ª Las poses meniquelescas de su colega Orinales, el de la Biblioteca. (Basillus sodomiticus.)
- 6ª Los sueños de grandeza del liliputiense Gómez Gallardo. (Basillus girafus.)
- 7ª Los sablazos del Diputado Valencia. (Basillus ratericus.)
- 8ª Las uñas zapatistas del indígena Bravo y Juárez. (Basillus agrarius.)
- 9ª La poca vergüenza del Profesor Lima. (Basillus servilicus.)
- 10ª El machete apocalíptico de los hermanos Otero. (Basillus ladrónicus.)

En el próximo número daremos a conocer los medios de combatir estas diez plagas y haremos públicas las opiniones de varios distinguidos bacteriólogos sobre este particular.

BASILIO NO DARA MAS RECOMENDACIONES

Hecho un basilisco, Basilio jura por su redondo bombín pueblerino y por su regleta (un tanto empolvada) de "maistro" de aldea, que no dará más recomendaciones.

Porque le han tomado el pelo.

Como siempre.

Su hirsuto pelo de indio vestido.

Quien se lo tomó fue un "águila" desfalcador de municipios pobres.

Lo recomendó para la Tesorería de un pueblo cercano y ¡zas!... el ahijado de Basilio se llevó los fondos.

El ladrón no niega a la familia.

Es un buen ahijado.

No hace más que imitar a su padrino que se levanta todo lo que puede, inclusive a sus taquígrafas, con quienes se exhibe "satirescamente" como Sultán con sus odaliscas, en las plateas de los teatros.

Pero le molesta que le salgan discípulos aventajados.

¡Oh, divino maestro... de Zapotitlán!

Y por eso, hecho un basilisco, Basilio jura por su redondo bombín y por su regleta anticuada, que no dará más recomendaciones.

Todo porque el Tesorero resultó ladrón.

Pero, ¿y la Providencia?

¿Y Otero y compañía?

¿Y el automóvil gris?

¿Y Yépez?

Y toda la cuadrilla?

Esos, mientras la bonanza dura, cantan a coro:

¡Ay Basilio, basilión!

¡Tú eres nuestra diversión!

BOLETÍN DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL REVOLUCIONARIA

CON MOTIVO de los acontecimientos políticos desarrollados recientemente, se hacen diversos comentarios. Unas personas por mala fe, y otros por carecer de datos ciertos sobre las verdaderas causas de la situación, externan apreciaciones que no corresponden a la realidad y que rectificaremos a fin de que el pueblo de Jalisco dé a cada quien lo suyo y sepa cual es la responsabilidad histórica del Partido encabezado por el actual Gobernador, y cual es la actitud de la H. Legislatura del Estado, así como la de la Confederación Nacional Revolucionaria.

A juzgar por lo que hasta la fecha ha publicado el Ejecutivo en su defensa, el pueblo sabe que el Sr. Vadillo y sus colaboradores, están muy lejos de haberse justificado, quedando en pie los cargos de carácter legal y de carácter político.

Después de los sangrientos sucesos ocurridos en las Oficinas Municipales, nuevos actos del Gobernador han venido a corroborar la culpabilidad de dicho funcionario, pues habiendo cesado al Ayuntamiento en masa (con inclusión de los suplentes), incurrió el Gobernador en una nueva responsabilidad por clarísima violación de la Ley. Más aún: el Presidente Suárez, que fué quien ordenó el ataque alevoso en contra de los Munícipes, acaba de ser nombrado Presidente de la Comisión Local Agraria, lo que implica la aprobación de su conducta criminal por el Ejecutivo, y no se compadece con las declaraciones de saneamiento moral y político hechas por el Gobernador a raíz de haber suspendido ilegalmente a todo el Ayuntamiento.

Ahora bien: no obstante que toda la Prensa de la República ha dado cuenta de los delitos oficiales y del orden común, que desde hace tiempo han venido originando la situación anómala porque atraviesa el Estado; el señor Gobernador expresa no saber de qué se le acusa, concretándose a calificar inquisitorial y

secreto el procedimiento que se sigue en su contra por la H. Legislatura, cuando la gravedad de los cargos y de la situación exigen que el principal responsable, haga declaraciones concretas sobre todos y cada uno de los hechos delictuosos que se le imputan. Pero claro está, se recurre a subterfugios y evasivas por carecer de razones que justifiquen actos que reprueba todo el Estado, y los que han sido ejecutados por Vadillo y autoridades subalternas de él, que hasta hoy, en vez de ser castigadas, siguen disfrutando de protección decidida por parte del mismo Gobernador. No reseñamos los casos de Lagos, Ciudad Guzmán, Tequila y Guadalajara, porque todo mundo los conoce.

Como demostración del valor moral de uno de los individuos que sirvieron de instrumento a Vadillo en el atentado en contra del Ayuntamiento, insertamos a continuación el siguiente mensaje:

Nº 20.—Mazatlán, Sin., México. a 15 de Marzo.

Ing. Luis L. León.

Urgente.

Su atento mensaje hoy. Efectivamente, tengo informes encuéntrese Guadalajara Jesús J. Gómez, cuyo verdadero nombre es Gabriel Gámez; este individuo es un bandido declarado, el cual asaltó y robó el tren en estación Algodones de este Estado, por cuyo delito y otros fue perseguido por orden mía. Para mayor aclaración le comunico que tengo conocimiento encuéntrese como comandante de la Gendarmería en San Pedro Tlaquepaque, Jal. — Afectuosamente.

El General Jefe de la División

ANGEL FLORES

Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

Guadalajara, 16 de marzo de 1922

POR FIN SE DERRUMBO EL REINADO DEL R E Y S O R D O ...

“**B**ASILIO” comprende que no hay que ensañarse con el vencido, pero es lógico que tenga hoy regocijo, no por la caída de un hombre, sino por el triunfo de la Justicia.

Tal ha sido la resonancia de este hecho histórico, que hay verdadera expectación pública por conocer, con todo género de detalles, las noticias relativas a los sensacionales acontecimientos de anoche.

Desde el primer momento que llegó la noticia a Palacio de que el Juez de Distrito negó el amparo a Vadillo, con aclamaciones y aplausos fue vitoreada la H. Legislatura. Esta, constituida en sesión secreta, se erigió en Gran Jurado, para conocer el dictamen de la Comisión de Responsabilidades que proponía el desaforo de Vadillo, que fue votado por unanimidad con la concurrencia de dieciséis diputados. Después se erigió la Cámara en Colegio Electoral, dando acceso al público a las galerías, para nombrar Gobernador Substituto, siendo electo, también por unanimidad, el C. Dip. Valadez Ramírez

Fue nombrado Secretario General de Gobierno al inteligente abogado don Jesús Guzmán Vaca, e Inspector General de Policía, Benigno Palencia.

El éxodo de los vadillistas y su Jefe se inició anoche por el camino de Chapala, saliendo en varios automóviles...

Se dice que el Gobernador desaforado prepara algún movimiento revolucionario; pero estamos seguros que el pueblo de Jalisco jamás permitirá el nuevo entronizamiento del tirano; y por lo demás, ya sabemos como las gasta el hojalatero; si Vadillo como político y Gobernante ha sido tan torpe y desleal, claro está que como revolucionario, no llegará a la altura de Yépez, siquiera.

BASILIO no sabe aún si ésta será su última salida, pues en

caso que haya que extirpar algunos restos del vadillismo, o apagar los estertores de los panfletos Salcédicos, estaremos listos para darle duro.

L A C U C A R A C H A

Esp. para "basilio"

Don Basilisco... don Basilisco
ya no quiere caminar:
Porque le falta, porque le falta,
EL BASTON, pa no cojiar.

—o—

En Zapotlán asesinó
López, el puerco hocicón
a un vecino muy honrado
y digno de todo honor.

—o—

El "Cucaracho" el "Cucaracho"
Suplente de don Basilio,
Es purito Mari-macho,
Lo mismo que Carlos Filio.

—o—

El estúpido del Yépez
Villanamente pretende
Asesinar a un valiente
De la Confederación.

S O N T A N V A L I E N T E S . . .

Un soldadito
(Coronelito
de chocolate
del de metate)
es Chucho Otero,
y sus rodales,
indios naguales,
son tan valientes
tan re valientes
pa las gallinas,
pa las frazadas,
pa las tortillas...
que todas gentes
creen azoradas
son las meznadas
de Bravo y Juárez.

Y Chucho Otero,
gran majadero,
no va a Tequila...
(nombre de pila
del mosto añejo

que tanto gusta
a don Basilio
y a Carlos Filio).
Chucho se asusta
Chucho se arredra...

Y sus rodales,
indios naguales,
muerden la tierra.

Cuervo les puso
(Secúndum uso)
su lavativa
de buen tequila...

¡Son tan valientes
tan re valientes
pa las tortillas,
pa las frazadas,
pa las gallinas...
que todas gentes
creen azoradas
son las meznadas
de Bravo y Juárez.

ALFREDO ROMO Y EL ROMISMO

SERÁ necesario decir toda la verdad, porque va de por medio no el afecto de amigo, al que en muchas ocasiones me mostré fraternal y lo repito aquí; porque de por medio está la cuestión histórica, más arriba de nosotros, en el plano de lo colectivo.

El y yo vivíamos en el barrio de Mexicaltzingo. No estuvimos en la misma escuela, sino en la Normal él y yo en la que dirigía don Aurelio Ortega, el maestro liberal y masón, luchador con las armas en la mano en la Guerra de Tres Años. Romo no pasó al Liceo al salir de la escuela superior, como muchos de nosotros, sino que su padre lo llevó a trabajar en las oficinas de su negociación maderera, la más importante de aquellos días.

Romo no conocía a los camaradas del Centro Bohemio con anterioridad, salvo a los hermanos Juan Antonio y Ramón Córdova, porque fueron normalistas.

La aportación artística, intelectual y pecuniaria de Alfredo en la organización del Centro fue una de las más importantes. Espíritu fino, de una cultura muy amplia y selecta; de sentido crítico humorístico y mordaz, daba a sus charlas y a sus escritos grande atractivo y era el compañero más solicitado en reuniones y fiestas. Su periódico "La Sátira", que escribía y dibujaba él sólo, es una buena muestra de todo ello.

No hubo aventura bohemia, ni balacera, ni zafarrancho en fondas y calles en la que no entrara como los hombres. En fin, ya en otros episodios que también he narrado con veracidad, ha quedado todo ello a la vista.

Llegaron los días de la política. Muchos eran nuestros amigos, militares casi todos, que se habían declarado por el General Obregón. Hasta villistas, que se habían amnistiado y vivían en la ciudad, retirados, se habían filiado al obregonismo. Gustavo Cristo y yo fuimos los primeros en entrar activamente a la lucha electoral, porque habiéndonos declarado en contra de Cas-

tellanos Tapia que gobernaba entonces, sosteníamos en nuestro periódico Gil Blas una dura oposición contra él y contra el carrancismo decadente. Ingresamos al Partido Liberal Jalisciense cuyo Presidente era el ingeniero Camilo Pani. Ahí me reuní de nuevo con los trabajadores que, desde 1910, estuvieron luchando por su emancipación. Muchos de ellos habrían de llegar a figurar en los puestos directivos de sus organizaciones y del gobierno civil. Nuestro grupo se ganó pronto la confianza del ingeniero Pani y de la gran mayoría de los socios del Partido.

En cuanto el Gobierno de Sonora, a cuyo frente se encontraba el señor don Adolfo de la Huerta, desconoció al Presidente Carranza y rompió el Pacto Federal con el Plan de Agua Prieta, se desató inmediatamente una terrible persecución en Jalisco, apresando a cuanto obregonista pudo echar mano la policía. Yo escapé casualmente, gracias a que me confundieron con Xavier Guerrero.

—Queda usted detenido...

—¿Por qué?

—Usted es enemigo del gobierno...

—Yo no... ustedes me están confundiendo...

—Usted es Guadalupe Zuno, el del periódico...

—No, señores, yo soy Xavier Guerrero, muy amigo de Zuno, pero no soy él... Aquí viene conmigo el señor Jesús Reyes Ferreira, quien trabaja aquí a media cuadra. Vamos para que ahí su patrón les diga la verdad...

—Sí señores... —les dijo Reyes Ferreira— Es cierto cuanto les dice este señor...

—Allá en la Inspección que alegue todo lo que quiera... pos nosotros nomás obedecemos órdenes superiores... Jálele pa la Inspección.

No tuvo Xavier más remedio que ir, por la fuerza, mientras que Reyes Ferreira se echaba de prisa a buscarme por las calles. En el Museo me encontró. Por de pronto ahí me quedé, en el segundo piso, en la casa de Carlos Orozco Romero que ahí vivía. Luego en la noche, fuí a la casa de mi tía Nicolasa Hernández Vda. de López, en las Nueve Esquinas. Avisada mi madre, y sabiendo que Rafael Buelna acababa de llegar con mando de un tren militar, fué a verlo. Inmediatamente Buelna la acompañó a donde me encontraba y juntos fuimos a su cuartel, en Analco.

Al día siguiente salimos rumbo a México, acompañándolo en su tren militar.

Entre tanto, a pesar de que se dieron cuenta del peligro en que estuve yo, los demás compañeros del Partido imprudentemente no se ocultaron y fueron cayendo presos. En una semana quedaron en la Penitenciaría de Escobedo el ingeniero Pani, Romo, Gustavo Cristo, Fernando Martín del Campo, Justo González, Ruperto García y otros de menos significación. Se les propuso que firmaran una carta de retractación y que se comprometieran a no inmiscuirse más en política a cambio de su libertad. Todos aceptaron. Los periódicos publicaban las cartas, una o dos diariamente. Aquello causó muy mala impresión en las filas del obregonismo.

Cuando volvimos triunfantes, advertimos la impopularidad de quienes flaquearon en los momentos de peligro. Yo me agregué a las fuerzas del General Hill en Toluca. Me acompañó Luis García Carrillo. Buelna, poco antes, en Durango, también se había declarado obregonista. A mi llegada, el Gobernador interino licenciado Ignacio Ramos Praslow, me nombró Director de la Biblioteca. En el Partido, nuestros compañeros seguían siendo muy criticados por las famosas cartas. Era notoria la desorganización. Yo me dediqué a remediarla, con mucho éxito. Mi candidatura para diputado por el primer distrito, que lo formaban los sectores Juárez e Hidalgo, fue unánimemente aceptada.

Propuse a Romo como mi suplente y no logré que se aprobara por tantas dificultades. Muchos de los candidatos de los otros distritos eran amigos míos, como Antonio Valadez Ramírez por Arandas, José María Cuéllar por Mascota, Reinaldo Esparza Martínez por Ameca, el licenciado Federico Solórzano por el segundo de Guadalajara, el profesor Basilio Vadillo por Zapotlán, el doctor Manuel Navarro por Tepatitlán, el ingeniero Gumaro Villalobos por Encarnación de Díaz, Salvador Serrano Ortiz por Lagos. Muy pocos me eran desconocidos. En México, durante el tiempo que permanecí ahí, actué en el Partido Liberal Constitucionalista, el cual respaldó todas nuestras candidaturas. A fines del año se procedió a la elección del Ayuntamiento, simultáneamente con la de Gobernador. El Senado había nombrado al ingeniero don Francisco Labastida Izquierdo en lugar de Ramos Praslow. El era aun más amigo mío que éste. La candidatura de

Vadillo fue aceptada en todos los distritos. Yo era ya Presidente del Partido y me puse al frente de la campaña, que emprendí con toda actividad. Se nos enfrentó el Partido Cooperalista con Salvador Escudero como candidato. La planilla de munícipes de Guadalajara quedó formada con Romo en primer lugar. Los grupos obreros lo aceptaron a regañadientes, pues aparte de la falla de la carta, Alfredo acostumbraba ir al Casino Jalisciense, centro de reaccionarios connotados. Además era apático e imperativo. De entonces data el apodo de "El Trompudo", por el gesto despreciativo que hacía en ocasiones.

Triunfamos en toda la línea. Yo había reagrupado a las fuerzas sindicalistas del dieguismo, con Manuel Hernández y Hernández, Esteban Loera y José Gómez Cano como líderes. Desde antes actuaban en el Liberal Jalisciense Benigno Palencia, J. Ascención de la Cruz, más los miembros de la Casa del Obrero Mundial y los Rojos de Jalisco. Todo el gremio del Rastro me ayudó mucho desde en mi candidatura de diputado, pues ahí trabajé muchos años. Los ferrocarrileros siempre estuvieron conmigo. Los gremios de la construcción igualmente, con don Mariano González y Mariano García como Jefes. Los choferes con José Carmen Rosales. Los tranviarios con Fidel Velázquez, Rigoberto Caloca, Ignacio Ornelas y otros.

Los campesinos con Secundino Delgadillo y el profesor de Tizapán don Francisco Flores. En todos los barrios de la ciudad contábamos con clubes de amigos. El Sector Juárez era el más fuerte, pues en él vivíamos la mayor parte de nosotros, los del Centro Bohemio.

Se instaló el Ayuntamiento; después, el Congreso Local, totalmente nuestro. El día primero de marzo de 1921 tomó posesión nuestro gobernador electo, Basilio Vadillo. Pronto empezaron las dificultades con él. Trajo consigo amigos personales que empleó en forma prominente postergando a compañeros del Partido muy ameritados. Un ambiente contrario para él se formó en los círculos políticos. Se registraron episodios de violencia. El mismo intervino golpeando con su bastón a un cochero. En el Ayuntamiento, Romo perdió el control. Sus visitas al Casino Jalisciense eran diarias y ostensibles. Una noche, le ganaron una fuerte suma en el poker. Indiscreto, mandó por el dinero a la Tesorería Municipal. Vadillo lo supo. Dos días después Romo había deja-

do ser Presidente Municipal. Los periódicos dieron la nota escandalosa, en perjuicio del Partido. Un gran descontento cundió contra Romo.

Yo me apersoné con Vadillo en un último esfuerzo de avenimiento, pero fue inútil. Nos separamos como enemigos políticos.

La lucha fue muy dura. Todos participamos en ella enérgicamente. Romo no se presentaba en el Partido. Seguía frecuentando a sus amigos del Casino. Su vida era cada día más disipada.

Por fin triunfamos de Vadillo y fue nombrado en su lugar por el Congreso Local, Antonio Valadez Ramírez. Romo intentó volver a la Presidencia Municipal. Salvo unos cuantos, la gran mayoría se opuso.

Cuando se verificaron las nuevas elecciones para diputados federales, le cedí mi primer distrito y jugué por la Barca. En México una vez aprobadas las credenciales, lo introduje en los círculos políticos. Yo resulté, a fines del año, electo munícipe del Ayuntamiento de Guadalajara y vine a hacerme cargo de la Presidencia Municipal, dejando en el Congreso a mi suplente, J. Guadalupe Estrada. Posteriormente triunfó mi candidatura para Gobernador. En Marzo del año siguiente (1923) tomé posesión del cargo.

Romo había adquirido notoriedad, pues los círculos metropolitanos son especiales para el lucimiento de talentos como los de él y para la vida de placeres que llevaba. Fue reelecto en 1924 para la legislatura siguiente. Desde en el Colegio Electoral se impuso como líder. Las credenciales no se aprobaban en ningún distrito de la República, sin su voluntad y mediante las condiciones que imponía, políticas y económicas. Cuando el General Obregón entregó el poder al General Calles, Romo disfrutaba de una influencia muy grande.

Ya he referido cómo el día mismo de la transmisión del poder, Calles, irascible, nos dijo en una frase de doble sentido, a Obregón y a mí, que éste no tendría ya intervención en la política del País.

—¿Usted, Zuno, es de los que creen que éste se me vuelve de Manzanillo?

Tales fueron sus palabras. Con el dorso de la mano izquierda hacía un gesto violento sobre el pecho del General Obregón.

En esos días, el viaje a Sonora se hacía por Manzanillo, pues

la vía férrea no estaba en servicio todavía. Desde ese momento, mi suerte estaba echada. Calles era mi enemigo, por la sencilla razón de que yo era obregonista.

No transcurrieron muchos días de ese mes de diciembre sin que se iniciaran las escaramuzas en mi contra. Fué nombrado Jefe de las Operaciones Militares en Jalisco el General Arnulfo Gómez, con quien estaba por esos días muy distanciado. Después, cuando nos habíamos entendido, lo relevaron.

Los empleados federales en Jalisco alardeaban de las consignas que tenían para extorsionar a las autoridades del Estado y Municipales. El Secretario de Industria y Fomento Luis N. Morones, gratuito enemigo mío, anti-obregonista, intentó en varias conferencias con ellos, convencer a José María Cuéllar y a Antonio Valdez Ramírez de la conveniencia de lanzarse a la oposición, ofreciendo en cambio su ayuda y la del Gobierno Federal para que Cuéllar fuera electo Gobernador. No pudo nunca obtener que traicionaran. A Romo le dijo, según cuentan sus mismos partidarios:

—¿Cómo puede creerse que sigas siendo instrumento ciego de Zuno? Tú eres mucho más inteligente que él. Está peleando con el Señor Presidente Calles sin ningún motivo. Va a imponer a Cuéllar, que es impopular, engañando a sus más cercanos amigos bohemios, como son ustedes. Tu eres el que debe resultar electo Gobernador. Te daremos por conducto de la Tesorería del Congreso, todo el dinero que necesites y podrás contar con los elementos de las Secretarías para tu campaña.

Romo no resolvió desde luego. Vino a Jalisco. Como en los Partidos se le tenía desde años antes mucha desconfianza, nadie lo secundó. Volvió después, reunió a Joaquín Vidrio, a Victoriano Salado, a Enrique Díaz de León, a Gustavo Cristo y les dijo que Calles estaba decidido a liquidarme. Que sería un suicidio si se quedaran de parte mía. Que él tenía ya arreglado todo en México. Que, además, posiblemente cuando yo me viera abandonado por mis más íntimos amigos, desistiría de mi anticallismo, renunciaría y, cuando menos, salvaría mi vida. Desgraciadamente para todos ellos y para el Estado, le dieron oídos. Desde ese momento, de decadencia, el menosprecio del Centro cayó sobre Jalisco; pues dio principio con la división de un grupo vigoroso, como fue el nuestro, en el cual deliberadamente

provocó el callismo un cisma mortal. El romismo no fue sino el instrumento inconsciente de la maniobra, no contra mí, sino contra Jalisco y contra el obregonismo; pues Calles lo que buscaba era eso. Romo, Margarito Ramírez y muchos de los romistas, eran leales obregonistas, pero no vieron o no quisieron ver que cuanto estaban haciendo era contra el General Obregón. Por fortuna la maniobra fracasó al presentar yo mi renuncia como gobernador cuando se me siguió proceso en el Congreso de la Unión; pues lo que se pretendía era declarar desaparecidos los Poderes Públicos para que el Centro designara sustitutos. Al retirarme del Gobierno, el Congreso Local designó para sustituirme al Presidente del Tribunal licenciado Clemente Sepúlveda, salvándose así la soberanía de Jalisco. En las elecciones triunfó Cuéllar; pero ante las nuevas maniobras para inhabilitarlo, se declaró triunfante, no a Romo, sino al licenciado Daniel Benítez. El General Calles decía:

—¡Con mil demonios...! Nunca he entendido a Jalisco...! Triunfó Cuéllar, le siguió en votos Romo y le dan el triunfo a Benítez, que fue el que quedó al último...!

Efectivamente, nunca entendió a Jalisco. Prohijó la candidatura de Romo, primero, por conducto de Morones y luego, la de Benítez que ocupaba el cargo de Subsecretario de Gobernación al aceptar su candidatura. Aquí lo que procurábamos, era evitar que Jalisco quedara en manos de Morones. Benítez era del grupo del General Francisco Serrano.

Romo entretanto, seguía en México con sus costumbres disipadas, acabando con su prestigio, más o menos como cuando fue Presidente Municipal.

Después se desencadenó la tragedia en la sucesión presidencial. Serrano y Gómez se levantaron en armas y perecieron los dos. Aquí nos pasó con Benítez poco más o menos lo que con Vadillo, pero el resultado final fue más o menos el mismo: lo derrotamos. Deseoso de que los obregonistas nos reagrupáramos, trabajé intensamente para que en su lugar quedara Margarito Ramírez. A pesar de que Romo no lo aceptaba, logramos unificarnos de nuevo elevando a Margarito a la gubernatura y así lanzamos la nueva candidatura de Obregón. Después, lo asesinaron maquiavélicamente. Romo agotaba sus recursos. Luego terminó su diputación. Secundó el movimiento rebelde de Valen-

zuela y emigró por mucho tiempo. A su regreso, en un intento de reanudar su tren de vida anterior, acabó con su patrimonio personal y al parecer con el de sus familiares. Llegó a casi nada. Por años anduvo a la cuarta pregunta. Me consta que le ayudaron Neguib Simón, Aarón Sáenz, Romeo Ortega y José María Dávila, quien al final lo envió como Gerente del Banco Agrícola a Mexicali, donde se quedó muerto en una butaca del Cine y encontrado así al día siguiente.

La mayor parte de quienes lo siguieron, cuando nos hizo el gran daño de dividir nuestra fuerza, ignoraba las circunstancias reales y las causas verdaderas que movieron al gobierno de Calles para destruirnos. Tal vez, de no haber sido muerto Obregón, nos habríamos reorganizado hasta igualar la gran fuerza que tuvo nuestro grupo. Jalisco hubiera salido ganancioso, pues nos habríamos evitado tantos gobernadores inútiles como hemos tenido que soportar, impuestos por el Centro.

En estricta política, Romo no hubiera vuelto a ocupar ningún puesto de responsabilidad después de su grave error en la Presidencia Municipal de Guadalajara. Pero los partidos se componen con seres humanos que, al asociarse, llegan como en este caso, a pasar por alto lo que no debían olvidar. La grande amistad que desde con anterioridad a nuestra actuación política, fue lo que influyó en nuestro ánimo y sobre todo en el mío, para ir tolerando cada uno de los sucesivos errores que a partir del primero tuvo Alfredo. Pero esa tolerancia, que le sirva a él de descargo en su hoja de servicios histórica, en la cual, de todos modos, habrá que abonarle muchos y grandes méritos. Estoy seguro de que, si yo hubiera podido o querido revelarles a todos ellos la forma en que Calles nos trató a Obregón y a mí, ninguno hubiera cometido el error de secundar a Morones; pero sin la autorización del General Obregón, jamás descubrí la verdad, ya que, de hacerlo, grandes males se hubieran producido, porque se habría desatado la pasión política con resultados desastrosos para todos.

Solamente una fracción del Club Donato Guerra secundó a Romo. Los demás Clubes y Partidos permanecieron fieles a la Confederación de Partidos de Jalisco. Los Sindicatos igualmente, se mantuvieron firmes dentro de su Confederación Obrera de Jalisco. Las comunidades agrarias también quedaron en su

Liga sin disgregarse ni una sola, por la sencilla razón de que en asuntos agrarios jamás actuaron ni Romo ni sus seguidores políticos, ni entendían el problema ni les interesaba. El candidato José María Cuéllar era el que contaba con la inmensa mayoría de todos los grupos y con sectores de la oposición. Era militar. Actuó en todas las campañas revolucionarias y tenía grado de Teniente Coronel. Con anterioridad a su carrera militar había pereneado al servicio de la Dirección General de Rentas del Estado y fue Jefe de algunas oficinas foráneas, como la de San Miguel el Alto y otras. En su tierra natal, la región de Mascota y Talpa, era muy popular y en dos ocasiones había triunfado en las elecciones de diputados federales, puesto que conservaba con todo decoro y prestigio en México. Efectivamente, carecía del modo y trato social en lo que Romo le llevaba la ventaja, así como en la cultura general, pues la de Cuéllar aun cuando era completa en asuntos económicos e históricos, Romo le superaba en otros aspectos. Cuando Cuéllar ocupó la Presidencia Municipal de Guadalajara, su prestigio aumentó de modo extraordinario, por que se dedicó por entero a cumplir su misión, administrando con gran habilidad los intereses municipales. Fue durante su gestión cuando logramos pavimentar la mayor parte de las calles y calzadas, con asfalto o con empedrados. Establecimos la iluminación moderna del sector principal, construimos el Mercado de San Juan de Dios, arreglamos la Avenida Vallarta y pusimos en servicio constante los caminos de Chapala y Zapotlan, que con anterioridad quedaban intransitables en la temporada de lluvias. Habiéndose establecido en esos días el Banco de México, adquirimos cerca de trescientos mil pesos en acciones fundadoras, de los cuales poco menos de doscientos mil aportó Cuéllar a nombre del Ayuntamiento. En los círculos bancarios y financieros el prestigio y el crédito del Gobierno y el del Ayuntamiento se fortalecieron. Adquirieron confianza y seriedad las relacionadas oficiales con el público. Además, los impuestos municipales pudieron ser reducidos, lo cual es excepcional en la historia fiscal mexicana. Otro hecho afianzó definitivamente la popularidad de Cuéllar. Desde que me hice cargo del gobierno me dí cuenta de que los tenedores de bonos de la deuda de Jalisco escribían constantemente cartas reclamando la reanudación del pago, la verificación de los sorteos y la amortización que es-

taba convenida desde cuando se obtuvo el empréstito en las postrimerías del siglo pasado por el Gobernador Lic. Don Luis del Carmen Curiel. Contesté siempre las reclamaciones en forma categórica en el sentido de que, siendo mi gobierno de origen netamente revolucionario, no reconocía los compromisos contraídos por el régimen dictatorial e impopular del porfirismo. Como consecuencia de mi negativa, se empezaron a recibir proposiciones de descuentos importantes, de más del cincuenta por ciento. Me dí cuenta de que me encontraba en condiciones de rendirle a Jalisco un gran servicio al advertir la posibilidad de reducir muchísimo las obligaciones financieras. Hablé con Cuéllar y acordamos tratar la cuestión con don Salvador Ugarte, banquero tapatío, quien desde cuando fundamos el Museo en 1914, nos había ayudado mucho en su organización, cediendo muchas cosas y aconsejándonos, pues el ingeniero Ugarte es persona de gran cultura e inteligencia, que lo han llevado a ocupar distinguido lugar en las finanzas mexicanas e internacionales, como Gerente General del Banco de Comercio, de México, institución de sólido crédito mundial que don Salvador recibió en condiciones muy inferiores a las extraordinarias actuales. El estuvo conforme en mi punto de vista, respecto de que, continuando mi sistema de negativa, rechazara cuantas proposiciones me siguieran haciendo los acreedores, todos ellos norte-americanos radicados en su país. Entre tanto el señor Ugarte envió instrucciones confidenciales a sus corresponsales para que adquirieran a los más bajos precios nuestros bonos. En un año, con un costo de unos cien mil dólares, compramos mucho más de la mitad del empréstito, por lo cual, prácticamente, quedó anulada toda acción de conjunto en nuestra contra, porque el Estado de Jalisco fue poseedor del control y por lo tanto de la representación jurídica. Sin embargo, continuamos nuestra compra por otros cincuenta mil dólares, a precios bajísimos. De tal modo la millonada que se nos cobraba quedó reducida a tan poco costo. Es justo decir que mi antecesor, Antonio Valadez Ramírez, también pagó algo, pero en la forma estipulada, es decir, verificando los sorteos en que convino Curiel, y pagando a los agraciados. Aunque esto es elogiado, debe suponerse que la buena fe de Valadez Ramírez alentó la esperanza de los acreedores para suponer que podrían recibir la totalidad de los exagerados beneficios que les

concedían los términos del empréstito, gravamen odioso que era muy impopular, y hasta se decía que Curiel había vendido a los Jaliscienses a cambio de los millones. Con ellos se empendieron las obras del entubamiento del agua y del drenaje, realmente muy útiles a pesar de lo costosas.

En los partidos, sindicatos y comunidades, se había propagado la obra útil e inteligente de Cuéllar y su energía en contra de los empleados inmorales y de los abusos perjudiciales al público.

Nada tenía pues, de extraño, que fuera preferido entre los candidatos a Gobernador. El tercero de ellos, licenciado Daniel Benítez, no tenía más antecedentes que el de haber resultado electo disputado por Autlán en la planilla que sostuvimos nosotros, pues era mi discípulo de la escuela y del Liceo, por lo que me interesé en esa ocasión por él. Posteriormente fue designado Sub-Secretario de Gobernación, cuando otro discípulo, el licenciado Gilberto Valenzuela ocupó la Secretaría. Estos compañeros de la infancia y otros muchos que para entonces ya habían alcanzado títulos profesionales, nos veían por encima del hombro, tildándonos de impreparados e ignorantes.

Valenzuela y Benítez habían ejercido su profesión en Sonora, en los gobiernos revolucionarios. Tenían influencia en los círculos políticos de la Metrópoli, dominada por los obregonistas y callistas al frente de los cuales, como civil, figuraba don Adolfo de la Huerta, Secretario de Hacienda y ex Presidente de la República. Benítez es inteligente, pero desconocía el Estado, pues salió de él muy joven. Su candidatura fue prohijada por los políticos jaliscienses que radicaban en México, derrotados en los episodios anteriores, villista, carrancista y vadillista, que la Secretaría de Gobernación organizó en derredor de su influencia y de su burocracia para darle substancia al benitismo.

Pero en el Partido Cooperatista, la candidatura de Cuéllar fue aprobada, pues él era un prominente fundador del partido. Así las cosas, el resultado de la elección no presentaba la menor duda, salvo que las maniobras de Morones y Romo colmunaran con un conflicto en el cual desaparecieran los poderes constitucionales de Jalisco y Calles impusiera un gobernador a la medida de sus propósitos anti-obregonistas. Cuéllar era amigo personal de Calles y me consta la estimación que se tenían, de tal

modo que la resistencia a su candidatura no era ni podía ser otra que la de sus propósitos de anular al obregonismo, que representaban las mayorías jaliscienses. Tales maniobras fueron, efectivamente, emprendidas por los romistas y en menor escala por los benitistas; pero una tras otra fueron condenadas al más completo fracaso. Por fin, culminó el conflicto con mi enjuiciamiento en el Congreso de la Unión, el cual fue muy impopular desde su iniciación porque quedó al descubierto el ataque a la soberanía jalisciense y la intención centralizadora del callismo, inmoral y anti-constitucional. Se me acusaba de haber disuelto los ayuntamientos constitucionales que secundaron el movimiento militar del general Enrique Estrada, lo cual era cierto, pero no podía constituir delito porque tales Ayuntamientos habían secundado la rebelión. Pero para dar competencia a la Federación, me acusaron de ello como de violaciones al Pacto Federal, que precisamente ellos estaban violando. Los meses que duró la etapa álgida de esto fue motivo de escándalos periodísticos y parlamentarios. Hubo muchos incidentes que conmovieron a los partidos nacionales. Anteriormente había sido enjuiciado y destituido el gobernador Lic. Tomás Garrido Canabal, de Tabasco, también por ser obregonista. De tal modo, una gran efervescencia se produjo en derredor de mi causa y de la forma en que me defendí. Por fin, avisado de que Calles preparaba el golpe final contra Jalisco, ampliando el proceso contra los otros dos poderes, el Legislativo y el Judicial, resolví presentar al Congreso Local mi dimisión del cargo de Gobernador del Estado y así lo hice, a pesar de las protestas y de las súplicas de mis amigos y partidarios. Mi objeto era el de dejar sin materia la causa, cuando menos en contra de los otros poderes; pues si yo, que representaba el Ejecutivo me retiraba de él por renuncia, la acusación contra los otros caía por su base, como sucedió. El día que renuncié, al recibirse la noticia en el Congreso General, en México, el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, gran amigo de Jalisco, se levantó de su curul y dijo a los acusadores:

—Una vez más, Zuno los ha derrotado. Ya fuera del poder, los seguirá derrotando, pues todo esto lo hará muchísimo más popular de lo que ya es.

La ciudad, al conocer la noticia, entró en gran expectación. Yo salí del Palacio y me dirigí a la Plaza de la Universidad, en

donde una gran multitud me esperaba. Ahí pronuncié un apasionado discurso contra Morones y contra Calles y me puse al frente de mis partidarios para cooperar en el triunfo de la candidatura de Cuéllar.

El romismo se reanimó mucho con mi renuncia y con los fondos del Congreso de la Unión de cuya Tesorería disponía Romo en absoluto, pero todo fue igual. También nosotros aumentamos nuestros adeptos y nuestra campaña. El triunfo legítimo fue de Cuéllar. Con un número de votos mucho menor, quedó Romo. Benítez casi no contó. El Romismo acentuó su campaña contra la persona de Cuéllar reavivando una causa penal que se le siguió por la muerte de un cooperatista anti-vadillista el día de las elecciones de Vadillo, cuatro años antes, en una casilla electoral. Quedó incapacitado y precisamente el día en que se debía hacer la declaración del triunfador, en la mañana, se presentó en mi casa el licenciado Rodolfo Delgado, Secretario General de Gobierno, noticiándome que el gobernador interino Esteban Loera, se había declarado romista y pretendería que la Legislatura declarara triunfador a Romo.

Inmediatamente nos pusimos en gran actividad. Reunimos en mi casa a los diputados, se discutió la situación y acordamos llamar urgentemente a Benítez para convenir con él su favorable declaratoria. Loera sustituía a Barba Bonzález quien estaba en México y éste también fue llamado urgentemente. Yo fui a Palacio, llamé al Jefe de la Guardia y le pedí que no dejara entrar a Loera.

—¡Pero si él es el Gobernador...!

—Era. Ha sido desconocido y esperamos que Silvano llegue de un momento a otro. Loera ha traicionado al Partido y pretende que den el triunfo a Romo. Usted dice si nos ayuda o no.

—Usted me lo dice, Jefe y yo se lo creo y estoy con usted. No entrará Loera al Palacio.

Más tarde, éste llegó, acompañado de muchos amigos y entre ellos los principales romistas.

—No puede usted pasar.

—¿Porqué, si soy el Gobernador?

—Esas órdenes tengo.

—¿De quién?

—De nuestro Jefe Zuno.

—Bueno, pues vámonos...

Ante la actitud resuelta del oficial y de la guardia, la comitiva de aquel gobernador de cuarenta y ocho horas, se retiró cari-acontecida.

Cuando llegó Benítez, el arreglo con él fue rápido. Gobernaría con los partidos de Jalisco y llevaría una política de cordialidad con los diputados. No debía traer forasteros al estilo Vardillo, porque estaba de sobra probado cuan abusivos eran. Benítez fue declarado Gobernador electo. No cumplió sus compromisos. De nuevo surgió la oposición. Fuí llamado otra vez en los momentos más delicados, pues ya me había retirado a mi rancho de Los Belenes. Benítez fue desaforado, tras de breve campaña. En su lugar quedó Margarito Ramírez, en derredor de quien todos los obregonistas nos reagrupamos.

L A C I U D A D E L A

QUE FUE impopular el romismo lo demuestra el hecho de que se vieron obligados sus componentes a refugiarse en el caserón solariego de la familia Vidrio, en el barrio de Mexicaltzingo. En todas partes eran objeto de burlas por sus continuos fracasos y eran agredidos cuando pretendían justificarse, hasta que materialmente no pudieron andar por las calles sino armados, para luego huir, en cuanto se les presentaban dificultades o reñían, y se ocultaban en la ciudadela. Demostrado anteriormente que la parte consciente y organizada de los grupos políticos, agrarios y sindicales, eran cuellaristas por las abundantes razones enumeradas, habrá que ver por qué eran partidarios de Romo quienes lo siguieron. Nadie ignoraba la clase de vida disipada que llevó siempre. Tampoco era un misterio que derrochaba los dineros que sacaba de la Cámara de Diputados en México, o de las Secretarías de Estado. Ello le había dado prestigio entre los que entran a la política para medrar. Desde luego, al filiarse en el romismo, eran nombrados como empleados del Congreso de la Unión o de las dependencias federales donde se dió amplia ayuda a Romo. Cientos de estos aviadores, como se les llamaba, eran los que formaban el núcleo del romismo. Eran famosas las parrandas de Romo. Mandaba cerrar la cantina, restaurant o casa a donde llegaba con sus amigos y todos los gastos que los presentes hacían, corrían por su cuenta. Su generosidad le atraía numerosos amigos; no por sus propósitos políticos, que nadie vió nunca con interés, porque no eran de orden público. Solamente los pocos hombres del pueblo que militaban en el Partido Laborista o en la C. R. O. M. que eran los órganos obrerista y electoral de Morones, entraron al romismo por disciplina de Partido y por obedecer al Cerdo de la Revolución, como bauticé yo a Morones en un discurso.

Quienes más sufrieron las consecuencias de las aventuras y

fracasos de Alfredo, fueron sus familiares. Una vez desamparado en política, por luchar secundando el movimiento rebelde de Valenzuela, agotó sus recursos personales y su herencia paterna. Luego siguió con la de sus hermanos. Después, con la fortuna de su esposa, de la cual tuvo que divorciarse, porque la señora suegra, que también le confió la administración de sus bienes en Dolores Hidalgo, se vió también perjudicada. Como resultado, pasó entonces los tiempos más difíciles de su vida, hasta que Chema Dávila le ayudó.

Una de las tácticas del romismo en su desesperada lucha por el poder, fue la de denigrar a Cuéllar, a quienes no lo siguieron y a mí. De Cuéllar decían que era un egoísta mal amigo, porque no los dejó derrochar los fondos municipales. A mí me cubrieron de improperios. David Orozco dijo en la Cámara que yo era un afeminado. Meses más tarde, cuando intenté unificar las filas obregonistas, estando él en la esquina del Portal frente a la Plaza, detuve mi coche ahí mismo y bajé para tratarle lo relativo. Me recibió con un pistolón tan grande como él. A mí me dió risa, porque yo no iba a pelear, lo cual lo desconcertó mucho más y se cubrió tras de uno de los pilares de piedra, a donde llegué yo y le bajé el arma, que no disparó, porque la mano le temblaba como si tuviera mal de San Vito.

—No vengo a pelear contigo, sino a convencerte de que ya es hora de que nos unifiquemos. Guarda tu cuete para mejor ocasión ya que, según dicen, aseguras que soy un afeminado.

—No dije eso... te informaron mal.

—Vamos, vamos a mi coche. Allá hablaremos mucho de todo.

Subimos al carro y nos fuimos a dar vueltas en derredor de la Plaza de Armas, ante la espèctación de muchas personas que presenciaron el incidente. Por fin, en cuanto estuvo conforme con mi proposición unificadora, detuve mi coche en el mismo lugar donde sucedió todo y me despedí de él. Nunca volvió a tener dificultades conmigo ni repitió jamás su injuria.

Conocí muy bien los argumentos que se esgrimieron contra mí de parte del romismo. El que más animó a Morones y Calles, fue el de que yo había sido condiscípulo de muchos de mis enemigos; que no pude alcanzar título; que no era sino un ignorante audaz; y que ellos lo sabían muy bien, porque nunca les aventajé en las escuelas en sabidurías de toda índole. Todos estaban de

acuerdo en lo mismo que los condiscípulos dicen en todo el mundo de aquel que logra sobresalir.

—¿Quién? ¿Fulano? Pero si fue mi condiscípulo...! Con eso les digo todo...! No vale nada...!

—¿A quién se refiere usted? ¿A Zuno? Yo estuve con él en el Liceo. Se la pasaba pintando monos y haciendo la pinta, mientras que yo estudiaba y me recibía de abogado. El no llegó ni siquiera a la Escuela de Leyes.

Pues señor, así y todo, estos mis condiscípulos fueron varias veces vencidos aun cuando en casi todas las ocasiones contaron con ventajas sobre mí, pecuniarias y de poderosas influencias políticas. No diré que porque tuve más talento que ellos, no; pero sí pude interpretar mejor el deseo y el sentir del pueblo, que aun hoy me aprecia, después de tantos años de mi actuación política. Tampoco quiero ocultar que fui tan parrandero como todos ellos y a veces más; pero en cuanto tuve una responsabilidad pública, me abstuve completamente de todo exceso y me entregué en cuerpo y alma a mis compromisos políticos. Creo haber cumplido mi deber con todos mis amigos. Obtuvieron de mí cuanto no era contrario a los intereses públicos y a veces, asumiendo yo la responsabilidad, también me excedí para dejarlos satisfechos. Por voluntad unánime de todos ellos, fuí el Jefe del grupo efectivo, por muchos años. En forma tácita, desde en el Centro Bohemio. Por ello, si hubo traición, no fue de mí a ellos, sino evidentemente, todo lo contrario. Creo que los vencí porque todo mi tiempo lo ocupé para eso, con una actividad sin descanso. Puedo, pues, ceder la mayor inteligencia, la ciencia, la cultura superior y refinada, el ingenio, las maneras sociales, la simpatía y la amenidad en las charlas; pues todo esto lo acapararon ellos, según decíanse entre sí. Yo me quedé con la tenacidad, la actividad, la astucia y además la ignorancia, procurando vencerla con el estudio.

Lo digo porque muchos de los actuales políticos, aún de los que ahora gobiernan a Jalisco, oyeron todo de boca de ellos y tengo la impresión de que así lo creen. Por eso, el romismo y éstos de ahora, ponen en duda que haya sido yo el creador de la Universidad, pues suponen sin ningún fundamento, haber abarrotado lo necesario para adjudicarlo a su voluntad a quien quieran, a pesar de los testimonios y documentos incontrovertibles que de-

muestran lo contrario. Es este el mejor lugar y tiempo que tengo para decir, además, que mis amigos personales que secundaron el cisma romista, no tenían, ninguno de ellos, el menor interés por las realidades de la lucha social. Díaz de León fue el que más hizo, pero en el terreno universitario, a partir de su designación como Rector, Hasta las luchas anti-clericales les parecían *anacronismos jacobinos*, igual que ahora. No incluiré en estas consideraciones a los obreros que por ser laboristas se unieron al romismo; pues ellos sí fueron y son luchadores.

Por lo que se refiere al transitorio romismo de Martínez Valdez, ya he dicho que se debió al engaño en que lo hicieron caer sobre el atentado que sufrió en esos días, haciéndole creer que era obra mía. Después reconoció su error y se apartó de mis enemigos.

La pasión con que cuellaristas y romistas pelearon, se manifestó en las numerosas riñas e incidentes violentos.

Yo, como de costumbre, andaba solo. Mis familiares insistieron tanto en que debía acompañarme alguien, que acepté que mi primo hermano, el capitán Jesús Espinosa anduviera conmigo. Mi coche era muy conocido. Los romistas también tenían uno, amarillo, en el que acostumbraban andar armados Alberto Meza Ledezma, José Pérez Corona, Paco Vidrio, Juan Ochoa y otros más del grupo de los valientes, que realmente lo eran. Nos encontramos una vez, en pleno centro. Notamos que procuraban ponerse tras de mi coche. Yo llevaba el volante. En la calle de San Francisco doblé rumbo al poniente, y ellos también, por la de Los Placeres. Ordené a mi compañero que sacara una escopeta corta que yo traía en el piso, listo para repeler cualquier ataque. Jesús quiso sacarla pero no pudo. Se puso nerviosísimo. Ya llegábamos a la calle de Tolsa y los enemigos nos alcanzaron. Saqué yo la pistola entonces y les hice un disparo al aire, que bastó para que se detuvieran y dejaran de seguirnos. De nada me sirvió mi compañero. Yo también me puse, naturalmente, nervioso, pero él mucho más. Inmediatamente lo llevé a su casa, le dí las gracias por el rato que me acompañó y seguí solo, como ha sido mi costumbre.

En otra ocasión venía del rancho. Al pasar por Zapopan estaba el carro de los laboristas en la Plaza. Me vieron y se echaron a seguirme. Mi coche era muy ligero, de manera que sin

ninguna dificultad los mantuve a distancia. Así llegamos a la Ciudad. Yo me detuve frente a la casa de mis primos Hernández Alvirde, en la Av. de la Unión. Bajé rápidamente, me coloqué tras de uno de los gruesos árboles, con la escopeta lista para defenderme. Ellos alcanzaron a ver mi maniobra. Llegaron a la esquina de Vallarta y en lugar de seguir hasta López Cotilla, doblaron para el centro y me dejaron en paz.

Otro encuentro tuve, gravísimo, con los moronistas. Una vez que me retiré del gobierno, volví al Partido y activé la campaña electoral. Los romistas también. La C.R.O.M. tenía sus oficinas en el último piso del Edificio Mosler. Una noche pasaba por la calle, en mi coche, cuando oí que de allá arriba me lanzaban insultos. Bajé del carro y miré cómo, desde los balcones, me gritaban horrores. Los invité a bajar, pero me contestaron que subiera. Así lo hice. Entré al Edificio, tomé el elevador y llegué hasta las Oficinas del Moronismo, que encontré herméticamente cerradas y atrincheradas. Les dije que ahí estaba, pero solo me contestó el murmullo de la multitud que allá adentro estaba medrosa, por la presencia de un solo hombre indefenso en el terreno enemigo. Después de un rato, bajé y me fuí. Nunca me volvieron a gritar.

El romismo permaneció latente por mucho tiempo, hasta años. Cuando el General Obregón hizo un viaje a México, por el ferrocarril del Pacífico que ya estaba en servicio, supe cuando llegó porque me avisaron los ferrocarrileros por teléfono a Los Belenes, donde yo vivía. Vine inmediatamente a saludarle. Llegué a la Estación, que estaba llena de gente. Eran como las seis de la tarde. Entré y subí al tren, en cuyo mirador estaban Obregón, Amaro y sus oficiales. Los saludé. Se entabló entre todos activa plática sobre la posible aceptación de la candidatura de don Alvaro. Sobre ello hizo bromas él como siempre acostumbraba por cualquier tema.

—¿Cómo le va de ranchero, Zuno?

—Vivo muy contento en el campo, General. Me entiendo bien con los campesinos.

—Son buenas gentes. ¿Cuántas tanteadas le han hecho?

—Muchas, General. Son muy ladinos. Esa forma de defensa es hija de su necesidad. Aguzan su ingenio para burlar los abusos del hacendado... aunque yo no los perjudico...

—Sí... para los abusadores, los abusados... como ellos dicen...

De pronto se oyeron gritos en el andén:

—¡Que muera el tirano... Abajo Zuno... no le haga caso, General Obregón... Que muera...

El General dijo muy molesto:

—General Amaro, diga usted a Margarito que quiero salir inmediatamente. A qué viene todo esto?

Yo repuse:

—Señor, discúlpeme. Yo hace mucho tiempo que vivo apartado de la política activa. No creo estar dando motivo para este escándalo...

—¡Claro que usted no tiene ninguna culpa...! ¿A qué vienen estos ataques a un particular, amigo mío? ¿Quiénes son esos...?

—Son los romistas, General —dijo Luis Abitia, quien estaba con él.

—Vámonos de aquí.

El tren empezó a moverse. Yo me despedí. Salté cuando el convoy ya iba caminando. Cuando se alejó, me dirigí a la salida. La multitud se apiñó en la puerta. Yo saqué la pistola y abrí.

—Cuál de todos ustedes es el valiente que quiere ahora gritarme como hace poco? Ya el General se fue. No tengo a quien respetar aquí. Salga ese valiente.

Silencio sepulcral.

—Salgan dos, si uno no puede.

Silencio absoluto.

—Tres... cuatro... cinco... Maricones..., cobardes... se aprovechan de la ocasión para insultar. Aquí estoy solo.

—¿Ninguno es hombre? Ábranme paso, hijos...

A pistolazos me abrí paso. La masa humana se partió en dos. Llegué a donde estaba mi coche. Les grité:

—Ya saben que siempre ando solo. Cuando quieran estoy a sus órdenes.

Años después, cuando ya vivía en la ciudad, estaba una tarde en la librería Font, donde nos reuníamos a saber de las novedades sobre publicaciones, muchos estudiantes de Leyes y maestros: Ignacio Jacobo, Enrique Martínez Ulloa, Efraín González

Luna, don Alberto G. Arce, José Arreola y otros. Era una especie de tertulia literaria.

—Por ahí anda un General Padilla deseoso de conocerle, Zuno. —me dijo don Leopoldo Font.

—¿No sabe para qué?

—No. Le dije que usted venía por las tardes.

Al día siguiente, cuando llegué a la librería ví a un militar, absorto frente a un anaquel, donde abundaban las obras del doctor Azuela.

—Amigo Zuno, aquí tiene usted al señor General Padilla, que desea conocerle. —Dijo el señor Font.

—Soy su servidor.

—¿Usted es Zuno? ¿José Guadalupe? ¿El hermano de mi General Zuno? ¿De Alberto, mi amigo...?

—Sí, sí señor. Yo soy.

El General Padilla me veía y abría mucho los ojos. Todos estábamos con curiosidad por aquello.

—¡No, no es posible!

—¿Qué no es posible? —le dije yo impaciente.

—Yo esperaba encontrarme con un hombre, como Rodolfo Fierro, con dos pistolas y cananas llenas de parque... Con un sombrero texano... con un bigote, cuando menos como el de Alberto Zuno... y me encuentro con un estudiante, más o menos de mi tamaño y de mi edad... No es posible.

—Pues sí señor, yo soy... ¿Y qué?

—Voy a contarles... Un día recibimos órdenes urgentes los Jefes y Oficiales que nos encontrábamos en la Plaza de México, para presentarnos sin ninguna excusa en el despacho del Secretario de la Guerra, mi General Amaro, a las doce del día. Llegamos todos. El estaba muy amostazado. Con uniforme de gran gala él y nosotros.

—Los he llamado para informarles de un hecho bochornoso, que revela el estado de indisciplina del Ejército y la poca autoridad y el poco espíritu militar de ustedes. Ayer, en el cuartel de la Piedad, un soldado golpeó y dejó mal herido al cabo. Acudió el sargento, quiso detener al soldado y también quedó golpeado. Luego hizo lo mismo con el subteniente, el teniente... el capitán... por riguroso escalafón hasta llegar al coronel. Fue un soldado el que, con buenas razones, hizo deponer su actitud el re-

belde y lo presentó conmigo. Se queja de que el cabo le quitó a su compañera. Le reclamó y pidió hablar con el sargento. El cabo se negó, por sentirse culpable. Pelearon. El sargento, al saber todo, quiso por su mano castigar al soldado. Así siguió la cadena, hasta el último eslabón... el coronel.

Es muy lamentable que ocurra esto en un organismo esencialmente autoritario, como es el Ejército Nacional. Nosotros más que nadie, estamos obligados a dar ejemplo de disciplina, de conciencia, de energía, de autoridad. Yo he visto a un civil, dominar a una multitud enfurecida contra él. Ustedes lo conocen. Es hermano de un compañero nuestro, del General Alberto Zuno.

El General Amaro refirió el episodio íntegramente.

—¿Pero cómo lo supo? —interrogué yo.

El General Padilla dijo:

—Cuando salieron del patio de la Estación, se dieron cuenta de que usted quedaba en gran peligro y el General Obregón les ordenó a los Oficiales Miguel Vadillo y Homobono Márquez que fueran corriendo a ayudar a usted. Cuando llegaron usted subía a su coche y les gritaba algo a los de la bola. Entonces se informaron con los empleados del ferrocarril de lo sucedido y por eso lo supieron. Por eso usted me parece, amigo Zuno, menos alto de lo que creía...

—General Padilla, la estatura, el vestido, el bigote, nada tienen que ver en esto. El secreto está en hacerse uno el ánimo y, más que en todo, en tener razón.

LA PIEDRA FILOSOFAL

ENTRE los más fieles partidarios que tuve en las luchas políticas, se destacaba Isidro Trigo. Era de Tlajomulco, de familia acomodada. Ya vivía él en México cuando en 1934 llegué allá. Silvano Barba González lo había empleado como Inspector del Departamento Agrario. Cierta vez Trigo estuvo en mi casa para comunicarme que un señor don José... encargado de uno de los cines y líder del correspondiente sindicato, tenía una fórmula para convertir el plomo en plata. Yo me reí mucho, pero Isidro quedó muy serio y algo molesto por mis burlas.

—Licenciado, yo he visto cómo, mediante unos polvos que yo mismo compro, salvo uno que él lleva y del que guarda secreto, saca plata del plomo.

—Pues yo lo veré y no lo creeré, Isidro...

—Nada pierde, licenciado... vamos a ver por vía de experimento, lo presento con don José, le digo que le comuniqué lo que ví y le pido que repita lo que ya hizo delante de mí.

Yo había leído muchas cosas en relación con la piedra filosofal, porque apasionado toda mi vida por la caricatura y por el estudio del humorismo, había comprado el libro de John Read, titulado HUMOR Y HUMANISMO EN LA QUIMICA. Sabía que, efectivamente hubo un tal Sethon, o Didón, que, allá por 1601, siendo dueño de unas tierras cerca de Edimburgo, en la costa de Escocia, protegió a los naufragos de un navío holandés, llevándolos a su casa y trabando íntima amistad con el capitán del barco encallado. Tanto fue su aprecio, que Sethon lo visitó al año siguiente en Holanda, quedándose mucho tiempo en la casa que tenía en Enkhuisen. El nombre del Capitán era Jacobo Hanssen. Ante los admirados ojos de Sethon, le confió que era alquimista y una moneda de plomo la convirtió en otra de oro, del mismo peso. Jacobo era un maestro del Arte Hermético... Después, en 1603, el famoso doctor Johann Wolfgang Dienheim, dejó un precioso relato de su encuentro con Sethon en su regreso

de Roma a Alemania. Sethon, que se llamaba Alejandro, habiendo oído que Dienheim se expresaba en términos muy duros y burlescos de la alquimia, así como de los alquimistas, le aseguró que podía demostrarle su error no con silogismos, sino con un hecho; y pasando a la casa de un orífice, acompañados del famoso doctor Jacobo Swinger, encendieron un buen fuego y colocaron en un crisol, por capas, azufre y plomo, removiendo todo cuidadosamente hasta que la masa se mezcló bien. Al cabo de un cuarto de hora, Sethon les dió un papelito diciéndoles que lo echaran al crisol, evitando que cayera al fuego, y después de otro tiempo igual, se convirtió la mezcla en oro del más puro... Regaló un trozo al doctor Zwinger y otro a Dienheim y se guardó el resto, con muchas burlas para los que despreciaban la alquimia. Después repitió en algunas ciudades el milagro de la transmutación de los metales, hasta que, en Colonia, habiendo perdido la cautela con que viajaba, ilusionado por el favor de los habitantes de aquella ciudad, que recordaba con orgullo a Alberto Magno, a Denis Zachaire y a Leonhart Thurniesser, se ostentaba en todas partes con orgullo y pedantería refiriendo que hasta entonces, había hecho tanto oro, que él y su criado, un gigante irlandés de pelo rojo, podrían apenas igualarse con su peso. Casó luego en Hamburgo con una bella mujer de nombre Gretel. Como ya era famoso, el Elector de Sajonia Cristián II lo invitó a que pasara a su corte de Dresden, en donde, primero con halagos y luego, encarcelándolo, con tormentos pretendió arrancarle el secreto, que Sethon guardó a pesar de la crueldad de los verdugos sajones. Así estuvo preso y martirizado desde mediados, hasta fines de 1603. Lo salvó, preparando la fuga otro alquimista, —Michael Sendivogius, noble polaco, —a quien ofreció asociarlo de por vida en la fabricación del oro. Embriagados los vigilantes de la cárcel, Sethon fue liberado; pero en enero de 1604 murió de resultas de los martirios a que lo sujetó el Elector. Michael casó con la bella viuda Gretel y usó y abusó de una onza del precioso polvo amarillo que le fue entregado por Sethon como recompensa por el salvamento. El polaco arruinado por su prodigalidad, años más tarde se convirtió en un impostor y murió con desprestigio de charlatán en 1646.

También sabía yo el origen de esa substancia que usé en mis aprendizajes de la litografía y del grabado: LA SANGRE DE

DRAGO... Sangre misteriosa, que atribuíamos a una lejana leyenda de Plinio, según la cual, en Africa sobresalían entre todos los animales, primeramente el elefante por su gran tamaño, por su inteligencia, por saber leer, hablar y escribir; y luego, el dragón, terrífica figura pre-histórica, la cual temiendo la fuerza inteligente del elefante, le tendió una celada ocultándose en un hoyo inmediato al camino que el gigante tomaba de regreso del abrevadero y cuando se aproximó se le enroscó en las patas y le chupó la sangre. El elefante, en venganza, se dejó caer sobre el dragón y lo aplastó, obligándolo a vomitar su sangre, que es precisamente la que todavía usan litógrafos y grabadores... Por supuesto que la misteriosa substancia no es otra cosa que el bermellón. Pero Plinio lo ignoró, al parecer, pues en su Historia Natural dá otras versiones por el estilo de la referida antes.

Otras fábulas conocía yo sobre la historia de la transmutación de los metales, pero debo decir que al fin Isidro me ganó y fuimos con don José a proponerle que me mostrara su prodigio. Efectivamente, en la casa de Trigo, donde ya tenía listo fuego, crisol y todo lo necesario para la demostración, don José aunque sin la gran túnica tradicional de los alquimistas al estilo de Alberto el Magno, ni el gran gorro puntiagudo como nuestras torres de Catedral, lleno de estrellitas, lunas y planetas; sino con su vulgar vestido de mezclilla, echó de uno por uno, los tres papeletos con los ingredientes comprados por Isidro; y al final, el último, el misterioso, que solo don José sabía lo que era. El plomo lanzaba chispas numerosas cuando ponía los polvos, pero cuando cayeron los últimos, ardió intensamente. Retirada la fritura del fuego, una vez fría, don José, muy ceremonioso, la entregó a Isidro y le dijo:

—Llévela usted con el ensayador que quiera, para que vean usted y el licenciado el resultado.

A los dos días Trigo me llevó el análisis del laboratorio, que acusaba un porcentaje muy alto de plata... Mostrado a don José, dijo que el plomo debió ser muy corriente; pues con plomo fino, el porcentaje subiría muchísimo. Isidro y yo adquirimos unos lingotes de plomo de la mejor calidad y, efectivamente, la fritanga en la nueva hornada, subió inmediatamente en su contenido de plata. A los pocos días, don José me solicitó un préstamo de seiscientos pesos que le facilité, con la esperanza de que

me comunicara su secreto, pues me había interesado de verdad. Entretanto, una persona amiga de Isidro, que supo de aquellos misteriosos encierros en el corral de la casa para transmutar el plomo en plata, le confió que un señor Figueroa, fotógrafo de una de las empresas filmadoras, había sido fraudeado con una cosa por el estilo. Indagué por el dicho señor Figueroa, lo encontré y presentándome en su casa, le dije:

—Parece que usted conoce a un señor que dice poseer el secreto de la transmutación de los metales...

—¡Vaya si conozco a ese bribón de José...! Varios miles de pesos me sacó con sus trampas, para al final negarse rotundamente a comunicarme su secreto...

Isidro, que esperaba el resultado de mi entrevista, quedó agobiado. Ya se imaginaba multi-millonario con tan fácil procedimiento... Hasta sabía de las existencias del plomo en el mercado nacional... Lo saqué de su agobio y juntos fuimos con el farsante, quien nos recibió muy tranquilo, confesó que le debía dinero al señor Figueroa, sacó un papelillo de los suyos y nos dijo muy orondo:

—Ustedes si son mis amigos... Esto no es más que una broma... Mi secreto es muy sencillo... Estos polvos son de plata, que al fundirse en la lumbre, se ligan con el plomo y por eso en los análisis aparece, en la misma cantidad que uno los pone... Pero deben ir mezclados con azufre, para que no brillen y para que el efecto en el plomo hirviente sea más sensacional... Yo no quiero que ustedes tengan una mala impresión de mí. Sé dónde está el tesoro de Cuauhtémoc y cuando ustedes quieran, los llevo con el dueño del edificio en cuyo subsuelo está depositado. El, como es inmensamente rico y muy católico, no quiere meterse en danzas... Yo encontré los planos un día que hacíamos una instalación, hace años, en la Iglesia de Tlaltelolco, al hacer una horadación para pasar un cable bajo el altar mayor...

Por supuesto que yo quedé bien curado de espantos, pues jamás volví a meterme en asuntos de tal índole. Supe que Trigo sí recaía con frecuencia, pues hasta aquí en Guadalajara llegaron a venir don José y él a buscar tesoros, así como a Tlajomulco y a Santa Cruz de las Flores.

El libro que he mencionado, de John Read, trae una multitud de sabrosas relaciones humorísticas respecto de una ciencia

que, al parecer, es tan seria y solemne como la Química, hija de la Alquimia. Por ejemplo, Juan Damián, aventurero italiano, francés o español, alquimista de Jacobo IV de Escocia, también alquimista aficionado, sufrió muchos contratiempos, heridas y enfermedades con sus experimentos; pues no una, sino varias retortas, matraces y crisoles salieron por puertas y ventanas, en ocasiones, por virtud de las audaces mezclas que intentaba, en frío o en caliente. Por último, metido a inventor de un aparato para volar, de plumas de gallo, se arrojó desde la terraza del castillo de Stirling en que tenía sus laboratorios y cayó peligrosamente en el mar; que si no, de tirarse del lado de la tierra, ahí hubiera quedado muerto y no cojo, como quedó.

Trata también Read sobre los extraños olores nauseabundos que invadieron toda la región de Cambridge, con ocasión del centenario de Darwin, en junio de 1909. En los jardines y terrazas se servían los tradicionales té, para agasajar a los visitantes y celebrar el aniversario del gran sabio. Pero todo se vio suspendido por aquellas horribles emanaciones que salían de la gran galería descubierta donde trabajaban los químicos especialistas en estereoquímica, William Jackson Pope y el propio John Read, autor del libro. Tras de complicadas maniobras en tubos de ensayo conteniendo selenio, que transformaban en seleniuro de hidrógeno al fuego, por medio de una vigorosa llama en una corriente de hidrógeno y luego lo mezclaban con una solución alcohólica... y otras yerbas, hasta llegar al objeto deseado, que era: el BROMURO DE METILETILSELETINA... Precioso y largo nombre, con el cual no pudieron evitar los sapientísimos señores que un hedor como de cien mil diablos y ochenta mil letrinas en descomposición, llenaran los aires de Cambridge al grado de que se introducían aún en las tazas del té, en los comedores y cocinas, en las más alejadas habitaciones, en las plazas, templos, oficinas y callejuelas. Los sabios explicaron que aquel fenómeno era el mismísimo de los intensos y agradabilísimos perfumes ALQUILSELENIUROS... Pero no les valió la disculpa y sufrieron la expulsión con sus tiliches. Fueron luego a dar con un granjero que los hospedó en Waterbeach, no sin antes preguntarles, frente a su estercólero:

—Huelan esto... ¿Será algo peor lo de ustedes...?

—Usted no tiene una idea, señor granjero... Ya verá... o

mejor, ya olerá... no hay nada igual, ni peor... no debemos en-
gañarlo.

—No importa, estoy acostumbrado a eso y más... Si mis
vacas no sufren perjuicio, si mi mantequilla no se apesta, si no
baja la producción de la leche y si no deja de crecer la hierba
hagan ustedes lo que quieran, pero allá lejecitos, a la orilla del
río, a campo abierto.

Cuando se realizaron los experimentos, el granjero estuvo
presente, con interés y curiosidad; pero no tardó en huír con su
pañuelo en la nariz. En cambio, las vacas se reunieron a poco rato
en derredor del campo aquel, así como millonadas de moscas, mos-
quitos y toda clase de insectos y otros animales afectos a eso. En
cambio, el tránsito por el río se anuló por completo; pues de cual-
quier lado que aparecieran las embarcaciones, luego volvían gru-
pas, digo proas...

Sin embargo, aquel día es famoso en la historia de la Cien-
cia Química, porque el éxito coronó los trabajos, realizando lo
que se llama... perdón... voy a copiarlo exactamente: un com-
puesto centroasimétrico... Por ello, las buenas gentes de Cam-
bridge y de Waterbeach dieron por bien empleado el sofocón
que les causó la peste de diablos y estercoleros y letrinas, elevadas
a la quinta potencia, o, mejor a la CENTROASIMETRIA.

EL MOVIMIENTO CONTINUO

CORRÍA el año de nuestra Revolución.
Había en la redacción del Constitucionalista un individuo,
tuerto, chaparro, mal vestido con un traje como regalado
por persona más alta y gruesa. Decía ser un maderista coahuilense
perseguido por el porfirismo. Cuando Rafael Buelna y yo llega-
mos, ya él, don Manuel Salinas Pérez, que así se llamaba el hom-
bre, estaba instalado en un rincón de la bodega, dormía entre
periódicos viejos y luego desaparecía por las mañanas. En cuan-
to supo que yo era dibujante, me encargó unos planos para pa-
tentar dos máquinas, que se movían, una por medio de la fuerza
hidráulica y la otra por la del aire, automáticamente y quedaba
con ellas resuelto el misterioso problema del movimiento conti-
nuo. Me pagaba religiosamente y bien, se llevaba los dibujos, diz-
que a la oficina de patentes y luego volvía ordenándome mil co-
rrecciones. Yo dibujaba de nuevo y él pagaba sin reparos. Cuan-
do tuvimos que huír todos en desbandada, por la persecución de
que fuímos víctimas en 1911, volví a Jalisco y don Manuel des-
apareció de mi horizonte, para no volverse a presentar sino
cuando en 1935 ocupé el cargo de Apoderado General de los
Ferrocarriles Nacionales. Algunos de los anti-reeleccionistas a
quienes posteriormente encontré yo, me refirieron que el tal Sali-
nas Pérez no fue sino un espía porfirista destacado en nuestro
periódico para olfatear. Solamente daban como prueba de ello una
aprehensión, la de un modesto cajista, quien aseguraba que Sali-
nas había declarado en su contra cuando los aprehendieron. Lo
encontré una tarde, sentado en una banca de la Alameda, pre-
cisamente en donde allá por 1910 acostumbraba instalarse a to-
mar el sol y a fumar peresozamente. Pasé junto a él varias ve-
ces, dudé si fuera, porque estaba muy avejentado y más gordo.
Por fin llegué hasta él y le dije:

—Usted es don Manuel Salinas Pérez?

—Sí señor, a sus órdenes...

Muchos años han pasado, don Manuel... No me conoce usted ya?... Soy su dibujante de 1910, en el Constitucionalista... ¿Qué dicen sus inventos?...

Con un demonio... Zuno... ¿eres tú? Ya sé que llegaste a gobernador de Jalisco...

—Y usted, don Manuel... ha progresado como policía?...

—Ya te fueron a embromar con sus chismes?... Mira... De su raída chaqueta sacó unos despachos viejos de don Venustiano Carranza dándole el grado de capitán, allá por 1914, mas otros oficios de diferentes épocas hasta el más reciente que era de don Pablo González de 1919...

—Cuando todos corrimos, yo me largué a Saltillo y ahí me presenté con Carranza. Con él seguí hasta que don Pablo le chaqueteó y yo me separé, como habrás visto, con el grado de coronel.

Efectivamente el último nombramiento era de coronel.

—Lo que sucedió fue que nos agarraron al cajista ese que me ha difamado y a mí. El se atarantó y se quedó preso, pero yo me puse águila y al día siguiente me dejaron libre...

—¿Y el movimiento continuo?

—Fuí a los Estados Unidos. Allá ví una máquina que llaman ARIETE, que sin más fuerza que el agua que le cae, la eleva muchos metros más arriba. Con mi máquina eso será mucho mejor, pero no tengo con qué hacerle las reformas necesarias ni para pagar los dibujos. Si tú quieres, me ayudas algo, me haces los dibujos y vamos a medias...

Como a mí me constaba personalmente que el ariete existía, porque compré uno para mi rancho de San Isidro en el municipio de Zapopan, ví el asunto bueno. Además podría servirle al viejo compañero dado de baja y en la miseria. Me lo llevé a mi casa, lo presenté a mi familia, le arreglaron una habitación y en el jardín inició sus trabajos, porque se proponía construir una máquina ahí mismo. Le hice los dibujos y los llevamos a la oficina para patentar el invento. Don Manuel se puso a trabajar levantando una torre de madera de diez metros de altura. Después se pasaba todo el tiempo con el fontanero del barrio, construyendo las piezas. Poco a poco el aparato tomaba forma. Un día fuimos a ver si ya estaba despachada la patente para recogerla. Nos llevamos una regañada del Jefe, que era un señor

Chávez, michoacano amigo personal de don Lázaro, por lo que se creía autorizado para opinar sobre cuanto quería, de sus pistolas.

—Ustedes deben saber que no es posible el movimiento continuo... Su máquina pretende resolver tan intrincado problema científico, que ha servido para fraudar a mucha gente... Yo no me presto para eso...

—Mire usted, —le contesté yo— no se trata del movimiento continuo, sino de un mecanismo para elevar el agua, de los cuales ya hay, con otros dispositivos muy distintos, en otros países. Además, usted debe reducirse a pasar para su estudio nuestra solicitud con nuestros planos a los peritos y técnicos, de su oficina, sin pretender abrogarse facultades que competen a otros empleados.

—Pues está usted en un error. Yo aquí mando y no daré trámite a este asunto. Aquí tienen ustedes sus papeles...

Recibimos el legajo y fuimos a ver al señor General don Rafael Sánchez Tapia, Secretario de Economía, quien enterado de mi queja ordenó que uno de sus ayudantes bajara al despacho de Chávez y le diera órdenes estrictas para que procediera correctamente. Yo desde ese momento perdí interés por todo aquello. Además, a los pocos días, el fontanero que construía las piezas a don Manuel, me fue a cobrar una enormidad de dinero y a decirme que Salinas le proponía asociarlo, pues iba a desligarse de mí de un momento a otro. Aproveché la ocasión. Cuando llegó Salinas Pérez le dije:

—Queda usted libre de todo compromiso conmigo, don Manuel. Allá le mando todas sus cosas a la casa del fontanero para que con él se entienda... Y así terminó mi contacto con el movimiento continuo...

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO SO-
LEMNE DE LA ENTREGA DEL LIBRO DE GRA-
TITUD AL SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA, LIC. GUILLERMO RAMIREZ
VALADEZ

C ELEBRAMOS hoy la reanudación de nuestras labores universi-
tarias, tras de un breve descanso y después de una jornada
penosa, en la cual estuvimos a punto de retroceder en el as-
censo que por tantos años seguimos en una natural aspiración pro-
gresista y en el afán de culturación que nos anima. Por fortuna, el
espíritu de unidad solidaria que es orgullo de nuestra comunidad,
permitió no solamente evitar el retraso; sino que ha producido
una incrementación de nuestros anhelos y un contacto más ínti-
mo aún con nuestro pueblo de Jalisco y con el de los otros Esta-
dos que nos honran enviando a sus escolares a nuestras aulas, y
que llegan aquí con fraternal confianza para laborar en com-
pañía de los nuestros. Este es el fruto de nuestra actitud serena
y digna frente a los ataques de los enemigos, fanáticos retarda-
tarios y de aquellos otros solapados, que con hipocresía preten-
dieron contravenir nuestra gloriosa tradición social y democráti-
ca para entregarse al servicio de los explotadores del pueblo. Son
vanas las acusaciones lanzadas a los cuatro vientos por supuestas
violaciones a las normas de la libertad de cátedra y del pensa-
miento, que no han sido probadas ni podrán serlo, porque nin-
guno de nosotros, alumno o maestro, pretende imponer su crite-
rio religioso, político o social, ni lo habría de lograr, porque to-
dos, absolutamente todos en esta Casa de Estudios, somos res-
petuosos de los derechos de los demás y no permitiríamos trans-
gresiones a la vieja línea trazada desde antaño, tan contraria a
la de nuestros detractores, que son intolerantes, abusivos y par-
ciales. en todos los órdenes; —es decir, que mientras ellos impo-
nen un solo credo violando los mandatos constitucionales sobre la
educación, nosotros los acatamos y son nuestra guía.

Como tal vez pudiera mal entenderse que nuestra Universidad repudia sistemáticamente todas las normas culturales antiguas, es prudente declarar abiertamente que seguimos teniendo, como el que más, un fervor entusiasta por la obra de Sócrates, de Platón y de Aristóteles; que nos sentimos ligados con aquellos admirables pensadores del Renacimiento, como Erasmo, Maquiavelo, Montaigne; y después con Descartes, Beccaria, Rousseau. Seguimos deseosos de que nuestras juventudes se nutran en lo más rico del patrimonio cultural que heredamos de los antepasados y que sepan cuáles son las mejores conquistas de nuestros días; pero repudiamos todo distanciamiento con el pueblo, rechazamos enérgicamente toda degeneración libresca, por pedante, con oropeles de ilustración vacua, que es a lo que más de una vez se nos ha querido llevar tan inútilmente. Los ilustres nombres que mencioné, podrían ser aumentados con muchísimos más igualmente ilustres; pero como solamente deseo usarlos como símbolo de una pedagogía que consideramos inmejorable, basta con ellos. Desde Sócrates hasta todos los que siempre proclamaron la sencillez y la libertad del pensamiento como apostolado, ha sido norma de conducta la investigación valiente sin temores ni prejuicios, la voluntad de pensar y razonar con libertad, siempre con la realidad al frente, cerca de la naturaleza, sin encastillarse en vanas sapiencias ni empeñarse en contra de los hechos nuevos y de nuevas verdades; sino reconociéndolos dignamente. Nosotros estamos obligados a relacionar nuestros trabajos con un amplio sentido social, colectivista. No podemos ser aisladamente ninguno, alumno o maestro, sin actuar con los demás; —no para igualarnos— sino para diferenciarnos; no con el vano propósito equivocado de ciertos pedagogos teóricos, de nivelar lo que no lo parece; sino con el deseo de que cada cual se muestre con sus personales y peculiares inclinaciones, para que las cultive y sirva mejor a la sociedad, de la cual no puede ni debe desprenderse nunca. Así podrá lograrse la formación de hombres honrados, respetuosos, útiles en sus personales e individuales capacidades; valientes y abnegados, francos y modestos, de espíritu abierto y sano, que posean una cultura general sin demasías de formalismos ni atiborramiento de conocimientos, que a nada llevan. Unas cuantas palabras de Montaigne, expresarán con mayor elocuencia estos deseos: “La sabiduría no consiste en frases sonoras lle-

nas de ostentación, en vanas contorsiones para reifrenar la naturaleza, sino en vivir conforme a ella, adaptando nuestras almas a las necesidades de la vida”. Reforcemos estos consejos con aquellos, mucho más antiguos, del DHAMMAPADA, contenidos en uno de los más extraordinarios proverbios del Buda: “MI ACCION ES LO UNICO QUE POSEO, MI ACCION ES MI UNICO PATRIMONIO, MI ACCION ES LA MATRIZ QUE ME DA ORIGEN, MI ACCION ES MI SOLA RAZON, ES MI REFUGIO”. Y ahora es oportuno recordarlo, cuando una numerosa población de blancos, de nuestro país vecino del norte, se empeña en la odiosa discriminación racial. Podemos también, si queremos, encontrar entre los modernos admirables ejemplos de resolución y coraje para hacerse oír: Walt Whitman, el Cantor de la Democracia, —aquel que en vida recibió en pago de sus verdades la injuria, el destierro, el silencio y la amenaza del olvido; pero a quien ahora se le imita y se tiene como el más alto valor de la cultura norte-americana. He aquí una de sus voces:

“Cada uno de nosotros es limitado,
cada cual posee sus derechos de hombre o de mujer,
sobre la tierra.
La latitud se ensancha, la longitud se extiende
dentro de mí;
Dentro de mí se dilatan las zonas, las cataratas,
las selvas, los volcanes, los archipiélagos;
Oigo el canto del obrero y la canción de la aldeana.
Oigo los salvajes himnos de libertad
que vienen de Francia,
oigo el cantar del bracero mexicano
y las campanillas de su mula.
Mi espíritu ha recorrido la tierra,
con fortaleza y humanidad.
He buscado iguales y amigos,
y los he encontrado igualmente dispuestos
en todas las tierras;
creo que alguna divina concordia
me iguala a ellos”.

Fue inútil que se le gritara que era prosaico, grosero, inmoral; que su forma era anti-estética, ni prosa ni verso; contraria a

todas las reglas del ritmo y del metro... y ahí lo tenéis como ejemplo para los nuevos poetas de todas las latitudes,— como el moderno evangelista de la Democracia, ideal de nuestro continente americano, que todos procuramos realizar.

Pero ya que, para explicarme y para sintentizar este solemne momento he acudido, como debiéramos hacerlo siempre, a las palabras sabias y proféticas de filósofos y poetas, permítaseme recordar a uno nuestro, de potente y revolucionaria creación: a Carlos Gutiérrez Cruz, del Centro Bohemio, que decía, inspirado por el fuego de la lucha en el intenso tiempo que vivió con nosotros:

“Yo siempre tuve sentido
de justicia:
siempre he aborrecido
los numerosos aspectos de la avaricia,
pero había un desacuerdo
entre mi vida y mi cabeza,
un desacuerdo cuerdo
en quien tuvo cuna burguesa.

El vigor de la juventud
puso de acuerdo a la vida con el yo
y me echó entre la multitud,
en nuevo campo y nuevo sol.

Yo supe que desde siempre llevo
la igualdad dentro de mí,
porque nada me tomó de nuevo
entre todo lo nuevo que vi.

En mi canción no vibran ritmos de vanidad.
porque mi canción
es el ritmo del corazón
de la humanidad...

Porque cada nota
en mi canto,
es una gota
de llanto,
que si se arroja
entre la multitud desheredada,
de ella saldrá una llamarada
roja.

Y su calor
será para secar
un mar
de sudor
del que exprime el señor
a la humanidad...

Mi canción
para los oídos de un buen mocetón,
puede no ser una canción...
puede ser un absurdo...

Y para cualquier burgués,
mi canción no pasa de estupidez...

Pero para el Pueblo, para Dios,
para la Humanidad,
mi canción es su voz:

LA VERDAD.

Búrlate del sermón del señor cura
aconsejándote virtud,
cuando tu alma, campesino, es más pura
que la luz.

Esa sumisión,
esa docilidad
que te aconsejan para tu patrón,
no es una virtud, es un mal.

Se disciplinado en tu trabajo,
porque es un deber,
pero no pidas con el ojo bajo,
que tu derecho debe estar de pie.

No seas como te aconseja el cura,
se como la montaña, el barrancón,
como los ganados, como la llanura,
se como eres, labrador.

No hay mayor virtud, ni mayor belleza,
que seguir con rectitud
las leyes de la Naturaleza.

Señor Rector, don Guillermo Ramírez Valadez:

Llevado por el entusiasmo, he alargado sin quererlo, este exhorto, que no es otra cosa, para ponerme en condiciones dignas de cumplir un cometido tan honroso como difícil; porque ni

mis mandantes, que lo son todos los señores consejeros de nuestra Universidad, ni yo, queremos que se rebaje el valor de nuestro aplauso, que con toda esa naturalidad que alabé antes, con esa amplia libertad, sin el relajamiento de las desmedidas alabanzas, hacemos a usted aquí, solemnemente, en este instante, presentándole nuestros parabienes por su actitud actual y pasada, que corresponde exactamente con nuestros comunes propósitos y que habrá de seguir beneficiándonos y prestigiándonos, como hasta aquí.

Hago a usted entrega de este documento, que simboliza nuestros agradecimientos colectivos y contiene el aliento amistoso de la aprobación de nuestra colectividad.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INAUGURACION DEL AUDITORIUM "BENITO JUAREZ" DE LAS FACULTADES DE FILOSOFIA E HISTORIA, DE ECONOMIA Y DE LA DIRECCION DE EDUCADORAS SOCIALES, EL 11 DE OCTUBRE - 1957

ME QUEDA todavía, a pesar de los años transcurridos, el eco de aquellos impresionantes y largos, tediosos gritos lúgubres, que desde niños nos alarmaban cuando pasábamos por las cercanías desoladas de estos mismos lugares donde ahora, jubilosos, nos encontramos: ¡...CENTINELA...! ¡...ALERTA...! Uno... dos... tres... Altos muros negros de hosca piedra, más amenazadores por el aspecto imponente de los torreones empotrados como fortalezas en ellos, hinchados y llenos de aspilleras, coronados de almenas, y colocados de trecho en trecho. Por sobre la pasarela del ancho murallón, allá arriba, marchaban como autómatas, fusil al hombro y la bayoneta cañada, como hiriendo al cielo; constantemente yendo y viniendo, aquellos soldados que custodiaban la odiada prisión: ¡...CENTINELA...! ¡...ALERTA...! cuatro... cinco... seis... Día y noche se oía el diálogo amenazador entre los numerosos vigilantes y su eco se difundía por los alrededores, mustios y baldíos que con su espanto alejaban a la población. Allá adentro, el ronco rumor de voces humanas, de los tristes cánticos de los viudos y huérfanos de la libertad, daba pavor. Ululaba su eco amenazante por los ambulatorios presuntuosos, llenos de cancelas; y se retorció en remolinos con broncos lamentos furiosos, que luego se convertían en ciclones de pasión y venganza contra las sucias paredes espesas de las celdas y en las mucho más sucias, hasta lo asqueroso, de la de la incomunicación, el castigo y la tortura: La Loba. No tan solo morían ahí lenta y penosamente los transgresores de la ley; sino muchos románticos políticos soñadores de la democracia, muchos labriegos amantes de la libertad de la tierra, muchos obreros rebeldes defensores del proletariado, muchos escritores que

ahí purgaban su audacia por defender con su pluma las causas populares.

Un día, las garras de la noble fiera que es el Pueblo, colmaba su resistencia por tantos desmanes en el campo, en la mina, en la fábrica, en la ciudad, en el hogar; frente a los vejámenes de la dictadura porfirista, con su potente garra colectiva trituró las rejas, barrió, como bronco huracán rugiendo vengador, cuanto encontró a su paso, en un bravo afán de reivindicar sus derechos. Era la Revolución democrática y social de 1910. Los ciudadanos armados conquistaron el poder, lanzando de él a los verdugos; llegaron ante los antiguos muros de estos recintos e iniciaron su demolición en revancha de los agravios recibidos y en señal de triunfo. Manuel M. Diéguez, el obrero minero jalisciense que dio ejemplo de heroicidad en la huelga de Cananea contra los abusos del capitalismo gringo, el jefe de los nuevos milicianos libertadores, dejó a un lado el fusil y tomando de nuevo su piqueta, dio la señal del derrumbamiento de las murallas penitenciarias, arrasó un espacio, abrió cimientos y levantó parte de estas escuelas con aquellas mismas piedras. Cuando colocó la primera, designó a nuestro muy querido Primer Rector, Enrique Díaz de León, muy joven entonces y estudiante del Liceo, para que, con su elocuente palabra, anunciara el feliz suceso. Brillantemente lo hizo y aún podemos recordar algunas de sus palabras: "Decía Cicerón, señores, que el más grande homenaje que pudiera hacerse a los grandes hombres, no era admirarlos, sino imitarlos; y puestos sus diseños delante de los ojos en el manejo de los negocios públicos, amoldar el ánimo y el entendimiento con la idea tenida de ellos.

Vais señor Gobernador, con el carácter que tenéis de representante de un nuevo y salvador régimen, a colocar la primera piedra de dos edificios a donde venga a formar ciudadanos la generación que sucede a la nuestra.

Yo creo, señor, que este acto es el más alto y elocuente homenaje que hacerse pueda en este mes de luminosas reminiscencias históricas, en que hay palpitations de gloria en el corazón de la Patria a la memoria del Padre de la Independencia, del Ilustre Varón que puso la primera piedra de nuestra nacionalidad.

Que este acto, señores, sea un augurio de bienestar y pros-

peridad futuras; que se purifiquen todas nuestras manchas; que las generaciones del porvenir no hereden nuestros odios y nuestras corrupciones y que, borrando todos nuestros males, volvamos a formar de nuevo el pueblo en los niños.

Que la juventud de mañana, pueda contestar conscientemente lo que tanto ansiaba el autor del YO ACUSO: ¿A dónde vas, juventud? —Vamos a la Humanidad, vamos a la Verdad, vamos a la Justicia..."

Así se expresó nuestro querido Enrique Díaz de León.

x X x

La guerra civil se prolongó por años. Empeñada la reacción en su loca aventura de recuperar el poder público, intrigó terca y tenazmente en las filas del ejército del pueblo armado, promoviendo rencores y envidias entre los jefes. Todo fue inútil. La Revolución se impuso y dictó sus nuevas leyes.

Y otro día, ya lejano también, un grupo de jóvenes civiles asumió las graves responsabilidades de gobernar a Jalisco. Para mí es una gloria decir que me hicieron su jefe. Teníamos conciencia histórica y una viva voluntad de servir a nuestro Pueblo, con nuestro cerebro, con nuestro corazón, con nuestra acción. Conocíamos la relación continua de la obra de Hidalgo, de Morelos, de Pedro Moreno y demás insurgentes; de Benito Juárez, Gómez Farías, Vallarta y otros en la Reforma; y Madero, Carranza, Zapata, Obregón, Diéguez, Julián Medina, en la Revolución social de 1910; es decir, teníamos la convicción de que el liberalismo mexicano estaba siendo continuado en un sentido ahora social, por nosotros. Con esa luz, seguimos el camino. Recogimos la piqueta de Diéguez, abandonada al pie de aquella muralla, casi al empezar la demolición y acometimos contra lo que quedaba, así como el Pueblo Francés el 14 de julio de 1789, pulverizando esta nueva Bastilla. Como ríos represados, las calles de la ciudad invadieron las ruinas y se prolongaron por todos lados, hasta llegar ahora a formar las más bellas avenidas y centros de residencia de nuestra Guadalajara. El destrozarse la cárcel, fue un rito simbólico. La despedazamos y de sus escombros han ido surgiendo milagrosamente, poco a poco, nuevas construcciones de sentido humano elevado, recuperador, contra-

rio a los afanes segregacionistas de los gobiernos despóticos contra los pobres que delinquen.

Ahora se cumplen con brillante realidad, aquellos bellísimos deseos sociales de Víctor Hugo, que soñó con ver florecer las escuelas sobre las ruinas humeantes de las prisiones. La Historia de México había presenciado antes, la destrucción de los templos piramidales de los indígenas elevados a sus deidades, para ver surgir las catedrales de los dioses del Viejo Mundo, conquistador cruel y ominoso; pero ya el tiempo de los ídolos va pasando. La Humanidad levanta hoy la frente con seguridad y confianza, porque las Ciencias y las Artes son su fe moderna. Construye y lanza por el espacio lunas que llevan al cosmos el mensaje de su liberación y anuncian la conquista de las rutas planetarias, dueña ya del poderío atómico y ansiosa por escrutar los misterios estelares.

Aquí, donde la cárcel posaba la ancha coraza petrea de sus murallas, sobre el bochorno de sus patas de monstruoso dragón, se reúnen los hombres de estudio, los artistas y los maestros de las nuevas generaciones, en un afán de mejoramiento colectivo, sin esos rencores raciales tan vergonzosos e inhumanos que, por fortuna, nunca han sido cáncer de nuestro humilde cuerpo, como lo son de ciertas congregaciones humanas que alardean de civilizadas; ni nos apasiona la diversidad de credos políticos, sociales o religiosos, pues, repito por enésima vez, somos verdaderos liberales y no tenemos interés bastardo ninguno, sino el amplio y saludable de la culturación popular.

Mucho hemos avanzado ya. Una de nuestras glorias es haber cuajado en realidad la ilusión de Víctor Hugo y el pronóstico de Díaz de León; pero necesitamos vigilar aún. Enemigos poderosos espían y conspiran constantemente, con el deseo de marcarnos el alto y de reconstruir las penitenciarías; de volvernos, por la fuerza, hacia atrás; de secuestrar, en fin, a la Patria.

Nuestro deber es montar la guardia sin descanso, incrementando el interés por el estudio y por la investigación entre los maestros y los alumnos. No diremos, como los antiguos guardianes, ¡... Centinela...! ¡...Alerta...!; sino que, nuestra consigna, nuestra contraseña de guerra y paz, sea el simbólico lema de nuestra Universidad: PIENSA Y TRABAJA.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL XXXII ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

EL DÍA 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón, tras de incierto navegar, creyó encontrar las Indias Orientales, El Catay, Cipango, La Tierra del Gran Can, o que andaba en las cercanías del Paraíso Terrenal, aunque la intención de su aventura, era la de buscar nuevas rutas para el tránsito mejor y más seguro de los productos riquísimos de las Islas de las especerías. Mal podía haber descubierto a América, si ni aún se tenía la idea de que un nuevo y vastísimo continente estuviera estorbándole su paso hacia las Indias. Más bien, diría yo, quienea lo descubrieron a él fueron aquellos lujosos magnates de la zona maya, que navegando de recreo con sus mujeres, lo encontraron cuando medio perdido vagaba en alta mar por el Caribe, con su tripulación en sorda rebelión, ya sin confianza en el navegante. Y tan lo descubrieron, que mirando medrosos desde su gran canoa, entoldada ricamente con telas brillantes de henequén, vistosamente bordadas y enriquecidas con todos los colores tropicales, advirtiendo la superioridad de la gran nave enhiesta de los intrusos hombres barbudos, armados con el rayo y el trueno, enviéronles frutas y comidas, papagallos y guajolotes, iguanas y mantas finas, para agradarlos. Dándose cuenta, además, de que Colón no tenía rumbo fijo, ofreciéronle humildes y serviciales como en su auxilio, guías de la tierra, que les fueron aceptados y que, obedientes a la consigna patriótica de sus temerosos caciques, en lugar de llevarlos a las próximas costas suyas los alejaron de ellas hasta que, seguros de que no caerían rapaces en sus bellas ciudades, los orientaron hacia Guahananí. Todo ésto con una real conciencia de lo que estaban descubriendo y no con falta de ella, que no la tenía Colón, quien mal podía andar en el descubrimiento de lo que ni él ni nadie conocía. Tampoco, si en esta fecha no se festeja ya el

pseudo-descubrimiento, tampoco es correcto dedicarla a un propósito como el que animó a sus creadores; que viendo cómo lo del descubrimiento llevaba detrás la prueba de la fobia del adueñamiento por parte de los hombres blancos, de aquello que por razón natural era de los nativos; y que su rapiña era lo único que andaba quedando eso sí verdaderamente al descubierto, cambiaron el objeto de sus fiestas y quisieron que su raza, la que vanamente aseguran que es la superior, esa que tan torpemente se enorgullese con lo que dicen ser "el destino manifiesto", divino, de guiar a la humanidad, llámanle ahora a este día *EL DIA DE LA RAZA*.

Aun tenemos muy cercanos los terribles años en que la más espantosa guerra que la humanidad sufrió, la desatada por el nazi-fascismo, asesinó a millones de hombres por el delito de tener la piel, el cabello y los ojos, distintos de los de aquellos que llamándose arios, querían exterminar o reducir a la servidumbre a todos los demás, por no serlo. Ciertamente que es increíble que, países que en los campos científicos y artísticos han enriquecido tanto a la cultura, hayan podido arrastrar a sus soldados tras de una empresa tan bárbara, tan loca y tan falta de fundamentos científicos y morales. Ya entonces, la Biología, la Etnografía y la Antropología, estaban acordes en principios perfectamente demostrados, sobre la inexistencia de razas puras; de razas superiores, somática o mentalmente hablando; que el mestizaje lo hay desde los días más remotos de la existencia de la especie humana; que ésta tiene fines comunes de perfeccionamiento y un ideal elevado al que todos los hombres aspiran. Todos los grupos, chicos o grandes han pasado por etapas de lucimiento y de decadencia, por razones históricas y políticas, en panoramas diferentes con características económicas y geográficas que han determinado, unidas a causas incontrolables por el hombre, especificaciones que aparentemente los distinguen. No es pues de extrañar que un plan de gobierno del mundo con la bandera de la raza superior, fracasara de modo tan rotundo como ha de fracasar cuanto sobre esos patrones se intente. No solamente en los ámbitos mundiales, sino en los más reducidos de sus poblaciones, como acontece ya en la gran nación vecina del norte, donde unos exaltados arios, de tipo nazi-fascista, han causado más daño al prestigio de su patria que una invasión

militar y a pesar de la elevada y digna actitud de su Presidente y de su Suprema Corte de Justicia. Y digo aquí que, si esta Universidad fué puesta en marcha en un doce de octubre, no fue ni para recordar la aventura casual de aquel gran navegante, quien sin intención maliciosa abrió el nuevo mundo a las insaciables y depredadoras bandas que tras él llegaron del viejo; ni para ofrecer nuestro esfuerzo ante los altares infatuados de la raza aria. Fue, de modo lógico, en quienes luchábamos por principios democráticos, igualitarios, progresistas, entender la fiesta y el acto, como abarcando la igualdad de los hombres de todas las latitudes, sin distinción ninguna de origen ni de lo llamado raza; y así está instituido en los mandatos constitucionales desde que México es libre y desde cuando intentó serlo; pues fue aquí, en Guadalajara, donde el gran Miguel Hidalgo dictó su decreto de abolición de la esclavitud. Ni en los hechos mismos de la vida social, pudo ser de otro modo, cuando en nuestras ciudades y en los campos, conviven hombres de todas las razas, sin que se tome a bochorno tan encomiable tradición y sin que se atreva nadie ni en pensamiento a menospreciar a un indígena ni a un negro, ni a inclinarse y doblar la rodilla ante un blanco o un rubio no más por que sus ojos son azules o verdes... Más bien encontramos nuestros conflictos sociales en los círculos de las actividades económicas, en los cuales hay ricos indígenas, criollos y mestizos y obreros blancos, prietos, morenos y negros. Quede pues claro, que no somos seguidores de ninguna tendencia hueca racista, sino defensores de una integración racial democrática y cristiana, en la que nos hemos desarrollado desde que somos independientes. Por todo ello le llamamos a esta casa, UNIVERSIDAD; porque ella es congruente con la intención de universalidad, abandonando el nombre de INSTITUTO, que restringe con el solo enunciado, su campo de gestión en el acrecentamiento de la cultura. No nos detuvo el hecho histórico de que en nuestras luchas pasadas, los liberales tomaran por bandera al INSTITUTO y los conservadores a la UNIVERSIDAD. Aquello quedó liquidado en el campo político y no lo llevamos más allá, porque sabíamos muy bien que, entre lo más valioso del botín quitado al enemigo, estaba eso precisamente: LA UNIVERSIDAD. En ella caben todos los INSTITUTOS; en ella, todas las ramas del conocimiento humano y

de la investigación tienen su lugar natural e inclusive los intereses culturales de los vencidos, los legítimos que con el estudio alcanzaron, aquí están reconocidos y garantizados, mejor que en sus establecimientos; porque allá se les tendrá siempre como parciales, ya que de suyo y voluntariamente son intolerantes y llaman libertad de cátedra a la imposición de un solo credo religioso, político y social. Nosotros somos más ambiciosos, porque aquí tenemos todo, todo respetamos y todos aquí hablamos y decimos nuestra verdad, alumnos y maestros. Los laboratorios funcionan sin limitaciones. Las investigaciones, se hacen sin atender ningún dogma, sino técnica y científicamente; es decir, somos los depositarios y promotores de una verdadera cultura general, objeto real de toda universidad. En la historia de esta Casa de Estudios, hubo ya conspiraciones para bajarla al radio de un Instituto, primero; luego, se llegó a enfrentarle otro dentro de sus límites, creado deliberadamente para, a su debido tiempo, postergarla, lo que por fortuna no llegó a suceder. Ahora, brotan por ahí nuevos intentos de otros Institutos y de otra Casa... que se dice de la Cultura. Repito que un Instituto no puede abarcar todo el círculo de nuestras actividades, porque de suyo se reduce a parte de ellas; pero respecto de la Casa otra, hemos de estar advertidos, porque puede ocultar un plan, que tal vez podría tener alguna aparente lozanía, insuflado por el elemento oficial y por ciertas actividades mostrencas que ahí creen encontrar la revalidación de sus artificios. El tiempo nos irá diciendo si se oculta en esa casa una oscura intención, que ya queremos encontrar en la sola circunstancia de que, si el deseo fuera sano y noble, si se tratara de dar impulso a la verdadera cultura con sentido de universalidad, entonces no sería necesario duplicar las funciones de lo que ya existe, sino aumentar a los esfuerzos que se hacen aquí, los que parecen llevar torcidos fines. Maestros y alumnos sabremos afrontar el problema. Por otra parte, ¿cómo sería posible que las edificaciones que se hagan para el servicio de la obra de culturación se dediquen a ello fuera de nuestra órbita, cuando ya ahora, otros edificios se nos tienen secuestrados para servicios públicos como el correo y el telégrafo...? ¿Cómo se quiere desorganizar nuestra cultura de esa manera, ahora que es obvio el triunfo de la Ciencia, cuando por esa vía ocupa el hombre los espacios siderales y dispone a su arbitrio de

la fuente inagotable de la energía atómica? Cuando todo tiende a buscar normas de dirección general para toda la humanidad, ¿cómo habíamos de permitir que aquí, donde conforme a la Ley, vamos cumpliendo nuestro deber con valentía, se nos venga a insertar una gangrena mortal? Y si es la Ciencia la que al entregarnos los más profundos secretos de la Naturaleza nos compromete a usarlos en aplicaciones pacíficas y útiles, favorables al desarrollo evolutivo de las sociedades humanas y no en la destrucción de la vida ni en fines aviesos, ¿cómo hemos de tolerar que la cizaña prenda en nuestro campo y nos haga retroceder? Estamos históricamente obligados a impedirlo. Así nos aproximaremos al ideal que allá en 1915, un estudiante juvenil, Enrique Díaz de León, que después fuera nuestro Primer Rector, dejó enunciado en el discurso que aquí, en estos mismos sitios pronunció, por encargo del entonces Gobernador del Estado General Manuel M. Diéguez. Oíd parte de él:

“Así, señores, el Gobierno Constitucionalista viene ahora a ofrecer en este lugar, como la mejor ofrenda votiva a los Padres de la Patria, la construcción de dos templos del saber en donde se enseñe a las generaciones futuras a venerar a los nombres esclarecidos de los héroes, a imitar las fuertes virtudes que exornaron sus vidas propincuas y en donde, como en el hondo pensar del inmenso Emilio Zolá, se lleva a la conciencia humana, no el enervante “BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS”; pues mientras haya pobres de espíritu, habrá rebaños serviles de parias dispuestos a doblegar la cerviz al yugo de todos los despotismos; sino esta máxima lapidaria: “BIENAVENTURADOS LOS HOMBRES SANOS DE CUERPO Y ALMA, FUERTES DE CORAZON Y DE INTELIGENCIA, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LA TIERRA”. Este acto está pleno de un bello simbolismo: es una alhagüena promesa de un ópimo florecimiento futuro: es la cimiento que habrá de dar la fortaleza y la lozanía: es el mismo brazo poderoso de la Revolución que detuvo el avance de un fanatismo que nos asfixiaba ya, el que viene a colocar aquí, no la primera piedra material de un edificio; sino la piedra angular que será el sólido plinto de nuestra futura organización social”.

Y ya que recordé a Enrique Díaz de León, a quien tene-

mos aquí siempre presente, voy con ese fraternal signo, bajo la advocación de su nombre de intelectual y bohemio, a decir algunas palabras a los dos próceres ante quienes volcaremos el afecto de nuestros corazones y que están aquí honrándose con su presencia, acompañándonos en este glorioso aniversario: José Cornejo Franco y Agustín Basave. Universitarios los dos, de méritos inigualables, a quienes muchas generaciones guardan acendrado cariño, hondo respeto y admiración, unido todo a una gratitud sin límites; porque durante toda su vida, la dedicación magisterial ha sido su único apostolado. La Universidad tiene entre sus destacados fundadores, al señor arquitecto Don Agustín Basave, Director en aquellos años de la Benemérita Escuela Preparatoria de Jalisco. El señor Profesor Basave fue activo y entusiasta participante de los continuos y arduos trabajos técnicos que se llevaron a cabo en numerosas juntas históricas, en unión de otros distinguidos intelectuales y educadores jaliscienses, desde en 1924, para llegar afortunadamente a coronar nuestros deseos con la fundación de nuestra Universidad en un día como éste, el año siguiente de 1925. José Cornejo Franco, participante a su vez, en los campos estudiantiles, intelectuales, literarios y artísticos desde entonces, ha puesto todo su interés y su valioso esfuerzo, para dar primero ser y luego prestigio y rico y humano contenido a nuestras aulas; pues continuó la obra del profesor Basave cuando éste fue a radicar a otros lugares y sigue siendo en nuestros días, decidido sostenedor de los ideales que habrán de llevarnos al cumplimiento íntegro de nuestro destino cultural, con su ejemplo de hidalguía, desinterés y valor civil para todos nosotros, maestros y alumnos. Muy lejos de nuestros deseos el de querer con estas palabras y con nuestro homenaje, cubrir la larga deuda, tan enorme e imposible de pagar; pero al menos, con nuestras palabras tan alejadas de la adulación, con esa naturalidad llana y franca, que es regla de conducta en nuestros círculos universitarios, que vean ellos dos, cuan espontáneo y sincero es este afecto que nos mueve a darles una mínima demostración de nuestro grande reconocimiento por su mucho más grande auxilio espiritual y cultural; demostración que les rendimos en el sagrado recinto de este Templo levantado a las Ciencias y a las Artes.

José Guadalupe ZUNO

D I E G O R I V E R A

EN MÉXICO, en la calle de Donceles, con salida falsa por la de Bolívar, se encontraba instalado; allá por 1920, un restaurante llamado ANTOJITOS TAPATIÓS, propiedad de una familia guadalajareense que lo atendía. Era el lugar donde comíamos diariamente algunos de nosotros. Ya ocupábamos curules de diputados en el Congreso de la Unión. Acudían también ahí otros jaliscienses, como constantes parroquianos: el doctor Atl, Roberto Montenegro, Jorge Enciso, Miguel Othón Robledo, Pancho González Guerrero. Don José Vasconcelos comía con nosotros frecuentemente; pues salíamos ya tarde de las juntas que con nosotros celebraba en la Biblioteca de la Cámara de Diputados para discutir la fundación de la Secretaría de Educación Pública. Era entonces Rector de la Universidad Nacional. Un día nos dio la noticia de que había regresado de Europa Diego Rivera y que iría a comer con nosotros en Antojitos. Manuel Martínez Valadez no lo conocía y se encontraba ansioso de que llegara para que lo presentáramos. Ya tarde, llegó Diego con Julio Torri y con Roberto Montenegro. El alboroto que se armó fue grande. Risas, abrazos, gritos, burlas, carcajadas. No lo imaginábamos tan voluminoso. Todos hicimos caricaturas. La sobremesa se prolongó hasta las primeras horas de la noche y luego nos fuimos por la ciudad a pasear a pie. Después, ya tarde, cenamos en el Café del Cine Rojo, especie de Cabaret, donde Diego se hizo popularísimo. No bailaba, pero su charla alhagaba tanto a las meseras, que lo rodeaban prefiriendo su compañía.

Nosotros, Martínez Valadez y yo, vivíamos en las cercanías de la Cámara, por Bolívar. Ahí llegó al día siguiente Diego, pues quería llevarnos a ver los cuadros y dibujos que traía de Europa. Vasconcelos le había cedido el ex-templo de San Pedro y San Pablo para que lo utilizara como estudio y taller, el mismo donde ahora se encuentra instalada la Hemeroteca de la Universidad. También pintaban ahí Montenegro, Charlot, Amado de la

Cueva y Xavier Guerrero. Todos estos conocieron a Diego ese mismo día. Decenas de óleos, dibujos al crayón, acuarelas y güaches, temples y multitud de bocetos, fueron desempacados por Diego ante nosotros. Su obra abarcaba desde cuando llegó a España, recién pensionado por la Academia de San Carlos de México, como premio por haber triunfado en el concurso con su cuadro *La Casa sobre el Puente*, que está ahora en las Galerías del Palacio de las Bellas Artes. Fueron esos los días en que adquirió fama internacional con el grupo de los jóvenes españoles que se reunían en el Café del Pombo: Ortega y Gasset con su grupo, el Gran Picasso con el suyo, los pintores Casas, Zuloaga y los caricaturistas de moda formaban aquella tertulia en la que Diego causó alta inmediatamente. Aquí en nuestro Museo, tenemos un lienzo de aquellos días, que representa el retrato del pintor Favrés. Por el anverso del cuadro, se ve otro retrato, del ruso Zinveff, pero de muy diferente estilo y factura, que Diego pintó en París, cuando ya figuraba, por cierto que con todos los honores, en la escuela cubista. Otros pintó también en Francia, para después recorrer todas las otras modalidades de aquellos lejanos días. Fue impresionista, geometrlista, futurista, divisionista, quietista, dinamista. De todo venía en el equipaje con que llegó a México, pero su trabajo más reciente se notaba profundamente influenciado por el arte bizantino, ya que los viajes que hizo al Cercano Oriente le habían vuelto el gusto no solamente por el realismo, sino por el expresionismo. Nunca será bastante elogiada ni merecidamente medida la decisiva ayuda de Vasconcelos para que nuestros pintores, con Diego a la cabeza, realizaran la obra muralista. El Anfiteatro Bolívar, de la Escuela Nacional Preparatoria, quedó pronto honrado por la obra primera de Rivera. No fue ejecutada a fresco, sino a la encáustica, es decir, con cera de abejas; pues la técnica del fresco solamente se adoptó cuando, con la ayuda de Xavier Guerrero, se hicieron los ensayos y estudios correspondientes. Guerrero conocía todos los procedimientos tradicionales, pues sus antepasados fueron también pintores y tenían desde muchas generaciones, los conocimientos de las dos artes: la antigua mexicana y la española. En el mural del Anfiteatro Bolívar, aparecen ya las primeras figuras que anuncian el estilo firme de Diego, como producto de todos sus anteriores estilos, resultado de todas

sus experiencias, hijo de todos sus desvelos e inquietudes. Cuando íbamos por las calles, tenía la preocupación de buscar parecidos entre las caras de los indígenas y las de los ídolos. Después, al observar directamente éstos en el Museo, se extendía con prolijas explicaciones e interpretaciones sobre la escultura prehispánica y concluía con la urgencia de que se abriera de nuevo el horizonte artístico al pueblo en general. Cuántas conferencias le oímos, cuando quedábamos sentados en Antojitos Tapatíos, después de las comidas...! Sobre las pinturas murales de las pulquerías eran las más frecuentes. Ahora ya no se ven; pero entonces sí, aquellos agrupamientos de figuras populares con leyendas e inscripciones irónicas. Los había en las afueras, sobre las puertas, con el nombre de la pulquería entre los monigotes. Los muros interiores estaban llenos de ellas. Eran anónimos. Arte popular. Netamente popular, --pintado con colores corrientes de cal. Para la Navidad y las otras ferias de la Alameda y de otros barrios, nos dedicábamos a encontrar juguetes y alfarería populares. Las piñatas, las judas, las muertes de dulce y de alambre, todo era el motivo obligado de nuestras pláticas y de las discusiones del grupo. Cuando pasábamos por las cercanías de la Librería Porrúa, se recordaba cómo habíamos visto, a principios del siglo, a José Guadalupe Posada y a Manuel Manilla, su maestro, grabando sus monigotes para los alcances, ejemplos y demás vaciladas de su editor Vanegas Arroyo.

La figura de una tapatía, que después había de llegar a ser su esposa, apareció en distintas actitudes en sus primeras obras, pero más en el mural de la Preparatoria: Lupe Marín.

Desde que Lupe llegó a México, Diego quedó perdidamente enamorado de ella. Meses después, habían de casarse. Años más tarde, habían de divorciarse. En Francia, Diego estuvo casado con la pintora y maestra de escuela Angelina Belloff. Frida Kahlo, también pintora, fue su esposa hasta que murió. Diego es una especie de Barba Azul. Ahora se ha casado de nuevo. Hizo su viaje de bodas a Rusia, allá le sacaron un cáncer y así se pasó la luna de miel, dibujando y pintando además. Entre las hablillas metropolitanas de ahora, corre una que dice que Diego se divorciará y casará de nuevo con una señora multimillonaria. Su vida sentimental ha sido siempre muy intensa.

Y a propósito de Rusia, Diego fue íntimo amigo de los re-

volucionarios bolcheviques desde cuando estuvieron desterrados en Francia. Lenín, Trotski, Lunatcharski, Gorki, Stalin, eran de su mismo barrio de Montmartre. Nos contaba, recién llegado a México, que poco antes de su regreso había recibido invitación de ellos para ir a Moscú. Fue. Lo recibieron con tantos honores y cariño como hace un año. Entre las gentes que andaban en esos días por el Kremlin, Diego se encontró con unos campesinos de Kazajstan, que confundiéndo-lo con uno de ellos, le urgían a reunirse con su grupo: Tovarich... tovarich... llikjail... llikjail llikjailovich... —le gritaban los aldeanos. El intérprete que por orden superior acompañaba por todas partes a Diego, habló con ellos y le informó que, por su figura, lo creían kazajstano, o yakutio, cuando menos. No le quisieron creer que era mexicano. Por fin, a tantos ruegos, accedió a irse con ellos de paseo por esas calles moscovitas y después, encantado con sus semejantes, se dejó llevar hasta aquellos polares lugares, sintiéndose ya su paisano, por abolengo.

—Bueno, Diego... —le decíamos— pero cómo es aquella gente...?

—Hay de todo. Pero la clase dominante es eslava. —Por eso me creyeron kazajo o yakuta... o calmuco... — Hoy otros tipos, muy parecidos a nuestros indios y a los esquimales... Son los chukchis, yukaguire, kamchadales y ainos. De entre ellos seguramente que salieron todas las razas que poblaron América, porque sus restos se encuentran ahora junto con los de los grandes mamuts y otros paquidermos paleoasiáticos, que son los que pasaron a este Continente, por el estrecho de Behring.

—¡Ay, kasajo...! —comentamos nosotros.

—Y hasta dónde llegaste...?

—Hasta el Río Colyma... Pasamos los Montes Urales a la altura de Tobolsk, seguimos a Yeniseisk para llegar a Kakutzk. Ahí permanecí muchas semanas. Salíamos a cazar osos blancos, o focas, en la desembocadura del Río Lena. Otra vez fuimos a Colymask... Ya ahí la gente tiene aspecto más mongólico. Hagan de cuenta los indios michoacanos, o los de Chapala... Me llevaron a las escuelas, donde los muchachos cantan unos coros tradicionales, en los cuales se refiere la salida, hace ya miles de lunas, de numerosas caravanas de la población, muy bien organizadas, con sus altos jefes y sacerdotes, llevando todos a sus familias, por-

que en esa época y en otras posteriores, hubo en Siberia y en gran parte de Asia terribles hambrunas que obligaban a las gentes a emigrar en masa, tras de las grandes manadas de mamunts, de renos, de búfalos o de rinocerontes lanudos. Vivieron de su caza por muchos siglos, pasaron tras ellos el Estrecho de Behring y penetraron en el Continente Americano; es decir, como decían en sus coros, llegaron al País de la Blancura, pues entonces todo el territorio estaba cubierto de hielo y nieve.

—¿Eran muy largos los cánticos...? —le preguntábamos con sorna. El seguía impasible su cuento: —La leyenda llevaba a los emigrantes hasta el País de la Verdura... que era precisamente este nuestro, en el cual y en recuerdo de su Río y de su ciudad, fundaron la ciudad de Colina... Y siguieron... siguieron por siglos y milenios... bajaron por todo el Continente hasta llegar al país de los árboles gigantes, donde dejaron establecida otra ciudad, con el mismo nombre de su río: Colima. Pero cuando los españoles llegaron en son de conquista, le cortaron la primera sílaba, no por crueldad... sino por ignorancia, dejándola mutilada para todos los días de su vida. Es la actual LIMA...

—¿Y tú te creíste todo eso...?

—¿Porqué no...? —Pasó lo mismo con Cuernavaca... Se llamaba Cuauhnahuac... pero los imbéciles gachupines, que no sabían su significado, le trocaron su nombre tan bonito por ese atorerado de Cuernavaca...

Diego tiene una fantasía tropical. Nada en su personalidad induce a creer que sea de raza polar. Este cuento está pésimamente contado por mí, en comparación con la forma y términos en que él refiere su aventura yakuta. Tiene en su repertorio otras muchas que al oírlas, lo primero que se le ocurre al oyente es que son mentiras; pero llevan tales condimentos y resultan al fin tan sabrosas y tan de maravilla, que se aceptan por ciertas, como por virtud mágica o hipnótica. Claro que el arte de la pintura tiene mucho de ello, ya que sobre una simple y unidimensional superficie de vulgar manta, papel o madera, se crea todo un mundo multidimensional, multiforme, multicolor. ¿Y qué tiene de raro que un pintor haga relatos mágicos, hermanos de sus pinturas mágicas...?

Diego es además un magnífico conferencista. Ya en una ocasión anterior, aquí en Guadalajara, le hemos oído sus pláticas

amenas sobre la Coca-Cola y el Imperialismo Yankee. En esa ocasión me tocó presentarlo, más bien por cortesía y ceremonia que como una necesidad, pues es tan conocido aquí como en todas partes. Yo iba a contar entonces otra gran mentira que él hace pasar como verdad muchas veces, de cuando vino a mi toma de posesión de Gobernador, en 1923; pero a base de risas me hizo comprender que era mejor que no lo contara y no dije nada, por discreción pública, razón que ahora me mueve a no contarla tampoco...

Una gran capacidad de trabajo forma la mayor virtud de Rivera. Cuando está empeñado en una obra, por grande y difícil que sea, ni duerme, ni come ni bebe. --Entra en un estado como de sonambulismo y pinta... pinta... pinta. Resultan incontables sus producciones y son muchísimas las de primera categoría y muy pocas las malas.

Muchos críticos opinan que es un pintor estilo Renacimiento. Son los europeos o norteamericanos los que más lo creen. Todo porque su arte es arte realista. Pero si pensamos que aún los pintores del Renacimiento, queriendo hacer un arte determinado, es decir un arte como el antiguo greco-romano, acabaron por crear un arte nuevo, llegaremos a la convicción de que es pueril suponer que en los fines de este atormentado siglo se pudiera revivir el arte del xv. Lo que sucede es que existe un deseo en quienes escriben sobre arte y en quienes no escriben, pero pintan, de que todo se haga conforme a los aparentemente predominante conceptos, no ya solamente estéticos, sino políticos y sociales. De tal modo, resulta inapetecible para un pueblo de tipo burgués el gustar del arte realista, prefiriendo lo abstracto, lo artificioso e indeterminado. El principal valor de la obra de Diego es su equilibrio entre los dos elementos en que se hace consistir el arte: la forma y el fondo. Nadie puede poner en duda que Rivera es uno de los más grandes pintores de todas las épocas. Si sus temas son a veces políticos, o anecdóticos, aunque se tengan como relatos o crónicas, eso nada significa para la valoración plástica, teniendo como tiene, por verdadera raigambre original la educación de sus pinceles y su paleta en la Academia de San Carlos. Después fue, con los años, enriqueciéndola, mejorándola, corrigiéndola a medida que se ha sumergido en todos los lagos y lagunas de todos los estilos, de los cuales sale cada

vez más limpio y preciso, sin perder el sabor primero. Lleva el mismo paso en la forma que en el fondo de su obra. Otros, como Clemente Orozco, sueltan la rienda de su fogoso caballo y la forma se desgarrar por virtud de su ideario y de su ironía. Otros caen de su corcel por no llevar su paso y así, cada cual, hace su obra. La de Diego es medida, aun cuando las resonancias de los temas que adopta lo llevan a veces hasta el escándalo internacional, como cuando decoró varios edificios norteamericanos, y todos los que adornó en México. Ya en la Preparatoria, los mismos estudiantes de esa Escuela se confabulaban para borrar y destruir lo pintado y para cocorear al maestro, que se vio en el caso de fajarse la pistola. Poco a poco, fue imponiéndose a la turba hasta que llegó a domarla y hacerla su amiga. Frida era una de las alumnas de la Preparatoria. Parece que también su actual esposa. Cada mural de Diego, es motivo de mitote nacional, así sea el de Chapingo, el del Palacio de Cortés de Cuernavaca, los corredores de la Secretaría de Educación... el Palacio Nacional. Los mitotes deben algún día olvidarse. Entonces quedará nítida la carrera ascensional del artista. El arte suyo es la exteriorización de su manera de ser, más que en ninguno otro. Y él mismo no es más que exterioridad. Su pintura no cala hondo, se queda como un relato. Es el romancero de nuestros días.

Diego empezó a dibujar desde muy niño. Ahí lo tenemos, en la Alameda, con pantalón rabón, del brazo de doña Muerte de Posada, tal como él mismo se recuerda, pintándose, en el famosísimo mural del Hotel del Prado, uno de los que mayor publicidad le han producido. Esa muerte de gran sombrero de pluma que lo lleva de la mano, es el símbolo de su arte.

Setenta años cumple el maestro. Vida pródiga, fecunda, creadora. Se arraiga en la tradición, no solamente académica, sino popular. Por eso se pone bajo la advocación de Posada, símbolo, con Doña Muerte, de la mexicanidad. Mexicanidad no ya indígena, ni europea; sino netamente nuestra, con todos sus colores raciales, múltiples. Esa que buscábamos en la juventud cuando admirábamos las pinturas de las pulquerías y los retablos de hoja de lata de los muros milagrosos de todas nuestras Basílicas, Catedrales, Capillas y Capillitas. Sin desoír ni olvidar, claro está, la eterna semejanza que aún está presente, de nuestros in-

ditos con sus viejos ídolos. Sin dejar de amar a la Coatlicue, al Caballero Aguila y a los teocalis.

Por estos días el mundo admira, en uno de los salones de la Galería del Tate-Club de Londres, la exposición retrospectiva del arte cubista. El cuadro más viejo es el retrato del poeta Jean Jouve, pintado por Le Fauconnier en 1909; es decir, cuando ya Diego estaba en Madrid, haciendo sus pininos como artista internacional y cuando Picasso aún no salía de su pintura azul; pues precisamente en la dicha exposición no hay ninguno cubista de él anterior a 1914. De Diego sí los hay. En nuestro Museo tenemos el del pintor francés Favrés, que se encuentra en el anverso de uno del ruso Zimvieff. Este sí fué hecho en Madrid o en los primeros días de Montmartre. Pero nada de aquello, nada, causó el alboroto ni metió tanto ruido como los numerosos frescos que dejó en fechas distintas en muchas instituciones norte-americanas. Interpretó en su plástica el fascismo de Mussolini, el nazismo de Hitler, poniendo todo su coraje contra ellos. A Lenin, a Trotzki, a Marx y Engels, los colocó en un paraíso de felicidad comunista. En otra parte, trastocó la imagen renacentista de la Circuncisión del Señor para presentarlo entre los doctores, que lo inyectan en vez de circuncidarlo... Todo el mundo religioso se conmovió con la herejía, mientras él gozaba, más en su exterior que en su interior. Hizo caricaturas de quienes le pagaban su obra, como Rockefeller. Mostró las inconsecuencias racistas de los buenos vecinos y mostró en muchas ocasiones la política del mal vecino. La Guerra de Secesión: Norte contra Sur, también está incluida en los numerosos murales, sin descuidar el Primero de Mayo en Chicago y sin dejar de exaltar a la masa de trabajadores norte-americanos. Es decir, llevó allá su visión general, igual que la que ha dejado aquí al *encuerar*, como dice, a Cortés y a los conquistadores españoles con todos sus brutales actos. El Palacio Nacional contiene la mejor colección de Rivera, en el sentido integral de la buena forma con el buen fondo. En el cubo de la escalera, tenemos la época que podría llamarse cartelista, de propaganda comunista, para ir entrando en el examen histórico-social-anecdótico de la Historia Patria, y terminar, en lo que se refiere a la forma con visiones de gran amplitud y horizonte amplio, tal como lo aprendió de su maestro don José María Velasco, el gran

paisajista del siglo pasado. Tal como lo había olvidado en la mayor parte de sus obras anteriores, en las que amontonó figuras y símbolos en una dimensión plana, muy bien ejecutada, pero dispersa en la composición y diversa en los tamaños de las figuras, para dejar lugar al sentido irónico o crítico-político y a un alarde pictórico expresivo.

La popularidad de Diego, es negativa. Si él hubiera seguido pintando toda su vida como cuando se ganó el premio de Roma; es decir, si su cuadro de La Casa sobre el Puente, hubiera sido continuado en una gran serie de la misma técnica y con la misma estética, Diego estaría hoy en todos los altares. Habría dejado amplísimamente satisfechos los gustos de las multitudes, entre las cuales quiero incluir a ciertos sectores conservadores que aman el arte insubstancial y dulzón que se produjo en las épocas decadentes. Diego lo dejó todo; es decir, abandonó los placeres mundanos de la popularidad vulgar, para servir los verdaderos intereses de su Pueblo, del Pueblo Mexicano, resolviendo a su modo, muy bien, la incógnita de nuestro arte pictórico. Cuando se ha entregado a la propaganda política-doctrinaria, respaldado en gobiernos radicales, se ha hecho más impopular. LOS MONOTES DE DIEGO, se acostumbra decir cuando se habla de sus obras. Pues bien, esos monotes son las figuras del porvenir cultural mexicano, juntos con los otros monotes de Orozco, de Siqueiros. Aquí sabemos que la opinión no alcanza a mirar a tiempo los monotes; pues un gobernador, el que pagó a Orozco ciertos monotes, estaba desesperado cuando los vio concluidos en el cubo de la escalera del Palacio de Gobierno. Pensó en su desprestigio por haber prohijado aquellas cosas tan horribles... y hasta tembló al considerar que lo podrían desaforar por tan grave error...

A los setenta años del nacimiento de Diego Rivera y cincuenta y cinco de su actividad pictórica, podemos ya augurar que su nombre llenará muchas páginas de la Historia Universal del Arte y unas de las mejores de la Historia del Arte Mexicano.

Nuestro actual homenaje es, desde luego, sincero. De amistad personal con Jalisco y de nuestra pretendida conciencia de su obra, por haberla seguido al paso rítmico de su mismo tiempo. Ni elogios, ni reproches. No exageradas alabanzas, sino una ad-

miración humana, legítima y el orgullo de tener entre los mexicanos, una figura de su altísimo relieve.

L A R A Z A D E L R I E L

EN EL BARRIO de Mexicaltzingo, por la calle del Rastrillo, ahora de Donato Guerra, junto al puente del Arenal, vivían mis abuelos maternos en una cómoda casa de aquellas de patio grande y soleado, lleno de tiestos floridos y jaulas con pájaros. Cada domingo los visitábamos. En el trayecto desde la Plaza de Toros, o Mercado Alcalde, hasta allá, pasábamos por la fea Estación del Ferrocarril Central Mexicano, que había sido inaugurada el 15 de mayo de 1888, al llegar el primer convoy de pasajeros del rumbo de Irapuato y México. Para recibirlo se verificó una solemnísimas ceremonia en la que estuvieron representadas todas, absolutamente todas las fuerzas vivas, menos el pueblo, porque estaba bien muerto de miedo, así como los campesinos y los ganados del trayecto, que huían espantados en cuanto empezaba a mugir y a resoplar amenazante aquella especie de cafetera de hoja de lata, que vomitaba por uno como enorme y desproporcionado embudo, grandes nubes de blanco vapor o las negras del humo de la leña que atizaba el fogonero afanosamente, como alimentando al monstruo insaciable. Las actuales locomotoras aerodinámicas tan largas, nos han borrado el recuerdo de aquellos juguetes atrevidos, por más que la pestilencia que despiden estas nuevas tan veloces y elegantes, sea mucho más repugnante que la de las viejas, que nomás olían a cocina ahumada de rancho. Mis hermanos y yo trepábamos a las rejas de gruesos barrotes tableados de madera pintados de almagre que circundaban el galerón y atisbábamos por las oscuridades del largo andén, ancho y alto, cubierto por el enorme alero de lámina corrugada, de dos aguas, al estilo gringo de las estaciones de última categoría. Muchas veces columbramos los antediluvianos reptiles, de una puntualidad admirable en cuanto a su llegada y salida se refiere, al minuto; con su irreprochablemente vestida tripulación de gringos, con algunas excepciones de trabajadores mexicanos y de un maquinista:

el señor don Pedrito Sierra, cubano, muy elegante cuando salía a pasear por la ciudad en sus descansos, luciendo su bien recordada barba blanca a la Víctor Hugo. La diversión favorita del señor don Pedro era pasarse las tardes jugando a la carambola en la Academia de Billares de los Portales y empinando grandes vasos de agua fresca, de la que servía María la gorda en el puesto de enfrente con mucho hielo, de muchos sabores, desde el humilde limón hasta la elegante guanábana o la jarrilla de los Volcanes, todo con chía, ancha o delgada, según el gusto. Por esos días del año de 1898, con motivo del décimo aniversario de su llegada a la Perla Tapatía, el ferrocarril lo conmemoró con un RECREO, como se llamaba a las temporadas en que se concedía una importante rebaja en los precios del pasaje. Mi padre lo aprovechó para enviarnos con mi madre a La Barca de vacaciones. Tras de encomendarnos a todos los santos, trepamos en un carro de segunda, muy peripuestos, con corbata y unos sombreros que, seguramente por quedarnos grandes, o por que ya por naturaleza éramos cabezones, provocaron este comentario de un pasajero bobo:

—Miren... Unos habitantitos de la Luna...!

Pronto es escuchó el grito del conductor:

—Pasajeros del interior... ¡Vámonos!

Sin más ni más, aquel gigantón de fierro y madera crugió, escupió por todos lados humo y vapor, se sacudió como mula mañosa y emprendió la marcha relinchando y bufando ladina-mente. Mi madre nos persignó y rezamos contritos una Ave María, con más devoción y miedo que nunca, apretados unos contra otros precuatoriamente. De vez en cuando, el conductor asomaba las narices y la cachucha por la puerta del fondo y gritaba:

—Las Juntas... El Castillo... —y más adelante... La Calera... —y luego... Atequiza... San Jacinto... Poncitlán... Ocotlán... —y por fin... LA BARCA...

Del carro de segunda fuimos trasladados a un pequeño tranvía de mulitas que nos llevó hasta frente a la casa de nuestra tía doña Mercedes Zuno, maestra y dueña de una escuela que ahí mismo tenía. Ocho años contaba yo, seis Alberto y cuatro Salvador. Pronto tuvimos ahí muchos amigos y fuimos reconocidos por nuestros numerosos parientes. Empezaba a poner-

se de moda cuanto se relacionaba con el ferrocarril. El paseo preferido por las familias era para esperar en la Estación la llegada del tren, pues el espectáculo se podía gozar a todo sabor, ya que la Estación era al aire libre, democrática, no cerrada ni privativa como la de aquí. Acabamos por perderle el miedo al apocalíptico ser. Yo hasta intenté imitar a mis parientes y amigos en el arte exquisito de la MOSQUEADA, que consistía en treparse a hurtadillas en los vagones cuando empezaban a caminar, colgándose de cualquier parte y luego, a toda marcha, bajarse de manera elegante, *de aguilita*, levantando los brazos con galanura; o por detrás, dejándose caer en sentido contrario al de la marcha, dando la espalda como cirqueros. Esto ya era cuestión delicada, porque se necesitaba larga práctica y resolución. Garroteros y conductores perseguían con zaña a los MOSCAS, porque podía resultar algún herido o muerto, como en realidad sucedió en varias ocasiones. Los mayores y más aventajados, poco a poco se hicieron de amistades entre los ferrocarrileros y la mosqueada les sirvió de aprendizaje para que luego, los mayores fueran admitidos como guarda-vías o mensajeros y después como garroteros. Otros entraban como *chicharos* a las oficinas del Jefe de Estación, al Telégrafo o al Express. Estos eran los de tendencias filosóficas y burocráticas. Con la palabra *chicharo* se designaba a estos aprendices. Se hizo muy popular y dio después origen a un vals con ese nombre que compuso el joven músico Salvador Martínez y casi en seguida, José Federico Aguirre organizó el Club Social "CHICHAROS", que duró en actividad tantos años en el gremio ferrocarrilero. Hacía días de campo, lunadas, bailes semanales, carreras de bicicletas y kermesses. Aguirre ha muerto ya, hace poco tiempo. Su padre fue de los primeros conductores mexicanos. Sus hermanos todos fueron ferrocarrileros. Otros muchos de aquellos lejanos días son ya famosos en el gremio del riel, como Guadalupe Estrada que llegó a Tesorero de los Nacionales y Superintendente del Express; Margarito Ramírez, quien salvó precisamente en un carro del tren de que era conductor, al General Alvaro Obregón cuando lo perseguía Carranza; Margarito ha sido Gerente General de los Ferrocarriles, Gobernador de Jalisco y de Quintana Roo, Diputado Federal, etc., etc., Pascual Alejandro fue ayudante general del famoso Felipe Pescador, ocupó una curul en el Con-

greso General y fue Presidente Municipal de Guadalajara. Todos empezaron de moscas, siguieron de chícharos y llegaron a cabecillas del gremio. Cuando volví de La Barca, presumí a mis condiscípulos de mis adelantos treñísticos pero me taparon el monte, porque los hermanos Meléndez, Conrado y Pancho; Ramón y René Celis; los sifones Sierra hijos del señor Maquinista número 1, don Pedro; el güero Ricardo Díaz; los Pa...padilla; uno de los Salazar; Mouret; Uno de los Romo, a quien llamábamos LOCHA porque así se llamaba su novia; los Aguirre, hijos de aquel viejo conductor; Horacio Echegaray, hijo del Superintendente de la División; Pancho Blake, cuyo padre era un maquinista norte-americano... y en fin, la bola, ya todos estaban más o menos a mi altura y bajaban y subían a los trenes con soltura.

Mi siguiente viaje formal sobre rieles fue a México, por quince días, como premio por haber terminado el sexto año de la escuela. Me dí la gran divertida, porque allá me encontré con José de Jesús Ibarra y con José Clemente Orozco, que eran alumnos de la Academia de San Carlos. Conocí además al poeta Raziél Cabildo, a Francisco de la Torre, pintor de San Juan de los Lagos y a otros muchos artistas. Nos gustaba ir al taller de Guadalupe Posada a verlo grabar sus dibujos. Corría el año de 1906. En Buenavista ví el tren presidencial de Don Porfirio, elegantísimo, mismo en que vino a Guadalajara después. En 1909 volví con Rafael Buelna, desterrados los dos porque nos expulsaron del Liceo, cuando los motines anti-corrallistas. Ya para entonces había otras clases de locomotoras más grandes, movidas por petróleo crudo. Las maquinitas de leña quedaron relegadas a los servicios de patio y remolque y se les dio el nombre muy adecuado de CHANCLAS... por el aspecto de los artefactos. Las nuevas máquinas tenían silbatos más imponentes, no aquellos ladinos y afeminados de las chancas.

Cuando la Revolución estalló, salí escapado de México en un tren de carga, en el que venía como garrotero uno de los Máinique, quien me escondió en el cabús. Había que ver la habilidad de aquellos trabajadores corriendo por arriba de los trenes cuando iban a toda marcha, de día o de noche, con intenso frío, con lluvia o a pleno sol, atendiendo las señales que los silbatos les daban para frenar o soltar los carros, o con las lin-

ternas de mano al salir o llegar a las estaciones... La puntualidad era todavía el distintivo más popular del ferrocarrilero, simbolizado por los magníficos relojes Waltham que todos ellos llevaban y que lucían orgullosamente a cada rato.

Pero la gran explosión revolucionaria acabó con todo. Por mucho que quieran los sabios actuales ponernos como incomparables las de las bombas de hidrógeno, no se pueden aceptar, ni en el estruendo del estallido ni en los destrozos tan grandes y prolongados ni en la importancia, de su intensidad y de sus repercusiones. La de 1910 sacudió desde sus cimientos el edificio nacional y acabó con gran parte de él, matando millares de seres humanos y dejando inválidos otros muchos. Los ferrocarrileros llevaron la peor parte. Su puntualidad murió para siempre. Solo quedan como un recuerdo los pizarrones y los cuadernillos de itinerarios, que sirven para calcular, adivinar, o para suponer, nomás, a qué hora salen o llegan los trenes. Los puentes y las estaciones volaban por el aire a pedazos por todos los confines, como si fueran juguetes. Los rieles se veían retorcidos y quebrados, así como los durmientes de madera, como si una raza de gigantes se hubiera solazado en desclavarlos y esparcirlos como tirabuzones o palillos de dientes. Aquellas cafeteras humeantes que metían miedo cervical a los campesinos y a los ganados cuando pasaban por los campos y aldeas chirriando y aullando, también volaban por los aires con las calderas destrozadas y enmudecían para siempre tiradas de panza cerca de las vías. La fuerza del pueblo, cuando se ve oprimida por la coacción despótica de los tiranos, produce ese fenómeno social tan terrible que se llama REVOLUCION, mucho más temible que todos los explosivos químicos y que todas las bombas nucleares o de hidrógeno, aunque cuando aquellas han terminado su obra, se produce consecuentemente una gran mejoría colectiva, resultado del aniquilamiento de las fuerzas contrarias a las libertades y derechos del pueblo, floreciendo todo en nuevos modos de vida y de gobierno. La nuestra repercutió en cadena por todo el territorio por varios años. El gremio del riel, LA RAZA, como ya se le llamaba, quedó afectado también en forma de una división de dos bandos: carrancistas y villistas. Muchos ferrocarrileros dieron su ayuda y su vida al movimiento reivindicador de un lado o del otro, al servicio de uno o de otro de los partidos y hubo jefes distinguidos y hombres

greso General y fue Presidente Municipal de Guadalajara. Todos empezaron de moscas, siguieron de chícharos y llegaron a cabecillas del gremio. Cuando volví de La Barca, presumí a mis condiscipulos de mis adelantos treñísticos pero me taparon el monte, porque los hermanos Meléndez, Conrado y Pancho; Ramón y René Celis; los sifones Sierra hijos del señor Maquinista número 1, don Pedro; el güero Ricardo Díaz; los Pa...padilla; uno de los Salazar; Mouret; Uno de los Romo, a quien llamábamos LOCHA porque así se llamaba su novia; los Aguirre, hijos de aquel viejo conductor; Horacio Echeagaray, hijo del Superintendente de la División; Pancho Blake, cuyo padre era un maquinista norte-americano... y en fin, la bola, ya todos estaban más o menos a mi altura y bajaban y subían a los trenes con soltura.

Mi siguiente viaje formal sobre rieles fue a México, por quince días, como premio por haber terminado el sexto año de la escuela. Me dí la gran divertida, porque allá me encontré con José de Jesús Ibarra y con José Clemente Orozco, que eran alumnos de la Academia de San Carlos. Conocí además al poeta Raziel Cabildo, a Francisco de la Torre, pintor de San Juan de los Lagos y a otros muchos artistas. Nos gustaba ir al taller de Guadalupe Posada a verlo grabar sus dibujos. Corría el año de 1906. En Buenavista ví el tren presidencial de Don Porfirio, elegantísimo, mismo en que vino a Guadalajara después. En 1909 volví con Rafael Buelna, desterrados los dos porque nos expulsaron del Liceo, cuando los motines anti-corrallistas. Ya para entonces había otras clases de locomotoras más grandes, movidas por petróleo crudo. Las maquinitas de leña quedaron relegadas a los servicios de patio y remolque y se les dio el nombre muy adecuado de CHANCLAS... por el aspecto de los artefactos. Las nuevas máquinas tenían silbatos más imponentes, no aquellos ladinos y afeminados de las chancas.

Cuando la Revolución estalló, salí escapado de México en un tren de carga, en el que venía como garrotero uno de los Máinique, quien me escondió en el cabús. Había que ver la habilidad de aquellos trabajadores corriendo por arriba de los trenes cuando iban a toda marcha, de día o de noche, con intenso frío, con lluvia o a pleno sol, atendiendo las señales que los silbatos les daban para frenar o soltar los carros, o con las lin-

ternas de mano al salir o llegar a las estaciones... La puntualidad era todavía el distintivo más popular del ferrocarrilero, simbolizado por los magníficos relojes Waltham que todos ellos llevaban y que lucían orgullosamente a cada rato.

Pero la gran explosión revolucionaria acabó con todo. Por mucho que quieran los sabios actuales ponernos como incomparables las de las bombas de hidrógeno, no se pueden aceptar, ni en el estruendo del estallido ni en los destrozos tan grandes y prolongados ni en la importancia, de su intensidad y de sus repercusiones. La de 1910 sacudió desde sus cimientos el edificio nacional y acabó con gran parte de él, matando millares de seres humanos y dejando inválidos otros muchos. Los ferrocarrileros llevaron la peor parte. Su puntualidad murió para siempre. Solo quedan como un recuerdo los pizarrones y los cuadernillos de itinerarios, que sirven para calcular, adivinar, o para suponer, nomás, a qué hora salen o llegan los trenes. Los puentes y las estaciones volaban por el aire a pedazos por todos los confines, como si fueran juguetes. Los rieles se veían retorcidos y quebrados, así como los durmientes de madera, como si una raza de gigantes se hubiera solazado en desclavarlos y esparcirlos como tirabuzones o palillos de dientes. Aquellas cafeteras humeantes que metían miedo cervical a los campesinos y a los ganados cuando pasaban por los campos y aldeas chirriando y aullando, también volaban por los aires con las calderas destrozadas y enmudecían para siempre tiradas de panza cerca de las vías. La fuerza del pueblo, cuando se ve oprimida por la coacción despótica de los tiranos, produce ese fenómeno social tan terrible que se llama REVOLUCION, mucho más temible que todos los explosivos químicos y que todas las bombas nucleares o de hidrógeno, aunque cuando aquellas han terminado su obra, se produce consecuentemente una gran mejoría colectiva, resultado del aniquilamiento de las fuerzas contrarias a las libertades y derechos del pueblo, floreciendo todo en nuevos modos de vida y de gobierno. La nuestra repercutió en cadena por todo el territorio por varios años. El gremio del riel, LA RAZA, como ya se le llamaba, quedó afectado también en forma de una división de dos bandos: carrancistas y villistas. Muchos ferrocarrileros dieron su ayuda y su vida al movimiento reivindicador de un lado o del otro, al servicio de uno o de otro de los partidos y hubo jefes distinguidos y hombres

de Estado que salieron de las filas de LA RAZA. En el Congreso Constituyente de 1917, el diputado veracruzano Héctor Victoria, ferrocarrilero, orientó mucho mejor que los abogados la legislación relativa a las garantías del Trabajo y la Previsión Social.

Cuando la ciudad cambiaba de dueño, el que salía se llevaba todas las máquinas y cuanto podía del equipo. Muchos días dejaban de oírse los silbatos y cuando de nuevo se escuchaban, podía decirse si volvían los carrancistas o si entraban de triunfo los villistas, con solo fijarse en la voz de las locomotoras. Las del Norte, villistas, eran de entonaciones gruesas y las del carrancismo eran de barítono o de tenor y las chancas, de los dos lados, eran triples...

Desde cuando los principales jefes y funcionarios del sistema eran gringos, habían tomado mucho vigor las organizaciones ferrocarrileras, bajo los nombres de Hermandades, de Alianzas, de Ordenes, de Ligas o de Mutualistas, según la especialidad que las constituían. Ello dio al gremio todas las virtudes de la amistad y de la confraternidad que perduran aún y que a veces se ven acrecentadas con el desprendimiento y el desinterés, al auxiliar a los camaradas necesitados o a sus familias desamparadas. Desde que mi grupo y yo entramos en actividades políticas, tuvimos el respaldo del gremio que jamás nos abandonó; ni en aquellos días en que algunos ferrocarrileros se nos opusieron. Todavía recuerdo con mucha satisfacción cuando, en plena gira en la campaña electoral para Gobernador del Estado, cuando entraba o salía por el ferrocarril, me alentaban y cooperaban todos con mucho entusiasmo hasta que triunfamos. Había aquí un Jefe de Patio que, por haber perdido un brazo, el derecho, en un descarrilamiento siendo conductor, llevaba un aditamento de acero en su lugar, con un gancho en vez de mano, con el cual se colgaba de los furgones con la misma agilidad que lo hacía con anterioridad con sus dedos. Cuando el tren en que yo iba con mis compañeros de propaganda pasaba por su caseta, salía y gritaba:

—Salud, compañero Zuno... No te dejes de la mochitanga, que todos estamos contigo... Que Viva Zuno, jijos...! La Raza está contigo...!

Al llegar a los andenes, como a los toreros triunfadores en

tardes de gloria de la fiesta brava, me llevaban en hombros por la calle de San Francisco hasta que me dejaban en la Plaza de Armas para celebrar el mitin o manifestación, según lo que fuera.

Al triunfo de mi candidatura, muchos de ellos colaboraron en la obra de renovación municipal y estatal. Quisimos terminar la vía del ferrocarril del Estado al Puerto de Chamela, que el General Manuel M. Diéguez había iniciado y que llegaba a Santa María. Logramos avanzar hasta el Crucero. Cuando Margarito Ramírez ocupó el cargo de Gobernador, como en esos días se decía que las carreteras acabarían con las vías férreas, levantó los rieles y quedó abandonado el proyecto de comunicación ferroviaria con nuestra costa.

Un día el ferrocarril que el vulgo llama EL SURPACIENCIAS, por su lentitud, unió sus vías del norte con las del sur en la estación de La Quemada. El señor Presidente de la República, General Alvaro Obregón y yo fuimos invitados para apadrinar el acto, pues él fue siempre también amigo del gremio.

El equipo de fútbol EL NACIONAL, que era organizado por ferrocarrileros y que tenía muchos jugadores de la Casa Redonda, fue un orgullo para el deporte jalisciense y para el país, pues en juegos internacionales puso en alto honor su nombre. Yo le di siempre toda mi ayuda oficial y personal.

En la huelga de 19, pude servir mucho al gremio, recordando de aquel tiempo al charro Aguilar, a Conrado Rochín y a Hernán Laborde.

En 1933 el señor General Cárdenas, Presidente de la República, me nombró Apoderado General y Jefe del Departamento Legal de los FF. CC. Nacionales. Con ese carácter pude mostrar efectivamente mis simpatías al gremio, coadyuvando a que los contratos colectivos le fueran favorables. Anteriormente, las discusiones entre los representantes obreros y patronales eran muy enconadas. Hasta hubo una balacera en la que resultó lesionado el ferrocarrilero Prisciliano González, Delegado de Vía en la Comisión de contrataciones. La delegación la presidía el licenciado Juan López Alcar. Después la encabecé yo hasta que se firmó el contrato. Entre los delegados obreros estaban Rafael Ti-

rado y Candelario Cervantes, de esta región y Soto, Berúben, Villanueva, Rodríguez y otros por otras.

Cuando la administración obrera fue puesta en manos del Sindicato, quedó como Gerente Salvador Romero, jalisciense, telegrafista, que había secundado la rebelión de Estrada, llevado por ciertas rivalidades y odios con Margarito Ramírez. Cuando triunfamos sobre los rebeldes, Margarito destituyó y consignó a Romero. Pero yo pagué el pato, porque el día siguiente de que se hizo cargo de la Gerencia, me cesó y nombró en mi lugar... al licenciado López Alcar, enemigo mortal del Sindicato... También cesó a otros Jefes de Departamentos, idóneos y capaces, como fueron el doctor Francisco Gutiérrez Mejía de Servicios Médicos; el General Esteban Vaca Calderón, del de Compras; al ingeniero José Laguardia, Tesorero General, todos nosotros designados por el señor Presidente. Los resultados no se hicieron esperar. Una era de inmoralidades y de abusos dio principio y el desorden más completo señoreó los servicios, señalándose esa administración como en la que más accidentes por imprudencia y descuido se registraron. Cuentan que al día siguiente de que se hizo cargo la administración obrera, una vez que todos ellos tomaron posesión de sus empleos, bajaron a la cantina de la esquina fronterera en Cinco de Mayo y Bolívar a tomar la copa:

—¿Qué van a tomar los señores? —Indagó el mesero cortésmente.

—Cognac... —dijo uno.

—Wiskey con soda... —Dijeron Conrado Rochín y Juan Gutiérrez.

—A mí también cognac, —dijo Romero.

—¿De qué marca el wiskey, y de cuántas letras el cognac?

—Del más caro... contestó Romero... —Se trataba, no de estar contentos; sino de tirar el dinero...

Y todo le salió caro a la Empresa. Los durmientes fueron comprados al doble del costo anterior. Los rieles nuevos entraban por uno de los portones de los Talleres de Nonoalco y por el otro salían vendidos a la Consolidada como fierro viejo... Las hojas de servicio de los mangoneadores de la administración y de sus compadres, fueron adulteradas en el Departamento de Personal; y de ser en realidad malas, pasaron a ser las mejores de todo el sistema... Cuando se registraba algún choque, si el

responsable era cuate, se le absolvía y se le mejoraba. Si había en la tripulación del convoy accidentado algún enemigo, sobre él caía la responsabilidad. Yo fui consultado sobre la conveniencia de entregar la administración a los trabajadores y opiné que no era aconsejable, porque se desvirtuarían tanto el sindicato que pasaría a ser patrón, como la empresa que dejaba de serlo para convertirse en instrumento descartado de unos cuantos. Y así fue por algún tiempo, hasta que se colmó la medida y los culpables volvieron a su nivel, de donde no debían haber subido.

UN SALTO DE GARROCHA

EL CENTRO de la ciudad gozaba con el gran espectáculo que le ofrecían los periodistas socios de la PRENSA UNIDA DE GUADALAJARA esa noche, con el convite a los toros que el día siguiente, domingo, lidiarían los chicos de la Prensa en la Gran Plaza de Toros del "Progreso".

—¿Quién es ese que la hace de Napoleón en ese caballote blanco?

—Es Enrique Díaz de León, a quien le prestó ese precioso animal el General Salas, del Cuartel Colorado...

—Don Quijote está muy bien representado por el licenciado Manuel Acosta, el de la Botica de San Vicente de Paul, de las Nueve Esquinas...

—Y su Sancho Panza está notable, en las gordas carnes de Juan Izábal...

—Allá va Cirano de Bergerac... ¿Quién será...?

—Es ese caricaturista del Perico... Zuno, si mal no recuerdo...

—El jorobado Lagardere no puede ser otro que Chico Parga...

Los matadores eran el Chato Padilla, Benjamín, el dueño del Kaskabel, famoso periódico humorístico; Luis J. Abitia, con su barba de profeta judío; Alberto Pérez Rojas y Juan José Guadalupe, estos dos últimos de la buena sociedad, magníficos aficionados que jamás faltaban como ases en una corrida de postín. Las reinas eran las más bellas muchachas de Guadalajara: Toñita Casillas, las hermanas Inzunza, Nacha Villaseñor, Teresita Corcuera, las hermanas Orendáin, Gloria Avilés, las hermanas Almada, las Henonin... en fin, un verdadero ramillete, como decían los programas que se hicieron en seda para el festival, que era de aniversario de la fundación de la Prensa Unida. Entre los de la mascarada, esa noche iban además las famosas triples del Teatro Principal Clementina Morín y Emilia Trujillo, como

Chinas poblanas, en magníficos caballos. Las dos bandas de música, la militar y la del Estado, marchaban con nosotros por las calles.

Yo había tenido varios encargos para esos días: el maquillaje de los componentes de la mascarada, mi intervención en ella como Cirano de Bergerac y, la tarde del domingo, uno de los números de la corrida: EL SALTO DE GARROCHA... Tenía yo fama en el Liceo de Varones, como ágil y rápido en la gimnasia y en la esgrima. Como pesaba apenas unos 55 kilos, todo se me facilitaba. Los picadores Chólico y Raúl Banda me dieron instrucciones preciosas para efectuar la suerte, practicándola ahí mismo, en el redondel de la Plaza de Toros, con becerros bravos. Me sentía ya un héroe. Llegué a la fiesta como un perfecto andaluz, con chaquetilla rabona, gran banda roja al cinto, pantalón bombacho blanco y alpargatas, más un sombrero calañés y una garrocha que me prestaron en el Club Atlético. Partí plaza con todos mis compañeros, matadores, picadores, banderilleros y don Tancredo, que lo hizo Luis Abilia, más los peones y los monos sabios, llevando por delante los hermosos coches tirados por troncos de finos caballos, con las bellas reinas. Dimos la vuelta de ordenanza al redondel y cada cual a su sitio, mientras las ovaciones del público caían sobre las reinas, que subían al palco de honor.

El primer toro salió como bala por la puerta de toriles, se lanzó sobre la estatua de don Tancredo, meditó y bufó un momento, se echó tierra al lomo con la pata derecha y luego, sin más ni más, derribó el pedestal y la estatua, la cual adquirió movimientos rápidos inadecuados para su color de mármol, quedando por los suelos el buen Abitia, todo revolcado y queriendo huír, ayudado por los trompicones del torete que lo llevó hasta la barrera en medio de las carcajadas del cruel público.

—¡Andale, Zuno...!

Seguía yo. Me gritaban del tendido y de dentro de la plaza. Sin más ni más me eché al centro con mi palote en riestre. Cité al toro y clavé la pica en el suelo en el momento en que me acometía. Salté... hasta las nubes, según yo... Vi el anca del toro, su cola en sacudidas de remolino, el polvo que levantaba... y en la puntera de una de mis alpargatas, sentí el empujón de la punta de uno de los cuernos... Caí al suelo todo

descompuesto, pero rápidamente me rehice, me paré y corrí desesperado hacia las tablas, salté precipitadamente y caí de narices en el callejón en medio de las risas y burlas de la cuadrilla. Mi pecho se sacudía con violencia como nunca. Volví los ojos al rucdo y ví al toro enzañado con mi garrocha y mi alpargata y más azorado aún, me dí cuenta de que en el público se oía un atronador aplauso... ¿A quién? Me preguntaba interiormente.

—Que suba Zuno...! Que suba...

Del palco de las reinas me llamaban los chambelanes y una de ellas se levantó y me mostró una hermosa banda roja, como ofreciéndomela...

Creí que no era a mí, pero el Chato Padilla me dijo:

—Vamos, hombre, sube, es a tí... quedaste muy bien...

Y subí. Aquella reina me colocó al pecho la banda. El público aplaudía y yo seguía aturdido, pues el aguijón del cuerno de la bestia me punzaba aún en mi pié...

Y me sigue punzando, como una moraleja, para hacerme entender que los triunfos ante el público, no siempre obedecen a causas justas; pues lo que es a mí, en esa ocasión, lo que más me faltó fue el valor y el mérito, a pesar de lo cual, fuí un héroe de la fiesta brava... y lucí la bella banda roja de seda de los triunfadores.

MI SEGUNDA DERROTA ELECTORAL

EL AÑO siguiente de la primera derrota electoral, cuando jugamos para diputados locales Manuel Hernández Galván y yo por el Distrito de Lagos de Moreno, sufrí la segunda en el Distrito de Tepatitlán. Una vez terminados los trabajos fructíferos del Congreso Constituyente de Querétaro en 1917 y puesta ya en vigor la flamante Constitución, se convocó a elecciones para la integración de los Poderes Federales conforme lo ordenaba la novísima Carta Magna. El señor General don Manuel M. Diéguez, Gobernador del Estado, nos había guardado muy especiales y señaladas distinciones desde su llegada al Estado como Jefe de la División de Occidente y llevábamos con él una cordial amistad. Por eso fuí a verlo para comunicarle el proyecto de lanzar mi candidatura para diputado al Congreso de la Unión, por el Distrito de Tepatitlán, con el doctor Manuel Navarro como suplente; pues aún cuando éste era muy popular en todo el distrito y yo solamente en la parte sur, por estar ahí Atotonilco el Alto, Ayo, Margaritas, San José, San Francisco y otros lugares en donde conservaba muchos amigos y tenía parientes; sin embargo, como Manuel estuvo con las derrotadas fuerzas de Rafael Buelna recientemente, como Doctor de la División, no era oportuno que figurara como propietario todavía, porque la postulación hubiera sido atacada por ese pretexto. El General Diéguez vio con simpatía mi proyecto, deseándonos buena suerte en nuestro empeño, tanto más cuanto que éramos civiles y hasta entonces no había ninguna otra candidatura por ese distrito alteño.

Manuel vivía retirado en Tepatitlán donde ha sido desde estudiante muy querido por los servicios constantes que no solamente con su capacidad profesional, sino de muchos modos, ha prestado a su tierra natal sin interés material ninguno. Allá le escribí informándole de mis gestiones con el General Diéguez y de los pormenores con toda amplitud, encareciéndole que, de aceptar figurar en la fórmula, desde luego se pusiera en obra

ahí, en Acatic, Paredones, Pegueros y el Valle, mientras que yo visitaría Atotonilco y los lugares de ese lado y después nos reuniríamos en Tepatitlán para esperar el día de las elecciones.

Manuel me contestó aceptando. Yo me dediqué a preparar rápidamente propaganda impresa lo que se me facilitó por ser redactor del Boletín Militar, de Narciso Valenzuela, gran amigo nuestro, periodista revolucionario sonoreense, cuyo periódico, era el órgano de los revolucionarios, habiéndome hecho en su imprenta todos mis encargos, consistentes en hojas volantes con un manifiesto a los electores y carteles murales llamativos, todo en número más que suficiente para aquella época de naciente democracia lugareña. Provisto de todo salí en cuanto pude rumbo a Atotonilco, donde mis numerosos amigos y parientes ya me esperaban por haberles escrito con anticipación. Los organicé debidamente, los instruí sobre la forma de instalar las casillas y de controlar la mesa y me dispuse a seguir rumbo a Tepatitlán, como tenía convenido con el doctor Navarro. Al efecto, conseguí prestado un caballejo matalote, con una mala silla; unas polainas y unas espuelas. Contraté a un viejecito indígena del barrio del Chichimeco para que me acompañara y en su burrito me llevara los grandes rollos de la propaganda impresa y una mañanita salí muy contento, haciéndome ilusiones desmedidas, por cuanto no había señales de enemigo por ninguna parte y daba el triunfo por seguro. Pronto trasmontamos la cuesta de Taretan, pasamos de largo por San Francisco y nos internamos por aquellos frondosos bosques de encinos y robles que poblaban toda la región alteña en aquellos días en que no había leyes sobre la prohibición y reglamentación de la tala de árboles, ni policía forestal, ni había aparecido el Apóstol del Arbol, en cuya gestión como Jefe del Departamento Autónomo Forestal y de Caza y Pesca, se iniciaron los destrozos ahora tan grandes y lamentables, en los arbolados, en la fauna y en la riqueza marítima, como un producto irónico de oficinas que fueron creadas precisamente para todo lo contrario. Pero reanudo mi relato y sigo por la arboleda, sembrada a veces por parcelas de cultivo y pequeñas chozas de los criollos y mestizos alteños, entre quienes la tierra se encuentra en esas regiones muy repartida. Iba yo en mi rocinante, a paso lento y cansado, tanto que el borrico de mi escudero chichimeca se me adelantaba con frecuencia y tenía que contenerlo. La charla del viejo era tan sabrosa y lle-

na de dicharajos y maldiciones como la de su antecesor Sancho Panza. La topografía rojiza de los Altos de Jalisco, es algo así como una serie continuada y armónica de oleadas largas de lomas sobre las cuales serpentean los caminos y las veredas, ahora por sus alturas, luego por las hondonadas. Así llegamos al Arroyo del Muerto, ya cercano el medio día. Bebieron en las coloradas aguas Rocinante y el jumento, descansamos y fumamos buen rato, charlamos y reímos y seguimos nuestro camino, esperando llegar a comer a Tepatitlán. De pronto, al trepar a la altura de una de las olas terrestres de rojo almagre, vimos allá a lo lejos, como a una legua, un espectáculo que nos hizo detener azorados nuestra marcha.

—Mire nomás, cuánta gente... señor... ¿quién será...? se mi hace qu'es Trujillo, ese que anda por ahí asaltando los pueblos y rancherías y robándose todito lo que puede...

—No lo dudes, viejo... No puede ser gente del gobierno, porque mira nomás que estandarte llevan por delante y qué desordenada viene toda la gente, unos de rancheros, otros de catrines, otros a caballo y los más a pie...

—Pos ese istandarte qu'i usted mira, con esa calaverota y esas canillas blancas, atravezadas, sobre ese trapote rojo y las letrotas negras que no si alcanzan a ler desde aquí, no son más que d'esos bandidos, señor...

—¿Qué hacemos...?

—Pos usted mande, señor... a mí del miedo no si mi ocurre nadita...! Pos correremos...

—Mira, más vale que tú sigas como si tal cosa, que al fin y al cabo a tí con tu burrito nada te harán... y yo, me meto aquí entre los encinos, espero que pase la gavilla y luego voy y te alcanzo, pero me irás esperando, porque ya ves que este relingo de cuaco no sirve para nada...

—Bueno, señor, como usted mande...

—Hasta luego, viejo...

Dí reversa al jamelgo, el indígena y su pollino tomaron el camino y yo me interné entre los encinos. Tomé por un callejón que tenía por cada lado una alta y doble cerca de piedra... y de pronto, como ingrata sorpresa, empecé a oír disparos de arma de fuego... y después, ví cómo las balas pegaban en las piedras de las cercas. Volteando mientras hacía correr a mi bestia, ví a dos jinetes, medio militares, medio rancheros, que des-

de el arroyo subían ya por el mismo callejón y disparaban sus rifles contra mí. Con la esperanza instintiva de perderme entre el bosque, apuré al caballo con las espuelas y lo azoté fuertemente con la hermosa vara de membrillo que me habían entregado en Atotonilco como el mejor recurso para hacerlo caminar... pero todo fue inútil. En el galope lento perdí los sudaderos sobre los cuales estaba puesta la silla de montar y ésta se aflojó a tal grado que yo me ladeaba de un lado al otro bien cogido del pescuezo del cuaco. Por fin éste se detuvo bajo una encina gigantesca que estaba junto a la cerca del callejón y bufando se resistió a caminar más, todo tembloroso, más que yo, pero yo le ganaba en lo descolorido, casi verde, según sabrá el lector después. Los asaltantes llegaron hasta mí, bajaron de sus buenos caballos echándome más vigas que árboles había ahí, se me vinieron encima, me bajaron a jalones con todo y silla, que se calló conmigo, me quitaron las polainas, las espuelas y el sombrero tejano que me había prestado el Capitán David Alfaro Siqueiros; me bolsearon y se quedaron con todo mi patrimonio y se bebieron una botella de tequila que aún estaba a medias y que habíamos ido apurando mi escudero y yo. Cuando hubieron bebido, uno de ellos sacó una gran reata de Chavinda y la lanzó sobre la rama más gruesa de la encina, le hizo una perfecta lazada y me dijo:

—Encomiéndese a todos los diablos, alteño jijo de la jijuria... ¿Porqué julle? ¿Pos a ónde pensaba ir...? Hasta aquí jué cuartilla... Tráitelo Tanasio, pa colgarlo di una vez y que cuando llegue el Jefe ya esté el negocio arreglado...

—Pérate, Polonio, ven p'acá pa que mires estos papeles...

—Qué papeles ni qué ojo di hacha...

—Te digo que vengas, no seas pendejo...

—Primero lo fregamos y después viriguas...

Ante el apremio del cómplice, Tanasio fué hacia él; cogió furioso mi cartera y otros papeles que me habían sacado de los bolsillos, cuchichearon algo, volteaban y me miraban indecisos, mientras por mi pobre mente, paralizada casi, se movían imágenes combinadas con la encina y su fraternal rama mayor que me invitaba a subir... colgado de la reata de Chavinda. Supuse que algo que habían encontrado les daba la prueba de que no era persona grata para su banda. Todo ello, mas la triste y desgarrada figura que hacía mi humanidad, algo parecida a la

del Manchego en la Sierra Morena, me ponía por delante la imagen del más obscuro porvenir, en el fondo de almagre de mi Distrito Electoral, que ya sentía nomás media hora antes, representar en uno de los escaños del XXVIII Congreso Constitucional. De pronto ví que la pareja de mis verdugos presuntos tomaba una determinación rápida; corrían hacia sus sudorosas bestias y montando en ellas se alejaban en dirección del arroyo dejándome abandonado con mis tristes pensamientos, la boca amarga, la lengua como de perico, que hasta ese momento no había querido obedecer las órdenes de mi cerebro de pronunciar siquiera una palabra de defensa. Mirando a todas partes, menos hacia la encina, buscaba inspiración y salvación no solamente para mí, sino para mis impulsos democráticos y para la suerte de Tepatitlán, que conmigo ahorcado y Manuel todavía en entredicho por sus villismos en derrota, se iba a quedar sin diputados...

—Señor... tómese un traguito de mezcal... y este pedacito de azúcar...

¡Una hada del bosque de las encinas, en el cuerpo de una viejecita rubia, simpatiquísima, con el vestido habitual de las campesinas alteñas, se me apareció de pronto detrás de la cerca, llamándome hacia donde ella me mostraba el jarro con el mezcal! Todo tembloroso acudí como pude. Llegué y tomé el jarro. El terrón de azúcar y el tequila desaparecieron en mi sequisima garganta. Con la mirada dí millones de gracias a aquella anciana, que acudía en el momento más apurado de mi vida a darme ánimos... y mezcal y azúcar...

—Pos qué anda haciendo su mercé por estos rumbos, patroncito...?

—Señora... voy a Tepatitlán con el doctor Navarro, que es mi amigo...

—Pos ojalá que pueda llegar, porque lo tiene que curar de la biles, pos está ya su mercé tan amarillo de la cara que se ve clarito que se le redamaron con el susto... Ah... qué gente tan mala la del gobierno...

—¡Cómo que del gobierno, señora...?

—Sí, señor... del maldito gobierno son esos que lo quirían colgar di ái de la incina...

—Pero cómo andan tan cochinos y con esos vestidos...?

—Pos asina son de puercos... Yo si lo digo porque aquí

acaba de estar en mi jacal, allí detrás de l'otra cerca de piedra, Quirino Navarro, dizque tamién lo queren fregar estos endinos, porque andaba con el Güero Mónico y con los de Villa... Güeno, señor, ya me voy, porque parece que ái viene de güelta esa gentí... Que Dios y María Santísima lo saquen déste atolladero...

—Gracias, señora, un millón de gracias... si ve a Quirino me lo saluda, de parte de Guadalupe Zuno...

—Ansina le diré... de don Guadalupe Zumbo... Adiós...

Efectivamente, se oía un gran tropel. Decidí jugarme la carta, tanto porque no veía escapatoria posible, ya que el caballejo estaba peor que yo, sin tequila en la panza que lo reanimara, ni silla de montar, ni espuelas que lo alegraran, como porque a donde quiera que yo corriera, me darían alcance en un santiamén y además, porque yo sabía que Trujillo era de la Barca, que había sido jefe de la villistas de esa región, de donde era la gente que lo acompañaba... y tal vez, si mi suerte mejoraba después de la aparición de la hada del bosque, alcanzara el indulto... Estaba en estas reflexiones cuando ví que un grupo como de diez soldados, más o menos uniformados, avanzaban a caballo hacia donde yo estaba. El jefe de ellos me hacía señales de saludo con su tejana y se reía a carcajadas. A medida que avanzaban y que yo correspondía, medroso, a sus saludos, fijándome mucho, acabé por reconocer al Capitán Antonio Gómez Flores, de las fuerzas del General Melitón Albáñez, de la División del General Diéguez. Corrí en su dirección y nos dimos un fuerte abrazo, bajó del caballo, nos reímos mucho del sustazo y me explicó que la avanzada de su fuerza, al aparecer sobre una de las laderas cercanas al arroyo del Muerto... (ese muerto iba a ser yo...) me habían visto huír por entre los encinos. Por las dudas, me habían perseguido hasta aprisionarme y dejarme hecho una piltrafa; pero como entre los papeles Tanasio encontró mi credencial de redactor del Boletín Militar, por eso no se había consumado la suerte de matarme. Volvieron grupas para consultar con... con el Mayor Agustín Olachea... Jefe de todos ellos, quien en ese momento hizo también su aparición con toda su gente bajo la sombra del estandarte de las calaveras, cuyo letrero negro decía: EL 13 BRILLADOR. Era el Regimiento del Coronel Albáñez, que por el aspecto del con-

junto y la agravante del estandarte de piratas, necesariamente eran para meter miedo al más pintado...

—Pero hombre, Zuno... mira nomás en qué condiciones te dejaron estos cabritos...

—¡Qué quieres, Agustín...! La democracia que predicamos tiene sus quiebras, sus peligros y también sus satisfacciones, como la que en este momento me embarga a mí, que me siento un resucitado...!

—Já... já... já... —Reían él y Gómez Flores—. A ver, Tanilo y Polonio... vengan acá y devuelvan a Zuno todo lo que le quitaron...

Y ahí tienen ustedes a la pareja de los de la avanzadilla soltando cuanto se habían avanzado, menos el tequila; pero Agustín me dio una botella entera del de Cuervo, que era la marca preferida por los carrancistas.

—Pónganle las polainas y las espuelas... Ensíllenle el caballo... ¿No te falta nada? -

—No, Agustín. Nomás me sobra el susto.

—¡Já... já... já...! Ya le platicaré a mi General Diéguez, y a mi General Albáñez y a Cuéllar, pa que se rían como yo...

—¿Qué se te ofrece para Atotonilco? —me dijo Gómez Flores, de donde él era.

—Diles a los amigos que hasta aquí, voy nomás regularcito... a ver más delante cómo salgo del mitote...

—A Juan Ayala le voy a platicar lo sucedido... Adiós... Adiós... que tenemos que llegar primero a Ayo, porque con ese rumbo va el tal Trujillo... Adiós... Adiós.

—Adiós y gracias...

Llegué a Tepatitlán al caer la tarde. Mi escudero, que algo maliciaba del enredo en que anduve, esperaba cari-acontecido por ahí cerquita y cuando me vio, se persignó mil veces y me dijo:

—In cuanto llegue a Tropa me voy a pagale la manda que le mandé al Señor de la Misericordia que m'hizo el milagrito de salvar a su mercé...

—Gracias, hombre, pos aquí me tienes, nomás con un derrame de bilis y sin apetito...

—¡Qué escapada te diste, hombre...! —me gritó de pron-

to un rancho bien guapo que llegó corriendo en un precioso alazán, hasta nosotros... Era Quirino Navarro...

—Ven échate un trago... —Nos saludamos, platicamos un rato, me confirmó lo dicho por la viejecita y volvió a dejarse tragar por la arboleda al galope de su alazán, arrastrando el delito de haber sido villista.

x X x

Todo fue de balde. En Tepatitlán, a los pocos días de mi llegada, nos dimos cuenta de que don Felipe Arias, Presidente Municipal, empezó a voltearnos chaqueta para ayudar a Panchito Cornejo, suplente de un contrincante que nos resultó en los últimos momentos: Pascual Alejandre. Panchito llevó carta del licenciado Aguirre Berlanga, Secretario de Gobernación en el gabinete de Carranza y cuanto hicimos fue inútil. Manuel pasó el día de las elecciones en Acatic, en donde don Abraham González nos ayudaba resueltamente por lo que ganamos en toda la línea. También en Atotonilco triunfamos por gran mayoría; pero como nos ganaron la casilla número 1. por la ayuda oficial, la Instaladora extendió las credenciales a Alejandre y a Cornejo. Esa noche, el presidente de la Computadora, Blas Fernández Ibarra, que se había hecho muy amigo mío, me convidó a tomar unas copas a un tendejón que estaba un poco antes del río. Ahí empezamos a hablar de política. Como yo manifestara ideas liberales, anduvimos a las trompadas con unos fanáticos que me oyeron; y al salir más tarde a la calle, nos balacearon en medio de la absoluta obscuridad del pueblo, pero nos hicimos de la esquina y contestando el fuego, los hicimos retirarse. Al día siguiente, temprano, fuimos a ver si encontrábamos los cartuchos quemados por ellos, que por suerte ahí estaban y descubrimos quiénes eran por el calibre del arma. Como Blas era funcionario Municipal, después se vengó de ellos duramente, encarcelándolos.

Con los años, perdí de vista a Olachea y a Gómez Flores, de quienes solamente sabía que el primero, había llegado al generalato y después a Gobernador de la Baja California, enviándonos afectuosos saludos cuando algún amigo iba con él o venía conmigo. A Gómez Flores, ya retirado del Ejército, lo encontré en México de líder de gremios muy humildes que organizaba para defenderlos. Lo invité a trabajar conmigo en el Tribunal

de Arbitraje y ahí sigue aún, como Oficial de Partes y dedicado a la poesía, en la que se inspira a base de números y fechas, como se verá por una de sus composiciones que con frecuencia me envía. Olachea lo ha ayudado mucho siempre, así como a todos los compañeros de armas y amigos de la época heroica de la revolución armada. Ahora, Agustín ha llegado a la Presidencia del P.R.I. pues para ello tiene facultades y virtudes. No es un militarista, ni Gómez Flores ni muchos de aquellos luchadores veteranos; sino simplemente, ciudadanos armados para defender una justa causa popular y progresista.

Para mí la segunda derrota electoral fue de gran desaliento. En México, a pesar de los numerosos amigos que entraron a la XXVIII Legislatura, no pudimos hacer triunfar nuestra candidatura por la presión de Berlanga en la Cámara. Ya eran Diputados Valadez Ramírez, Cuéllar, Villaseñor Mejía y Alvarez del Castillo. Por otros Estados también fueron aprobadas las credenciales de otros amigos; pero de nada nos sirvió. De Tepatitlán salí hasta debiendo mi hospedaje en el mesón, que pagó después Manuel Navarro. La tercera vez que me metí en la lucha electoral, ya estaba yo bien baleado para perderla... También Manuel la ganó. El fue representante de su pueblo natal y yo de Guadalajara. Creo que las derrotas dan más vigor que los inesperados y fáciles triunfos. La experiencia es imborrable. Los hechos que se relacionan con ella, son también imborrables. Prueba de ello es este relato mío y el provecho que saqué de él, cuando me sobrepuse a la depresión, después de los desastres.

HE INCLUIDO en este tomo de Reminiscencias, policromías de algunas de mis obras pictóricas que deben ir acompañadas de una explicación y de una crítica:

Repito una vez más que, de haber podido dedicarme a mi verdadera vocación, nunca hubiera dejado el ejercicio de las artes plásticas, obligado por imperativos que no pude vencer, como los dos mi familia que me imponía el estudio de la abogacía y el del deber con la colectividad que obedecí con gusto, a pesar de que ha sido el que más duramente me alejó de mi preferente arte, arrojándome a la política y a las luchas sociales.

Mis primeros trabajos fueron litográficos, de preparación para poder cumplir con mi primer empleo de caricaturista en el semanario humorístico "*El Perico*", órgano del partido reyista. Desterrado en México desde 1908, hice allí unos paisajes al pastel que por ser de Mazatlán, los regalé a Rafael Buelna, mi compañero de destierro, quien los conservó por muchos años. A mi regreso a Guadalajara, en el Centro Bohemio, donde fuimos muy laboriosos, hice algunos retratos y paisajes que se han perdido. Conservo el que apareció en la portada del primer tomo de estas *Reminiscencias*, que representa la casita del Centro Bohemio en la Colonia Seattle. La idea predominante en esos días era la de atacar al academismo y las armas más efectivas eran las del impresionismo, por lo que esos paisajes son de esa particularidad plástica. Aquí aparecen ahora uno que tomé en las cercanías de Chapingo con un hato de ganado, y un panorama de la Laguna de Tequesquitengo, Mor. Son del año de 1940 y 1942. El de la Barranca con el Río Santiago es de 1952, así como Los Peñones de Oblatos. En ellos he abandonado los impresionismos para buscar finalidades más constructivas. Pinté en 1929 y 1930 algunos cuadros sobre la interpretación plástica de nuestra juguetería popular en la pintura. Presento aquí unos de vidrio, titulado *Entre perros y gatos*, otros de barro, *Animales de Tlaquepaque* y *Alcancías-frutas*, más otros de figuras de cartón: *La va-*

ca de Saturno y *Un mitote con la polecia*... Hice unos de juguetes de telas, muñecas y animales; pero ignoro dónde se encuentren. La intención plástica de estas obras es la de incorporar a la pintura el sentido decorativo espontáneo del pueblo, expresado por sus artistas anónimos, con mi interpretación personal. La carátula de mi reciente obra *Las Artes Populares en Jalisco* y el contra-forro, son también interpretaciones del arte popular: judas, juguetes de palma y de hoja de lata con los característicos colores *chillones*... como se les llama. Presento también la acuarela que hice como proyecto inicial para el mural del Museo que titulé *La Bárbara Conquista de Nueva Galicia*, así como el fresco mismo, de lo cual trató en capítulo especial en este tomo. Retraté a Manuel Martínez Valadez en 1925 durante unas vacaciones que pasamos en Chapala, con un propósito de expresión psicológica y el deseo de posponer las exactitudes realistas para presentar el espíritu profundo, irónico y rudo de Manuel. La litografía *Vida de Perros* es de 1944. La hice en los talleres de la Gráfica Popular de México. El primer ejemplar, lo cedí al señor licenciado don Javier Rojo Gómez para la tómbola que hizo a beneficio de los damnificados de la inundación de Pachuca en ese año y la adquirió el Embajador Umansky, en remate que hizo Diego Rivera en Bellas Artes. Representa la verdadera e irónica situación en que están las clases indígenas, abandonadas por la Revolución en un nivel casi perruno.

x X x

—Por muchos años, desde cuando nuestro grupo del Centro Bohemio inició sus actividades político-sociales, traté con nuestros compañeros sobre la necesidad de que ellos se ocuparan de ir recopilando en apuntes, documentos, crónicas y memorias; todo lo relativo a nuestra vida política para que en su oportunidad, pudiera hacerse una verdadera historia de ese tiempo. Enrique Díaz de León, Manuel Hernández Galván, Jesús S. Soto, Juan de Dios Robledo, Luis Gutiérrez Trillo, Manuel Martínez Valadez, Jesús Sauza González, Francisco González Guerrero, Joaquín Vidrio, Gustavo Cristo, hubieran podido hacerlo. Tengo noticias de que Juan de Dios Robledo escribió sus memorias, pero no se conocen aún ni se sabe si ello sea cierto. Precisamente por esa carencia, no atribuible sino al espíritu despreocupado y esencialmente bohemio de todos nosotros, me he decidido, ya en la ancianidad, a

cubrir en parte las deficiencias, sin la menor intención de usurpar un lugar en el ilustre gremio de los literatos o de los historiadores; pues ni puedo hacerlo válidamente, ni quiero, ni debo ocuparme de actividades en las que son necesarias virtudes de las que yo no dispongo, como por ejemplo la de la tenacidad en el estudio y el afán de erudición que no son de mi agrado. En cuanto haya dejado constancia escrita de mis opiniones en aquellos asuntos que considere obligatorio hacerlo, seguramente que perderé interés por seguir escribiendo y me dedicaré, como he hecho toda mi vida, a lo que más satisfactorio me pareciere en lo personal y en lo social; posiblemente a la pintura, que es el arte de mis preferencias.

—He obtenido dos veces el Premio Jalisco, la primera en 1952 con mi obra *Orozco y la Ironía Plástica* y la segunda con *La Ironía Plástica en Jalisco* en 1954. Con la de *Pedro Moreño*, obtuve el Primer Premio en los Juegos Florales de Lagos en 1956. Las dos primeras debieron ser editadas por el Gobierno conforme lo disponía la primera Ley del Premio Jalisco y lo ordena la segunda; pues una estaba en vigor en 1952 cuando alcancé un galardón; y la segunda también en 1954. Aún hago gestiones para que se cumpla esta obligación legal; pero si no lo logro, referiré en el tomo siguiente algo que me reservo. De todos modos las editaré yo por mi cuenta, la primera en segunda edición, ya que el señor profesor don Jesús Silva Herzog me hizo el alto honor de editarla en la Colección de Cuadernos Americanos y ya se agotó.

—Me propongo terminar el programa que me he trazado ya y que aparece en el colofón de mis libros ya publicados, dedicando el tercer tomo de estas *Reminiscencia* a una irónica auto-crítica con ilustraciones. Debo aclarar que la razón de que en mis libros jamás aparece indicación bibliográfica alguna y de que rara vez hago mención de autores, salvo cuando transcribo parte de sus escritos, es la de que, insisto en afirmarlo, no deseo que se me tome como literato, ya que no lo soy. Cumpló al escribir con un íntimo imperativo de ofrecer mis impresiones y mis opiniones sobre tópicos relacionados directa o indirectamente con mis actividades o con mi vida misma, al servicio de la colectividad.

También incluiré capítulos sobre Gerardo Murillo, (Doctor Atl), sobre David Alfaro Siqueiros, sobre Rufino Tamayo, Sobre Carlos Orozco Romero y Rubén Mora Gálvez, así como sobre escritores como Alvaro Leonor Ochoa, Juan de Dios Robledo y

otros. De política, presentaré un amplio estudio sobre el señor General don Alvaro Obregón y sobre episodios anteriores a la Revolución armada de 1910, así como recuerdos y explicaciones de la obra legislativa y de caminos y construcciones del gobierno de Jalisco durante mi actuación. Como mi afición a la caza ha sido continua, haré también algunas crónicas regocijadas y verídicas. También referiré aventuras estudiantiles para que tenga la obra una variedad atractiva. Tuve una intervención importante en la expropiación petrolera, que haré pública también y lo referente a mi participación en el establecimiento del Tribunal de Arbitraje en la Capital de la República y en la organización de los empleados públicos federales.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ENTREGA DE LOS PREMIOS JALISCO 1952

Señoras,

*Señor Gobernador, señor Director de Educación en el Estado,
Señores:*

A quién, sino al Príncipe de las Letras, don Miguel de Cervantes Saavedra habré de recurrir para que me ayude como gran amigo, y que diga mejor que yo, palabras adecuadas a este acto? En aquel famoso discurso que puso en boca del Caballero Andante don Quijote de la Mancha, sobre las letras y las armas, así se expresó:

“Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor, tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa a que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero; que, sin saber cómo o por dónde, en mitad del coraje que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar por luengos siglos...”

Tan bellas frases, son aplicables a este nuestro angustiado tiempo, tanto más, cuanto que aquellas artillerías que provocaron coraje en el corazón del Caballero de la Triste Figura, no son ni resultan más que inocentes juguetes infantiles, comparadas con los artificios y medios de destrucción que posee la guerra moderna. Los progresos de la Ciencia, se ven aplicados a destrozamiento de la vida humana en escala y condiciones pavorosas. Lo más lamentable es que bien podrían todos los pueblos de la Tierra gozar de paz y felicidad sin límites, si a ello se aplicaran esos progresos fantásticos científicos, que han llegado a desencadenar

fuerzas de tan gran intensidad y de tal magnitud, que son inagotables y que deben ponerse al servicio del bien.

Torneos como los que han dado origen a esta solemnidad que aquí nos reúne, son indispensables para ir, poco a poco, substituyendo a los otros, los de la violencia. Que ellos ocupen el lugar de las peleas fratricidas. Las reyertas y el loco afán de dominio, que arranca la existencia sagrada a multitud de seres, deben quedar suprimidas e implantadas las justas en que sin daño luchan el ingenio, el arte, la sabiduría. Que los honores no consistan ya en la imposición de medallas a los vencedores de las guerras, ni en ensangrentados desfiles militares de soldados cuya gloria ha sido la de matar a sus hermanos, sino en certámenes donde, el mejor en espíritu, reciba el aplauso popular. Las batallas de la muerte deben ceder su lugar a las luchas de la inteligencia. Y así veremos cómo, en lugar de tierras sometidas a la conquista armada arbitraria y despótica; y en vez de multitudes esclavizadas por los milites soberbios y rapaces, puede aparecer un mundo nuevo compuesto por sociedades humanas poseedoras de las otras conquistas, las de la Ciencia, del Arte y de las Letras. Al agradecer a nombre de quienes hemos sido beneficiados por las resoluciones de los Jurados del Premio Jalisco 1952, el honor que acabamos de recibir, hago el augurio de que, si persistimos en trocar las duras veredas combativas de las armas, por el amplio camino que nos lleve al deleite del goce pacífico de una vida civilizada, nuestro premio será el triunfo de la Paz. Felicitemos todos a nuestras altas autoridades estatales y educativas por sus nobles acuerdos al ampliar el Premio Jalisco, hasta abarcar todas las manifestaciones culturales del alma jalisciense, que nos podrán colocar, un día, tal vez, si mi deseo puede ser profético, en el lugar ideal que nuestro señor don Quijote, el ilustre manchego, elogió al decir: "Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería..."

MI ULTIMA CARTA A DIEGO RIVERA

A CABO DE leer en "Excelsior" respecto de tu Museo y de cuanto se dice ahí sobre tus propósitos laudables para ceder edificio, terreno y colecciones a tu patria. Como buen provinciano, voy a hacerte la única objeción que encuentro válida: Tu patria no es solamente México, D. F., sino todo su territorio, unidad cultural, histórica y política que, aunque cercenada por el buen vecino del norte, es una y sola para todos nosotros. Bien está que terreno y edificio solamente lo gocen los metropolitanos, que en cierto modo son los menos mexicanos; pero las colecciones arqueológicas y del arte contemporáneo realizado por el pueblo, permíteme que opine con franqueza, que deberías restituirlas en su mayor parte a las zonas de donde proceden, con todas esas necesarias precauciones que con mucha razón te tomas por anticipado para asegurar que tus donaciones sirvan en realidad al pueblo y no vayan a parar a otras partes. Esta observación la hago por que muchos de tus ídolos son de la antigua cerámica de Tonalá, y porque en esta ciudad donde tienes tantos amigos, no hay al servicio público sino una pequeña colección en el Museo Regional y otra que estamos instalando en la Universidad que, con todo y su biblioteca, cedió el profesor don José María Arriola, el sabio ex-sacerdote a quien tú conoces. Piénsalo más mi querido Diego, y dime si estoy en lo justo. Aquí en Guadalajara puedes confiar en el Museo o en la Universidad, donde prefieras, y toda aportación que hagas a la recuperación de nuestras joyas viejas, ya te imaginarás si la consideraremos como un verdadero bien. Yo recuerdo que a tu regreso de Europa y Asia, íbamos con muchísima frecuencia al Museo para estudiar las obras de nuestras culturas antiguas y aún, al salir, comparábamos las fisonomías de los ídolos con las de los indígenas que deambulaban en las calles y siempre encontrábamos no uno, sino muchos parecidos. Arte fué aquel y arte es el que siguen haciendo. Bueno, Diego, vaya aquí, ade-

más de mi demanda, un apretón de manos y otro de costillas, vulgo abrazo...

EL FILOSOFO ALVARO LEONOR OCHOA

ALVARO Leonor Ochoa fué liceísta. Apartado de todos los condiscípulos, mustio, de pocas palabras, era sin embargo muy inteligente y estudioso. Bajo su brazo había siempre un libro. En las bancas del colegio permanecía leyendo cuando no tenía que ir al salón de cátedra. Si salíamos se encaminaba directamente a la Biblioteca Pública, ubicada a la vuelta del Liceo, por la calle de Hidalgo. Ahí permanecía horas y horas hojeando parsimoniosamente páginas y más páginas de diccionarios, hasta que agotó los existentes. Su conversación era la de un erudito viejo, que sonaba rarísimo para nosotros, jóvenes todos, despreocupados, que frecuentábamos también la Biblioteca pero en pos de las obras de Julio Verne, del Barquero de Santillana, de los novelones de Tárrago y Mateos, de Fernández y González o, cuando mucho, de las nacionales de Juan A. Mateos, de Vicente Riva Palacio, de Victoriano Salado Alvarez. Sólo cuando estuvimos en la clase de literatura, vimos a López Portillo y a Pérez Verdía. Era Alvaro de familia acomodada. Una de sus hermanas, bellísima, había casado con un prominente médico tapatío, con el Dr. Carlos Barriere.

--Nunca pasó mi condiscípulo del Liceo a ninguna de las Escuelas Profesionales, pero sus aficiones literarias jamás lo abandonaron. Escribía libros muy raros que publicaba a su costa. Lo que más nos llamaba la atención de sus obras era la pasta. Las hizo de yute, de cuero de iguana, o de badana, de delgadas tablillas de madera de cedro, pirograbadas, de ixtle, de cotense, de tela de rebozo o de lino, de sarape de Teocaltiche, de petate de carrizo, de tule o de palma tejida de colores; hubo una que llevaba bajo una cubierta de papel transparente, una de paja prensada... otra era de penca de nopal seca. Otras de pergamino, de cueros crudos. Burlas y cuchufletas recibía en cada edición. Las hubo de cartón bordado a máquina o a mano, con chaquira. Casi no salía a la calle. Misántropo agrio y hurafío, se encerraba en su casa por meses. Durante años, dejé de verlo.

Una vez, cuando ya llevaba yo más de un año como Gobernador de Jalisco, se presentó en mi despacho. Lo atendió Ramón Córdova, mi Secretario Particular, pero quería verme directamente a mí por llevar asunto particular. Lo recibí con gusto. Tras de saludos afectuosos, me dijo:

—Te vengo a proponer que me compres dos casitas que me dejaron mis padres como única herencia...

—Pero... No tengo elementos... Estoy pagando el lote que compré en la Colonia Reforma para hacer mi casa...

—No valen gran cosa... Tú las puedes vender después... Son chiquitas...

—¿Cuánto quieres por ellas... y dónde están?

—Una está al lado Oriente del Hospital de Belén... allá por el Corral Falso... y la otra, por San Felipe, más allá de la calle de Escorza...

—¿En cuánto las estimas, pues?

—Dame cinco mil pesos por ellas... Te voy a confesar que las quiero para publicar mis libros que tengo ya escritos... Llevo ya impresos diez, pero me propongo completar hasta veinte... y después que venga lo que venga...

—¿Qué te parece que me permitas unos días para ver qué puedo hacer?

—Como gustes, dime cuando vuelvo por aquí...

—En cinco días te resuelvo...

Se despidió de mí, dejándome pensativo. Los libros de Alvaro eran, como él mismo, de muy pocas palabras. Uno de ellos, lleva por título esta exclamación: ¡AH...! Luego hay cuatro páginas en blanco y sigue una, donde al centro aparece esto: ¿...? Pasan otras cuantas páginas sin nada, luego puntos suspensivos entre unas admiraciones así: ¡...! Después más páginas limpias de toda mancha, en seguida un ¡Oh...! Luego otra tanda de blancas hojas y una dedicatoria que dice: "A MI DISTINGUIDO CONDÍSCIPULO EL CULTO Y PROGRESISTA GOBERNADOR DE JALISCO, JOSE GUADALUPE ZUNO". No podía faltar el índice y al final el colofón: "ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR EL DIA 12 DE FEBRERO DEL AÑO DE 1925"...

Pasado el término volvió Alvaro. Yo había mandado ver las casitas con el resultado satisfactorio de que valdrían un poco más de lo que quería por ellas. Cerramos el trato, se tiraron las

correspondientes escrituras y desde ese día, todos los libros de Alvaro incluían una cordial dedicatoria para mí. Me había dicho que pensaba publicar veinte, pero se excedió. Casi llegaron a cincuenta.

—Algunos de ellos son extraordinarios.—El titulado LA ORGANIZACION HUMANA, tiene nutrido texto, repartido en varios capítulos enjundiosos y dividido en dos partes. Para dar principio, examina La Individualidad y dice: "El hombre es una expresión de su propia voluntad, y de una determinación de lo desconocido.— La voluntad humana es una formidable esfera que se estrecha en un punto que es el hombre mismo, y se dilata pasmosamente hacia lo infinito. La infinito es concebido ante el poderío de la voluntad, que se extiende y hace correr vertiginosamente las alas del maravilloso pensamiento. Por eso la vida noble y legítima de la entidad humana es pensar. La existencia del pensamiento, de ese interno hálito de lo divino, declina hasta nulificarse casi, sin la acción de la voluntad que lo estimule; y, así, el ser pensante vive por sí mismo, como una chispa omnipotente en el Universo! Es pues, la voluntad, el portentoso agente que hace crear, concebir, determinar.— ...En su prepotente esfera, es absoluta e inviolable; pues se encierra en un punto hasta hacerse invisible, o huye, difundándose en lo inmensurable, hasta perderse, a los contactos exteriores. La esfericidad de la voluntad determina, en su propia finitud, sus límites, en los que empiezan sus relaciones de contacto general con lo infinito. En esos límites comienza el terror de lo arcano para el hombre; manifestándose a él la Infinidad, tan solo en la forma de lo desconocido. Lo ignoto es así la fuerza que agita al tremendo globo de la voluntad humana".

—Véanse también aquí algunos de los nombres de sus libros: Conferencia El Alma. La Visión de los Siglos. Relámpago en la Lejanía. Conferencia Máxima: LAS PERSONAS DE DIOS. Revelación del Misterio. Del Paisaje de Dios. La Ley ante el Derecho. Corona del Pueblo. En una ventana de lo Infinito. El Tumulto de la Sombra. Marcha Conferencial: El Hombre y el Animal Humano. El Oriente del Mundo. Interroga y contesta La Razón. Del Espíritu de Dios. Mirando al Hombre. El Monstruo del Circo. En las Sendas del Monstruo. El Sendero Social. Las Revelaciones Universales. La Organización Humana (tres tomos). La Fiesta del Espíritu. Es Francisco de Asís. La Tragedia del Hombre. El Dolor Humano. La Conciencia ante el Mundo. Las Leyes Cósmicas. Ante el Infinito. Ayes en las Ruinas. De Dios a la Humanidad. Relatos de la Montaña. Dios y el Ser. Génesis físico hipnótico. Las Columnas de la Sabiduría. Génesis de la Materia. Sodoma. ¿A qué resucitar? Una Travesía en el Universo. A la luz del Siniestro. Una Flor en el Mundo. El Gigante Negro.

Después de muchos años, recibí una carta de don José María González de Mendoza que a la letra dice:

México, D. F., 26 de julio de 1951

Sr. D. José Guadalupe ZUNO,
Museo Regional del Estado,
Guadalajara, Jal.
Muy señor mío:

A sugerión de nuestro amigo don Guillermo Jiménez, Director General de Información en la Secretaría de Gobernación, me tomo la libertad de remitir a usted la adjunta carta para el señor Alvaro Leonor Ochoa, escritor de esa ciudad. Le ruego leerla y hacerla llegar a su destino, si en ello no viere usted inconveniente.

Muy agradecido por la atención que este asunto le merezca, y suplicándole me excuse por la molestia que para servir un propósito de cultura me he permitido inferirle, me suscribo de usted atento y seguro servidor:

J. M. González de Mendoza.

Inmediatamente me puse en acción. Indagué por el domicilio de Alvaro y contesté a González de Mendoza. El me escribió de nuevo:

México, D. F., 23 de agosto de 1951

Sr. Lic. José G. Zuno.
Guadalajara, Jal.

Muy distinguido señor:

Agradezco mucho a usted la información que se sirve comunicarme en su amable carta del 20. La transmitiré a nuestro distinguido amigo don Alfonso Reyes, cuando su salud haya mejorado: está actualmente en el Instituto Nacional de Cardiología, pues sufre de un infarto del miocardio; por suerte, parece haber pasado ya el momento de mayor gravedad.

Estoy seguro de interpretar los sentimientos del señor Reyes al expresar a usted las más cumplidas gracias en su nombre por las molestias que se ha tomado para localizar al señor Alvaro Leonor Ochoa, o a personas de su familia, y averiguar si conservan cartas de don Miguel de Unamuno que puedan reproducirse en el epistolario del ilustre filósofo español, ahora en preparación.

Quedo de usted muy atento y seguro servidor:

J. M. González de Mendoza.

En atención a las solicitudes de los señores Reyes, González de Mendoza y Jiménez, procedí a localizar a mi amigo. Me costó mucho indagar hasta que por fin supe su paradero.

Vivía en la calle de Santa Mónica, cerca de la de San Diego. Allá fui una tarde. Llamé a la puerta repetidas veces sin obtener contestación, e igual me sucedió cuando regresé ya noche. Tanto llamé, que la vecina de al lado salió por su ventana para informarse:

—¿A quién quiere usted ver...?

—A don Alvaro Leonor Ochoa... ¿Ya no vive aquí?

—Es inútil, señor. Por la mañana llega la hermanita. Tiene llave del zaguán. Le trae la comida para todo el día y se marcha, dejándolo solo. No sale nunca. Ahí dentro, va de una parte a otra; escribe a veces y muy temprano se acuesta. A nadie le abre la puerta. En ocasiones entona cánticos muy tristes y raros. Anda muy mal vestido... como que está muy pobre...

—Señora, él y yo somos muy amigos... Verá usted como en cuanto sepa que soy yo, me abre en seguida. Y grité:

—Alvaro, soy yo... Guadalupe Zuno... ¡Abreme...! Durante mucho tiempo continué dando fuertes golpes en las maderas de la puerta, sin ningún resultado. Insistí:

—Tengo noticias para tí... Murió don Miguel de Unamuno y de la Secretaría de Relaciones me escriben pidiéndome que los comunique contigo... La correspondencia que don Miguel y tú se cruzaron, los intriga mucho y parece que quieren publicarla... Si no puedes abrirme, diríjete tú al Abate de Mendoza. Aquí te dejo la carta debajo de la puerta... Bueno Alvaro, me despido de tí... Adiós...

Dí cuenta al Sr. González de Mendoza, quien me escribió de nuevo.

México 6, D. F., 28 de agosto de 1951.

Sr. Lic. José G. Zuno,
Av. M. M. Diéguez, 626,
Guadalajara, Jal.

Muy distinguido señor:

Su amable carta del 24 me entera de que logró usted averiguar la dirección del señor Alvaro Leonor Ochoa, a casa del cual tuvo usted la fineza de llevar la carta que para él me permití enviar a usted, por indicación de nuestro amigo don Guillermo Jiménez, Director General de Información. Doy a usted las más cumplidas gracias en nombre de don Alfonso Reyes, encargado de recopilar la correspondencia que haya en México de don Miguel de Unamuno, con quien el señor Ochoa correspondió antaño.

Quedo de usted muy atento y seguro servidor:

J. M. González de Mendoza

—Años después, Alvaro fue asesinado misteriosamente en su voluntaria cárcel. Al parecer, fue arrojado desde la azotea, pues estaba muy golpeado. Se pensó en un posible suicidio, basado en la extraña conducta que llevaba y en su obstinada misantropía.

Cuando supe su tragedia, recordé muchos de sus atormentados escritos, pero más que ninguno me conmovió éste que transcribo: “—Un monstruo tremendo, indelible, terrible, se ofreció a mi vista!... Mi vista era pálida... indecisa... fría...! Vagaba en la sombra, en la basta sombra del ser!... El monstruo predía su pavorosa figura en la inmensidad!... Flotaba siempre en un sordo abismo de indefinible horror!... Su corazón era sombra!... Se envolvía de sombra!... Era sombra su evocación...! Yo lo miraba con mi vista, fría!... El monstruo era sordo como el negro abismo que le retenía!... Llevaba el espantable poder de los gusanos... Yo lo miraba... y al mismo tiempo, miraba también mis propios huesos, roídos de insaciables, putrivoros gusanos!... Mis huesos crujían en su transformación cada vez más descendente... yo podía oírlos... Mi calavera me miraba atentamente, fijamente... El monstruo ponía sobre ella una luctuosa baba de sombra!... Dominada mi vista, no se apartaba de la visión macabra, singular, siniestra!... Pobre alma mía!! la noche lloraba sobre ella sus gotas negras!!... Mi calavera empezó a formar en sus oscuros antros, un ruido como un eco de risas espeluznantes... Y seguía mirándome atentamente... fijamente!... Si aquel ruido fué un grito de su lenguaje, lo comprendió mi espíritu!... Este, abrazado por las garras del espanto, comenzó a llorar!!... Y gri-

té!... y llamé... Sordo el monstruo, no me escuchó... mudo... como la altivez inexorable, tampoco me contestó!... Y sentí mi llanto convertirse en misteriosos hálitos, que se cernían, cual famélicos buitres, sobre mí!... Poderosamente atraído por lo invisible, voltee hacia todos lados... y mi vista, de intensa palidez de muerto, miró en si misma dilatadas llanuras y formidables montañas de nieve, muy blancas, muy tétricas, muy frías...! Como el que ciegamente busca su exterminio, para dar fin a sus desventuras; mi espíritu, arrebatado ya a las flébiles cumbres de la agonía, ciego, huyendo de los hórridos influjos que lo asediaban, que lo envolvían, penetró al tenebroso corazón del monstruo!!...”

Yo me pregunto ahora: ¿No tuvo Alvaro, la premonición de su atormentado fin, atormentado por sus pensamientos?

Así vivió y murió aquel buen discípulo, que no tuvo más deseos que los de ver impresos sus numerosos libros llenos de admoniciones y visiones de pesadilla; y que una vez logrado su amoroso deseo, no dió a su existencia ningún valor y terminó con ella en un rapto de locura suicida.

Como a otros muchos, se le puede decir que no fue profeta en su tierra, a pesar de los indudables méritos que seguramente tiene su obra, ya que la tan destacada personalidad de don Miguel de Unamuno le dio valimiento a tal grado, que la correspondencia que con él llevó es muy nutrida e importante. Nunca hizo Alvaro ostentación ninguna de tan prestigiosa circunstancia. Tal vez el efecto que ello causó en su espíritu, fue de desesperación por verse un ignorado en su tierra. Tal vez algún día, algún estudioso intelectual lo pueda descubrir en su propia casa.

El Abate de Mendoza me informó después que nunca le escribió. Yo lo había puesto al tanto de mis esfuerzos por transmitir su mensaje a Alvaro. La Secretaría de Relaciones comunicó a Madrid mis noticias y todo quedó ahí.

—Las casitas sirvieron de habitación a parientes míos necesitados, pasando después a ser propiedad de mi hija Rebeca.

OTROS BIENES.

—Entre mis amigos anteriores a la actuación política, contaba al señor don Rosalío Ruz, industrial dueño de un Molino de Trigo, quien nos favorecía con los anuncios de su negocio cuando publicábamos nuestros periódicos. Posteriormente dejó la industria molinera y se dedicó a la agricultura. Compró las haciendas de Santa Eduwiges y San Antonio, muy cercanas a Guadalajara, por el lado Poniente. La cuestión agraria lo perjudicó grandemente y tuvo tiempos muy difíciles, pues los pueblos de esa región fueron siendo dotados a su costa en extensiones considerables. Jamás se opuso ni mostró contrariedad. Entre sus virtudes sobresalía un civismo patriótico y modesto. Después de que renuncié al cargo de Gobernador del Estado, se presentó en mi casa una mañana.

—Amigo Zuno, yo sé que el señor don Emilio Puig, Gerente de la Compañía Hidroeléctrica de Chapala es muy amigo de usted. Le debo un dineral porque como no es tiempo de cosechas, no tengo dinero. Le ruego que hable usted con él para que me espere unos dos meses. También le agradeceré que vea si me puede rebajar la cuota por tratarse de trabajos agrícolas, ya que el mayor gasto de energía lo hago en el trabajo de los motores de la huerta de caña y hortalizas que está junto al Bosque del Dr. Martínez...

—Con mucho gusto hablaré a don Emilio. Yo le comunicaré el resultado muy pronto.

Don Rosalío me confió, antes de retirarse, sus problemas. Eran tiempos muy difíciles para todos los agricultores en esos días. Yo me propuse ayudarlo, desinteresadamente, en recuerdo de la forma en que él nos favoreció años atrás. Logré con creces mis deseos, pues el señor Puig condonó el adeudo y rebajó las cuotas futuras. Para mayor comodidad y garantía de don Rosalío, acordó que me sería cargada a mi cuenta que tenía en la Compañía cuanto se relacionara con él. Yo estaba encargado de algunos asuntos interesantes de la Eléctrica. Don Rosalío quedó contentísimo. Da-

da su modo de ser, no encontró manera más adecuada de mostrarme su agradecimiento, que escriturarme voluntariamente desde ese día, religiosamente, sin sugestión ni exigencia mía, extensiones de terreno en la lotificación que tenía en su propiedad, a intermediaciones de la vía del Ferrocarril del Pacífico. Con los años, llegué a poseer ahí más de veinte mil metros cuadrados. El metro cuadrado valía a veinticinco centavos, por lo que cada seis meses, el señor Ruiz me hacía dueño de nuevas porciones.

—Mi lucha en contra del monopolio de la Eléctrica, había empezado desde mi elección como diputado por Guadalajara. La forma en que imponía sus cuotas y la abusiva inspección que sus empleados efectuaban en la ciudad, le había producido una gran impopularidad. Para conservar sus prebendas odiosas, cohechaba a las autoridades desde muchos años atrás. Mi campaña contra ella se hizo simpática. Todo mundo me ayudaba y me alentaba. Cuando ocupé la Presidencia Municipal de Guadalajara, uno de los altos empleados de la Empresa, amigo mío, se me presentó haciéndome entrega de mil pesos, que rechacé. Era costumbre darlos cada mes a la principal autoridad de la ciudad. En contestación, le dije a mi amigo que informara al Gerente, un francés de nombre Emilio Pinzón, que desde ese día mi guerra contra sus abusos se intensificaría. Principié por impedir que los empleados de la Hidra, (tal era el nombre que el pueblo daba a la Hidroeléctrica) entraran a las casas sin orden judicial, pues tenían por costumbre allanar los domicilios impunemente, a ciencia y paciencia de las autoridades. Después, suspendí los pagos por los servicios públicos de luz y fuerza motriz, que el Ayuntamiento cubría a pesar de que la Empresa no estaba cuotizada para el efecto fiscal y que jamás se le cobraba contribución ni impuesto alguno. Se formaron sociedades de vecinos con mi ayuda, que se oponían al corte de los alambres que dejaban sin servicio a los usuarios a capricho de la Hidra; mandé medir la energía que se suministraba en los distintos circuitos y les notifiqué el monto de las contribuciones que les correspondían. Ante la intensidad de mi acción, los principales accionistas vendieron al Banco Nacional casi todas sus acciones, principalmente las que tenía el arzobispo Orozco y Jiménez, quedando así como principal dueño el Banco.

Ya como Gobernador, la lucha tomó características políticas. Los abogados de la Empresa movieron cuanta influencia pudieron. Recibí cartas de Don Adolfo de la Huerta, Secretario de Hacienda

da y ex-Presidente de la República y de otros muchos funcionarios de categoría federal, así como de varios diputados que por no haberlos atendido, fueron luego mis enemigos. Llegué hasta embargar la Compañía por falta del pago de contribuciones, designando Interventor a un vecino prestigiado la ciudad, Don Rómulo Silva, y después al ingeniero Benjamín Contreras. Tras de largas pláticas con los dichos abogados, llegamos a un arreglo que se facilitó extraordinariamente debido a la oportuna compra que hizo al Banco el señor Ralph W. Morrison de San Antonio, Texas. El representante del nuevo dueño fue desde un principio don Emilio Puig, digno español, quien comprendiendo la razón que me asistía, con un amplio criterio moderno aceptó mis exigencias y allanó todas las dificultades, quedando además como amigo del gobierno y mío en lo personal, razón por la que me encomendaba, desde mi retiro de la política activa en 1926, muchos asuntos en los que pude serle útil. Por ello me cubría honorarios de los cuales se dedujeron los créditos contra el señor don Rosalío Ruiz.

—Esta es la historia y origen de esta propiedad, que ahora vale muchísimas veces más de su antiguo valor.

—Otra extensión de mi propiedad, ha sido la llamada Huerta de Ahumada, por donde ahora pasa la Calzada Washington o Circunvalación. Perteneció al señor Coronel don Miguel Ahumada, Gobernador de Jalisco en los principios del siglo, quedando como herencia de sus hijos María Guadalupe y Miguel, quienes dejaron de pagar las contribuciones por muchos años, dando lugar al embargo por parte de la Dirección General de Rentas y de la Tesorería Municipal. Cuando se puso a remate la Huerta, mis amigos los señores diputados Luis R. Castillo y Enrique Cuervo me informaron de todo esto, agregando que como se trataba de la tercera o cuarta almoneda, ya el valor había bajado mucho más. Me propusieron que la adquiriéramos en partes iguales, a lo que accedí. Nos salió el metro a veinte centavos. También tiene altísimo valor en la actualidad. Al pasar el tiempo, tanto don Enrique como Luis, se desesperaron de tener una propiedad que en vez de subir su valor, decrecía. Por ello, me cedieron sus partes en menos aún de lo que nos costó.

Mis grandes amigos Javier G. de Quevedo y José María Cuéllar, se burlaban de mí cuando sabían de éstos mis negocios, pues los calificaron de pésimos. Decían que me gustaba comprar chivas bravas...

—Confieso que no tengo visión ninguna de los negocios. Si resultaron buenos los que he hecho y que aquí refiero, ha sido porque circunstancias de orden general hicieron subir el valor de lo que adquiriría sin más fines que los que mueve la amistad y no el lucro.

DOCUMENTOS SOBRE LA CAMPAÑA CONTRA LA H I D R O E L E C T R I C A

México, agosto 15 de 1923.

Señor
J. G. Zuno,
Gobernador del Estado,
Guadalajara, Jal.

Muy estimado y fino amigo:

Acabo de recibir del Banco Nacional de México la carta original que con la presente me permito acompañar a usted, relativa a la Compañía Hidroeléctrica e Irrigadora del Chapala, S. A.

Como creo que está en sus manos remediar los asuntos a que se refiere el señor Legorreta, mucho estimaré a usted me comunique alguna opinión sobre el particular, para hacerla del conocimiento del interesado.

Aprovechando esta oportunidad para expresarle mi aprecio y estimación, suscribiéndome como su atento amigo y seguro servidor.

Adolfo de la Huerta.

México, 14 de agosto de 1923.

Sr. Don Adolfo de la Huerta.
Presente.

Muy estimado señor y amigo:

A mi regreso a esta Capital me he enterado de algunas dificultades que han surgido entre el Gobierno del Estado de Jalisco y la Cía. Hidroeléctrica e Irrigadora del Chapala, S. A., de la que, como Ud. sabe, el Banco es acreedor por una cantidad muy importante.

Mucha pena me ha dado ver esta situación, tanto más cuanto que han sido inmensos los sacrificios y esfuerzos que hemos hecho

para mantener en pie ese negocio tan importante que ha atravesado por una crisis muy aguda durante todo el período de la revolución.

Sin embargo, no hemos omitido trabajo alguno con la esperanza de que ese negocio adquiera la importancia que debe tener y que tanto beneficiará al Estado de Jalisco; y siento mucho que hayan surgido estas dificultades que me parece no son dificultades de fondo, sino que se deben quizá a una mala inteligencia que será muy fácil de disipar, pues a Ud. le consta la buena voluntad con que nosotros trabajamos siempre, y no dudo que el Gobierno de Jalisco debe estar animado de la misma buena disposición.

El señor Gobernador no me conoce y por tanto me tomo la libertad de dirigir a Ud. la presente, para suplicarle interponga su valiosa influencia, pues mi deseo es que estas dificultades cesen ya que, de lo contrario, esta situación nos llevaría a un paro de la Empresa cuya situación pecuniaria tan difícil no le permite sostenerla.

Mucho agradeceré a Ud. por lo tanto, si tiene la bondad de dirigirse al señor Gobernador de Jalisco suplicándole esta disposición de nuestra parte para que este estado de cosas no siga adelante, sino que la Compañía pueda seguir trabajando en el desarrollo de su actividad, en perfecta armonía con las Autoridades.

Inútil me parece decir a Ud. que con gusto trataremos en el Consejo aquí cualquier consideración que se sirva hacernos el señor Gobernador, con el espíritu más amplio para que todo quede arreglado de una manera satisfactoria para todos.

Anticipo a Ud. las gracias y suplicándole perdone la molestia que le infiero, me repito de Ud. afmo. amigo atto. y S. S.

A. Legarreta

Si Ud. pudiera hacerlo por teléfono mucho lo agradecería pues es la situación urgente. Mil gracias.

A. Legarreta

Guadalajara, agosto 18 de 1923.

Sr. Dn. Adolfo de la Huerta.
Srio. de Hacienda. MEXICO, D. F.

Muy estimado y fino amigo:

Me he enterado muy detenidamente de la atenta carta de Ud. y de la que le dirigió el Director de El Banco Nacional de México.

Se aparenta deliberadamente que las dificultades entre el Gobierno de Jalisco y la Cía. Hidroeléctrica, no son de fondo, para darle a Ud. la idea de que la resolución del conflicto es fácil.

El Gobierno de Jalisco ha dado y dará toda clase de facilidades a las empresas que con liberalidad vengán a explotar las riquezas del Estado; pero jamás tolerará las extralimitaciones que Gobiernos anteriores venían permitiendo a la empresa monopolizadora de luz, fuerza y tranvías que dirige un ciudadano extranjero, con perjuicio para la industria nacional y para los intereses públicos del Estado que gobierna. Dicho extranjero es Caballero de Colón y se mezcla con frecuencia en la política y en estos días voy a pedir al Sr. Presidente de la República lo expulse del país por este motivo, que comprobaré ampliamente con los expedientes que hay en el Departamento del Trabajo, formados a propósito de la expulsión de obreros de la Hidroeléctrica por motivos políticos y además con una carta que el Sr. Sub-Srio. de Hacienda, Ing. Luis L. León, tiene en su poder y que es de carácter única y exclusivamente político.

En la Secretaría de Gobierno hay una documentación explícita sobre el asunto de la Hidroeléctrica y yo aseguro a Ud. que la misma Compañía no tiene los datos técnicos sobre su negocio en la forma exacta que nosotros los tenemos. Tan luego como en la Cía. Hidroeléctrica dejen de existir las características de agrupación política que ahora tiene, y cuando la Gerencia no sea un órgano de oposición a este Gobierno, podremos indudablemente llegar a un avenimiento, más conveniente a los intereses de una empresa honrada y más satisfactoria para un Gobierno que sólo quiere cumplir con su deber.

La mayor parte de las cláusulas del contrato que la Cía. Hidroeléctrica tiene con el Gobierno del Estado, están caducas y sin cumplir las obligaciones de dicha empresa. La posición del Gobierno ante el monopolio de la Hidroeléctrica es muchísimo más

fuerte de lo que dicha empresa y el Banco Nacional de México suponen, pues hasta en el caso de que esta última Institución viendo más bien por sus intereses que por los del público, pretendiera llevar a cabo la amenaza de paro que hacen a Ud., estoy enteramente seguro de que en unas cuantas horas los servicios quedarían restablecidos; y demostraremos prácticamente que nunca ha sido ni es un mal negocio la explotación de los servicios públicos que monopoliza la Hidroeléctrica, a pesar de que según parece desprenderse de la carta del Banco Nacional, aseguran haber pasado por crisis aguda y difícil durante el período de la Revolución.

Me propongo tener a Ud. al tanto de cuanto haya en este asunto, pues estoy enteramente seguro de que Ud. y yo quedaremos más bien del lado del interés público que del lado del interés particular.

Le saludo muy afectuosamente y aprovecho la oportunidad para agradecerle la fineza que en distintas ocasiones se ha servido dispensar a este Gobierno y a mi persona.

José G. Zuno

México, agosto 22 de 1923.

Señor
José G. Zuno,
Gobernador del Estado.
Guadalajara, Jal.

Muy estimado y fino amigo:

Por su muy atenta carta de fecha 18 del actual, he quedado enterado de la verdadera situación de la Compañía Hidroeléctrica con respecto a ese Gobierno a su digno cargo, situación que me era enteramente desconocida.

Ya paso al Banco Nacional de México las aclaraciones que se sirve hacerme y como actualmente esta Institución está en arreglo con el Gobierno Federal, como mediador en la fundación del Banco de la República, creí conveniente, en los momentos actuales y como una cortesía de mi parte, servir de intermediario con ese Gobierno, para un arreglo que, según me habían explicado, parecía bien sencillo.

Cumplí ya con esa atención y sólo réstame darle las gracias por su consideración a este asunto.

Deseándole felicidades y acierto en el desempeño de su cargo, se despide su amigo que lo estima.

Adolfo de la Huerta.

M I F A M I L I A .

Mi padre casó en la Hacienda de San Agustín siendo hombre de edad madura. Mi madre contaba diez y ocho años solamente. El era maestro rural. Además llevaba la contabilidad de la dicha Hacienda, que administraba mi abuelo materno. Era mi padre muy buen músico y dibujante. Siempre que tenía algunas horas de descanso, las dedicaba a tocar en su guitarra y a cantar, con mucha finura, sin los alardes y gritos que ahora se acostumbra. Muchos años después de que ya nos habíamos trasladado a Guadalajara, mi padre fue maestro de las escuelas oficiales de Toluquilla y de San Juan de Ocotán. A mi regreso de México, en 1911, fui a visitarlo. Me mostró un manuscrito que acababa de terminar sobre el método de enseñanza rural elemental. Me pidió que hiciera caricaturas en el pizarrón. Los muchachos estaban felices viendo desfilar sus fisonomías deformadas. Hasta para reír, era comedido. Sabía decir oportunamente bromas irónicas sin herir. Su charla era ingeniosa, amena, correcta. Vivió muchos años. Casi llegó a los setenta, ecuánime, paciente, mirando cómo en su derredor se transformaban todas las cosas a medida que avanzaba el siglo. Vio dolorido cómo la Revolución arrebatava a los tres hijos suyos, pero no encontró medio alguno para disuadirnos, dejando todo en manos de su Dios.

Mi madre era diferente. Chaparrita, fuerte, muy activa, incansable, estaba siempre dispuesta a todas las bondades, nunca rendida ante las adversidades ni menos frente a exigencias injustas. Me angustiaba oír el punteo de su máquina de coser, cuando allá en los lejanos días de mi infancia, en lo profundo de la noche me despertaba con inquietud por el ruido. En ese antiguo artefacto de mano confeccionaba nuestra ropa, la suya y la de mi padre. Durante el día compartía con él el despacho de mercancías a la multitud de los marchantes en la pequeña tiendita que teníamos en la Plaza de Toros, donde ahora está el Mercado Alcalde. Después corría a cubrir todas las atenciones hogareñas. Ningún descanso. Ninguna diversión. Hasta los domingos

trabajaba en ocasiones, obligada por el recargo que hacen las enfermedades u otras causas. Desde entonces, movido por el deseo de ayudarla, ambicioné llegar a la edad en que pudiera ganar algo para aliviar su cansancio. Desde que crecimos, los varones acudíamos solícitos haciendo lo que podíamos y mis hermanas, a su tiempo, mucho más que nosotros.

Llegó a tener alguna sirvienta. Recuerdo de una, muy jovencita, colorada, muy humilde, de esas que en Cuquío, de donde era, les llaman INDIAS GÜERAS, atendiendo más a su pobreza que a su raza. Para mí, hasta entonces, las mujeres eran de una sola pieza, de la cual salían por arriba la cabeza y por los lados los brazos. Abajo, los pies. Algo así como aquello que les pasaba a los indígenas cuando vieron los primeros jinetes, juzgándolos un sólo ser con el caballo... Tal vez las larguísimas enaguas que se usaban, amponas, me indujeron al error plástico, escultórico... Hasta que un día, la chica montó una soguilla de ixtle sobre la rama más gruesa del frondoso guayabo del corral; y formando con ella un columpio, se meció con todas sus ganas ante mi descubridora admiración, al enterarme de que las mujeres tienen dos piernas, con la gran diferencia de que las de ellas son muy hermosas...

Mi padre hubiera querido que yo fuera sastre, no sé porqué. Cuando advertí que sus planes tomaban cuerpo, (pues convino con el maestro de los talleres de la Marina Mercante en que me recibiera como aprendiz), tomé las de Villadiego y fui a parar, semanas después, a México. El remedio a que acudí fue eficaz. Como puse tierra de por medio, él abandonó sus proyectos tranquilamente, con su estilo de siempre. Nunca nos castigó con golpes. Razonamientos, abstinencias de golosinas o de paseos... y uno que otro estirón de orejas o a veces, de tarde en tarde, cuando los cascotes de las entendederas se endurecían, un buen coscorrón. Con sus castigos, más nos apenaba que nos dolía. Mi madre sí apretaba la mano. Con una vara de membrillo o con un otate, (lo que tenía a la mano), nos sacudía el polvo de los pantalones por la parte de atrás, hasta que la prenda y nosotros quedábamos bien limpios. Yo recuerdo unos formidables paraguazos que me atizó por las espaldas la primera vez que llegué a la casa después de las diez de la noche. La siguiente ocasión, al abrirme la puerta, me dijo nomás:

—No tienes remedio...

Y, efectivamente, no lo tuve. Me convertí en un trasnochador en resarcimiento de los paraguazos...

Cuando recrudesció la campaña de oposición que hice al gobierno de don Luis Castellanos y Tapia, en 1919, mi madre dió pruebas de gran entereza. El gobernador era, como mi familia, de la región de La Barca, donde se habían conocido mucho antes. Aunque era civil, no soportaba los ataques que le lanzaban en los periódicos, ni menos los del mío, Gil Blas, que era de carácter humorístico. Lo sacaba de quicio. Nos había perseguido de mil modos. Llamaba a los comerciantes que se anunciaban en nuestro periódico, así como a los profesionistas y demás, conminándolos a no darnos ninguna ayuda bajo la amenaza de aumentarles las contribuciones y de sufrir persecuciones. El Gil Blas, se vendía mucho, aquellos anunciantes que nos retiraron su propaganda nos seguían pagando. Otros muchos, no accedieron a los ilegales deseos de don Luis. Encontrábamos dificultades para comprar papel así como para que las imprentas nos lo imprimieran. En fin, sufrimos un boicot oficial, que nos enardeció haciendo virulentos nuestros ataques y más las caricaturas. Furioso, el gobernador mandó amenazar a mi madre si no me hacía abandonar la campaña. Rafael Sánchez Lira, un joven estudiante guanajuatense, su secretario particular, fue el encargado de llevar la consigna:

—Señora, el señor gobernador, por la amistad y conocimiento que tiene con ustedes, desea rogarle que llame la atención a su hijo José Guadalupe, para que no siga atacándolo en la forma en que lo viene haciendo.

—Yo, señor, nunca intervengo en los asuntos de mis hijos. Son mayores de edad y tienen derecho a opinar como juzguen mejor. Diga usted a don Luis, que no solamente no diré a José Guadalupe que cambie de opinión; sino que le aconsejaré que en cuanto adquiera convicciones, jamás las niegue. Es la tradición de mi familia. Si mi esposo viviera, le diría lo mismo...

—Pero es que el gobierno tiene muchos medios de reprimir a sus enemigos. Don Luis me dijo que usted debe saber que está dispuesto a acabar con esos ataques.

—Si lo amenaza, será peor para él, porque mi hijo se rebela más cuando sin razón se le desconocen sus derechos.

—Pero no solamente él, sino todos ustedes sufrirán las consecuencias...

—Nada nos hará cambiar de manera de ser. Mi hijo es el

jefe de esta casa desde la muerte de su padre. Cumple con sus obligaciones; pero si se llega a ver imposibilitado por la persecución del gobierno, mis hijas y yo estamos listas para lo que sea necesario... Nos conformamos con lo que venga.

Así, con cajas destempladas, se despidió el emisario y salió de mi casa.

A otras duras pruebas se vio sujeta, tanto por mí como por mis hermanos. Ellos se vieron derrotados en la batalla de San Felipe Torres Mochas, de Guanajuato, por los villistas. Con muchas penalidades tomaron el rumbo de Atotonilco y de Margaritas, donde vivían parientes nuestros y de ahí vinieron a Guadalajara, disfrazados. Mi madre les ayudó personalmente, con sacrificios, a salir para el sur. Allá tenía su cuartel el General Diéguez, y con él se reincorporaron.

Durante la rebelión estradista, en 1924, llevó personalmente informes que redactaba yo en clave para el General Obregón. En otras ocasiones, mi cuñado Francisco O. Arce era el que iba. A veces, una hermana menor de mi madre, María. Cuando ya el General Obregón marchaba sobre Guadalajara, le envié el último informe con mi sobrino Francisco Hernández Estrada, uno de mis parientes de Margaritas. El sí salió herido por los rebeldes. Quedó baldado de una pierna, parcialmente. Todos ellos entregaron los informes, después de sortear dificultades sin cuento en el camino y en las poblaciones por donde pasaban.

Mi madre murió en 1932, víctima de cáncer en el estómago, que la martirizó por años, sin doblegar su entereza.

Mi padre, igual que había vivido, expiró tranquilamente, con toda conciencia, en 1917.

De mis hermanos y hermanas guardo muy grato recuerdo que no enturbia ningún rencor ni falta de cariño, pues nuestras pocas riñas infantiles eran sin encono, por motivos baladíes y fácilmente olvidadas inmediatamente. Sus familias y la nuestra se ven de igual manera, fraternalmente.

Mis hijos y sus familias también conviven estrechamente, regidos por una fraternidad cultivada con cordialidad. Como sus esparcimientos, desde su infancia, son los de salir al campo, en excursiones o cacerías, ello da motivo para que con frecuencia se reúnan en un ambiente saludable y tan propicio para todo lo agradable, como es la naturaleza. Desde muy pequeños mi esposa y yo los dejábamos con toda su iniciativa, en cuanto no fuera

peligroso dada su poca edad y experiencia. Ni física, ni espiritualmente, han recibido en el hogar presión alguna. Su desenvolvimiento mental es por ello fuerte y sano. De esa vida republicana ha resultado una variedad de caracteres individuales forjados en una libertad, respetuosa de las otras individualidades, tanto entre las mujeres como entre los varones. Doce hijos contamos. Ninguno ha muerto. Treinta y seis nietos nos han dado, sin lamentar hasta hoy la muerte de ninguno. En fin, lo que primero fué una República, ahora es una Federación familiar que lleva trazas de convertirse, no muy tarde, en una Confederación de Repúblicas Liberales.

¿Qué podré decir de mi esposa, Carmen Arce de Zuno; o Pochita, como la llamábamos antes de casarnos, cuando fué secretaria del Director del Museo, Ixca Farías? Enemiga como yo de andar en fandangos, pasa la vida infatigablemente en nuestra casa, desempeñando a conciencia su elevado cargo de Secretaria de Hacienda y Crédito Público, administrando las finanzas de nuestra República, siempre en un nivel ascendente. De abolengo liberal, jamás violentó el pensamiento de nuestros hijos con preocupaciones y temores fantásticos, ni les impuso credo alguno, dejándolos en libertad de pensar lo que juzgaran mejor, con la única limitación de procurar siempre el bien de los demás y el de ellos, evitar el mal y perseguirlo.

Gente fanática y desconsiderada, cobarde, la ha injuriado cuando mis hijos o yo hemos actuado en las luchas sociales, políticas o universitarias. Validos del anonimato del teléfono, le han dicho lo que, por supuesto, se ha vuelto contra ellos mismos por no tener el valor suficiente para mostrarse francamente. En un medio intolerante, absurdo y fanatizado como es el de nuestra ciudad, se necesita una fuerte convicción para ser como ella es.

Ella y yo, así como nuestros hijos, somos respetuosos de las creencias de los demás y exigimos e imponemos respeto para las nuestras.

Como deseo que estos elogios para mi compañera se tengan por merecidos y ciertos, me veo obligado a denunciar un grave, gravísimo defecto:

Es mala, malísima fisonomista.

Una vez llegamos a mi casa el doctor Ramón Córdova y yo. Viejo amigo mío desde la infancia, nos hemos visto fraternal-

mente, así como nuestras familias. Cuando Ramón se fué, me dijo:

—¿Quién es ese señor...?

Otra vez, allá por 1930, pasó ella por el Museo en su automóvil, cuando me despedía de Ixca en la puerta. Al llegar yo más tarde a la casa, me dio la noticia:

—Si quieres conocer a Chaplin, vé al Museo. Lo acabo de ver ahí, en la puerta, con el señor Farías...

Eso fué allá, cuando yo me parecía algo a Charlie. Hace poco, me resultó con esta novedad:

—Creo que por aquí anda Mahathma Ghandi... Un señor muy parecido pasó por enfrente con el licenciado Aviña...

—Pues no era Mahatama Ghandi, sino Mahatama Zuno... le repuse...

Para compensar esta denuncia, diré otra cualidad suya: es muy valiente.

Anduve a salto de mata, muy perseguido, en dos ocasiones: cuando quiso aprehenderme Castellanos y Tapia y durante la rebelión delahuertista. Ella no tuvo temor de ir, naturalmente disfrazada y sola, a donde yo estaba oculto; no una, sino muchas veces. Terminaré contando una hazaña increíble.

No sé de nadie que se atreva a darle a Pepe mi hijo unos zopapos y unas nalgadas...

Pues ella lo hace cuando quiere...

—Lástima que a veces, como consecuencia de su manera activa de pensar, las palabras salgan embrolladas. Cierta ocasión quiso saber el número del teléfono de mi querido amigo el doctor Juan Salazar:

—Señorita... Hágame favor de decirme si el doctor Salazar tiene reloj...

—No lo sé, pero si quiere le preguntaremos...

Como uno de nuestros chicos estaba enfermo y Juan había dado instrucciones y horario para la medicina, con la preocupación del hijo enfermo a mi esposa se le lenguó la traba... como ella explica.

Otra vez la cosa fué peor. Queríamos pasar unos días en Chapala. Fuimos, se apersonó con la empleada del Hotel y le dijo:

—Señorita... qué las chinches no tienen pulgas...?

—No, señora... pero las camas quién sabe...

Naturalmente, no nos quedamos, por las dudas... Camas con

chinches y chinches con pulgas... ni quien las aguante...

El gobierno de nuestra República se encuentra bien organizado. Rebeca y María Eugenia tienen a su cargo la Secretaría de Educación Pública. Esta cuida con gran cariño la escuela de las Lomas de Sotelo, D. F. donde vive. Hace cuanto puede por ella. Rebeca fundó la Escuela Granja del Amate Amarillo, en Cuernavaca, en los terrenos de propiedad del matrimonio. (El licenciado José de Jesús Lima es su esposo.) Ahí viven los hijos de las familias del barrio, estudian y cuidan el apiario, el establo, las zahurdas y sembradíos. Se les da alimento y a veces, participaciones en las utilidades. La escuela es señalada como ejemplar por los funcionarios de Educación. Esther es la Secretaria de Agricultura y Ganadería. Su granja es modelo de organización avícola, en su establo y en sus porquerizas. Vicente es el Presidente de la Suprema Corte de Justicia y Alvaro le sirve de Secretario de Acuerdos. Pepe es Presidente del Congreso de la Unión, con las trifulcas inherentes a todo parlamento. Rubén es Secretario de Economía y las cosas andan igual que en el país... Juan ocupa la Secretaría de Relaciones Exteriores con magníficos resultados, aún con los gringos que son tan trabajosos y presumidos Ana Beatriz y Berta, son nuestros cónsules en México, D. F. Carmelita es titular del de Sayula. Andrés tiene Comunicaciones por lo que constantemente se le vé en bicicleta, moto-bici o una especie de automóvil colorado al que llama MI CARRILURIS VOLWAGEN...

Yo no soy ya sino una especie de Presidente de la República Francesa, o Rey de Inglaterra; es decir, un símbolo. Por eso me dedico a mis deportes favoritos: la cacería, la pintura, la escritura; pues no sería correcto llamarle a esto literatura. Mi placer principal está en servir a la Universidad como maestro de algunas cátedras y como Jefe del Departamento de Extensión Universitaria.

Claro que en este grupo que he pintado, no aparecen sino muy vagamente, muchos personajes de la familia, tales como tíos, sobrinos, nietos, etc. Se necesitaría para que todos ellos aparecieran aquí, no la obra de un dibujante como soy yo; sino una película que fuera proyectada en pantalla ultra cinemascópica.

INDICE

I N D I C E .

<i>A Manera de Prólogo</i>	5
<i>Aclaraciones al tomo I</i>	11
<i>Peleas a montón</i>	20
<i>Opiniones diversas sobre mi actuación política</i>	25
<i>El Liceo de Varones</i>	47
MI CASA Y MI FORTUNA	53
<i>En el primer centenario del nacimiento de Don Luiz Pérez Verdía</i>	63
<i>La Conquista de Nueva Galicia</i>	71
<i>Semblanza de Hidalgo</i>	81
<i>El Feminismo</i>	88
GUARAPO. Una lección de Derecho del Trabajo	97
<i>Vadillo</i>	105
<i>Trozos de la campaña periodística contra Vadillo</i>	113
<i>Boletín de la Confederación Nacional Revolucionaria</i>	123
<i>Por fin se derrumbó el reinado del Rey Sordo</i>	125
<i>La Cucaracha</i>	127
<i>Son tan valientes</i>	129
<i>Alfredo Romo y el Romismo</i>	131
<i>La Ciudadela</i>	145
<i>La Piedra Filosofal</i>	153
<i>El Movimiento Continuo</i>	159
<i>Discurso pronunciado en el acto solemne de la entrega del li- bro de gratitud al Sr. Rector de la Universidad de Gua- dalajara, Lic. Guillermo Ramírez Valadez</i>	163
<i>Discurso pronunciado en la inauguración del Auditorium de las Facultades de Filosofía e Historia, de Economía y de la Dirección de Educadoras Sociales</i>	169
<i>Discurso pronunciado en el XXXII Aniversario de la Funda- ción de la Universidad de Guadalajara</i>	173
<i>Diego Rivera</i>	179
<i>La Raza del Riel</i>	189
<i>Un salto de garrocha</i>	198

<i>Mi segunda derrota electoral</i>	201
<i>Figuras, Literaturas, Propósitos y otras notas</i>	211
<i>Mi última carta a Diego Rivera</i>	217
<i>El filósofo Alvaro Leonor Ochoa</i>	219
<i>Otros bienes.—La Hidra</i>	227
<i>Mi familia</i>	235

Este segundo tomo se terminó de imprimir el día 30 de abril de 1958, en los talleres del Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara. Se tiraron 1,000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Baskerville 12:12, 10:12 y 8:10. Proyectaron y cuidaron la edición Adalberto Navarro Sánchez y José G. Zuno.

SRA. MARIA TRINIDAD HERNANDEZ DE ZUNO.



angustiaba oír el monótono tecleo de su máquina de coser, cuando yo despertaba en las noches.

SR. DON VICENTE ZUNO ESTRADA



Maestro rural, casó con mi madre en la Hacienda de San Agustín. Mpio. de Jamay, Jal., donde yo nací. Era buen músico. Dibujaba finamente. Fué maestro de primeras letras en Toluquilla y en San Juan Ocotán... Cuando lo visité ahí, me pidió que hiciera caricaturas en el pizarrón... Los muchachos estaban felices.

MI CAMPAÑA POLITICA.



En los Altos de Jalisco la lucha fué especialmente intensa. Los principales líderes de la región me acompañaban. Los Barba González, Robledo, Jiménez, Rábago, Hernández y Hernández, Ismael Lozano, Los Hnos. López...

GRUPO DE LICEISTAS.



GRUPO DE LICEISTAS.



El Liceo de Varones formó muchas generaciones de profesionistas, artistas, literatos e industriales, que han figurado prominentemente en el Estado y en la República.

HERNAN CORTES Y DOÑA MARINA.



Oleo que pinté para la galería histórica del Museo de Guadalajara.

CORRAL CON GANADO DE BARRO DE TLAQUEPAQUE.



Oleo que pinté con la misma idea popular.

LITOGRAFIA "VIDA DE PERROS".



Que hice en los Talleres de la Gráfica Popular de México, como un reproche a los gobiernos revolucionarios por el abandono en que han quedado los indígenas del Valle de México.

"VIDA DE BURROS".



También hecha en los mismos talleres con el mismo fin.



Los fundadores de la Prensa Unida de Guadalajara. (Desde la fila de arriba):
 1, Enrique Delgadillo y Gutiérrez, (a) "El Democracia"; 2, Cayetano Gómez Peña; 3, Manuel Villalobos Ledesma; 4, Benito Ortega; 5, Xavier Guerrero; 6, José Luis Fregoso; 7, Luis Gutiérrez Trillo; 8, Eusebio Sánchez Saucedo; 9, José Santoscoy; 10, Manuel Esparza Farías; 11, Adolfo Hernández Marín; 12, Rafael Suro; 13, Salvador Aguayo; 14, Enrique Díaz de León; 15, Luis Galindo; 16, Narciso Parga; 17, Cosme Delgadillo; 18, Enrique Villaseñor "El Gato"; 19, José I. Solórzano; 20, J. Benjamín Padilla "El Kaskabel"; 21, D. Julio Arce, Presidente de la P. U. G.; 22, Agustín Arreola Valadez; 23, Félix C. Vera "El Cojo Vera"; 24, Ignacio Razón; 25, José G. Zuno; 26, Reinaldo Esparza Martínez; 27, Agustín Santoscoy; 28, Daniel Galindo; 29, Ignacio Gómez Salcedo.



Un festival de la Secretaría de Educación, presidido por el Secretario Lic. José Vasconcelos, que se verificó en el Parque del Agua Azul, para celebrar la fundación de dicha Secretaría. De izquierda a derecha aparecen, arriba, familiares del licenciado Constanancio Hernández y del diputado José G. Zuno, el doctor Ramón Córdoba, Director de Educación Federal en el Estado, el Lic. Vasconcelos, Dips. José G. Zuno y Gustavo R. Criso, Sr. Jorge Enciso, Manuel Martínez Valdez, Agustín Basave; y sentados, profesores de las escuelas participantes, señores Pedro Rodríguez Lomeli, Roberto Montenegro, Adolfo Contreras Vega, José María Cuéllar, Salomón de la Selva y doctor Carlos Barriére.



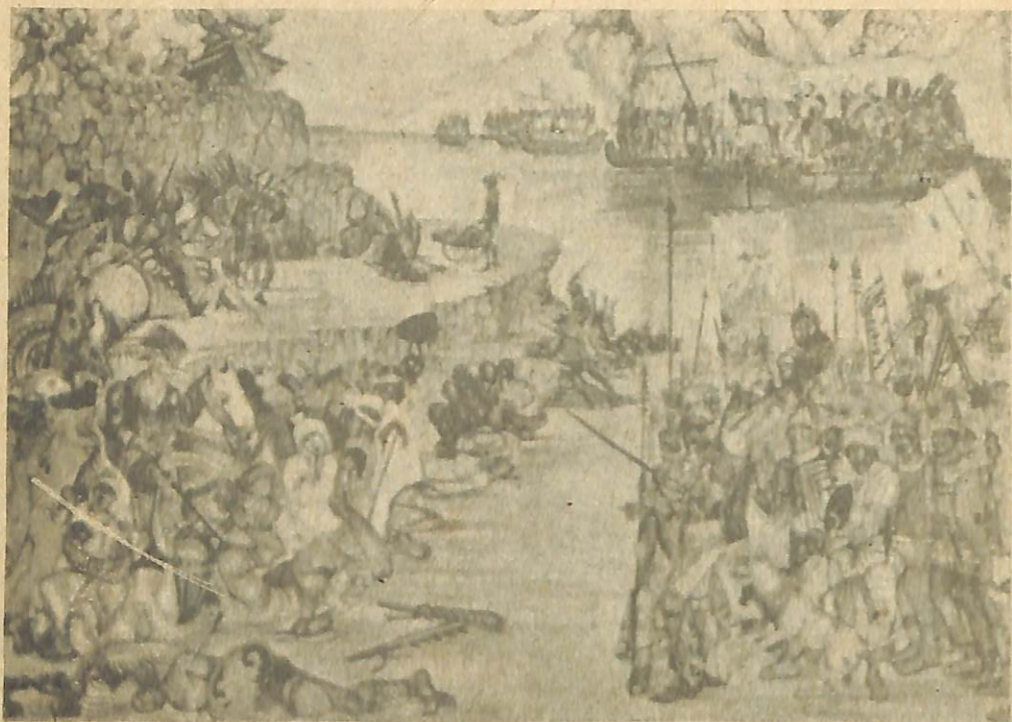
El Cuerpo Consular acompaña en la fiesta patriótica del 16 de Septiembre de 1924, al Sr. Gobernador del Estado José G. Zuno en el Salón de Embajadores del Palacio de Gobierno.

También figuran los CC. Diputados.

LOS PRINCIPALES ROMISTAS
 De izquierda a derecha: Diputados Juan Madridal, Victoriano Salado, David y Napoleón Orozco, Juan Izábal, Rodrigo Camacho, Joaquín Vidrio, José Cabrera, Alfredo Romo, Julio Díaz, Justo González, José Manuel Chávez, Manuel Vidrio y Fernando González Madrid.



BANQUETE OFRECIDO AL PROF. SALVADOR M. LIMA.
 Sentados: Profesores Rosaura Zapata, Raúl Cordero Amador, Paula Gómez Alonso, Salvador M. Lima, Director de la Escuela Nacional de Maestros, María de la Luz Baz, H. Díaz y Angelita Martínez. De pie: Profesores José Ojeda G., Arqueles Vela, Enrique Beltrán, licenciados José G. Zuno y Manuel R. Palacios, Federico Bach, José Mancisidor, doctores Rafael Santamarina y Quintanilla y José Calzo.



"La bárbara conquista de Nueva Galicia" — Mural pintado a fresco por el autor en el Museo del Estado.



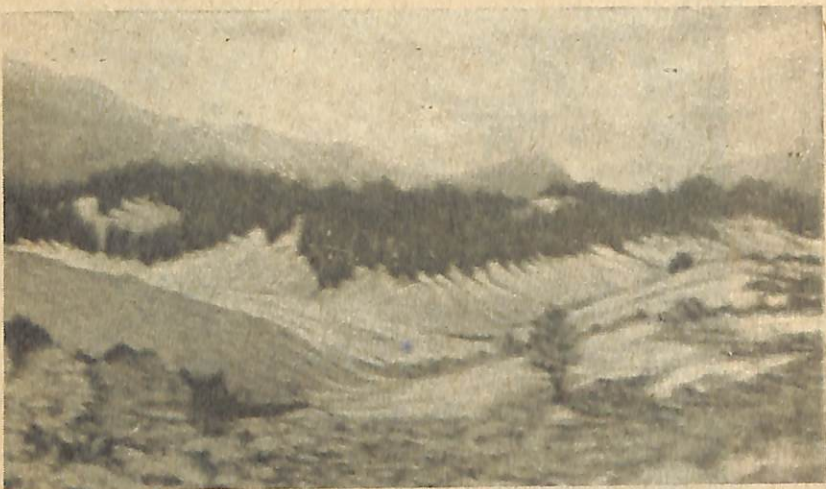
El Conquistador Nuño Beltrán de Guzmán — Lado derecho del mural.



El cacique de Cuitzeo es alanceado y aperreado por los conquistadores — Lado izquierdo del Mural.



El poeta Manuel Martínez Valadez — Oleo del autor.



El Monte de las cruces — Paisaje del autor.

El proyecto del autor para pintar en el Museo de Guadalajara el Mural titulado "LA CONQUISTA DE LA NUEVA GALICIA", que aparece a colores en la página del frente, es una producción de la acuarela respectiva. Como el autor encontrara algunas dificultades para ejecutar su obra, gestionó que su proyecto fuera aprobado por la "COMISION DE PINTURA MURAL" que formaban David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera y José Clemente Orozco. Los dos primeros dieron su visto bueno, y así lo firmaron el 13 de octubre de 1948, como aparece en el reverso de la acuarela; pero José Clemente advirtió que aquello no era debido, ni necesario, ni correcto. Por ello, de su puño y letra, rindió abajo del visto bueno de sus dos compañeros, la siguiente declaración enérgica y categórica:

"No es atribución de la "Comisión de Pintura Mural", dar "Vistos Buenos" a los proyectos de los pintores, ni coartar la *LIBERTAD* de éstos en forma alguna. Los pintores mexicanos son *LIBRES* de pintar lo que les venga en gana.

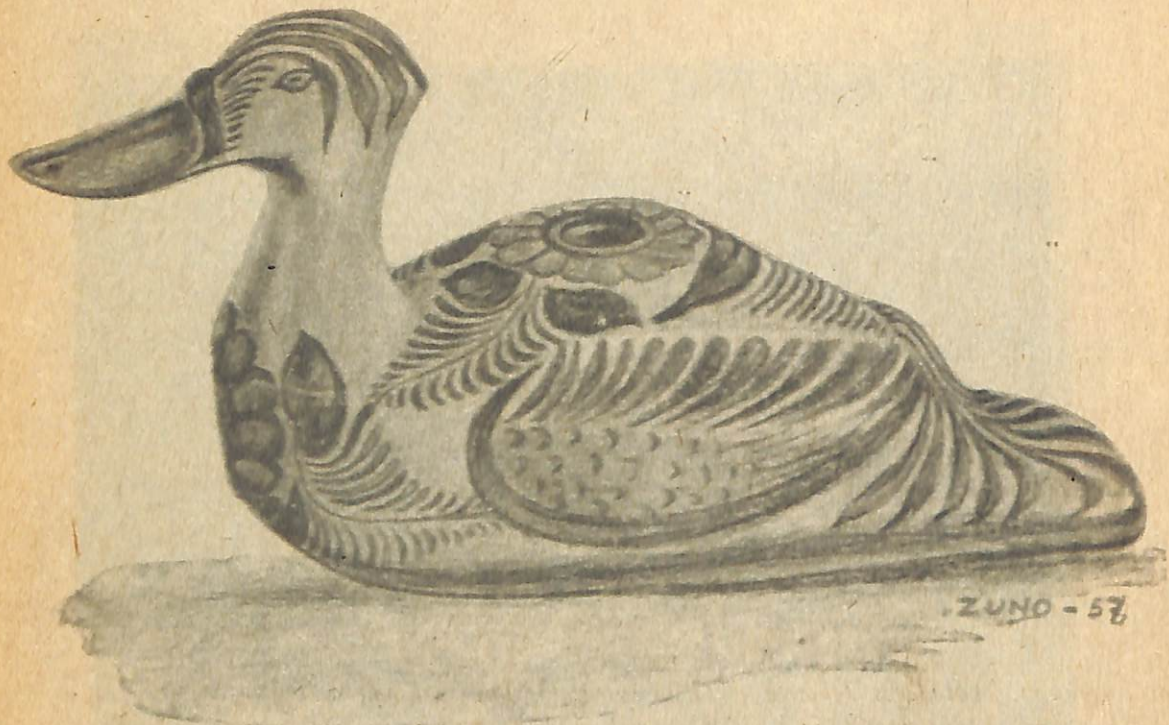
¡VIVA LA LIBERTAD! J. C. OROZCO.



Boceto para el Mural de La Conquista de Nueva Galicia — Acuarela

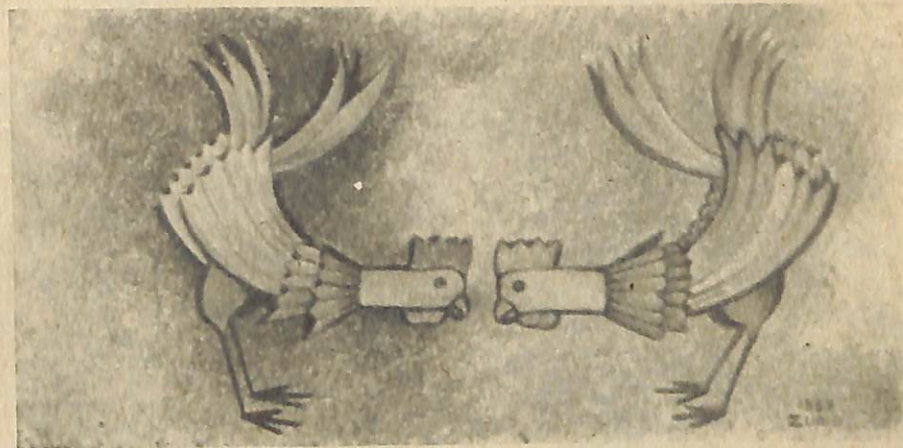
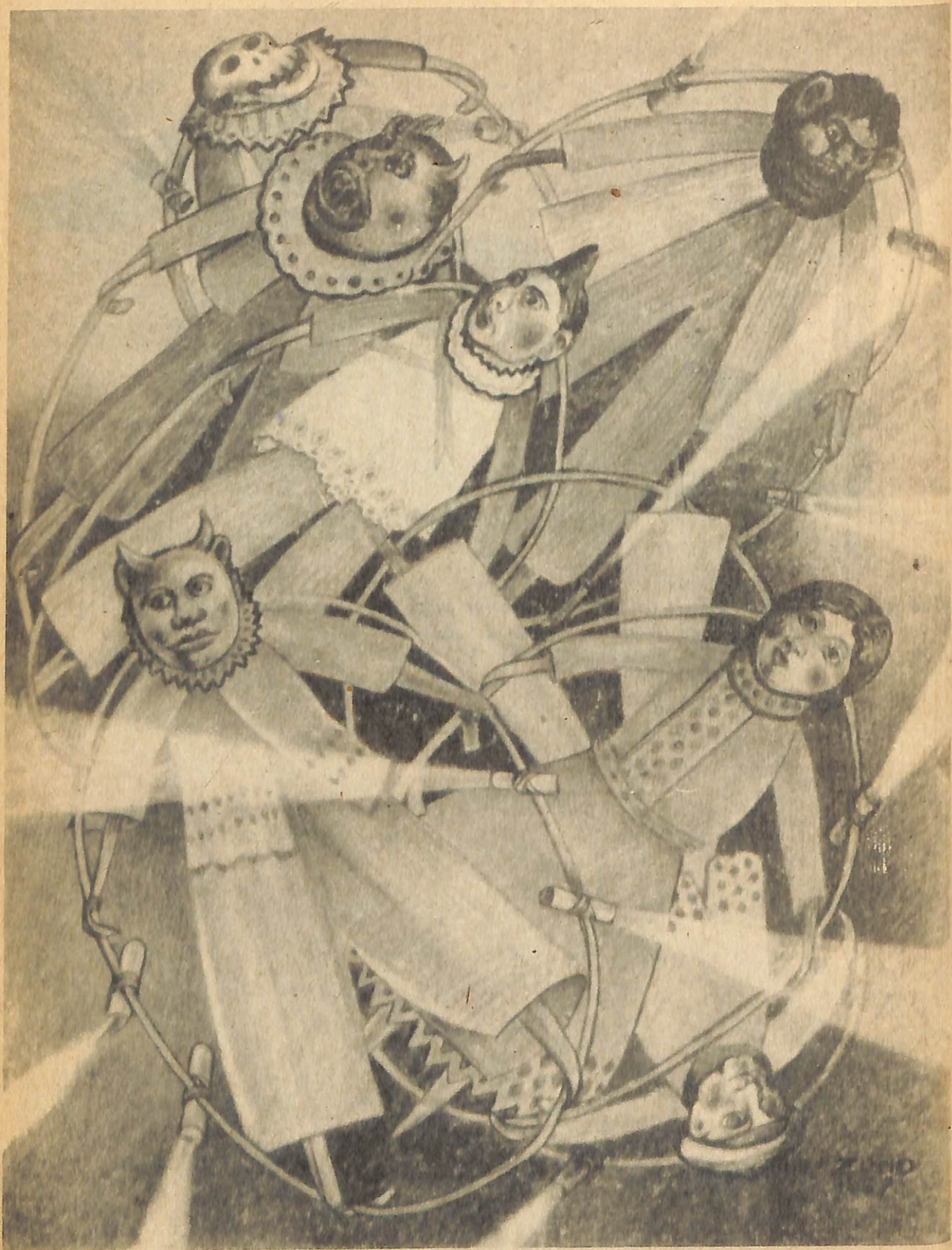


Hato de ganado en Chapingo — Paisaje al Oleo.

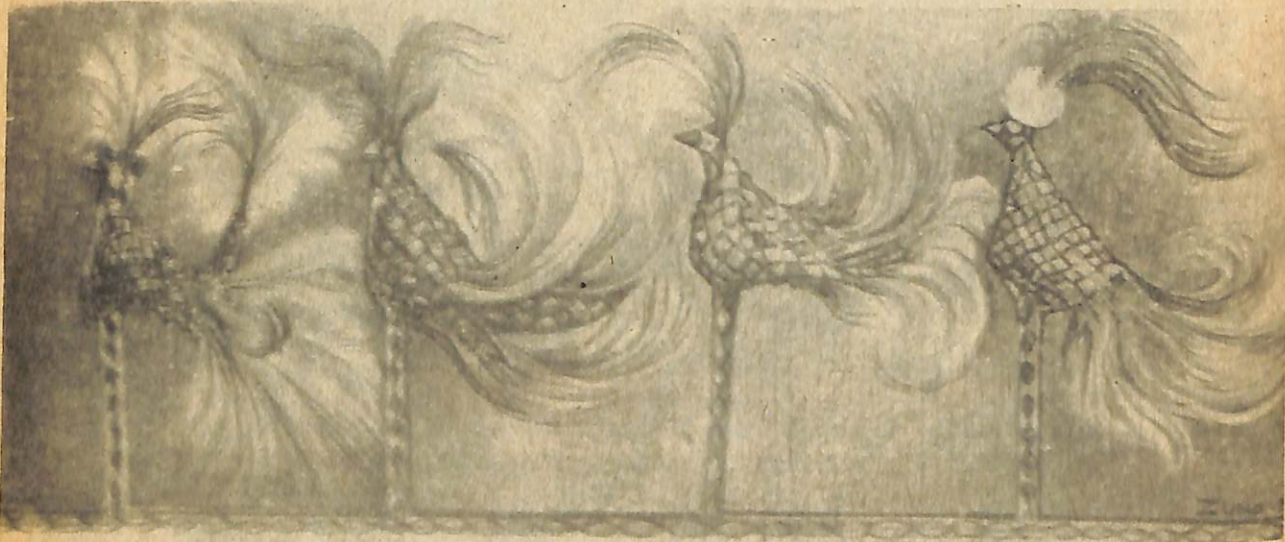


El arte de Tlaquepaque y Tonalá sigue con su tradición vigorosa produciendo bellas obras de alfarería, como este pato. — Crayón del autor.

Una de las formas más populares del arte es la de los Judas que se queman los sábados de Gloria — Crayón del autor.



El arte popular ha creado preciosas figuras de hoja de lata coloreada, como estos gallitos de pelea — Crayón del autor.



También hacen los artistas anónimos del pueblo, figuras de aves con tejido de palma y plumas de colores — Crayón del autor.



Animales de Noche Buena — Juguetes de barro.



La Barranca y el Río Santiago — Paisaje al Oleo.



Mitote con la polecía... — Juguetes de cartón.



La vaquita de Saturno — Juguetes de cartón.



Lago de Tequesquitengo — Paisaje al Oleo.



¡Como perros y gatos...! — Juguetes populares de vidrio.



Los Peñones de Oblatos — Paisaje al Oleo.



Alcancías de barro de Tlaquepaque.

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF ART AND HISTORY

THE MUSEUM OF ART AND HISTORY
OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BERKELEY, CALIFORNIA
This book is the property of the
Museum of Art and History
and is loaned to you for your
personal use only. It is to be
returned to the Museum when
requested. No part of this book
may be reproduced without
the permission of the
Museum of Art and History.

OBRAS DEL AUTOR:
PUBLICADAS

<i>DERECHO-REVOLUCIÓN</i>	1931
<i>LAS LACAS MICHOACANAS NO PROCEDEN DE LAS ORIENTALES</i>	1954
<i>OROZCO Y LA IRONIA PLÁSTICA. TOMO I</i>	1954
<i>PASIÓN Y MUERTE DE HIDALGO</i>	1954
<i>NOTAS SOBRE LA PLÁSTICA</i>	1955
<i>LA MUERTE DE UN LAGO</i>	1955
<i>DON PEDRO MORENO</i>	1956
<i>NUESTRO LIBERALISMO. TOMO I</i>	1956
<i>NUESTRO LIBERALISMO. TOMO II</i>	1957
<i>REMINISCENCIAS DE UNA VIDA. TOMO I</i>	1956
<i>REMINISCENCIAS DE UNA VIDA. TOMO II</i>	1958
<i>HISTORIA DE LAS ARTES PLÁSTICAS EN JALISCO</i>	1957
<i>DON JOSÉ MARIA ESTRADA, PADRE DE LA IN- DEPENDENCIA DE LA PINTURA MEXICANA</i>	1957
<i>LAS ARTES POPULARES EN JALISCO</i>	1957
<i>EL MUSEO REGIONAL DE GUADALAJARA</i>	1957
<i>HISTORIA GENERAL DE LA IRONIA PLÁSTICA. TOMO I, DEDICADO A LA DE JALISCO</i>	1958
<i>LAS LACAS MICHOACANAS NO PROCEDEN DE LAS ORIENTALES. SEGUNDA EDICIÓN EN ESPAÑOL E INGLÉS</i>	1958

EN PREPARACION:

BREVE HISTORIA PRECORTESIANA Y DE LA
CONQUISTA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

MANUAL DE DERECHO DEL TRABAJO

MANUAL DE PRE-HISTORIA

HISTORIA GENERAL DE LA IRONIA PLÁSTICA. SE-
GUNDO TOMO DEDICADO A JOSÉ CLEMENTE OROZ-
CO; EL TERCERO A JOSÉ GUADALUPE POSADA Y AL
ARTE IRÓNICO MEXICANO; EL CUARTO A DON
FRANCISCO DE GOYA Y LUCIENTES Y AL ARTE
IRÓNICO ESPAÑOL

RETRATO DE GUADALAJARA

LA VISIÓN HUMANA

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO EN LAS ESCUELAS

LA NOVELA DEL MERCADO
PADRE MAR

UDEG-PATRIMONIO UAH



BJGZH-003858